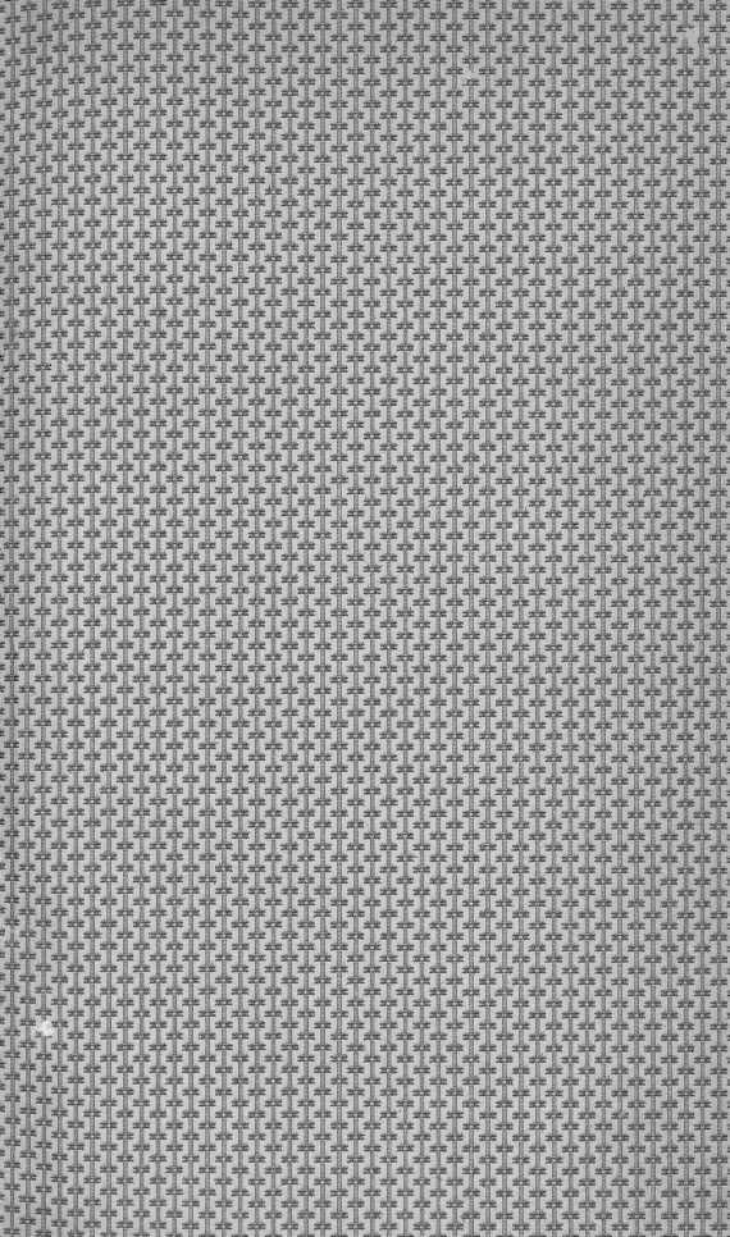




5874





OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA



# OBRAS

DE

## D. SEVERO CATALINA

—  
TOMO IV  
—

ROMA



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO

Isabel la Católica, 23

1877





# ROMA

POR

D. SEVERO CATALINA

---

SEGUNDA EDICION

---

TOMO III



# EL MONTE CELIO.

TRADICION.

HISTORIA.—MONUMENTOS.

## I.

El Monte Celio formó una region importante, la primera de las cuatro en que se dividia la Ciudad durante los siglos que median desde Servio Tulio hasta Augusto, y la segunda de las catorce en que el fundador del imperio distribuyó la vastísima extension de su capital: region *Suburana* en los tiempos de los reyes y de los cónsules, region *Cælimontana* en la época de los emperadores, esta irregular colina, la más triste y deshabitada de la Roma moderna, figura en la historia de la Roma antigua como teatro de importantes acontecimientos, y vióse un dia coronada por templos insignes, pórticos bellos y casas deslumbradoras.

Antes de ser region de Roma, fué selva

de encinas, *Mons quærqetulanus*: éste era su nombre, hasta que en la guerra de Rómulo con Tácio, segun pretenden unos eruditos, ó en tiempo de Tarquino el Viejo, segun afirman otros, tomó posicion y posesion en aquella altura cierto caudillo etrusco, denominado Celles Vivenna, y el monte empezó á llamarse Celio. En esta, como en todas las otras colinas, antes que historia hubo fábula, ántes que edificios bosques; y aún pudiera decirse que el Celio excede á todos los otros lugares clásicos de la ciudad de Roma, en la fama de sus valles y sus fuentes y en la fortuna de sus poéticas tradiciones. Cuán deleitable sería el bosque de las Camenas, donde surgian limpios manantiales y se deslizaban mansos arroyuelos, pruébalo bien el amor con que el Rey Numa lo recorria y paseaba, todo abstraído en misterioso coloquio con la Ninfa Egeria, benéfico genio de la gente latina, que allí, en el silencio de la noche, ó en el ambiente embalsamado de la mañana, deja escuchar palabras de sabiduría, que el sucesor de Rómulo se apresura á traducir en leyes.

No busque hoy el viajero los oscuros restos de aquel antro de la ninfa, ni el lugar donde la fuente murmuraba, ni el suelo donde crecieron las flores del valle ameno: las revoluciones geológicas, los hundimientos y trans-

formacion de una parte del Celio, han borrado para siempre aquellos caminos y lugares, que tan sólo existen ya en los escritos de Ovidio y de Silvio Itálico, de Estacio y de Lactancio. ¡Poder de la inteligencia! Unos pobres pergaminos, un débil papel, han durado más que las encinas seculares y que los bosques sagrados.

Los *ciceronis* de Roma conducen al viajero á dos millas fuera de la Puerta Capena, y le muestran un delicioso bosquecillo con su gruta, dentro de la cual se conserva una pequeña estatua yacente: no lejos hay un templo: de todo lo cual deducen que el bosquecillo es el valle de la ninfa; la gruta, el antro famoso descrito por Juvenal; la estatua, el simulacro mismo de la feliz inspiradora de Numa; el templo vecino, el de las Camenas. No hay más dificultad para toda esta excursion á traves de los siglos, sino que el valle adonde nos llevan, junto á la Via Apia, dista mucho de aquel otro que Numa visitaba en la falda occidental del Celio: que el antro es simplemente un ninfeo de alguna *villa* particular, cuya construccion no sube más arriba del tiempo de Vespasiano; que la estatua es probablemente la del rio ó fuente que refrescaba aquel sitio de recreo; que el templo vecino (ahora Iglesia de San Urbano), era un templo de Baco, perteneciente al siglo III de la Era Cristiana. La historia de

las ruinas de Roma es muchas veces, en boca del vulgo y de los guías empíricos, una verdadera ruina de la historia.

## II.

No fué el Celio, en las primeras edades, una region de gran vida como el Palatino, ni de esplendoroso culto como el Capitolio, ni de tradiciones aristocráticas como el Quirinal: su destino parece ser de perpétua morada de extranjeros: *avam adventitiorum deorum* le llamará Tertuliano con perfecta exactitud. Ni latinos ni sabinos, propiamente tales, ocupan las alturas del Celio en los tiempos á que se refiere la fundacion histórica de la Ciudad: los etruscos, á cuyo frente pelea Celes Vivenna, toman partido á favor de la causa que pudiera llamarse romana, es decir, contra los sabinos: más tarde, vencedores éstos, y destruida la entónces poderosa Alba Longa, centro principal de la confederacion latina, Tulo Hostilio aloja sobre el Celio los restos de la poblacion sojuzgada, forma allí un inmenso cuartel de vencidos, y aquel rey, sabino de origen, pone su morada en la misma colina, como para vigilar de cerca á sus nuevos súbditos, entre los cuales están las familias más

ilustres de la que fué Alba Longa, la familia Julia, que un día producirá al gran capitán, árbitro de los destinos de Roma y de la paz del universo.

### III.

El Celio puede, pues, contarse entre las colinas plebeyas de la antigua Ciudad: á sus piés se extiende, continuando la Via Sacra y dirigiéndose sobre el Esquilino, la populosa y gritadora *Subura*, el barrio bajo, en todos sentidos, de Roma, el hervidero de todos los vicios y de todas las miserias de la capital del mundo. A la extremidad oriental del Monte Celio estuvo el Templo de la Felicidad, que ostentaba en su pórtico las estatuas de las Musas, de Téspis y una Vénus, obras insignes de Praxitéles. Hacia la mitad del monte fueron un día las mansiones ó cuarteles de los albanos. A la falda del mismo, sobre la Via Triunfal, se alzaba *el Horreum* ó almacén público, especie de banco de depósitos, donde se guardaban las alhajas y objetos preciosos de los particulares; los templos de Hércules vencedor y de Minerva cautiva (*capta*), al norte de la montaña, viven ya tan sólo en el Recuerdo de los historiadores: el Templo de Diana, en el pequeño Celio (*Celiolo*), cedió su

puesto á la devota Iglesia de los Santos Cuatro Coronados: al antiguo Campo Marcial, construido sobre el Celio para suplir al verdadero Campo Marcio, cuando las inundaciones del Tíber impedían en él los juegos y las carreras, daba ingreso el Arco de Dolabella y Silano, que todavía existe: sobre su recinto se levanta la Iglesia de San Gregorio.

El campo de los soldados extranjeros, *Castra peregrina*, sostiene hoy la Iglesia de la *Navicella*. Quizá los ámbitos de San Estéban Redondo corresponden á los ámbitos del *Maccellum magnum*, mercado famoso en los tiempos más florecientes de Roma. Un templo había consagrado sobre el Celio al emperador Claudio su mujer Agripina, más cuidadosa de la apoteosis del muerto que del honor del vivo: destruyó el templo Neron, para llevar adelante la colosal locura de su Casa de Oro: Vespasiano lo restauró, atento á borrar en lo posible las trazas de aquella locura colosal; del Templo de Claudio, que se ostentaba magnífico en donde terminan los arcos Neronianos, sostenedores del gran conducto del agua Claudia, hoy quedan solo escombros y ruinas, que pueden verse en el jardín de los padres pasionistas, hermosa explanada que da frente al Palatino y domina la Via Triunfal y el Anfiteatro Flavio.



De la casa del rico Mamurra, con su vestíbulo y sus pórticos, con su lujoso atrio toscano, sus triclinos y su peristilo, sus exedras y cenáculos, su biblioteca y su pinacoteca; de aquella casa, primera de un particular, en que se prodigaron los mármoles y los preciosos objetos del arte griego, cuya suntuosidad le valió ser considerada como tipo de viviendas espléndidas, nada ha sobrevivido á los estragos del tiempo; ni puede apenas determinarse el área que ocupó: más venturosa la casa de los Lateranos, ilustre familia de cónsules, dió su solar en los dias de Constantino para una Basílica, que hace á la vez perdurables el nombre del Emperador que la erige, y el de los antiguos dueños del terreno en que se levanta. San Juan de Letran, dominando y coronando el Monte Celio quince siglos hace, indemniza bien á la region Celimontana del abatimiento y tristeza á que la redujeron sus propias condiciones topográficas, y las vicisitudes y guerras que tantas veces agitaron á la Ciudad de las Siete Colinas.

#### IV.

El más insigne monumento de aquella region Celimontana, hoy comprendida casi por

entero en la de *I Monti*, es San Juan de Letran, la Basílica Constantiniana, consagrada al Salvador en la primera mitad del siglo iv.

El emperador Constantino y el Papa San Silvestre son dos figuras históricas que se agrandan más y más á medida que el tiempo corre, como crece la sombra de los cuerpos que se alejan. Beneméritos insignes de la civilizacion, fundaron, puede decirse, el pacto solemne entre la Iglesia y el Estado, establecieron las bases de un derecho sapientísimo y fecundo en beneficios; crearon una sociedad nueva, inteligente, sobre el principio de la armonía íntima entre los poderes espiritual y temporal, armonía en cuya virtud el príncipe se arrodilla ante el sacerdote, y el sacerdote á su vez reconoce y ampara la majestad del príncipe. Fuera de la doctrina evangélica, ni se explica la verdadera teoría de la autoridad, ni se comprende en su justo alcance el deber de la obediencia. Constantino, asistido con luz de lo alto, entra en el gremio de la iglesia católica, es decir, logra, dejándose vencer por la verdad, una victoria mayor que la obtenida sobre Maxencio; los pobres de las Catacumbas realizan la conquista del imperio. Á la Roma de los bosques y de las ninfas, á la Roma del Foro y de las curias, de los circos y de los templos y de los pórticos; á la ciudad de

mármol y alabastro, rica en termas y en jardines, sucede la Roma de los cementerios y de las confesiones, la ciudad de las Basílicas.

Aquella casa del ciudadano y cónsul Plaurio Laterano, muerto por orden de Neron (*Cesariano truncatus est gladio*, escribe San Jerónimo), casa egregia al decir de Juvenal, que á título de confiscacion perteneció desde entónces á los emperadores, va á ser por voluntad de Constantino la morada del Sumo Pontífice. Cuando el cristianismo se levanta glorioso desde los cementerios de la Vía Apia al trono de los Césares, su jefe en la tierra, el sucesor de los apóstoles, sube á su vez á ocupar las cumbres de la region Celimontana, dominando desde ella los tres puntos culminantes de la Ciudad: el Capitolio, con su Templo de Júpiter, el Palatino, con su palacio de los emperadores, y el Anfiteatro con su hirviente muchedumbre. El paganismo está vencido; el trono imperial honrado, el pueblo va á ser libre en la santa acepcion de la palabra.

El genio y la devocion de Constantino multiplican las obras destinadas á dar espléndido testimonio de la feliz transformacion operada en el imperio: una Basílica se levanta en la colina Vaticana, junto al Circo de Neron, donde reposan los restos del Príncipe de los Apóstoles: al extremo opuesto de la Ciudad, en la

Vía Ostiense, otra Basílica señalará á las generaciones futuras el glorioso martirio de San Pablo, apóstol de las gentes. En la misma region de *los Montes*, junto al ángulo más oriental de los muros de Roma, sobre el Palacio Sesoriano se erige en el mismo siglo y por el mismo Emperador la Basílica de Santa Cruz *in Gierusalemme*, enriquecida con las reliquias que trajo de Oriente la emperatriz Santa Elena. Más léjos, en la Via Tiburtina, sobre el que fué Campo *Verano*, álzase la Basílica de San Lorenzo; fuera de la Puerta Pía, la de Santa Inés; y en todas partes ondea el victorioso y bendito Lábaro de Constantino, como emblema de saludable regeneracion.

## V.

La Basílica del Salvador, que por el lujo y primores con que fué adornada, recibió de los sencillos cristianos de las Catacumbas el nombre de Basílica Aurea, primera en dignidad, no sólo en Roma, sino en el orbe, tuvo al punto, y conserva todavía, el título excelso de *Sacro-santa Ecclesia Lateranensis omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*: en su sagrado recinto siempre abierto, de dia y de noche, hallaban asilo y socorro los criminales arrepentidos,

que escapaban de las cadenas ó del calabozo, para constituirse en cautivos voluntarios de la penitencia y de la caridad.

Basílica Constantiniana y del Salvador hasta el pontificado de Lucio II, Basílica de San Juan de Letran, desde que aquel Sumo Pontífice (año 1144) estableció en ella el culto particular de los santos Juan Bautista y Evangelista, creció siempre en magnificencia esta insigne catedral del Papa, hasta principios del siglo xiv, en que un incendio voraz la destruyó.

De su pórtico, sostenido por seis columnas, de sus cinco naves, de sus mármoles de Tiberiades, de sus estatuas, de sus relieves, de sus riquezas acumuladas en siete siglos, apenas dejaron vestigio las llamas en la víspera del día de San Juan de 1308. La Santa Sede había sido ya trasladada de las orillas del Tíber á las orillas del Ródano; pero llegaban hasta Aviñon los clamores del pueblo romano, las sentidas súplicas de Petrarca, pidiendo la reparacion de la Basílica Constantiniana, de la madre de todas las iglesias. La Basílica fué restaurada en aquel mismo siglo, embellecida en los siguientes, y reedificada hácia la mitad del xvii por solicitud del Papa Inocencio X, que dió al arquitecto Borromini la direccion de la obra con el expreso mandato de que se

conservara lo más posible del plan y adornos de la iglesia antigua.

Más moderna es todavía la fachada principal, la del lado de oriente; el Papa Clemente XII dispuso su construcción en 1734, y el arquitecto Galilei la llevó á cabo, no sin fortuna; que los dos pórticos, de que se compone, y los cinco arcos que cada uno ofrece, y las columnas corintias, que los decoran, constituyendo el pórtico inferior el vestíbulo ó entrada, y el superior la gran *loggia* ó balcon, desde donde el Pontífice Sumo bendice al pueblo en ciertas solemnidades, forman un conjunto armónico y agradable, digno de alabanza, si se tiene en cuenta la época á que aquella arquitectura pertenece.

Desde que se franquea el umbral del vestíbulo, ni los piés huellan más que mármol, ni la vista descubre más que objetos, que excitan admiración. Una gran estatua guarda la entrada de la Basílica por esta parte de la fachada principal; otra estatua hay en el otro pórtico de la misma Basílica, llamado de Sixto V, correspondiente á la fachada lateral; una y otra representan dos ilustres guerreros de distintos y distantes siglos, convertidos á la misma fe por obra de la gracia: uno es Constantino el Grande, otro es Enrique IV el Bearnés.

El aspecto interior de la Basílica no se pa-

rece al de nuestras catedrales góticas, ni reviste (excepto la parte del coro) el carácter severo de los primitivos templos cristianos, el carácter que tendría la propia Basílica del Salvador consagrada por San Silvestre, por más que se haya pretendido guardar su genuina disposición. La abundancia de luz, la resplandeciente limpieza de los mármoles, los cuatro órdenes de pilastras, que forman las cinco naves, las dos filas de estatuas colosales de los Apóstoles, y encima los bajo-relieves en estuco y los cuadros ovalados, producen una primera impresión de galería, ó gran museo, que sólo se desvanece cuando, después de avanzar algunos pasos, se llega al crucero y se contempla el altar Papal con su gran tabernáculo de estilo gótico, sostenido por cuatro columnas de granito.

## VI.

Aquel altar de mármol sirve para proteger otro muy modesto, de madera, pero que tiene un altísimo origen: es el altar mismo en que Pedro celebraba el misterio augustísimo instituido por su divino Maestro: es el altar á cuyos pies se postró la primera generación de la gran familia cristiana. ¡Admirable coincidencia! La

Basílica Lateranense, que posee entre sus venerandas reliquias la tabla de la Santa Cena, tiene en su altar mayor la tabla del altar de San Pedro. Encima, sostenido por cuatro columnas de mármol egipcio, con capiteles corintios de bronce dorado, hay un suntuoso tabernáculo, que guarda las cabezas de San Pedro y San Pablo. Los bustos de plata y oro, en que se encierran, fueron ofrenda, á principios de este siglo, de una ilustre dama española, la Duquesa de Villahermosa, que también dejó muestras de su devoción y munificencia en el relicario de la Basílica de Santa Cruz.

## VII.

Al otro lado del altar, en el ábside ó tribuna, hállanse los vestigios de la primitiva Basílica: todo allí respira antigüedad: la bóveda ostenta pinturas en mosaico de los Apóstoles y otros Santos, obra de Jacobo Turrita, célebre mosaicista florentino del siglo XIII, cuyo nombre está allí escrito con el de Frá Jacobo de Camerino, *socius magistri*, y también los retratos de ambos artistas con el de Nicolas IV: entre todas aquellas pinturas es de admirar, muy bien conservada, la que representa el Salvador, tenida por los fieles en tan pro-



funda veneracion, como piadosa es la creencia de que se apareció en el muro donde está, al ser consagrada por San Silvestre la Basílica primitiva; es lo cierto, que aquel hermoso busto, que domina la bóveda y el templo, ha sido respetado en todas las restauraciones.

En el fondo de la nave trasversal se ve el altar del Sacramento, notable por su riqueza extraordinaria y por las cuatro grandes columnas corintias de metal dorado, que lo adornan, y á las cuales la arqueología cristiana ha atribuido diversos orígenes: unos creen que fueron del Templo de Júpiter Capitolino, otros, que pertenecieron al Templo de Jerusalem, de donde las trajo Tito, vencedor de aquella ciudad; hay quien las supone procedentes del Templo de Némesis, y quien las imaginó del templo de Aténas, trasportadas á Roma por Sila. La opinion más recibida entre los eruditos es la primera; segun ellos, las columnas de San Juan de Letran estuvieron en el Templo de Júpiter Capitolino, como ofrenda de Augusto, que las hizo construir con el bronce de las naves de Cleopatra, aprehendidas en la batalla de *Actium*: acaso aquellas mismas:

..... *Navali surgentes are columnæ,*

celebradas por Virgilio en las *Geórgicas*.

## VIII.

Cuando se observan detenidamente estos maravillosos pormenores, y los monumentos que entre aquellas otras grandes columnas de mármol y en aquellas capillas hay depositados, el espíritu, elevándose sobre la exuberancia de las artes, que hiere en el primer momento los sentidos y produce una impresion algo profana, se impone pronto y acaba por triunfar sin gran esfuerzo.

Aquellas mismas estatuas colosales de los doce apóstoles, no todas de igual mérito, pues las de Santiago el Mayor y San Mateo, de Rusconi, exceden con mucho á las otras diez, los doce profetas, pintados en la parte más alta, y en medio los grandes relieves, que representan sucesos del Antiguo y del Nuevo Testamento, completan, si bien se considera, el cuadro magnífico de la religion católica, en la iglesia, que es madre y cabeza de todas las del orbe: hay allí un simbolismo lleno de sabiduría y admirablemente presentado. Doce asuntos de la *Biblia*, que abrazan desde el Paraíso hasta la Resurreccion de Jesucristo: encima doce profetas, que se cuentan desde Isaías, que anuncia la Concepcion de una Vir-

gen (*Ecce Virgo concipiet*), hasta Nahún, que ve la Transfiguracion gloriosa del Señor y cómo se propaga su Evangelio (*Ecce super montes pedes evangelizantis, et anunciantis pacem*): debajo doce apóstoles, predicadores de la nueva doctrina, el primer concilio de la Iglesia católica. Los profetas en pintura; los sucesos bíblicos en relieve; los apóstoles en escultura colosal. ¿No es verdad que hay algo de místicamente estético en esta feliz concurrencia de las artes á la exornacion de la Basílica Lateranense?

## IX.

No es posible enumerar y describir todos los objetos que en el órden religioso, histórico y artístico ofrecen importancia en esta hermosa catedral del Sumo Pontífice; pero tampoco es lícito pasar de largo delante de algunas de sus capillas. A la izquierda está la primera, la de Corsini, verdadero gabinete de un museo de escultura cristiana.

Parece difícil acumular en tan pequeño espacio tantas riquezas marmóreas. Las paredes, el techo, el pavimento, todo está revestido de las piedras más bellas y estimadas: el órden corintio más lujoso prevalece en su arquitectura y en sus adornos, obra todo de Galilei, á

la mitad del pasado siglo. La familia florentina Corsini, y en su representación el Pontífice Clemente XII, que á ella pertenecía, quiso erigir á su ilustre antepasado, San Andrés Corsini, un monumento digno y perdurable. La capilla tiene la forma rigurosa de cruz griega; entre dos bellísimas columnas de verde antiguo aparece el retrato en mosaico de San Andrés (copia del de Guido Reni, que está en la galería Barberini), sirviendo al altar de magnífico ornamento dos estatuas de mármol, que representan la *Inocencia* y la *Penitencia*, esculpidas por Puicelloti.

Allí se ve la tumba de Clemente XII: la urna de pórfido, en que reposan las cenizas del Papa, estuvo en otro tiempo en el pórtico del Panteon, perteneció sin duda á las Termas de Agripa. El simulacro del Pontífice arrodillado; el de enfrente, del Cardenal Neri Corsini, tío de Clemente XII; las grandiosas estatuas de la *Caridad* y de las cuatro *Virtudes Cardinales*, más ricas que bellas, más notables por el trabajo escultural, que por el espiritualismo religioso que las anima; los bajo-relieves, que recuerdan sucesos de la vida gloriosa de San Andrés; la variedad y esplendor de los mármoles, que desde el pavimento á la cúpula llenan aquel recinto, dan, como queda dicho, á la Capilla Corsini el carácter y la importancia de

uno de los más hermosos gabinetes artísticos, que puedan visitarse en Roma.

Debajo de la capilla, y comunicando con una cómoda escalera, que parte del lado del Evangelio, está el panteon de la familia Corsini: es una estancia redonda, subterránea, en cuyo derredor hay una serie de sarcófagos de mármol, que la mano helada de la muerte va encargándose de cerrar. En el centro se ve un altar, y sobre el altar llama poderosamente la atención una obra maestra de escultura: la Virgen María, con Jesus crucificado en los brazos, admirable grupo de *La Piedad*, que no debe temer la comparacion con aquel otro de Miguel Angel, que está en la primera capilla del Vaticano, á la derecha. El insigne anticuario Nibby da como autor de este hermosísimo grupo del panteon Corsini al escultor Antonio Montanti; los críticos y arqueólogos posteriores lo atribuyen á Bernini, el artista fecundo, que en la Plaza del Vaticano, y en el Puente de *Sant Angelo*, y en la fuente de Plaza Navona, y en todas las regiones de la Ciudad de las Siete Colinas, dejó espléndidos testimonios de su genio.

La Capilla Torlonia, mucho más moderna (fué acabada en 1850), es tambien notable por la riqueza de los mármoles que la decoran, y por el hermoso alto-relieve en mármol blan-

co, que representa el Descendimiento de la cruz, insigne obra del escultor Tenerani, gloria viva del arte y de la Italia.

## X.

Dos monumentos muy respetables, uno de la pintura y otro de la escultura, guarda la Basílica Constantiniana: es el primero un cuadro al fresco de Giotto, que representa á Bonifacio VIII, entre dos Cardenales, publicando el jubileo del año santo 1300: el segundo es el sepulcro del Papa Martino V (*Colonna*), debajo del altar Papal, en la capilla que se llama la Confesion de San Juan Evangelista: consiste en una grandiosa urna de mármol blanco con cubierta de bronce, en la cual está esculpida, con las vestiduras de la dignidad suprema, la efigie entera de aquel gran Pontífice, que puso fin al Cisma de Occidente. Esta magnífica muestra del desarrollo que la escultura logra ya en el siglo xv, es debida á un artista florentino, de nombre Simon, hermano de Donatello.

## XI.

En las naves menores de San Juan de Letran hay una multitud de depósitos funerarios, y

una coleccion de inscripciones, que bien merecen ser recorridos y estudiados por los amantes de la arqueología y de la historia: un volumen grueso pudiera formarse con la explicacion, áun rápida, de aquellos monumentos de piedra, que guardan cenizas de varones ilustres en santidad y en sabiduría, de aquellos epitafios y de aquellas fechas, que traen á la memoria sucesos prósperos y desdichados, dias de gloria y dias tambien de adversidad y de duelo.

Desde el sepulcro erigido por Sergio IV (al comenzar el siglo xi) á la memoria de Silvestre II, que murió en 1003, y el del mismo Sergio IV, que murió en 1013, pasando por el de Alejandro III, que dejó su nombre unido al de un insigne concilio de Letran, hasta las modestas urnas sepulcrales, que cubren, puede decirse, el pórtico Leoniano (la nave gira detras del ábside), allí están los restos mortales de los purpurados, que fueron arciprestes de la Basílica, los de insignes canónigos y bienhechores de la misma, los de artistas, que alcanzaron alto renombre, como Andres Sacchi, D'Arpino, Galilei, Teobaldo y muchos otros. La inscripcion latina, puesta por Morcelli sobre la tumba del Cardenal Rezzonico, en la capilla del Pesebre, pasa entre los doctos por modelo en este dificilísimo género literario.

Las pinturas y las esculturas, que todavía se conservan en aquella parte antigua, y aún pudiera decirse primitiva, de la iglesia, como pertenecientes al siglo x, ofrecen un interes de primer orden para la historia del arte. Hay, pues, en San Juan de Letran, como en otras Basílicas de Roma, un conjunto tan imponente de grandezas antiguas y de primores modernos, que ni al espíritu cristiano más abstraído es dado prescindir de estos segundos, ni el viajero más indiferente y superficial puede pasar por delante de las primeras, sin sentir una emocion, que de cierto no producen los demas monumentos artísticos de Italia.

— La nave principal de San Juan de Letran, con sus estatuas colosales, con sus columnas y sus mármoles preciosos, sorprende y cautiva los sentidos: la parte alta del templo, las naves pequeñas, la vieja capilla del coro, con sus frescos y sus sepulcros y sus inscripciones, despiertan otro orden de ideas, hieren poderosamente aquel sexto sentido, el sentido de la fe, que abre ante las almas humildes anchurosos y espléndidos horizontes, á que no alcanzan los sentidos corporales...



## XII.

Saliendo de San Juan de Letran por el pórtico de Sixto V, se llega, á los muy pocos pasos, al Baptisterio de Constantino, á la preciosa capilla octógona, llamada tambien San Juan *in Fonte*.

Hé aquí uno de los lugares más interesantes de la Roma cristiana: no es posible penetrar en él, sin que luego al punto aparezca la noble figura del vencedor de Majencio, recibiendo las aguas de la regeneracion de manos del Pontífice Silvestre. Despues de tres siglos, en que los soberanos del mundo acumulan en su orgullosa capital inmensos caudales de agua para sus termas, montañas de mármoles para sus palacios, metales preciosos para los palacios de sus ídolos, un emperador, movido por inspiracion del cielo, construye una sencilla fuente y decora un templo reducido, de original arquitectura, que ha de sobrevivir á los pórticos y á los palacios y á las termas, un bello edificio octógono, que ha de servir más tarde de modelo al Bautisterio de Florencia, al de la puerta esculpida por Ghiberti, que Miguel Angel creyera puerta digna del Paraíso, y al Bautisterio de Pisa, rico en mármoles y arabescos.

Ocho columnas de pórfido, cuatro con capiteles corintios, las otras cuatro con capiteles jónicos, sostienen un fronton, sobre el cual se elevan otras ocho columnas de mármol blanco de menores dimensiones, formando los puntos de apoyo de la cúpula: en el centro está la fuente bautismal, especie de vaso de basalto verde, de forma oval, de cinco piés de longitud, con una magnífica cubierta llena de bajos relieves y de preciosos adornos de metal dorado.

Del lujo con que Constantino exornó este santo lugar de su nacimiento á la vida de la gracia, nos ofrece una idea muy exacta el erudito bibliotecario Anastasio, en la *Vida de San Silvestre*: láminas de plata, nos dice, en peso de 3.800 libras, cubrían interior y exteriormente la urna; del centro se elevaban dos columnas de pórfido, sobre las cuales habia dos lámparas de oro, que pesaban 52 libras y que se alimentaban en las grandes fiestas con bálsamos olorosos de gran precio: un cordero de plata, de peso de 30 libras, arrojaba el agua al fondo, desde el borde de la fuente: á su derecha habia una gran estatua de plata del Salvador: á su izquierda otra estatua, tambien de plata, de San Juan Bautista: siete ciervos, del mismo metal, de 80 libras de peso cada uno, símbolos del alma sedienta de la gracia, arrojaban otros tantos raudales de agua, coronan-

do con las otras figuras todo el cerco de aquella hermosa pila: un incensario de oro, de 10 libras, cuajado de piedras preciosas, dejaba escapar en blancas columnas de humo los más delicados perfumes de Oriente, que por primera vez se dilataban en un espacio diáfano y puro, no infestado por las emanaciones de la pagánica sensualidad.

No preguntemos hoy por el oro y por la plata que la piedad de Constantino llevó á sus Basílicas y á su Baptisterio: los bárbaros han pasado más de una vez por todas partes; pero contra las invasiones y los estragos de las turbas y de los tiempos, ha prevalecido el perseverante celo de los Papas, que miraron siempre el Bautisterio de Constantino como un verdadero relicario histórico y artístico.

Ya en el siglo ix el Papa Adriano III lo reparó de los destrozos que en una y otra invasion de las acaecidas en Roma habia sufrido. Adriano IV, el único Papa inglés (luego veremos que hay cierta misteriosa correspondencia entre los destinos del monte Celio y los destinos de Inglaterra), hizo conducir el agua Claudia á servicio de la fuente bautismal de Constantino. Leon X, Paulo III y Pío IV aseguraron toda la parte alta y la cubrieron de plomo. Gregorio XIII rehizo el artesonado: Urbano VIII restauró y embelleció toda la ca-

pilla. Las paredes, que forman su nave única, están pintadas al fresco por artistas de la escuela romana. Mannoni, Maratta, Lamassei y Gemignani, todos del siglo xvii, reprodujeron allí con el pincel la batalla y victoria sobre Majencio, la aparición de la cruz, y otros asuntos que se relacionan con la paz de la Iglesia, debida al augusto neófito, sucesor de los Césares, al fundador del reposo, *fundatori quietis*, como se lee en el Arco de Constantino.

Cuando en la mañana del Sábado Santo asiste el peregrino en aquel recinto, cubierto de flores y bañado por la tibia luz de la primavera, al acto solemne y tierno de administrar el bautismo á los adultos convertidos á la religion católica (espectáculo consolador que por fortuna no falta ningun año), la imaginación traspasa rápidamente las fronteras de la historia y las murallas de los siglos, y se recrea en la contemplacion de aquel dia, en que no ya una cabeza, sino un imperio, no ya un imperio limitado, sino el imperio del orbe, se lavaba en aquella fuente para renacer á la vida del espíritu, para entrar en los caminos de la civilizacion.

Hay en el Bautisterio de Constantino dos pequeñas capillas, que no pueden ni deben pasar en olvido: quizá fueron dos habitaciones del antiguo palacio del Emperador: en la

de la izquierda, dedicada á San Juan Evangelista, hay de notable la estatua de metal que está en el retablo, entre dos preciosas columnas de alabastro oriental, y en la cúpula un mosaico, cuya antigüedad se hace subir al siglo VIII, y en el cual se ve imitado el estilo de aquellos arabascos, que en tiempos de Rafael se descubrieron en las grutas de Tito, y que tanta estimacion alcanzaron entre los artistas. La capilla de la derecha, de San Juan Bautista, restaurada por Clemente VIII, ofrece, ademas de algunas de estas pinturas llamadas *grotescas*, pero de época muy posterior (de Alberti Durant), la estatua de bronce del Santo en el altar mayor, entre dos rarísimas columnas de serpentino.

Interesantes son tambien el oratorio de Santa Rufina y Santa Segunda, bajo cuyo altar se guardan los despojos mortales de aquellas Santas, y en cuya bóveda y muro hay un mosaico del siglo XII, y una pintura no más moderna, que representa al Salvador coronando á las dos siervas de Dios; y el oratorio de San Venancio, uno y otro pertenecientes al mismo recinto: este último, rico en reliquias de mártires, con un notable mosaico del siglo VIII, que figura al Papa Juan IV y á su sucesor Teodoro I, fundadores de aquella modesta fábrica, hácia la mitad del siglo VII.

## XIII.

El Palacio de Letran, junto á la Basílica de su nombre, fué residencia de los Papas en el tiempo que media desde Constantino hasta la traslacion de la silla pontificia á Avignon: un incendio lo arruinó en los dias de Clemente V: convirtiéndose en ruinas el venerando recinto donde se habian celebrado tantos concilios (cinco de ellos generales), donde habian tenido cumplimiento sucesos importantísimos de la disciplina general de la Iglesia y de la civilizacion europea: una mano poderosa lo levantó de cimientos; la mano de aquel Pontífice, que salido de la soledad y el silencio de un claustro, se mostró tan magnífico soberano, que á ser largos los años de su vida, en proporcion de la grandeza de su alma, hubiera restablecido, y áun superado acaso, la magnificencia de la Roma de los Césares.

Sixto V, que trae á la Ciudad Eterna el agua Marcia á traves de un espacio de veinte y dos millas, que levanta los cuatro mayores obeliscos que viera la antigüedad pagana, y las dos grandes columnas, sobre que aparecen dominando la Ciudad y sus colinas las estatuas de San Pedro y San Pablo: el insigne y

valeroso Pontífice que lleva á término la Basílica de San Pedro, y deseca las lagunas Pontinas, y erige la gran capilla de Santa María la Mayor, y restaura los colosos del Quirinal, y abre nuevas calles y nuevas plazas, y protege la industria, y multiplica los establecimientos de caridad, y enriquece la Biblioteca Vaticana, deja tambien sobre el Monte Celio en la Plaza de Letran, monumentos magníficos de su genio, de su munificencia y de su devoción: el palacio, la escala santa, el obelisco.

El palacio, sobre las ruinas del antiguo Patriarquío, con arquitectura de Domingo Fontana, tuvo vário destino en los siglos xvii y xviii, hasta que en el actual dispuso el Papa Gregorio XVI que se colocaran en él los objetos de arte que en el Vaticano ya no cabian, creando así un nuevo museo, que se llamó *Gregoriano*. Pio IX ha engrandecido admirablemente este depósito arqueológico, estableciendo una riquísima seccion de antigüedades cristianas, que toma ya, con razon, el nombre de Museo Cristiano de San Juan de Letran.

Catorce salas ocupa y llena la coleccion, que pudiéramos llamar profana: seis son principalmente las que forman la coleccion cristiana, obra notabilísima de estos últimos tiempos.

## XIV.

La visita al Museo Cristiano de San Juan de Letran, despues de haber recorrido con mirada segura y espíritu atento las salas de escultura del Vaticano, sirve para completar un estudio estético de la mayor trascendencia.

Si en la belleza arquitectónica no igualó el arte romano el arte griego, que el Partenon fué siempre el modelo adonde en vano aspiró á llegar el genio audaz de los arquitectos de la República y del Imperio, en la grandiosidad y riqueza de ornamentacion, ciertos edificios de la Roma de los Césares, ni conocieron superior en los tiempos antiguos, ni han sido reproducidos en los modernos. El Coliseo y las termas proclaman aún esta verdad en el imponente lenguaje de sus ruinas. Monumentos ménos durables que los de la arquitectura, los de la escultura y la pintura, ofrecen un carácter, que admirablemente se armoniza con la marcha del espíritu y la evolucion de las ideas en la dilatada série de los siglos.

La exaltacion de la forma debia cesar á medida que se abren y alumbran los horizontes del espíritu. Con la pobreza, elevada á



virtud por el cristianismo, con la austeridad de la doctrina evangélica, con la santa preponderancia de lo invisible, de lo incorpóreo, de lo sobrenatural, la idea de la belleza ha de buscarse en objetos más elevados que la figura humana, anatómica, material, desnuda, que constituye elemento muy principal de la estética griega: en la física del arte, como en la física de los cuerpos líquidos, á la mayor altura del manantial corresponde la altura del surtidor: el manantial de la inspiracion cristiana, está mucho más alto que el de la inspiracion griega; por eso el nivel de las obras, que aquella produce, se levanta hasta la Cúpula de San Pedro, hasta el *Moisés* de Miguel Ángel y hasta la *Transfiguracion* de Rafael.

En los primeros siglos de la sociedad cristiana, inútilmente buscaríamos gigantescas manifestaciones del arte, á la manera que las ofrece la civilizacion que se derrumba. Como de una choza humilde de Nazaret salió la luz de la verdad, que habia de alumbrar al universo entero, así en el seno oscuro de las Catacumbas, regado con sangre y lágrimas de mártires y de confesores, brota la flor modesta del arte nuevo, destinada á llevar por todas partes y por todos los siglos el encanto de su aroma y la hermosura celestial de sus colores.

Tímida la arquitectura en los primeros tiem-

pos, crea sólo el modesto oratorio ó confesion y la fácil Basílica; pudorosa en extremo la escultura, limitase á decorar los altares, los muros, las puertas y los sarcófagos; ménos resuelta aún la pintura, apenas se atreve á reproducir en la mansion de las plegarias ó en el recinto de la muerte, personajes y sucesos del Antiguo y Nuevo Testamento, y sencillos emblemas de la Bienaventuranza. Y sin embargo, para las tres nobles artes despunta la aurora de un nuevo y venturoso día: la gran revolucion, realizada en la esfera de lo verdadero y de lo bueno, tiene que cumplirse tambien en la esfera de lo bello.

Pasarán los siglos: la luz del Nazaret irá extendiéndose de montaña en montaña, y de horizonte en horizonte; y salvará los mares y llegará á los más lejanos confines, y á la vez misma la flor de las Catacumbas irá creciendo, creciendo, y el viento llevará su semilla á todas las latitudes, y su perfume se percibirá en todos los pueblos: al santuario modesto, á la sencilla Basílica, sucederán los templos majestuosos, perenne gloria del arte ojival; la escultura, emancipándose del sarcófago y del muro y de la puerta y del altar, producirá estatuas, en las cuales, si no resaltan los primores de la anatomía, velados por vestiduras de anchos pliegues, refléjase la luz de otro cielo

áun más diáfano y más puro que el de Grecia y el de Italia, imprimirá su expresion inefable el sentimiento de lo invisible y de lo eterno, dejaráse ver la sonrisa de la inocencia y de la castidad, que Praxitéles y Fídias no podian comprender, ó el dolor de un alma humilde y arrepentida, tan distante de aquel otro dolor, que se lee en la contraida faz de *Laocoonte*.

La pintura acudirá con fraternal solicitud á embellecer los templos y las catedrales y los cementerios, desenvolviendo en sus paredes, y luego en tablas y lienzos, las más interesantes figuras de la *Biblia*, desde las apacibles escenas de la vida patriarcal, hasta el triunfo de la muerte ó la escena sublime del juicio post-terreno.

Cierto que llegarán dias en que el espíritu humano, flotando por la densidad de muchos siglos, parece que quiera volar y posarse en aquellas edades paganas, que caen al otro lado de Constantino y áun al otro lado del Calvario; cierto que ha de venir una ráfaga, desde las tierras de Oriente, que traiga como efluvios de aquella vida griega y de aquella vida romana, que eran la exaltacion de la materia y el culto de la forma; cierto que al influjo de esa ráfaga va á *renacer*, que no á *resucitar*, un principio estético, que ya en su tiempo y sazón dió todos los frutos de que era capaz; cier-

to, en fin, que el *neopaganismo*, en letras y artes, hablando la lengua de Homero y Demóstenes, arribará pronto á las hermosas costas de Italia, y se posesionará de Florencia y extenderá su dominación hasta la misma Roma; pero ni la eficacia de esta nueva y extraña evolución del ingenio humano es decisiva, ni logra nunca aquel temeroso desarrollo, aquel dilatado alcance, que muchos ponderan todavía con más buena fe que sólida razón: el ojo y la mano de los artistas parecen obedecer los preceptos de la escuela pagana, el alma, sin embargo, es cristiana.

En aquella especie de liquidación definitiva, que el mundo moderno hace de las bellezas y de los tesoros artísticos del mundo antiguo, trae á servicio de la idea cristiana los elementos paganos. ¿Los necesitaba por ventura la idea cristiana? No, seguramente. Pero los poetas y los filósofos habían evocado ya los sistemas y las fábulas de la muerta gentilidad: los artistas, en un orden ménos peligroso, hicieron también su llamamiento á las sombras y á las ruinas de Grecia y Roma.

Ya en otra parte lo hemos dicho: ántes de que Miguel Angel pintara en la Capilla Sixtina, junto á los verdaderos profetas de Israel, las Sibilas, falsas profetisas del paganismo, y la barca de Caron en el *Juicio Final*, había es-

crita Dante su *Divina Comedia*. No son, pues, la pintura y la escultura exclusivas responsables del giro que en cierta época toman las manifestaciones del pensamiento humano, dado que el pensamiento mismo no se tuerce ni extravía, tanto por el influjo de las aficiones y de los estudios clásicos, como por obra de otro enemigo implacable (la Reforma) que, trayendo en su seno el germen de todas las rebeliones, será obstáculo perpétuo en el camino de todos los progresos.

Para llegar á la más fácil y concluyente comprobación de estas sencillas verdades históricas y estéticas, no hay más que visitar las ruinas y los edificios monumentales, las galerías y los museos de Roma.

## XV.

El de San Juan de Letran, á cuya puerta nos hallamos, merece, bajo nuestro aspecto, muy detenida consideración. Allí han dejado escritas el arte pagano y el arte cristiano, páginas muy interesantes, cuyo estudio está al alcance de todos. En las salas del museo profano hay multitud de objetos preciosos de escultura, que se remontan á grande antigüedad, que revisten algunos los caracteres de la

escuela clásica griega. No es posible enumerarlos todos; pero tampoco es lícito pasar en silencio los más notables. Posee el Palacio de Letran los mejores mosaicos, que de la Roma pagana han llegado hasta nosotros: en la primera sala puede verse ya una muestra del famoso de los *pugiladores*, que perteneció á las Termas de Caracalla; en el segundo piso y en el Museo Cristiano hay otros, de que deberemos dar noticia.

La gran riqueza de estas primeras estancias, que recorreremos, consiste en los bajo-relieves, muchos de los cuales provienen de las magníficas decoraciones del Foro de Trajano, y representan escenas de la vida ó de la mitología romana.

La estatua de *Antinoo*, encontrada en Palestina, forma el principal ornamento de la tercera sala: es una obra de escultura que ofrece interes, más que por su mérito real, por la luz que da para la historia del arte en la época del emperador Adriano. Si no fuese un hecho averiguado la influencia del gusto egipcio sobre los artistas que florecían en tiempo de aquel Emperador, entusiasta por los viajes y por la imitación de los extraños usos, bastaría para establecerlo y corroborarlo la atenta observación de esta estatua, en que hay algo de la afectada gravedad de las estatuas

griegas, algo de la fiereza triste y sombría, que corresponde al dramático fin del favorito de Adriano.

Hállanse en la cuarta sala, entre otros curiosos monumentos, un bajo-relieve, que representa á *Medea* y *las hijas de Peleo*, excelente obra de arte griego; una estatua de *Marte* y una feliz reproducción del *Sátiro* descansando, de Praxitéles: más adelante, pasado el corredor, se ve la magnífica urna cineraria, con bajo-relieve, que figura una pelea de *gallos*: allí está el precioso *ciervo* en basalto, y la *vaca* en mármol blanco, copia acaso, ó imitación por lo ménos, de la tan celebrada de Miron.

Llámase de los Césares la sala que sigue, porque en ella se guardan ocho regulares estatuas de la familia imperial; seis de hombre, que representan Británico, César, Tiberio, Claudio, Druso y Germánico; y dos de mujer, atribuidas á Agripina y á Livia: diríase que esta pequeña galería de mármoles romanos forma como la antecámara ó vestíbulo de la estancia, en que el aficionado á las artes puede recrearse con una obra maestra de los buenos tiempos del cincel griego: es la estatua de *Sófocles*, descubierta no há mucho en los alrededores de Teracina, y ofrecida generosamente al museo por el Cardenal Antonelli, en

quien compiten la pericia para los grandes negocios de Estado y el amor inteligente á la clásica antigüedad.

El *Sófocles* de San Juan de Letran es, sin duda, la mejor estatua retrato, ¿quién sabe si la única? que de tan apartada época posee la Roma moderna; su actitud natural y á la vez digna, la profunda expresion de su semblante, revelan bien al filósofo que contempla desde la altura de su inteligencia la vanidad de las grandezas humanas, al poeta que lleva en su fantasía la grandiosa fábula de Edipo perpetuamente admirable y admirada: con el *Sófocles* de San Juan de Letran sólo es comparable el *Aristides* del Museo Borbónico de Nápoles.

Á la escuela griega, quizá á un celebrado grupo de Miron, pertenece la linda copia de un *Sátiro* que danza, hallada recientemente cerca de Santa Lucía *in Selce* (region de *I Monti*), y puesta en la sala misma del *Sófocles*.

En la siguiente llaman la atencion, en primer término, la hermosa y rara estatua de *Neptuno*, descubierta en Porto, y un bajo-relieve de muy delicada labor, que figura un *Poeta* con máscaras y una *Musa*, resto, sin duda, de alguno de los más espléndidos edificios romanos del tiempo del imperio: numerosos é importantes fragmentos de arquitectura y escultura, desenterrados pocos años hace



en la Via Labicana, camino de la antigua *Centumcella* (*Civittavecchia*), llenan las estancias inmediatas. Una estatua notable de *Diana* de Epheso, y varios sarcófagos con bajo-relieves, que contienen asuntos de las leyendas griegas, como la historia de *Oréstes* y la muerte de las *Nióbides*, la estatua de un *prisionero bárbaro*, interesante por el doble concepto de su mérito, y porque, no estando terminada, ofrece las señales claras de los puntos de proporcion fijados de antemano por el artista, como han hecho siempre y hacen todavía los escultores; y otros objetos preciosos en vidrio, barro y marfil, procedentes de afortunadas excavaciones en las cercanías de Ostia, señaladamente el mosaico de *Silvano* con su perro, completan la colección del museo que lleva el nombre de *Gregoriano*, porque á Gregorio XVI corresponde el pensamiento de su fundación, pero que bien pudiera también decirse *Pio*, porque al celo del Pontífice reinante se debe casi toda la riqueza que contiene, como por completo le pertenecen la creación y progresivo aumento del Museo Cristiano.

## XVI.

Desde el ingreso en la primera sala y en la escalera, que conduce á los cuerpos superiores

del edificio, se ven ya restos preciosos de escultura cristiana, que alcanzan al siglo v, y aún al iv, de nuestra era; admirables sarcófagos, en cuyos bajo-relieves las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento han reemplazado á los cantos de la *Iliada* y á las invenciones de las falsas teogonías: aquí el *Buen Pastor*, símbolo de la ternura y de la caridad: más allá la *Resurreccion de Lázaro*, símbolo consolador de otra vida sin término: la *Multiplicacion de los panes*, la *Percusion de Moisés en la roca*, la *Incolumidad de Daniel entre los leones*, enseñanza sublime de la Providencia de Dios, y otros y otros asuntos tomados de la *Biblia*, ofrecen fecundo campo al estudio del arqueólogo y del historiador y demuestran con cuán deplorable ligereza ha procedido en estos últimos tiempos la crítica racionalista, que por negar ú oscurecer el influjo del cristianismo en las regiones de la estética, no ha vacilado en traer sobre sí la nota de ofuscada ó de envidiosa ó de ignorante.

## XVII.

En el fondo de la sala, dominando la doble rampa, que á ella da acceso, hay una estatua sentada de *San Hipólito*, obispo de Porto,

que estuvo en las Catacumbas de San Lorenzo fuera de muros, y cuya antigüedad le da gran valor para la historia del arte: quizá es de los monumentos más insignes que la estatuaria cristiana puede ofrecer en una época en que la escultura todavía no vive por sí; no se ha desprendido del muro ó del altar, como anteriormente decíamos: en la silla de piedra hay grabada una inscripcion griega muy interesante: un calendario ó ciclo pascual, que en el año 223 compuso el santo Obispo para combatir la herejía de ciertos novadores que querian fijar la Pascua cristiana en los dias mismos que la Pascua judía.

### XVIII.

La inmensa galería del Vaticano que conduce al museo de escultura, no bastaba para contener las inscripciones sepulcrales halladas en los antiguos cementerios de Roma: trabajos incesantes y felices descubrimientos han enriquecido de tal suerte el tesoro de esos preciosos códices de humilde piedra, que por sí sólo llena ya, en el Museo Cristiano de Letran, los muros del fondo de los tres órdenes de arcadas que rodean el palacio.

Los sabios anticuarios P. Marchi, jesuita, y

caballero de Rossi, infatigables continuadores de los trabajos é investigaciones de Fabretti, de Marangoni, de Agincourt, de Bottari, de Boldetti, de Aringhi, y sobre todo, de Bosio, el más inteligente explorador de la *Roma subterránea*, han prestado en este siglo un gran servicio á la historia y á la erudicion, iluminando interesantes regiones de la antigüedad cristiana, y combatiendo, con gloria propia y honor de la justicia y de la rigurosa verdad histórica, errores, que se complacian en difundir los enemigos de la Iglesia, cuya gloria, si es visible en todos los siglos, resalta con brillo muy especial en aquellos primeros siglos de tribulacion, de martirios y de Catacumbas.

La magnífica coleccion de inscripciones, que forma principal ornamento del Museo Cristiano de Letran, está clasificada en este órden: Elegías y noticias relativas á diferentes mártires en tiempo de San Dámaso I (segunda mitad del siglo iv); inscripciones con fecha cierta, que comprenden desde el año 238 á 557: inscripciones importantes para el dogma: Papas, presbíteros y diáconos: otros personajes distinguidos: á la memoria de parientes, amigos, etc.: símbolos y emblemas: epitafios sueltos, sacados de diferentes cementerios. Como complemento de estas memorias inte-

resantes de las remotas edades del cristianismo, pueden verse y deben estudiarse en las cámaras contiguas las copias exactas y auténticas de las pinturas más notables, halladas junto á los sepulcros de los cristianos en las Catacumbas de San Calixto, Santos Nereo y Achileo, San Sebastian y algunas otras: allí se conservan tambien los frescos que adornaron la antigua Iglesia de Santa Inés, sobre la Via Nomentana, los cuales sirven para comprobar las aseveraciones de la crítica imparcial y discreta respecto á la índole y caracteres de la pintura cristiana, ántes de la invasion en Italia del neopaganismo artístico, á que nos hemos referido en páginas precedentes.

Si en la escultura escasean, durante los primeros siglos, los resultados del arte como estrecha para la representacion del mundo moral cristiano, en cambio la pintura mural llena las capillas de las Catacumbas y las tribunas de las Basílicas, abarcando en más ó ménos correctos cuadros la vida entera y las enseñanzas sublimes de la nueva religion en sus verdaderos atributos.

## XIX.

En las cámaras principales, que ahora forman una galería de pinturas, hay algunos mo-

sáicos antiguos de mérito singular: es uno el de los pugiladores, sacado, como ya hemos dicho, de las Termas de Caracalla, y que forma por sí solo el pavimento de una sala de más que medianas proporciones: representa varias escenas de pugilato; las figuras son notables por el dibujo y la expresión; la delicadeza y primores del trabajo distan mucho de la perfección que se admira en otros fragmentos de mosaico que el mismo museo ostenta en su primera sala: á ellos nos hemos referido ya al describir aquel otro precioso mosaico de las palomas sobre el borde de la taza, que se guarda en el Capitolio. Aquél y éste tuvieron, sin duda, por original respectivo dos obras insignes del mosaicista griego Sosos, cuya habilidad encarecieron Plinio y Estacio y otros escritores.

La copa adornada de palomas, que Homero describe en la *Iliada*, inspiró, acaso, al artista de Pérgamo, el hermoso mosaico, tan celebrado por el insigne autor de la *Historia natural*, cuando dice: *Mirabilis ibi (Pergamis) columba bibens et aquam umbra capitis infuscans. Apricantur alia scabentes sese in cantari labro*; del otro mosaico del mismo Sosos, que se llamó con la poco poética denominación de *El suelo no barrido*, el *Asarótos* célebre del arte antiguo, posee el Museo de Letran una copia bellísima, hecha

por otro griego, Heráclito, en la época de César, según la opinión más recibida: es, en efecto, el suelo de un comedor inmediatamente después del festín; hojas de ensalada, huesos de ave, espinas de pescado; restos, en fin, del banquete, arrojados aquí y allí con escasa pulcritud, forman un conjunto agradable, por lo verdadero, como los interiores y los bodegones en que alguna vez se ejercitaron pintores españoles de mérito sobresaliente: tan sutil y delicada es la labor de este singular mosaico, que se han podido contar siete mil quinientos pedacitos de mármol en un palmo cuadrado, lo cual declara un esfuerzo casi inverosímil de paciencia y de habilidad.

El haber sido descubierto en el terreno donde estuvieron los Jardines de Servilio (entre el Palatino y la Puerta Ostiense), induce á creer que el mosaico perteneció á la casa de aquella Servilia, hermana de Catón y madre de Bruto, tipo insigne de mujer romana, tan admirablemente dibujado en la tragedia de nuestro inolvidable Ventura de la Vega. ¡Quién sabe si pocos días ó pocos momentos ántes de los terribles idus de Marzo puso sus piés sobre aquel artístico pavimento el vencedor de Farsalia, el verdadero autor de un imperio, que ha de abarcar el orbe de la tierra!

## XX.

Hay en las salas principales del Palacio Lateranense bastantes cuadros de las varias escuelas italianas, algunos notables, ninguno de primer orden. Merecen mencion el *Santo Tomás recibiendo el cordon de manos de la Virgen*, por el beato Angélico de Fiesole, una *Madonna con San Juan Bautista y San Jerónimo*, por Márcos Palmezzano (*Parmigiani*), un retrato atribuido á Van Dyk, un *San Jerónimo* pintado por Juan Santi, ó Sanz, padre del inmortal Rafael, y una gran copia al óleo, del fresco de Dominiquino (*martirio de San Andrés*), cuyo original veremos en la inmediata Iglesia de San Gregorio.

## XXI.

Del Palacio *Patriarchio* Lateranense, presa de las llamas en el siglo xiv, sólo se habian salvado la capilla dedicada á San Lorenzo y una parte del *Triclinium* famoso, construido por el Papa San Leon III á fines del siglo viii: los restos del *Triclinium*, lugar donde los Pontífices solian recibir á los peregrinos ilustres, y



la antigua capilla, riquísima en reliquias, donde un tiempo estuvieron las cabezas de San Pedro y San Pablo, existen todavía á la extremidad de la Plaza de Letran; allí está el devoto santuario, que los fieles de Roma y de los de todo el orbe cristiano miran quizá con más tierna veneracion: *la Scala Santa*.

Sixto V mandó edificar un pórtico de cinco entradas delante de la primitiva capilla, que en vez de la de San Lorenzo tomó la advocacion del Santísimo Salvador: correspondiendo á la puerta de enmedio, hizo extender en suave plano inclinado, bajo una hermosa bóveda, la escalera de mármol que perteneció al palacio de Pilatos, y que Jesucristo santificó con sus plantas y con su sangre, subiendo y bajando más de una vez sus veintiocho escalones en los dias de la Pasion. Santa Elena trajo de Oriente esta preciosa reliquia, constante objeto de devocion universal: una cubierta de madera, que con frecuencia es preciso reponer, protege el mármol blanco de Tiro, de que está formada la escalera, por lo cual sólo es lícito subir de rodillas, y en la cual á ninguna hora del dia dejan de verse personas de todas condiciones, que en tan reverente actitud verifiquen la devota ascension por la Escala Santa: en la capilla, adonde conduce, se venera una antiquísima imágen del Salvador, y bajo el al-

tar se guardan innumerables reliquias, que han valido á aquel lugar de recogimiento y devocion el nombre de *Sancta Sanctorum*. A los lados hay dos espaciosas escaleras para bajar.

Del *Triclinium* Leoniano se conservan en una gran tribuna, construida á propósito en tiempo de Benedicto XIV, los mosaicos principales que en su tiempo lo adornaron, y en época posterior se han añadido tres notables inscripciones, que aseguran la noticia histórica relativa á tan interesante monumento de la antigüedad cristiana: una comprende la descripción del Triclinio, hecha por el bibliotecario Anastasio en la *Vida del Papa San Leon III*; otra recuerda la restauracion llevada á cabo por el Cardenal Barberini en el año 1625; la tercera conmemora y elogia el celo de Benedicto XIV, que, accediendo al deseo de los eruditos, *eruditorum virorum votis occurrens*, levantó de cimientos el ábside del cenáculo Lateranense, construido por Leon III (*Sacro cogendo Senatu aliisque solemnibus peragendo*), y lo decoró con sus genuinas pinturas, conservadas felizmente en un antiguo código del Vaticano.

## XXII.

En medio de la grandiosa Plaza de Letran se alza el obelisco egipcio más alto de Roma,

quizá el más alto de cuantos se conocen en nación alguna: no hay tampoco un monumento de piedra que cuente más años de existencia, aún en la ciudad que encierra tan antiguos monumentos: en el Obelisco Lateranense es todo extraordinario; su fecha, que se remonta diez y siete siglos más arriba de la era vulgar; su altura, que se aproxima á 150 piés; su peso, que excede de 440 toneladas.

Fueron los obeliscos una de las más simbólicas manifestaciones del arte egipcio. Los más sabios escritores de la antigüedad creen que en un principio fueron monumentos alzados en honor del sol, del cual parecían rayos: *radio-rum ejus argumentum in effigie et est ita significatur nomine egiptio*. Ammiano Marcelino afirma que, aunque en la forma imitaban al rayo, su verdadera consagración era á los dioses: en su superficie, labrada por mano de hábiles artistas, esculpíanse jeroglíficos, notas é iniciales, que contenían alabanzas al sol y pomposas denominaciones de los reyes.

De los doce obeliscos que en Roma se conservan, hay tres (el del Vaticano, el del Quirinal y el del Esquilino), que carecen de jeroglíficos: de los otros nueve, cuatro pertenecen á las edades remotas de la gente y de la civilización egipcias; los otros cinco, aunque cubiertos de jeroglíficos, corresponden ya, puede

decirse, á los tiempos de la lengua muerta y de la nacion sojuzgada: son de la época de la dominacion romana en Egipto, despues de la conquista de Augusto. Los cuatro, auténtica y genuinamente egipcios, de los tiempos clásicos de aquella civilizacion, son el Lateranense, que se refiere á la época de Thoutmes IV (el Moeris de Herodoto), el de la Plaza del *Popolo*, del tiempo de Sesostris (Ramses III), el de Monte Citorio, que corresponde á Psamético I, y el de la Minerva, que es el más moderno, cuyo origen alcanza, sin embargo, al rey Hophre (el Apries de los griegos), cerca de los seiscientos años ántes de la era vulgar, es decir, á los dias de Tarquino el Viejo y de Servio Tulio: el más moderno de los obeliscos egipcios coincide, pues, con los más antiguos de los monumentos romanos.

La primera, bajo todos conceptos, de aquellas enormes *agujas* de piedra, que se levanta en la Ciudad del Tíber, domina los valles y las colinas, y guarda, como inmóvil centinela de treinta y cinco siglos, la Basílica que es madre y cabeza de todas las del orbe.

Habia sido el Obelisco Lateranense magnífico ornamento del Templo de Tébas, de donde, por disposicion de Constantino, fué arrancado y conducido por el Nilo á Alejandría: un buque de especial hechura, remado por tres-

cientos hombres, lo trajo por el Tíber hasta la Vía Ostiense, á tres millas de distancia del Circo Máximo, donde quedó erigido sobre un ancho pedestal de granito. Desenterrado y restaurado á fines del siglo xvi por orden de Sixto V, fué traído á la Plaza Lateranense y puesto en el lugar que hoy ocupa, despues de una prolija maniobra en que hubieron de emplearse máquinas y recursos que acreditan la pericia del arquitecto Domingo Fontana, el mismo que dirigió la elevacion del Obelisco Vaticano bajo la poderosa iniciativa del mismo Sumo Pontífice.

### XXIII.

A los antiguos monumentos de la region *Celimontana* han sucedido otros, ricos por demas en tradiciones y interes religioso, artístico y arqueológico.

Procuraremos recorrerlos con la mayor rapidez posible.

En aquella parte del Celio, que se llamó *Clivus Scauri*, en la direccion del Acueducto Neroniano, estuvo la casa de la noble familia Anicia, de que fué descendiente San Gregorio Magno, que convirtió en casa de oracion y penitencia el solar de sus antepasados. En el

siglo VIII, la iglesia aneja al monasterio lleva ya la advocacion de San Gregorio: el Papa segundo de este nombre, honró así la santa memoria del primero. En los tiempos modernos, á contar desde el siglo XVII, el templo ha sido objeto de grandes reparaciones: el monasterio está ocupado por una comunidad de camaldulenses.

Un nombre ilustre en los anales de la ciencia y de la santidad va unido á esta veneranda casa religiosa: es el nombre de San Agustin, apóstol de Inglaterra. Del Monte Celio partieron, pues, los civilizadores de la Gran Bretaña, los que le proporcionaron el hermoso dictado de *Isla de los santos*: de allí San Lorenzo y San Pedro, Arzobispo el uno y Abad el otro de Cantorbery; de allí San Meliton (*Melite*), Obispo de Lóndres y primado luégo de Inglaterra; de allí otros insignes bienhechores de la civilizacion, que no por el aplauso mundano, sino por el estímulo de la caridad, llevan á todas partes la doctrina y la luz á costa de penalidades, de sacrificios y áun de la vida.

Un Papa Gregorio abre la serie de los grandes hombres que aquella casa ha producido; otro Papa Gregorio la cierra en nuestros dias: todavía se ve en el monasterio de los camaldulenses la humilde celda donde habitaba un sabio religioso que la mano invisible de Dios

llevó al trono de San Pedro con el nombre de Gregorio XVI. Así se enlazan trece siglos con el anillo misterioso de la unidad del dogma y la unidad de la oración.

#### XXIV.

Contiguas á la Iglesia de San Gregorio, pasando una terraza que da frente á las ruinas del Palacio de los Césares, hay tres capillas antiguas, restauradas en el siglo xvi por el Cardenal Baronio, el sabio autor de los *Anales Eclesiásticos*, Abad comendatario de San Gregorio.

La primera fué consagrada á Santa Silvia, madre del gran Pontífice, en la cual son notables una estatua de la Santa, debida á Nicolas Cordieri, discípulo de Buonarroti, y un coro de ángeles en derredor del Padre Eterno, pintado al fresco por Guido Reni en tiempo ya del Cardenal Escipion Borghesse.

La segunda está dedicada á San Andrés apóstol, y tiene en el muro, sobre el altar, un buen cuadro al óleo por Roncalli (*Pomarancio*), que representa la Virgen María con San Andrés y San Gregorio: en las paredes laterales hay otras dos pinturas célebres, así por su mérito real, como porque recuerdan una especie

de competencia artística, que ha tardado mucho tiempo en decidirse. El Dominiquino trazó en el muro de la derecha el martirio de San Andrés, de que hay una gran copia al óleo en el Museo Cristiano de Letran. Guido Reni pintó en el muro de la izquierda el mismo San Andres marchando al suplicio de la cruz. Casi todos los maestros del arte otorgan al primero la palma de la victoria; pero nadie puede negar al segundo una expresión suave y piadosa, que agrada y conmueve mucho más que los primores de la composición y las bellezas del dibujo. Annibal Carraci, maestro de los dos contendientes, formuló su veredicto artístico en estos términos: «Guido ha pintado con la seguridad de un profesor, el otro con descuidos y defectillos de escolar; me agradan más, sin embargo, los defectos del escolar que la bravura del maestro.»

En la tercera capilla, de Santa Bárbara, hay una estatua sentada de San Gregorio, que comenzó Miguel Angel y terminó su ya citado discípulo Cordieri. En medio se muestra una gran tabla de mármol, á la cual se refieren tiernísimos y santos recuerdos de la vida de Gregorio Magno: era la mesa donde el humilde Pontífice daba diariamente de comer y servía á doce pobres: una piadosa tradicion embellece la historia de aquellas comidas y de



esta mesa; un ángel bajó en cierta ocasión á presidirla; desde entónces los socorridos fueron trece.

*Bis senos hic Gregorius pascebat egenos*

*Angelus et decimus tertius occubuit.*

## XXV.

Sobre una parte de los restos del antiguo edificio, que sirvió en el Monte Celio para alojamiento de los albanos, no léjos de donde estuvo el Templo de Claudio, se levanta la Iglesia de los Santos Juan y Pablo, dos ilustres hermanos que allí sufrieron el martirio en tiempo de Juliano el Apóstata. Remóntase, pues, al cuarto siglo este santuario, que hoy pertenece á los padres pasionistas: veinticuatro columnas de granito negro, de órden compuesto, dividen las tres naves de que consta: el pavimento es de cierta especie de mosaico, compuesto de piedras escogidas, como el pórfito y la serpentina, y trabajado con exquisito gusto y habilidad: una gran urna de pórfito, debajo del altar mayor, guarda los restos de los santos mártires.

El convento contiguo está ocupado, como ya hemos dicho, por los padres de la Pasion, humildes sacerdotes regulares, que llevan al

pecho, como noble y santa insignia, la corona de espinas, y que á los demas ejercicios de su ministerio unen el de la predicacion en los países extranjeros: el ilustre fundador, San Pablo de la Cruz, previó y predijo los frutos que lograrían en Inglaterra sus hijos: en Inglaterra es, en efecto, donde se ha establecido la primera casa de pasionistas: tan cierto es que hay una misteriosa y como providencial relacion entre la historia del Monte Celio y los destinos de la verdadera civilizacion inglesa.

El jardin del convento de los pasionistas es una de las más bellas é interesantes alturas de Roma: domina la Via Triunfal, el Anfiteatro, el Palatino, y guarda en sus entrañas ruinas imponentes de dos ó tres antiguas construcciones, ruinas de ruinas. Allí estuvo el Templo de Claudio, erigido por Agripina, grandioso cual pocos, situado cual ninguno: Neron convirtió su área en vasto estanque, que enviaba su caudal por anchos cauces á aquel otro lago, descrito por Suetonio y por Marcial, donde pronto habrá de alzarse el Anfiteatro Flavio.

Una vez construido el Anfiteatro, desecado el segundo estanque, el primero desapareció tambien, y en sus inmensas bóvedas se formó el *Vivarium*, depósito de fieras vivas destinadas á los espectáculos del Coliseo. Aún pueden verse los imponentes subterráneos de aquellas

obras imperiales: al contemplar las gigantes-  
cas arcuaciones, los contrafuertes y muros de  
travertino, la muerta magnificencia del tem-  
plo, que la vanidad levantó y la vanidad der-  
ribó, del *Ninfeo* y del *Vivario*, que representan  
despojos de una civilización asfixiada en las  
tinieblas del sensualismo; al salir de aquellas  
cavernas á la luz esplendorosa de la colina,  
parece que el espíritu ve el fin de una triste  
peregrinación, parece que causan más alegría  
las cúpulas y las cruces que coronan aquellos  
lugares, centro y corazón un tiempo de la Ro-  
ma pagana.

## XXVI.

Pasado el Arco de Dolabella, que daba in-  
greso al pequeño *Campo Marcial* del Monte  
Celio, se llega al recinto destinado á las mili-  
cias extranjeras (*castra peregrina*), de que ha-  
cen mención todos los historiadores: en la  
Iglesia de Santa María *in Dominica*, fundada  
sobre la casa en que vivió Santa Ciriaca, dama  
romana, y en donde San Lorenzo distribuía á  
los pobres los tesoros de la Iglesia, se han en-  
contrado interesantes inscripciones, que fijan  
de una manera indudable la topografía de  
aquellos alojamientos de los soldados extran-

jeros, guardia escogida de los emperadores; flamencos, la de Augusto; germanos, la de Calígula; ilirios, la de Galba; armenios, la de Constantino.

Digna es de ser visitada la antiquísima Iglesia de Santa María *in Dominica ó della Navicella* (por una barquilla de mármol, exvoto de marinero, que hubo en aquella plaza en remotos tiempos), compuesta de tres naves, que sostienen sus diez y ocho columnas, y rica en preciosos mosaicos y aún en pinturas, atribuidas á Julio Romano y á Perin del Vaga; pero todavía ofrece mayor interes el inmediato templo llamado *San Stefano Rotondo*.

## XXVII.

Es la mayor iglesia circular que existe en Roma: ciento treinta y tres piés tiene de diámetro; es decir, treinta y tres más que el Panteon de Agripa: cincuenta y ocho columnas de granito y seis de mármol blanco, todas de órdenes diferentes, como si procedieran de distintos edificios, sostienen la gran cúpula: otro pórtico más vasto, tambien con columnas, la rodeaba en lo antiguo; pero en tiempo de Nicolás V fué reducida á las dimensiones que ahora tiene. El Papa Simplicio, en la se-

gunda mitad del siglo v, consagró al proto-mártir San Estéban esta iglesia, que los Pontífices sucesivos embellecieron con mármoles y mosaicos de gran precio.

¿Qué destino tuvo este vasto recinto antes de ser consagrado al culto cristiano? Unos arqueólogos dicen que fué Templo de Fauno; otros que de Júpiter; muchos lo confundieron con el de Claudio; sala de baños lo ha imaginado alguno por su parecido con las grandes rotondas de las termas; pero una medalla de Neron, en cuyo reverso está esculpido el gran mercado, *macellum magnum*, edificio redondo, construido sobre el Celio en tiempo de aquel Emperador, hace creer que á esta fábrica se adapta y corresponde la Iglesia de San Estéban, notable por su forma, por sus proporciones, por su antigüedad y por los frescos que la decoran.

Son éstos obra de Pomarancio y Tempesta, y representan escenas del martirio: diríase que allí está escrita la historia sangrienta de las persecuciones y de la saña contra los cristianos: desde el degüello de los Inocentes hasta la paz de la Iglesia, aparecen en treinta y dos grandes cuadros, mas notables por su expresión que por su mérito, las varias y horribles maneras de tormento que pudo escogitar la ferocidad de los hombres del Anfiteatro. En

el muro circular de la Iglesia de San Estéban, el primer mártir, está pintada con aterradora verdad la coronacion solemne de unos héroes, que no subieron por la Via Triunfal al Capitolio de Roma, sino que por el camino de la tribulacion y de los dolores se remontaron á las regiones de la verdadera inmortalidad.

## XXVII.

Hay en la region de *I Monti*, donde nos hallamos, siguiendo la gran calle (*Stradone*), que conduce á San Juan de Letrán, un monumento cristiano de la más alta importancia para la historia del arte y de la religion. Nos referimos á la insigne Basílica de San Clemente, fundada sobre la que fué vivienda de aquel romano esclarecido, tercer sucesor de San Pedro. El interes que esta iglesia ofreció en todos tiempos por sus reliquias y su antigüedad, se ha acrecentado en las actuales por el feliz descubrimiento de la Basílica primitiva, mencionada mas de una vez por San Jerónimo, merced al cual podemos poner la planta é hincar la rodilla en un santuario de los primeros siglos, en uno de los más ilustres santuarios de las primeras generaciones cristianas.

Para estudiar la disposición de las casas de los romanos, de aquellas admirables casas de Mamurra en el Celio, de Pompeyo en las Carinas, de Cayo Aquilio sobre el Viminal, de Q. Catulo, el vencedor de los Cimbras, y de Craso, comprada luego por Ciceron, ambas sobre el Palatino, tenemos que acudir á las descripciones de los prosistas, ó á las hipérbolos de los poetas: de las curias, de los pórticos y de las basílicas, apenas pueden apreciarse por las medallas la genuina forma y la imponente grandiosidad. Para formar idea exacta de estas antiguas construcciones, hay que alejarse de Roma y recorrer las calles solitarias de Pompeya: allí se ve la realidad de la vida romana, allí se estudian las manifestaciones de sus artes: diez y ocho siglos han pasado sobre aquella ciudad, que hoy surge de la tierra para traer la noticia exacta y auténtica de una sociedad y de un pueblo que dominaron el mundo.

Más afortunados los monumentos cristianos en la Ciudad de las Siete Colinas, tienen su ejecutoria comprobada en Basílicas y en subterráneos, verdadera Pompeya de la Roma de los Papas. La Iglesia de San Clemente es, sin duda, la más notable bajo este punto de vista. Los anticuarios y arquitectos la proponen todavía como ejemplar y modelo de las Basíli-

cas que describen los más antiguos escritores cristianos, señalando las varias partes de que constaban y el destino que tenían, desde el pórtico hasta el fondo del ábside, donde está la silla episcopal ó presbiteral.

Son, pues, dos templos los que hay en el recinto de la primitiva casa de San Clemente: la Basílica superior que, destruida en las guerras del siglo xi, fué reedificada en el siguiente por Pascual II, y reparada y embellecida después en el xv, xvi y xviii, con mosaicos excelentes y frescos de Masaccio que avaloran la capilla de la Pasión; y el subterráneo, que nos ofrece la Basílica primitiva, con tres naves y pinturas interesantísimas, y una inscripción que se remonta á los tiempos del emperador Adriano. Aquella es una verdadera cátedra de arqueología cristiana, desenterrada á la admiración del mundo por la munificencia del reinante Pío IX.

## XXVIX.

Otra iglesia nos queda por visitar en la parte que se llamó el Celiolo, sobre las ruinas de un templo de Diana, no lejos de la Basílica Lateranense: su antigüedad llega, según algunos, al siglo iv, á la época del Papa Melquí-



des: destruida en las invasiones del siglo xi, tan funestas para los edificios de Roma, en especial para los del Celio, la reedificó un cardenal español, Alfonso Carrillo, uno de los más doctos varones de la corte pontificia de Martino V. La inscripcion del vestíbulo dice así:

*Hæc quacumque vides veteri prostrata ruina  
Obruta verbenis, hederis, dumisque jacebant  
Non tulit hispanus Carrillo Alphonsus, honore  
Cardineo fulgens, sed opus licet occupat ingens  
Sic animus magno reparatque palatia sumptu  
Dum sedet extincto Martinus schismate Quintus.*

La Iglesia lleva el nombre de *I Santi Quattro Incoronati*, y está consagrada á los cuatro mártires San Severo, Severiano, Carpóforo y Vitorino, cuyos cuerpos colocó allí el Papa Leon IV. En el Palacio contiguo residieron los cardenales titulares de esta iglesia. De allí fueron llamados, para subir á la Silla de San Pedro, Leon IV y Estéban VI. El título de los *Cuatro Coronados* llevaba aquel Cardenal Don Enrique, que fué Rey de Portugal á fines del siglo xvi, despues del desastre de D. Sebastian.

Tales son los monumentos más notables, que en la antigua region celimontana ha levantado la Roma de los Papas sobre las ruinas y los escombros que allí quedaban de la Roma de los cónsules y de los emperadores.



# EL AVENTINO

EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS  
Y EN LOS MODERNOS.

---

## I.

Estamos en la colina plebeya por excelencia, en el cuartel de la democracia romana: diríase que su misma posición topográfica, en frente del Palatino, simboliza los principales sucesos de su historia.

Como todas las otras colinas, ésta en que nos hallamos, tiene su bosque y su leyenda: el bosque de mirtos: la leyenda mitológica de Caco.

Antes de que el Aventino recibiera este nombre, *ab avibus*, por la abundancia de pájaros que en su selva se escondían, como quiere algún autor, ó de *Aventino*, rey de Alba, sepultado entre sus breñas, ó *ab adventu*, por la concurrencia de gentes al Templo de Diana, ó *ab aventu*, por la navegacion en barcas,

que exigía su valle pantanoso, ó, por último, de *Avente*, nombre de un río de la Sabina, que los antiguos moradores de este monte quisieron perpetuar, es lo cierto que la fábula había colocado ya en aquella altura sombría el antro de un famoso aventurero, terror de los pastores del contorno. Virgilio hará de Caco un hijo de Vulcano, convertirá en Hércules al pastor Recaranus, que lo venció, y así, sobre la más humilde de las colinas de Roma, se levantará uno de los más bellos cantos de la *Eneida*.

## III

## II.

Aquella irregular floresta, que en los tiempos de Evandro bajaba hasta la orilla del río, ofrecía dos grandes laureles en dos prominencias ó cimas, de las cuales una, la roca Sacra, la del *Lauretum magnum*, con su templo de Vertumno, dominaba á la menor. Desde esta altura consultará un día Remo los secretos de lo porvenir, y el presagio será contrario: y el Aventino comenzará á ser monte nefasto, region proscrita, especie de arrabal de la Roma de los reyes. Los patricios lo excluirán del ámbito ó *pomerium* romano, y solamente en los tiempos de Claudio llegará á formar parte integrante de la soberbia ciudad. El Aventino

de Remo aparece, desde los albores de la historia, como rival del Palatino de Rómulo. Colina de oposicion, montaña, como diriamos en las cámaras modernas, el Aventino será teatro de todas las insurrecciones y de todos los retraimientos de la plebe, la cual poco á poco irá arrancando privilegios y libertades y franquicias, para entregarlo todo en su día á un dictador afortunado ó á un tirano sin entrañas.

### III.

Alguna vez, paseando por los jardines que hoy forman la pintoresca meseta del Palatino, sobre el palacio de los Césares, mirando en frente la solitaria region del Aventino, evocando tiempos y nombres que pasaron, hemos formulado en nuestro espíritu esta tésis, cuya moralidad alcanza á todas las edades de la historia. ¿Cuál de los dos elementos que representan estas dos colinas, Palatino y Aventino, contribuyó más al definitivo eclipse de la libertad romana? Aquí brotó la monarquía, aquí se agitaban las ambiciones de los patricios, aquí se mantuvo siempre una especie de tradicion conservadora, aristocrática ó como quiera llamarse, que tomará esencia de dominio absoluto en César, y forma de gobierno

imperial en Augusto; pero allí enfrente hierve el tumulto popular, allí fructifica el árbol de la rebelion: desde Bruto el viejo, que acaudilla al pueblo en su retirada al Monte Sacro, hasta los Gracos, hasta los últimos tiempos de la república, el Aventino, queriendo ser alcázar de las libertades plebeyas, fué en realidad, con sus exageraciones democráticas, el auxiliar más poderoso de la reaccion dictatorial, y el coautor más eficaz del imperio. Leida á buena luz la historia del Aventino, ofrece, sin duda, los capítulos más interesantes é instructivos de la historia de la república romana, tan útil para el estudio de las democracias modernas.

#### IV.

En los tiempos históricos que preceden á Rómulo, está comprobada la existencia de gente y divinidades sabinas en la cumbre y en las faldas del Aventino: la fortaleza pelásgica, llamada *Romuria*, é independiente de Roma, que algunos historiadores colocan en la colina, pertenece ya á un período oscuro que casi se pierde entre las nebulosidades de la leyenda.

Que el Palatino y el Aventino fueron, en aquella remota edad, tierras de pasto que re-

corrian los ganados del rey de Alba Longa, guardados por pastores, de donde saldrán los Faústulos y los Rómulos, si no es argumento de leyenda tan bien aprovechado como la lucha de Hércules con Caco, ladrón de bueyes, es conjetura, que no puede apoyarse en sólida autoridad.

No así la influencia y el culto de los sabinos: el dios Fidio, propio de esta mitología y de esta raza, daba nombre á una calle del Aventino: junto al Templo de Céres, diosa del pan entre los sabinos, se alzaba otro á la Luna, diosa melancólica y querida de las florestas, á la cual habia consagrado un altar el caudillo Tacio, el jefe de la familia sabina, cuya tumba en el Aventino, bajo la sombra apacible del laurel grande, era honrada con fiestas y fuegos, con vistosas danzas guerreras en que brillaban los escudos sagrados (*Ancilia*) y se celebraba la purificación de las armas. Los restos del *Armilustrum* sostienen hoy una parte de la modesta Iglesia de San Alejo.

Sobre la falda que mira al Palatino, en el bosque de mirtos que un día desaparecerá para dar lugar al Circo Máximo, se levanta el Templo de Diana, la diosa Nirtea.

Como en el Quirinal hubo un Capitolio viejo, y otro en el Monte Tarpeyo, que después fué Capitolio por antonomasia, así en el Aven-

tino se establece tambien el culto de las mismas tres divinidades que dieron motivo á aquella denominacion. Júpiter, especie de númen universal, y Juno y Minerva, númenes de puro origen sabino.

La influencia del culto duró más que la de la raza, y es natural: la historia lo explica perfectamente.

A principios del siglo segundo de Roma (seis antes de la era vulgar), el rey sabino Anco Marcio, nieto de Numa, siguiendo el espíritu guerrero y conquistador de Tulo Hostilio, mantuvo luchas sangrientas contra los latinos, tomándoles las ciudades de Politorio, Tellene, Ficana y Modullia, engrandeciendo, además, las ámbitos de Roma con la union del Aventino, que constituye en mansion y alojamiento de los vencidos, como Tulo Hostilio habia destinado el Celio á cuartel de los albanos. El Aventino viene, pues, á ser el cuarto monte, en el órden cronológico de los siete que forman la Ciudad.

Ahora cabalmente, ocupado por millares de latinos procedentes de las ciudades sojuzgadas, convertido ya en habitacion de plebe murmuradora y levantisca, es cuando empieza á hacer méritos para que los patricios lo excluyan más tarde del *Pomerium*, imponiéndole una especie de excomunion política que



durará muchos años. Anco Marcio, el futuro fundador de Ostia, victorioso á este y al otro lado del Tiber, atento á poner orden en la masa ya respetable de sus nuevos súbditos, rodeó de un muro la extension del Aventino, y fundó al pié del Capitolio aquella terrible cárcel, que aún lleva su nombre, Mamertina.

¿Qué diferencia habia, pues, entre los latinos recién llegados al Aventino y al Celio, y los otros habitantes de la region Palatina? La diferencia del origen: los unos, los del Palatino, eran, como si dijéramos, la familia fundadora, la raíz genealógica del pueblo romano, estos otros eran vencidos, trasportados, casi prisioneros, y no todos de idéntica procedencia: los del Celio eran los antiguos habitantes de Alba Longa, la ciudad más poderosa y altiva de la confederacion: entre ellos estaban los representantes de ilustres familias, ya lo hemos dicho, los de la familia Julia, que habia de producir señores del universo: los del Aventino vienen de ciudades más humildes y heterogéneas. Como la poblacion etrusca desaparece del Celio, cuando vienen los albanos, y baja al *Vicus Tuscus*, así la poblacion sabina del Aventino deja pronto las cumbres y las pendientes á la multitud recién llegada, que luégo será plebe, y más adelante

pueblo soberano, y un poco despues rebaño de Calígula y de Claudio y de Neron.

V.

Tan solitaria y triste como hoy aparece la region del Aventino, fué rica de edificios y monumentos en las remotas edades: sobre su cumbre y en sus pendientes dejaron los reyes y dejó la república y dejó el imperio vestigios de su dominacion sucesiva, páginas de piedra y mármol para la historia perpétuamente renovada del orgullo humano.

Todavía al bajar del Monte Aventino, cualquiera que sea la direccion que emprendamos, saldrán á nuestro encuentro ruinas imponentes: si miramos hácia el Palatino, el Circo Máximo: si debajo de nosotros, en contraria direccion, la Puerta de San Pablo, que conduce á la Basílica Ostiense: á nuestro lado, la Pirámide de Cestio y el Monte Testaccio: al pié de la colina, las Termas de Caracalla: en el fondo, el Tíber: sobre su orilla, al final del *Clivus Publicius*, el Templo de Vesta: más léjos, los arcos gigantescos de la Cloaca Máxima.

Procedamos con el posible método en la lectura de lo borrado, esto es, en la noticia de

los monumentos que cubrieron la irregular superficie del Aventino.

«Vi dos aras erigidas, dice Dionisio de Halicarnaso, una á Carmenta, sobre la Puerta Carmental, en el monte que se llama Capitolino: otra á Evandro, en el otro monte que se llama Aventino, no léjos de la puerta Trigemina.»

No ha quedado más noticia del altar de Evandro, primer monumento histórico del Aventino.

Hablando del rey Aventino, dice Ovidio en los *Fastos*:

..... Qui quo regnaret  
Eodem monte jacet positus; tribuitque vocabula monti.

Estuvo, pues, en esta colina, cerca de la Puerta Naval, la tumba del rey albano: *circa radices montis*, añade Tito Livio: perdiéronse para siempre los vestigios, como se han perdido los de la tumba del rey Tacio, colocada con gran pompa *in Aventinensi Laureto*, al decir de Festo, junto al *Armilustro*, según Plutarco; como se han perdido, en fin, los de la tumba de Remo sobre el lugar de los adversos augurios.

De otro altar, consagrado por Numa sobre la cumbre del Aventino á Júpiter Elicio, tam-

poco hay más recuerdo que el que ofrecen Tito Livio y Varron.

Del Templo de la Luna, inmediato al de Juno Reina, fundado por el rey Servio, sólo se sabe por testimonio de Tácito, que pereció en el incendio de Neron, con el de Júpiter Stator y con la Regia de Numa y con el Templo de Vesta, que encerraba los dioses penates del pueblo romano.

## VI.

No se ha perdido tan por completo la memoria del Templo de Diana.

Fué éste un monumento destinado á significar la alianza entre romanos y latinos. Servio Tulio quiso que á su construccion contribuyeran todos los pueblos confederados del Lacio, á la manera que los jonios, obedeciendo á idéntico principio, habian levantado el magnífico Templo de Diana en Éfeso. El del Aventino fué dedicado el 13 de Agosto del año de Roma 198: en igual dia todos los años se celebró desde entónces la fiesta política, como si dijéramos, federal. El texto de aquel tratado fué escrito en láminas de plomo, que Dionisio de Halicarnaso dice haber visto, notando que los caracteres latinos guardaban es-

trecha semejanza con los del antiguo alfabeto griego.

De aquel templo, tan ventajosamente situado, que sirvió más de una vez de fortaleza á la multitud inquieta y casi siempre rebelde que poblaba el Aventino, no es posible formar una descripción exacta; la planta de la Roma de los reyes no está al alcance de las investigaciones modernas, como está la de la Roma de los Emperadores. La falta de noticias escritas y de medallas, y de toda otra suerte de reproducción, por lo que hace á muchos monumentos de la antigüedad, no puede ni debe suplirse por conjeturas y adivinaciones.

Cuanto se sabe del Templo de Diana es que era vasto y magnífico, rodeado de columnas por los cuatro lados (*periptero*), que tenía un gran vestíbulo, al cual se subía por cinco gradas, y que en tiempo de Augusto fué reparado y embellecido, como otros muchos edificios de la Ciudad. Suetonio dice, que Augusto exhortó á los poderosos á que contribuyesen, conforme á su riqueza respectiva, al ornamento y esplendor de Roma, ya levantando monumentos, ya componiendo y adornando los antiguos: de esta manera, y por tales insinuaciones, Marcio Filipo erigió el Templo de Hércules, Munacio Planco el de Saturno,

Cornelio Balbo el teatro, Estatilio Tauro el anfiteatro, Asinio Polion el atrio de la libertad, y, por último, L. Cornificio, general que habia sido de Octavio, y cónsul luégo por merced del Emperador, acumuló riquezas y primores en el Templo de Diana, que siguió siendo, durante cinco siglos, uno de los más bellos, si no de los más grandiosos monumentos del Aventino; quizá del Templo de Diana fueron algunos restos de arquitectura y escultura y mármoles preciosos encontrados en lo alto del Aventino, sobre todo el magnífico bajo-relieve del Endimion, que se guarda en el Museo del Capitolio, y un simulacro de Diana Efesina, de alabastro oriental trasparente, desenterrado en una viña muy próxima, el año 1722.

## VII.

El Templo de la Libertad, fundado sobre el Aventino por el abuelo de los Gracos, tuvo la fortuna de comunicar su nombre á las construcciones vecinas, que no parece sino que la palabra y la idea y las agitaciones de la libertad dominaban con exceso en aquellas alturas: no hay, pues, que maravillarse si tan pronto cayó sobre ellas la afrenta del despotismo y el silencio de la muerte.

De la libertad se llamó el Júpiter del Capitolio Aventino; de la libertad el atrio de Asinio Polion, construido por complacer á Augusto, segun nos dice Suetonio: todo era de la libertad y para la libertad en aquella cuna de las libertades plebeyas.

### VIII.

À la época de la república se refiere otro monumento notable del Aventino: el Templo de Juno Reina, edificado por el dictador Marco Furio Camilo, despues de la derrota de los Veyos: la estatua de la diosa, trofeo de aquella guerra, fué destruida por un rayo. Las matronas romanas costearon otra estatua de bronce, y subieron en gran pompa á rendir sus homenajes de adoracion á la diosa. Tito Livio describe menudamente cómo se reunieron, junto al Templo de Apolo, fuera de la Puerta Carmental, y por la misma puerta y el *Vico Yugario* llegaron al Foro, desde donde, siguiendo la direccion del *Vico Tusco*, el Vela bro y el Foro Boario, subieron por el *Clivo Publicio*, en cuyo término se hallaba el templo: siguiendo hoy, pues, el itinerario de Tito Livio, se llega por los mismos pasos á la Iglesia de Santa Sabina; penetrando en la iglesia,

se ven veinte y cuatro hermosas columnas de mármol pario, con sus capiteles corintios, que probablemente pertenecieron al Templo de Juno. No fué buen profeta el historiador romano cuando escribió que Juno tenia ya...

*In Aventinum, æternam sedem suam.*

#### IX.

Cerca del atrio de la libertad fué el Templo de la Buena-Diosa, el de las abominaciones, ante el cual se alzaba la estatua de la vestal Claudia. No léjos el *Armillarium*, especie de circo, donde en el mes de Octubre se celebraban los juegos ya indicados de la purificacion de las armas: á su lado el Templo y pórtico de Minerva, con seis columnas de frente y trece laterales, reedificado luégo por Augusto, célebre por la devocion con que en él se asociaban los libreros, escritores y poetas, y porque en él cantaron las vestales los versos compuestos por Livio Andrónico, despues de la segunda guerra púnica.

#### X.

No es esta la única tradicion literaria que se refiere al Aventino; hay otra que merece



respeto y aplauso, que consuela en parte de la amargura que producen otros recuerdos de aquella colina, donde no sólo insurrecciones y tumultos de la plebe, sino prácticas tenebrosamente inmorales y absurdas, comprometieron más de una vez el reposo y la dignidad de la República.

Al Aventino corresponde la gloria de la primera biblioteca pública que en Roma se conoció. Asinio Polion, el valeroso vencedor de los dálmatas, no mostró sólo su esplendor en el atrio de la libertad, sino que quiso hacer patrimonio del público las obras del ingenio humano: *Ingenia hominum rempublicam fecit*, dice Plinio. Su biblioteca, abierta al público cinco años después de la muerte de César, dió la norma para otras dos, que sucesivamente se establecieron en Roma: la biblioteca Octaviana, en el Pórtico de Octavia, y la biblioteca de Augusto en el magnífico atrio del Apolo Palatino. *Scripta Palatinus quæcumque recepit Apollo*, dice Horacio en una de sus epístolas.

## XI.

Detengámonos breves momentos siquiera ante el recuerdo de estos antiquísimos tesoros de las letras clásicas.

¿Qué eran, qué podían ser las bibliotecas en el siglo de oro de la literatura latina? Si los muros de arruinados edificios y los capiteles rotos de columnas que cayeron en pedazos, excitan la curiosidad del viajero amante del estudio y de la erudición, con más justicia deben excitarla los monumentos que á la historia del ingenio se refieren, que enseñan los caminos por donde ha llegado hasta nosotros el caudal de ciencia y de poesía de los antiguos pueblos, único alcázar que no han derribado los siglos, único testigo irrecusable de civilizaciones que desaparecieron.

Los escritores latinos proporcionan abundantes noticias acerca de los libros y de su formación y de su comercio, en los tiempos de Augusto y los posteriores.

En todas las avenidas del Foro, esto es, en la Via Sacra y en el Argileto, y detras del Templo de Saturno y detras del de Julio César, hubo tiendas (*tavernæ*) de libros, cuyos catálogos aparecían en las columnas ó pilares de las puertas: las obras se exponían en volúmenes ó rollos, ó en legajos, ó en unas especies de cajas cilíndricas (*scrinia*) acomodadas á la figura de los volúmenes. Horacio nos recuerda aún aquella famosa librería del *Vicus Janus*, la librería de los poetas á la moda, donde se verificaban reuniones de hombres doctos,

verdaderas academias, en que el talento y la gracia tenían sus expansiones quizá más inocentes.

Plinio es el autor de aquella época, que ofrece más interesantes noticias acerca de la *charta* y del *papyrus* y del *pergamino*, y de la prolija preparacion de que debian ser objeto ántes de que la pluma (*calamus*) trazase con la tinta (*atramentum*) las líneas rigorosamente ajustadas á la pauta marcada por el *stylo* de plomo ó de hierro.

Las copias se hacian á la vez en una gran sala dispuesta al efecto: la correccion, que despues recaia sobre cada ejemplar, era el acto decisivo de su valor en el mercado: el nombre del corrector y la nota *Recensui*, constaban juntamente con el del autor; era la determinacion de una especie de responsabilidad literaria ante el tribunal del público. Del taller de encuadernacion, contiguo al de la escritura, hace Ciceron indicaciones en una epístola *ad Atticum*: las páginas escritas por solo un lado se pegaban en las orillas, formando una tira ó franja, en cuyo extremo se ponía un palo labrado, cilíndrico, con dos remates del diámetro del rolo, que lo protegían, alrededor del cual se envolvía todo el libro (*volumen*), desplegándose despues de izquierda á derecha. Las obras se dividían, por lo regular, en tan-

tos volúmenes como partes ó cantos tuvieran; Ovidio nos habla de los quince volúmenes de sus *Metamórfosis*.

Las obras pequeñas no tenían cilindro (*umbilicus*), se arrollaban sin él; ó bien se exponían en cuaderno cosido (*tomus vilis*) entre dos tablas delgadas,

Compréndese bien por estas ligeras noticias cuántas dificultades y gastos ocasionaba la propagacion de las obras del entendimiento, y cuán digno de alabanza fué el empeño de los primeros é infatigables coleccionistas de Roma, á quienes las ciencias y las letras son deudas de un servicio perpétuamente memorable.

El gusto de las bibliotecas, como el de las artes, vino de Grecia.

Cuenta Plinio, que Euménés, rey de Pérgamo, se propuso rivalizar en el establecimiento de bibliotecas con aquel Ptolomeo, soberano de Egipto, que habia fundado la de Alejandría con una riqueza de volúmenes, que Séneca hace subir á 700.000; y celoso Ptolomeo, prohibió la exportacion del *papyrus*, planta abundantísima en las orillas del Nilo; y que este acto de *proteccion comercial* sirvió para que los de Pérgamo inventaran el escribir en membranas ó pieles, que han conservado hasta nosotros el nombre local que entónces re-

cibieron, *pergamina*. Hé aquí un atentado contra la libertad de comercio, que produjo uno de los descubrimientos más interesantes á la propagacion de las obras del ingenio.

Como vinieron á Roma las estatuas y los bajo-relieves y las pinturas de los maestros más insignes de Aténas y de Macedonia y de Rodas, así vinieron tambien los escritos que formaron las renombradas bibliotecas de la Grecia. Paulo Emilio, el vencedor de Perseo, trae una magnífica coleccion de volúmenes: cuarenta años más tarde, Sila se apodera de la biblioteca del ateniense Apelicon, comprada á los herederos de Aristóteles; Lúculo, en sus campañas de Asia, recoge multitud de documentos preciosos, cuyo mérito pondera Plutarco; en los últimos tiempos de la república, Ciceron y Pomponio Ático son poseedores de ricas colecciones, y tenidos como los bibliófilos más perseverantes y espléndidos de Roma.

El primer ensayo, ensayo nada más, de biblioteca pública, pertenece á Lúculo, que en su vivienda suntuosa de la Colina de los Jardines (el Pincio actual) permitia generosamente la entrada á las vastas galerías rodeadas de pórticos, verdadero palacio de las Musas, donde al goce de aquellos tesoros literarios, se unia el encanto de conversaciones instructivas y de asambleas bien diversas de las que

á toda hora se celebraban en Basílicas y en Foros.

Las bibliotecas públicas, no por favor de sus dueños, sino por institucion, aparecen, ya lo hemos dicho, despues de la muerte de César: la primera en el Aventino, la segunda en el Campo Marcio, la tercera junto al Templo de Apolo, á la extremidad septentrional del atrio Palatino. En ricos armarios numerados, de cedro y de marfil, divididos en cajones (*nidos*), y adornados con bustos de escritores insignes, se conservan y se facilitan, para la comun ilustracion, las obras de los filósofos, de los historiadores y de los poetas, que han ilustrado á la Grecia é ilustran á Roma, llenando los siglos de Pericles y de Augusto.

Las bibliotecas han desaparecido con sus estantes de marfil y de cedro, con sus estatuas y sus columnas y sus mosaicos: los volúmenes, guardados en ricos estuches con adornos de oro, embellecidos con minio y pinturas primorosas, protegidos por discos esmaltados y llenos de pedrería, tambien se han perdido; el espíritu que anima aquellos volúmenes, es lo único que sobrevive; la luz del pensamiento no se ha apagado. Roma pagana fundó aquellas bibliotecas: Roma cristiana salvó en los siglos de confusion y de barbarie los restos preciosos de la ciencia y de la literatura anti-

guas. Ya hemos visto en otro capítulo que la historia de las bibliotecas es la historia del Pontificado.

## XII.

Los templos y monumentos de la época de los reyes y de la República que cubrieron la region del Aventino, fueron en gran número restaurados y engrandecidos en los días del imperio. Á todos, puede decirse, ha igualado la ley inexorable de los siglos. Por cualquiera parte que descendamos de la colina, tendremos nuevos motivos de estudio; esta region de la libertad en todas sus manifestaciones, es (no hay que extrañarlo) la más abundante en ruinas. Pero ántes de abandonar la cumbre, descansenos con plácida alegría ante los monumentos cristianos que la purifican y ennoblecen.

Sobre las ruinas del Templo de Juno álzase la Iglesia de Santa Sabina, ilustre romana del siglo II, que confesando la doctrina del Evangelio y sufriendo valerosamente el martirio, santifica aquel lugar, donde por tanto tiempo se habia dado culto á los ídolos del paganismo. La pequeña iglesia, que en el siglo V levanta un presbítero ilirio en honor de la gloriosa

mártir, será, andando los tiempos, uno de los más memorables santuarios de la cristiandad. Santa Sabina es la cuna de la orden de predicadores; su recuerdo va unido al de Santo Domingo de Guzman, una de las más altas y de las más legítimas glorias de la católica España. ¡Qué dulce es recorrer en Roma las páginas allí escritas de nuestra preclara historia! No hay colina que no guarde algún testimonio de la grandeza de nuestros padres y de nuestros reyes: no hay basílica donde no esté grabado el nombre de algún español insigne.

El ilustre, el verdadero Guzman, que habia establecido su primera casa de religiosos dominicos en la Via Apia, junto á la Iglesia de San Sixto *in Piscina*, vió pronto crecer y agrandarse su comunidad, y obtuvo del Papa el convento de Santa Sabina, que desde entónces apenas ha visto interrumpida la serie de sabios y de santos moradores.

Allí ha estado nuestro esclarecido compatriota San Raimundo de Peñafort, el sabio de las *Decretales*; allí Santo Tomás de Aquino, el ángel de las escuelas; allí San Jacinto, lumbrera de la Polonia; allí San Pío V, el augusto aliado de nuestro Rey D. Felipe, para librar definitivamente á Europa de las invasiones del islamismo; allí, por último, en los tiempos modernos, el padre Lacordaire, el restaurador en



Francia del orden de predicadores, y el predicador más elocuente de la Francia. ¿No es verdad que si para todo espíritu cristiano tiene grandes encantos esta santa casa, los tiene muy especiales para el espíritu cristiano español?

La iglesia, que conserva la genuina forma de las basílicas antiguas, consta de tres naves: la central parece guardada por la tumba de un español ilustre, contemporáneo de Dante y de Santo Tomás, Munio de Zamora, octavo general del orden de Santo Domingo, que murió en el año de 1300. La capilla de Santo Domingo está ricamente adornada con mármoles preciosos y delicados mosaicos, por la munificencia de los reyes de España. El cuadro que representa á la Virgen del Rosario, con Santo Domingo y Santa Catalina á los lados, pasa por ser la obra maestra de Sasoferrato.

El claustro del convento es un gran pórtico cuadrado, que sostienen ciento tres columnas pequeñas. La humilde celda que habitó Santo Domingo, es una devota capilla; otra capilla, adornada de estucos, es la celda en que vivió muchos años el dominicano Ghislieri, que después fué Pontífice Pío, sucesor de Pío IV, y más tarde San Pío V.

## XIII.

En el jardín del convento, que ofrece una vista tan bella como la de todas las colinas de Roma, da todavía sombra y fruto y el delicioso aroma del azahar, un árbol plantado por Santo Domingo ¡Cuántos recuerdos se asocian á aquel jardín y á la sombra apacible de aquel árbol! Los renombrados Jardines de Lúculo, sobre la colina á que dan nombre; los de Salustio, en direccion al Quirinal; los de Torcuato, sobre el Monte Celio; los de Asinio Polion, fuera de la Puerta Capena; los de Pompeyo, al otro lado del Tíber, cubiertos de plátanos, cuya sombra recomendaba Ovidio á los aventureros de amor; los de César, en la misma region, junto á los muros de la Ciudad; los de Lucio y Cayo, en el Janículo; los de Agripa, en el Campo Marcio, y otros ménos espléndidos y famosos fueron parte de la grandeza material de Roma: el lujo desenfrenado que suponian, los vicios de que era aquel lujo legítimo representante, apresuraron la caída del imperio: las maravillas del arte anuncian esta vez, como tantas otras, el reinado sombrío de las ruinas: donde crecen las flores más bellas y más extrañas del universo, nacerá pronto el

humilde jaramago; en tanto la planta modesta de Santo Domingo, que oyó tantos coloquios de sabiduría y de santidad, se ostenta sana y vigorosa en la cumbre del Aventino.

Nada queda de los misteriosos bosques del Asilo, en el Capitolio; de Vesta, junto al Foro; de Estrenia, al pié del Esquilino; de Libitina, al pié del Celio; de Furina, al pié del Janículo; de Marte, junto al estanque de Agripa; de Lucina, en la ribera del Tíber, ni del bosque Sagrado, detras del Mausoleo de Augusto; y sin embargo, sobre los escombros de las termas imperiales, en lo alto del Palatino, se balancean las palmeras del huerto de San Buenaventura, que riegan los pobres franciscanos, hijos de nuestro gran compatriota San Pedro Alcántara.

#### XIV.

En aquella parte del Aventino, cerca de la altura en que Remo tomó los auspicios malhadados, y de donde estuvieron el Templo de Diana y de Juno y el *Armilustrium*, vivió en los primeros siglos de nuestra era un ilustre senador romano, Eufeniano de nombre, á quien Dios hizo merced de un hijo, cuyo mérito desconoció en vida, y á quien despues de la muer-

te llamó la Iglesia y llama la historia San Alejo. ¿Quién no ha oído acaso, en los años de la niñez, al amor del hogar, la interesante leyenda del jóven peregrino, que pasó diez y siete años recogido por caridad en el rincón de una escalera perteneciente al propio palacio de su padre?

Aquel palacio es hoy la Iglesia de San Alejo y el convento de padres somaschos; la escalera, guardada hoy con respeto en la nave izquierda de la iglesia, es la de la piadosa tradición referida. La antigüedad de este templo y del anejo monasterio ha sido objeto de eruditas disquisiciones y controversias: un libro consagró en el siglo pasado el padre Félix Nerini para demostrar que su origen alcanza á la mitad del siglo v. Lo indudable es que la iglesia, inaugurada primero al culto de San Bonifacio, llevaba ya en el siglo x la advocacion de San Alejo, y que en la misma época existía el monasterio: la lápida sepulcral de Sergio, obispo de Damasco, arrojado de su silla por los sarracenos, y superior del cenobio de San Benito (año 981), lo declara terminantemente: en el siglo xiii el monasterio benedictino de San Alejo producía varones como San Adalberto, obispo de Praga y apóstol de la Bohemia, San Gaudencio, San Anastasio y San Bonifacio, apóstol de la Rusia meridional.

En el siglo xv, por disposicion del Papa Martino V, á los benedictinos sucedieron los jerónimos en esta santa casa del Aventino, y un religioso español fué el primer prior, y como si dijéramos fundador de la comunidad, que ha durado hasta el presente siglo; una antigua lápida de la iglesia contiene, en latin, la inscripcion siguiente: «Aquí yace el Reverendo en Cristo Padre Fr. Lupo de Olmedo, de nacion español, resucitador y reformador y primer prepósito general de la órden de monjes heremitas de San Jerónimo, y prior de este monasterio, que murió el dia 3 de Abril del año de J. C. 1433, del Pontificado de nuestro señor Eugenio Papa IV, año tercero.»

La tradicion española ha durado en aquella iglesia y en aquel convento casi hasta nuestros dias. El altar de la Confesion (debajo del cual se veneran los cuerpos de San Bonifacio, San Alejo y su madre Aglae), adornado con cuatro columnas de verde antiguo, mármol tesálico, y el altar de la imágen milagrosa traída de Oriente á Roma en el siglo x, demuestran en la riqueza verdaderamente régia de sus adornos la munificencia y piedad de nuestro rey Cárlos IV, que escogió esta bella situacion del Aventino y este monasterio, que pudiera decirse español, para construir á su lado un lin-

do palacio, que despues ha quedado á beneficio del mismo monasterio.

## XV.

La Iglesia de San Sabas, una de las veinte antiguas abadías de Roma; la de Santa Prisca, sobre el que fué Templo de Hércules, insigne porque en aquel recinto administró San Pedro el bautismo á muchos convertidos por su palabra, segun se colige de la inscripcion en versos latinos puesta á la izquierda del altar mayor por el Papa español Calixto III; la de Santa María del Priorato de Malta, ó Santa María *Aventinense*, en la parte extrema de la colina, sobre las ruinas quizá del inmundo Templo de la Buena-Diosa, con sus tumbas de grandes maestros y de priores de la órden Jerosolimitana y de otros varones preclaros, entre las cuales es de notar el sarcófago del obispo Spinelli, que fué quizá de algun poeta romano de los buenos tiempos de la escultura y de las letras, con bajo-relieves, que á su vez recuerdan el arte y la literatura de la Grecia: tales son los monumentos cristianos que han reemplazado, sobre las alturas del Aventino, á los templos, los altares y los átrios de la antigüedad pagana.

## XVI.

Antes de asomarnos á las ruinas del Circo, testigo de prolongadas abominaciones, dejemos al espíritu reposar siquiera breves instantes á la sombra amiga de otras instituciones bienhechoras, dejemos á la vista descubrir otros muros, humildes sin duda, pero asentados sobre sólidos é indestructibles cimientos. Cerca de las Termas Antoninianas, en la antigua Via Apia, hay una iglesia modesta, que ocupa el espacio mismo donde muchos siglos hace se levantaba un templo de Isis; fué construida por los años 425, y una tradicion piadosa quiere que el nombre de la *Fasciola* (la venda), que en lo antiguo tenía, se refiera á que en aquel mismo lugar, caminando hácia el suplicio los apóstoles San Pedro y San Pablo, cayó al suelo una de las vendas que cubrían las heridas de San Pedro. Si este no es el origen de la denominacion que el oratorio tuvo, prueba á lo ménos su antigüedad, tan remota, que se avecina á los tiempos apostólicos.

Traidos á esta iglesia los cuerpos de Flavia Domitila, ilustre mártir del tiempo de Domiciano, y de los Santos Nereo y Aquileo, que

reposaban en el cementerio de Santa Petronilla, en la Via *Ardeatina*, tomó la advocacion de dichos dos mártires, sin perder la de la *Fasciola*; y así, en el concilio romano, celebrado el año 498, hay presbíteros del dicho título de la *Fasciola*, y en el de 595 suscribe *Justinus Præbyter Sanctorum Nerei et Achillei*. En códices antiquísimos de la Biblioteca Vaticana se conserva la Homilía xxviii de San Gregorio, pronunciada en la Iglesia de Santos Nereo y Aquileo. Fortuna grande es que todavía el peregrino cristiano pueda ver la silla de mármol, desde donde el gran Pontífice dirigió al pueblo su apostólica palabra: una mano ilustrada grabó en su respaldo, algunos siglos despues, con caracteres góticos, los primeros períodos de la Homilía.

La última restauracion verificada en éste, por tantos títulos venerable templo, corresponde á los últimos años del siglo xvi; desde entónces el nombre ilustre de Baronio va unido al de esta iglesia, de que fué Cardenal titular: la amaba tanto, se complacia de tal manera en los recuerdos y en las glorias que atesora, y se dolía tan amargamente aquel sabio purpurado de que el deseo, á veces excesivo, de restaurar y modernizar los monumentos antiguos borrara grandes bellezas y grandes datos históricos, que compuso é hizo poner en esta



su iglesia de la Via Apia una inscripcion sobre piedra, que dice así:

QUISQUIS ES, FUTURUS CARDINALIS SUCCESSOR,  
OBSECO TE, PER GLORIAM DEI ET MERITA  
SANCTORUM MARTYRUM, NIL MINUTO,  
NIL DEMITO, NIL MUTATO, ANTIQUITATEM  
PIE RESTITUTAM SERVATO, ET SIC TE  
DEUS ADJUVET PER ORATIONES SANCTORUM.

En todos los monumentos de la antigüedad debiera haber una tan cariñosa y eficaz recomendacion como ésta del Cardenal Baronio; y á la verdad que bien la merece el templo en que se conserva un mosaico del siglo VIII, que representa la Transfiguracion de Jesucristo, insigne testimonio del estado de las artes en aquella época, y protesta oportuna contra el nestorianismo, que entonces divulgaba sus errores.

Los cuerpos de los Santos que habian dado nombre á la iglesia, no existian en ella desde tiempo de Gregorio IX, en que, por amenazar ruina el edificio, las reliquias fueron trasladadas á San Adrian, en el Foro. Baronio pidió y obtuvo la devolucion á su iglesia de los mártires Nereo, Achileo y Domitila, y los mártires tornaron, en efecto, á su antigua cripta, ofreciéndose con este motivo al pueblo romano y á la cristiandad un espectáculo, cuya descrip-

cion, hecha por los autores de aquel tiempo, interesa y conmueve.

Se dispuso una verdadera pompa triunfal cristiana en los lugares mismos que habian presenciado las pompas triunfales de los paganos. Roma entera asistió al paso de las santas reliquias por la Via Sacra y por los arcos de Tito y Constantino. El Capitolio y el Foro, vestidos de gala, vieron un cortejo sin esclavos y sin verdugos y sin enemigos destinados al sacrificio; oyeron cánticos que nunca habian resonado en su recinto en los dias de los cónsules y de los emperadores. Quizá algun antepasado de Flavia Domitila triunfó en aquella misma region muchos siglos ántes. ¿Quién lo recuerda? ¿Qué ha quedado de su triunfo? En cambio las cenizas de la Santa mártir son honradas por las generaciones; ante su sepulcro se arrodillan los pequeños y los grandes; su nombre será inmortal como su gloria.

## XVII.

En las inmediaciones de las termas que hemos visitado y del Circo Máximo, cuyas escasas ruinas visitaremos, hubo en los tiempos de la república y del imperio otro gran monumento del lujo romano, que ya no existe sino

en el recuerdo de los escritores latinos y en el nombre que tuvo la doce region de la Ciudad de Augusto: llamóse ésta, *Piscina pública*, del gran lago que en aquel espacio, entre el Aventino y el Celio, servia para baños del pueblo y para ejercicios de natacion. De la Piscina pública hay noticias indudables hasta el siglo iv de nuestra era, en que el gran obelisco, traído por Constantino (ahora en la Plaza de Letran), fué trasportado al Circo Máximo *per Ostiensem portam piscinamque publicam*. En la Via Apia existe aún una antiquísima iglesia con la advocacion de San Sixto *in Piscina*, edificada indudablemente en las cercanías del lago famoso.

Esta iglesia, cuyo origen se remonta más arriba del siglo v, pues en el año 499 hay ya noticias de Basso, presbítero del título de San Sixto, fué reconstruida por el Papa Inocencio III, y dada por su sucesor Honorio III á nuestro gran Santo Domingo de Guzman, que allí estableció la órden y permaneció algun tiempo hasta su traslacion á Santa Sabina, quedando por entónces en San Sixto comunidad de religiosas, que luégo, en tiempo de Pío V, pasó al monasterio de Santos Domingo y Sixto del Quirinal; pues quiso aquel santo Pontífice dominicano, que los padres de su órden volvieran á la antigua casa é iglesia de

la Via Apia, cuna, puede decirse, del instituto y primera morada de Santo Domingo. En el siglo xv fué titular de esta iglesia, y la restauró casi de fundamentos, el Cardenal español Pedro Ferriz, obispo de Tarazona, protector de la órden dominicana, cuyo sepulcro puede verse en el pórtico interior del convento de la Minerva: la inscripcion latina, grabada en su pedestal, dice que los Papas Paulo II y Sixto IV de tal modo estimaban los talentos y cooperacion en el gobierno de la Iglesia del purpurado español, que le llamaban su mano derecha. Murió en 1478.

### XVIII.

A la falda septentrional del Aventino se ven los últimos restos de un monumento que abraza, puede decirse, toda la historia de Roma; es un monumento que precede al Foro y sobrevive al Foro; comienza con Rómulo y acaba cuando acaba el imperio. Se llama el Circo Máximo.

A medida que el pueblo crece, el circo crece; cuando el pueblo romano empieza á decaer, el circo sigue creciendo; el poder de los Césares se debilita, se hunde, y el circo prospera. El circo es, pues, la síntesis del progre-

so de Roma desde el robo de las sabinas hasta la invasion de los bárbaros,

Allí estuvo: entre el Aventino y el Palatino, en el antiguo valle de los Mirtos, Rómulo ofrece á su naciente pueblo los juegos que del dios Conso (Neptuno) se llamaron *Consuales*: más adelante los reyes de raza etrusca darán cierta regularidad á estos espectáculos. Tarquino traerá de su país caballos y luchadores, y hará el primer ensayo de un circo sencillo y modesto, pero permanente: los mirtos y laureles de la floresta cederán el suelo á toscos parapetos de madera, y proveerán de gruesos troncos, que sirvan de meta, al rededor de los cuales (*circum*) se verificarán las carreras y los juegos que tendrán por tanto, el nombre de *Circenses*.

## XIX.

Remóntase, pues, el origen del circo, á Tarquino Prisco, es decir, á la primera mitad del siglo II de Roma (seis siglos antes de la era cristiana). Por un espacio de más de 400 años este circo fué el único de la ciudad.

A contar desde el siglo VI de Roma, es decir, desde los buenos tiempos de la república, la afición á los circos se desarrolla hasta degenerar en verdadera locura. Al circo del valle

Murcio, que es y será *Máximo* por sus proporciones y por los juegos que en él se dan, han de añadirse pronto el de Cayo Flaminio, y en los últimos días de la república el de Flora y el de Salustio. Bajo el imperio surgirán el Circo de Neron, en los Jardines Vaticanos, á que sirvió de principal adorno el obelisco de la Plaza de San Pedro; el Circo de Adriano, en los Huertos de Domicia; el de Eliogábalo, en los Jardines Varianos; el de Alejandro Severo, en sus propios jardines, y el de Rómulo, hijo de Magencio, en su *Villa Suburbana*, cuyas ruinas podemos aún visitar á la izquierda de la Via Apia. Nueve circos y tres anfiteatros, tres teatros y dos naumachias tenia Roma cuando perdía la capitalidad del moribundo imperio, y el trono de sus Césares era llevado á las orillas del Bósforo.

Todas las instituciones romanas, por vigorosas que amanezcan, se debilitan y desfiguran poco á poco: el Circo ofrece el fenómeno contrario. Si en los tiempos de la república da cabida á 150.000 espectadores, Plinio lo verá ocupado por 260.000, y al declinar del imperio, cuando comienza la despoblacion de Roma, 380.000 romanos llenarán el Circo Máximo. Podrán los cónsules, podrán los emperadores mirar con indiferencia otros altos intereses del pueblo-rey; pero el circo tiene el

raro privilegio de que todos los poderes á porfía se apresuren á mostrarse solícitos, y áun fanáticos, por su prosperidad y su embellecimiento: todo el secreto de la política, la razon de estado, se encerraba en tener contenta á la muchedumbre. Parece imposible que al cabo de diez y ocho siglos tenga todavía discípulos aquella escuela infeliz, desacreditada por la historia, por la justicia y por el sentido comun.

A César corresponde, puede decirse, la más grandiosa reforma del Circo. César atendia con preferencia á restaurar los monumentos de la época de los reyes: como aquel era el término de sus aspiraciones, queria llegar á él levantando los escombros que encontraba en el camino. *Circum Maximun á Cæsare dictatore exstructum*, dice Plinio.

El Circo tenía forma oblonga, oval en una de las extremidades, y ménos curva en la otra: César lo extendió á las dos extremidades, dándole una longitud de dos mil trescientos piés, y una anchura de más de nuevecientos: al oriente termina en hemiciclo, al occidente en una línea ligeramente arqueada. Sus murallas estaban en pórticos superpuestos. Su interior era magnífico é imponente; rodeábanlo numerosas gradas de piedra en tres órdenes, ó *præcinctiones*: el último de estos cuerpos de edifi-

cio descansaba en una gran galería, sostenida por columnas, cubierta al exterior, y que servía á la vez de corredor y paseo.

Julio César hizo abrir un ancho canal, de diez piés de profundidad, entre las gradas y la arena. Este canal (*Euripe*), cuyo objeto era proteger á los espectadores contra todo peligro, tenía en toda su extension una verja metálica. Al Occidente están las *cárce-res*, doce estancias de donde salen los carros y caballos de los juegos. Las torres, que se alzaban sobre la extremidad correspondiente á las *cárce-res*, daban al edificio el aspecto de una fortaleza. En la direccion longitudinal del Circo, pero un tercio más corta que el Circo mismo, habia una especie de muralla estrecha, alta como de once piés, llamada *Spina*, que, dividiendo la arena en dos, marcaba en ambos lados el espacio libre para las carreras.

La *Spina* era uno de los grandes adornos interiores del Circo: varios templetos, ó *édiculas*, de mármol y marfil, contenian á lo largo de aquella muralla estatuas de bronce y altares suntuosos de varias divinidades, entre los cuales eran de notar el de Vénus Murcia y el del Sol: en el centro se levantaba un magnífico obelisco egipcio, de granito oriental, que un tiempo estuvo junto á la puerta del Templo de Eliópolis, y hoy en la Plaza del Popolo



guarda una de las entradas de la Roma cristiana. Otro obelisco vendrá más adelante á embellecer la arena del Circo Máximo; pero no serán ya muchos los juegos que presida. Mejor destino le aguarda alzándose á la voz poderosa de Sixto V, delante de la Basílica de Letran.

Sobre dos pequeños pórticos de bien labradas columnas se veían, en uno los siete delfines, en otro los siete huevos que servían para ir señalando cada una de las siete carreras que constituían el juego: cada vez que los carros llegaban á la *meta* (especie de pequeños obeliscos de madera, en número de tres, y colocados de frente sobre un pedestal comun), se quitaba un delfin ó un huevo: así el público sabía á todo momento los *lances* terminados y los que faltaban. Siendo, pues, ciento los carros que debían correr en cada función, y cuatro los que entraban en cada *suerte*, y siete vueltas las que éstos debían dar al rededor de la arena, puede bien creerse que pasaba de doscientos veinte el número total de kilómetros que se recorrían en las catorce ó más horas que el espectáculo duraba.

Augusto agrandó el Circo, que Casiodoro llamaba ya *immensa moles firmiter præcincta montibus*: estableció la policía y gobierno de los juegos, separando las clases y los sexos y has-

ta las edades; aumentó la consignacion y los alicientes para este servicio público, y vió, en fin, realizado el propósito de que el pueblo romano se olvidase de la dignidad que perdía en cambio de las diversiones que gozaba: entonces fué cuando Juvenal escribió su sátira famosa, especie de epitafio, no ya de la república, sino de la grandeza y de las tradiciones de Roma. El que era árbitro en otro tiempo del imperio y de las dignidades y de las legiones, ahora sólo desea pan y circo; frase profunda, que nuestro Jovellanos traducirá con una pequeña variante para aplicarla al pueblo de San Quintín y de Pavía.

... *Nam qui dabat olim*  
*Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se*  
*Continet atque duas tantum res anxius optat:*  
 PANEM ET CIRCENSES.

Calígula hizo pintar de bermellón unas veces, de esmalte verde otras, la arena del Circo.

Neron llevó su delirio por este espectáculo hasta el punto de bajar él mismo á la arena y tomar parte en los juegos como el último de los aurigas.

Trajano reparó y agrandó el Circo poniendo á la vista de todos el palco imperial, que ocupaba un vasto espacio reservado hácia la parte de Palatino; rasgo de augusta democracia,

que valió muchos aplausos al emperador español.

Caracalla renovó y aumentó las puertas para comodidad de los espectadores, cuyo número crecía á proporcion que el imperio bajaba.

Eliogábalo llenó de vino el gran canal abierto entre la arena y las gradas.

En los tiempos de Probo se improvisa una floresta, un verdadero bosque de árboles seculares trasplantados, y se traen millares de animales, para que el pueblo se divierta en una inmensa cacería libre, por espacio de un dia y de una noche.

En el siglo v el Circo llega á su mayor apogeo, y la Roma de los Césares á su mayor desdicha. El Circo, dice Amiano Marcelino, es para los romanos el templo y la casa, el lugar donde se reunen y el lugar donde se acuestan. Acostados en el Circo los romanos, fueron á despertar en poder de los bárbaros del Norte.

## XX.

Para formar idea de las fiestas y espectáculos, y hasta de la disposicion y adornos del Circo, tenemos dos medios muy seguros: los libros y las esculturas: los escritos, así de los autores paganos de tiempo del imperio, como

de los sabios apologistas del cristianismo en sus primeros siglos, y los bajo-relieves que en abundancia conservan varios museos de Italia, especialmente de Roma. Sólo por estos documentos podemos ya representarnos aquellos espectáculos, de que apénas son reflejo nuestras fiestas de toros y las modernas carreras de caballos.

Nada hay parecido á la *pompa circense*: á aquella procesion de ídolos, de silenos, sátiros, danzantes, aurigas y carros, que partiendo del Capitolio bajaba por el *Clivus* del Asilo, atravesaba el Foro en toda su longitud, seguia por entre el Templo de César y la Basílica Julia, y por el Foro Boario penetraba en el Circo Máximo: aquella comitiva, cuya marcha cerraban las estatuas de los dioses, escoltadas por los cuatro colegios de pontífices, es recibida por la impaciente multitud que llena el Circo, como anuncio de que la fiesta va á empezar: su paseo solemne al rededor de la *Spina* era como si dijéramos el *despejo* de nuestras plazas de toros.

Colocadas las estatuas en sus templetes ó edículas, y hecho el sacrificio por los sacerdotes, los cónsules y el edil que preside los juegos, y ocupados por las vestales, los senadores y magistrados los puestos que á su jerarquía corresponden sobre la plataforma que domi-

na las cárceles (palco de la presidencia), se procede al sorteo de la primera tanda de aurigas: un paño de púrpura, arrojado por el edil que preside, es la órden simbólica de que se abran las cárceles y salgan los cuatro carros que deben correr primero.

Una vez Neron hizo desde el *triclinio* de su palacio la señal de que empezasen los juegos, agitando la servilleta: desde entónces al paño de púrpura reemplazó el pañuelo blanco, que todavía agita en cualquier novillada de nuestras provincias el regidor presidente de la plaza.

La animacion tumultuosa del Circo; el unánime aplaudir de trescientas mil personas á la entrada de un tribuno simpático ó de un histrion querido del pueblo, y la gritería y el silbido ensordecedor de aquella misma multitud á la vista de un personaje que no goza del favor popular; la insolente libertad de prorumpir en todo género de invectivas é improprios contra todo y contra todos, desde el trono de piedra en que se asienta la soberanía de la plebe; la excitacion febril por los lances y aventuras del espectáculo; los partidos, las apuestas, las disputas; todo esto, perdiendo de intensidad en la proporcion de ciento á uno, nos lo ofrece todavía nuestro espectáculo más popular de España. De los juegos en sí mis-

mos, de lo que se refiere al reconocimiento previo de los caballos y de los cocheros, á los cuatro colores con que éstos se distinguen, verde, azul, encarnado y blanco, símbolo de las estaciones, á los nombres pintorescos de los caballos (*Soberbio, Conquistador, Valeroso*), y á los honores y aplausos otorgados al vencedor, más reminiscencias ofrecen hoy las carreras de caballos y los ejercicios de algunos circos, que las corridas de toros.

Un viejo romano, que nunca había faltado á la cita del Circo, ni á los juegos *solemnes* ó perpétuos, ni á los *honorarios* ó eventuales, ni á los *votivos*, es decir, un romano que pasaba en el Circo casi ocho meses del año, explicaba una tarde á cierto galo, vecino suyo de asiento, el simbolismo del Circo y la intencion religiosa de la fiesta, en estos ó parecidos términos:

«Las doce *cárceles* significan los doce signos del zodiaco: los delfines y los huevos colocados sobre aquellos pequeños pórticos, se refieren al culto de los corredores y luchadores, es decir, al culto de Neptuno (*Consus*) y al de Cástor y Pólux, salidos de un huevo: los colores de los *aurigas* corresponden á las cuatro estaciones del año: al invierno el azul, el color preferido del pueblo; á la fresca primavera el verde, la bandería de los grandes; el

rojo, al estío abrasado; el blanco, al melancólico otoño. Los cuatro carros (las cuatro estaciones) parten de las doce *cárceles*, como el año pasa por los doce signos del Zodiaco. Las siete vueltas significan los siete días de la semana. Las veinte y cuatro carreras que hacen, son las veinte y cuatro horas del día y de la noche.

«—Los carreras son veinticinco, dijo el extranjero.

«—Cierto, replicó el romano; pero la última es una carrera supernumeraria: es una carrera de *plus*, cuya concesion se remonta á los tiempos más antiguos.»

Apuntes para la historia del *toro de gracia*.

¡Qué admirables consideraciones sugirieron los espectáculos del Circo á los escritores cristianos del imperio! San Justino bajo Antonino Pío, Atenágoras bajo Marco Aurelio, Tertuliano bajo Septimio Severo, proclaman los altos principios de una filosofía, que está llamada á renovar la faz de las sociedades. Aquella misma algarabía de las estaciones y los signos y las semanas y los días y las horas, que el corrompido pueblo romano repite sin comprender su verdadero sentido, á propósito de los juegos del Circo, será bajo la pluma y el cincel de otros escritores y de otros escultores, clara enseñanza del rápido y breve curso de la

vida humana y del triunfo del espíritu, purificado en las claras regiones de la inmortalidad. Así se explican las esculturas y mosaicos que, en sarcófagos cristianos, reproducen las carreras del Circo.

Los juegos consistían sólo en carreras de carros con cuatro caballos (*cuadrigas*), de tres (*trigas*) ó de dos (*bigas*); dábanse también carreras á caballo y á pié; ofrecíanse *juegos troyanos*, ejercicios y evoluciones sobre caballos en libertad; luchas de hombres y escenas de pugilato: en los últimos tiempos hubo en el Circo naumaquias y grandes cazas; el pueblo se hastiaba de la monotonía de los espectáculos, y cada emperador inventaba alguna nueva manera de distraer á la multitud ociosa y displicente: los aplausos y los silbidos, los odios y los entusiasmos por éste ó aquel color, solían producir escenas que convertían el Circo en verdadero campo de batalla.

Pasa el auriga verde, dice Casiodoro, y una parte del pueblo se pone triste; se adelanta el azul, y la gente escogida de la ciudad se aflige; de estas aflicciones á los improprios, y de los improprios á las obras, pasaban los romanos con asombrosa facilidad: millares de cadáveres fueron alguna vez el resultado del fanatismo por los colores *prasinus* y *venetus*.

Incidente memorable del espectáculo fueron



las loterías: los emperadores escogitaron la bizarra novedad de arrojar á la arena, terminada la funcion, un millar de dados ó bolas de marfil, con un número que correspondia á tal ó cual objeto precioso de un depósito colocado préviamente á la salida del Circo. ¡Suetonio vió más de una vez este bazar, en el que habia pájaros, vestidos, oro, plata, perlas, diamantes, cuadros, caballos y *esclavos!!!!* La sensualidad y la degradacion llegaron á su colmo.

Los antiguos romanos habian conquistado la tierra; éste era su destino: gozaron todos los esplendores de las grandezas humanas; éste fué su triunfo. Pero las grandezas humanas y las conquistas de la tierra tocaron á su término: la piedra desprendida de la montaña ha derribado y hecho pedazos la estatua gigantesca: las últimas aclamaciones y delirantes griterías del Circo parecen ser el eco postrimero de una civilizacion que desaparece: el imperio de Occidente se cae; los godos ocupan la Grecia y gran parte de Italia; los vándalos están desolando la España; de las Galias se apoderan los francos; las feroces huestes de Atila se acercan á las puertas de Roma. Las instituciones y las creencias paganas serán pronto un monton de ruinas, sobre el cual se alzará gloriosa y perdurable la *Ciudad de Dios*, de San Agustin.

## XXI.

Del Circo Máximo, de aquel gran centro de la vida romana, apenas se puede hoy decir *aquí estuvo*. Aquel circo, que con ser uno de diez para un solo pueblo, era mayor que el de Olimpia, único para toda la Grecia, cayó al suelo con sus arcos y sus obeliscos y sus estatuas: las torres servirán para fortaleza de los Frangipani en las guerras de los siglos medios; cuando en el décimosexto se acometa la empresa de desenterrar los obeliscos, tierra y escombros ocuparán los ámbitos del antiguo valle Murcio. Algun ligero vestigio de las altas graderías de piedra (*præcinctiones*) queda en la parte del Aventino, cerca de las ruinas del Septizonio y de las más imponentes de la Casa de los Césares: por el lado que mira al Aventino, por aquella parte preferida del pueblo, porque no la bañaba el sol del mediodía (asientos de sombra), no quedan ni ruinas: la mano del tiempo, ejecutora fiel esta vez de los designios de la civilización, ha sido inexorable.

Desde la falda del Aventino, en que nos encontramos, siguiendo un poco la orilla del Tíber, se descubren algunos otros monumentos.

de la Roma antigua, no condenados, como el Circo Máximo, á irremediable y perpétua destruccion, ántes bien reanimados por el aliento vivificador de la doctrina evangélica.

## XXII.

Un templo habian levantado los romanos á la Pudicicia noble, ántes de que la viuda Virgimia erigiese un altar á la Pudicicia plebeya: cerca de aquel templo, ó quizá sobre sus propios fundamentos, existió el de Céres y Proserpina, debido al dictador Aulio Postumio, y renovado en los tiempos de Tiberio. Su área, y quizá algunas de sus columnas corintias sirvieron para una de las más antiguas y venerandas iglesias de Roma, la de la alta torre, esbelta, cuadrada, de estilo inclasificable; la segunda consagrada al culto de la Vírgen.

En el siglo VIII la adornó espléndidamente el Papa Adriano I, y como una tradicion arraigada, colócase allí un antiguo pórtico ó escuela griega, donde enseñó San Agustin, ántes de ser obispo de Hipona; la iglesia se llamó Santa María *in Cosmedin* (la de los adornos, la hermoseedada): el pueblo la llama *Bocca della Verità*, por una sencilla é infantil creencia, que se refiere al disco de piedra, especie de mas-

caron, que hay en el pórtico, y que de losa de cloaca convirtió la Edad Media en monstruo que sujetaba la mano de los que juraban en falso. La imagen de la Virgen, que domina el altar mayor, es una interesante muestra del arte bizantino; pertenece quizá al número de las imágenes salvadas del furor de los iconoclastas; sobre el altar se ve una pequeña cúpula de mármol, sostenida por cuatro columnas de granito rojo; debajo, en una urna de pórfido, se guardan multitud de reliquias de mártires. Una silla de piedra, trono episcopal, que hay detras del tabernáculo, quieren algunos anticuarios que sea el asiento mismo que ocupaba el maestro, cuando aquel recinto fué *escuela griega*: el pavimento es de aquel mosaico precioso que llamaban *opus Alexandrinum*. A este antiquísimo templo va unida la historia de muy importantes sucesos: allí fueron elegidos Papas, en el siglo XII, Gelasio II y Celestino III, y proclamado más tarde, el Antipapa Benedicto XII.

## XXIII.

El pequeño y bellissimo templo redondo, que se ve enfrente, es uno de los puntos oscuros de la arqueología romana. Por mucho tiem-

po estuvo Vesta en posesion de aquel monumento: creyóse luégo que era á Cibéles á quien habia sido consagrado: otros han supuesto que fuera el Templo de Cástor. Canina se lo atribuye á la diosa Matuta: otros autores lo creen el Templo de Hércules, de que habla Tito Livio, cuando, refiriéndose al de la Pudicicia, dice: «Que está en el Foro Boario *ad ædem rotundam Herculis*; las tradiciones pelásgicas, á cuya teogonía pertenece el vencedor de Caco, abundan, en efecto, en toda esta vertiente del Aventino.

El templo redondo, de mármol blanco, con sus veinte columnas corintias de treinta piés de altura, fué seguramente una de las más lindas construcciones, en pequeño, de la Roma imperial. Las siete gradas, sobre que se alzaba, han desaparecido: perdióse tambien una de las columnas; la parte superior está destruida. Consagrado por Sixto IV al culto de San Estéban, tomó pronto (en el siglo xvi) la denominacion de Santa María del Sol, por la estampa de la Vírgen que en ella se venera.

Más adelante, sin dejar la orilla del rio, está Santa María Egipciaca, iglesia cuadrada del siglo ix, construida sobre las ruinas del que fué Templo de la Fortuna Viril, cuyo origen se remonta á la época del rey Servio.

## XXIV.

Enfrente hay una casa de antigua y extraña construccion, que debió ser en su tiempo maravilla de las gentes, á juzgar por la pomposa inscripcion latina que la decora. De llamarse su dueño Nicolas, y decirse hijo de *Crecens* (Crescencio), dedujo algun anticuario ingenioso, y el pueblo aceptó de lleno, que aquella fué la casa de Nicolas Rienzi. Esta explicacion no excede mucho los límites trazados por la conciencia laxa de los etimologistas: lo que no puede resolverse tan de corrido es, por qué el pueblo ha dado despues á aquella caprichosa vivienda, conjunto fantástico de todos los órdenes de arquitectura, el nombre de casa de Pilatos, si ya no convenimos en que el pueblo tiene un instinto admirable para asimilar sucesos y nombres y personas.

## XXV.

Llegamos por esta parte al término de nuestra excursion, empezada en la cumbre del Aventino: el Puente de Santa María, el Puente *Rotto*, que con justicia lleva este nombre des-

de el siglo xvi, nos sirve de límite. Este puente no puede decirse antiguo, porque desde que en los últimos tiempos de la república fué construido sobre estas dos orillas el Puente Palatino, que también se llamó *Lapideo*, ó de piedra (quién sabe si *Lepideo*, por Emilio Lépido?), tantas veces ha desaparecido cuantas crecidas memorables tuvo el Tíber: en los tiempos del emperador Probo (siglo iii), en los de Gregorio IX (siglo xiii), en los de Julio III (siglo xvi), y, por último, en tiempo de Gregorio XIII (año 1575) fué restaurado, ó mejor aún reconstruido: no había terminado el siglo xvi (año 1598), cuando otra inundación lo destruyó trayéndole el nombre de *Rotto*, que no es fácil disputarle: tres de sus arcos, que corresponden á la opuesta orilla, son todavía de la primitiva fábrica de Emilio Lépido y Mummio, en la censura de Escipion el Joven; es decir, tienen más de veinte siglos de antigüedad.

## XXVI.

Desde este puente se descubren, como en magnífico panorama, los monumentos y las ruinas más interesantes de la historia antigua. Estamos al pié del Aventino: desde aquí se alcanza la parte escarpada de la colina, donde

estuvo el antro de Caco: á la derecha la isla del Tíber: allí, no léjos, cuando las aguas del rio bajan, se ven los vestigios del que fué puente Sublicio, magnífico teatro del heroismo de Horacio contra el ejército de Porsena y de Cayo Sempronio Graco, que, bajando del templo de Diana Aventina, pasó, contra el desesperado esfuerzo de sus enemigos, á refugiarse en el bosque sacro de Furina, que estaba á la opuesta orilla. Por el Puente Sublicio cayeron, arrojados al Tíber, los cuerpos de Cómodo y de Eliogábalo, éste con una gran piedra al cuello, *ne fluctuaret ne unquam sepeliri posset*.

Un poco más allá, en la direccion del clásico *pulchrum litus*, alegre paseo de la orilla del rio, está la *Marmorata*, la explanada donde se labran los mármoles, muy cerca del *Emporium*, celebrado por Tito Livio, lugar de desembarco de aquellas preciosas piedras traídas de Grecia y de África para embellecer la Ciudad de las Siete Colinas. Los viajes han terminado, pero no los desembarcos. En estos mismos dias se descubren nuevas y nuevas masas de los más ricos mármoles, diez y seis ó más siglos hace enterrados en la orilla del Tíber, como si la Providencia se dignara hacer este presente á las iglesias de Roma necesitadas de reparacion, y añadir en estos momentos una dádiva magnífica á las que de todo el orbe ca-



tólico recibe el sucesor de los Apóstoles <sup>(1)</sup>. La columna de granito, encontrada en el mismo lugar, se elevará en la vecina altura de *San Pietro in Montorio*, para recuerdo perenne del Concilio Vaticano.

## XXVII.

Encima de la Marmorata descuella, á 50 metros, el Monte *Testaccio*, prominencia artificial, formada de pedazos de tierra cocida, quizá de restos de vasos de todas clases allí arrojados en el trascurso de los siglos, perpétuo enigma de los anticuarios, pero admirable punto de vista para el viajero; á corta distancia, buscando la corriente del Tíber, se ve la embocadura de la Cloaca Máxima, obra gigantesca de tiempo de los reyes, una de las más admirables de Roma en el sentir de Dionisio de Halicarnaso; más léjos el Puente Fabricio (*Quattro Cappi*), que arranca del barrio de los judíos; al otro lado la cumbre pintoresca del Janículo.

(1) Hoy, 2 de Abril de 1869, celebra Roma con pompa y alegría inusitadas el 50.<sup>o</sup> aniversario de la primera misa del noble y virtuoso sacerdote Mastai-Ferreti, Pio IX, Pontífice reinante.

## XXVIII.

Al pié del Aventino, sobre la orilla izquierda del Tíber estuvo antiguamente la Puerta Trigemina, una de las veinte y seis que Roma contaba en los tiempos del imperio; llamóse así, segun quieren los mejores anticuarios, por ser la tercera puerta de dos arcos construida en la Ciudad (*quasi tertia gemina*); en el sucesivo engrandecimiento de los ámbitos de Roma, y en las alteraciones que, por la edificación de murallas, tuvo su topografía, vino á reemplazar á la antigua Puerta *Trigemina* y áun á la *Minucia* y *Lavernalis*, la Puerta *Ostienne*, ó sea del camino de Ostia, que no tarde se llamó de San Pablo, por la basílica erigida á una milla de distancia en honor del Apóstol de las gentes.

Junto á la Puerta de San Pablo hay un monumento singular de la Roma antigua: es un sepulcro imitado de las famosas tumbas de los Faraones, á las orillas del Nilo: una pirámide que tiene 100 piés de base y 124 de altura; es decir, que se aproxima en proporciones á la cuarta parte de la mayor pirámide de Méfis: esta mole, revestida por fuera de mármol blanco, estuvo adornada por dentro con

pinturas, y sirvió para contener las cenizas de Cayo Cestio, pretor, tribuno de la plebe y septemviro de los Epulones en la época de Augusto.

Sería, sin duda, Cayo Cestio un personaje muy importante del siglo VIII de Roma: pero, á no ser por la rareza arquitectónica de su sepulcro, probablemente su nombre no hubiera pasado ni las fronteras de la generacion á que perteneció. En la Roma pagana los sepulcros ilustraban á los hombres perpetuando por los honores tributados al muerto, un nombre que las virtudes del vivo no supieron conquistar. Sigamos un millar de pasos por la Via Ostiense, y veremos cómo en la Roma cristiana son los hombres los que ilustran las sepulturas y convierten en lugar excelso y perpétuamente adorado la cárcel donde son afligidos, el suelo humilde que regaron con su sangre, ó la escondida sepultura que guardó sus despojos.

## XXIX.

Llegamos á la Basílica de San Pablo.

Esta Basílica, dice un ilustrado peregrino, solitaria, inmensa, melancólica, verdadero templo del desierto, se levanta majestuosa

cerca del Tíber: sus techos fueron labrados con cedros del Líbano, como el Templo de Salomon. Fundada por Constantino, arruinada por los vándalos, devastada por los sarracenos, derribada por un temblor de tierra, incendiada tres veces, siempre se la ha visto renacer de sus ruinas y de sus cenizas, como el fénix de la fábula, como la religion inmortal, de que es excelso y venerable santuario. Su último incendio ocurrió en la noche del 15 al 16 de Julio de 1823, casi en las últimas horas de la vida de Pío VII, del virtuoso Pontífice, que en el monasterio de San Pablo, anejo á la Basílica, habia profesado la regla de San Benito. Gran pérdida fué para Roma y para la cristiandad la ruina de aquel santuario, tan rico de tradiciones, de reliquias y de primores artísticos; de aquel gran monumento de la religion y de la arquitectura, en cuyo arco central se leian los nombres de un ilustre emperador español:

*Theodosius cepit, perfecit Honorius aulam  
 Doctoris mundi sacratam corpori Pauli.*

Desaparecieron las cinco naves divididas por ochenta columnas de precioso mármol, que un dia embellecieron el Mausoleo de Adriano, y tal vez la Basílica Emilia, la más espléndida del Foro. Cayó el gran arco de

crucero, con sus dos enormes columnas de mármol griego, obra insigne mandada ejecutar por Gala Placidia, la hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, esposa de Ataulfo y luégo de Constanzo; los mosaicos, los retratos de los Pontífices, el altar grande de la tribuna, adornado de ricos mármoles y de cuatro columnas de pórfido, los frescos, los bronce dorados, las puertas, señaladamente la del centro, singular obra de escultura hecha en Constantinopla en el siglo xi, y considerada como una maravilla del arte bizantino; todo ó casi todo fué reducido á escombros y á cenizas; perdióse en una noche el tesoro de quince siglos.

El Papa Leon XII, con viva solicitud y santo denuedo, dirigió al orbe su palabra apostólica, implorando la caridad de todas las naciones para levantar del suelo la Basílica del Apóstol de las gentes. La bula *Ad plurimas atque gravissimas*, expedida á este fin, es uno de los más interesantes y bellos documentos, aún bajo el punto de vista literario, que hayan salido á luz en este siglo. Las naciones acudieron á la sentida voz del Pontífice y á la devoción del Apóstol; no solamente las católicas, no solamente los reyes y los pueblos de Europa y de América que se preciaban de ser hijos sumisos de la Iglesia, sino los protestan-

tes, los cismáticos y hasta los musulmanes contribuyeron con sus dones á la reedificación de la Basílica: junto á las columnas de granito, regaladas por un soberano católico, están las de alabastro oriental, ofrecidas por Memet-Alí, ó las lucientes láminas de malaquita, que parecen masas de esmeralda, enviadas desde el fondo de la Siberia por orden del emperador de Rusia Nicolas I. La perseverancia y ardiente celo de los Pontífices han dado feliz término, puede decirse, á una obra verdaderamente gigantesca. La Basílica de San Pablo es uno de los más grandiosos monumentos del Pontificado de Pio IX.

Los que no hemos conocido el antiguo templo, con sus ciento cincuenta columnas, sus pórfidos, sus mármoles preciosos, con la gótica severidad de sus cinco naves, que competían con los más grandiosos peristilos antiguos, no podemos comparar lo que es con lo que fué. Dado que siempre haya prevalecido el pensamiento de restauración exacta sobre el primitivo plan, no podía tampoco negarse á los insignes arquitectos que han tenido las obras á su cargo, la necesaria libertad para introducir en ciertos detalles alguna variación de gusto discutible y de belleza no por todos igualmente apreciada.

Quedan de la antigua, en la Basílica nueva,

los mosaicos del siglo XIII que adornaban la fachada, el pórtico de las doce columnas, el gran mosaico de Honorio III, que cubria el ábside del coro: en la nave de crucero, el altar papal, de arquitectura gótica, sobre la Confesion donde están la mitad de los cuerpos de San Pedro y San Pablo: todo lo demas es nuevo; todo lo demas constituye la muestra solemne ofrecida en Roma por las bellas artes en la primera mitad del siglo XIX; falta la fachada: el ingreso actual á la Basílica se hace por una puerta de la nave de crucero.

### XXX.

¿Qué juicio puede y debe formarse, por esta muestra, de la fortuna á que llegan las bellas artes en nuestros dias?

Á la Basílica de San Pedro contribuyeron tambien todas las naciones; en su plan trabajaron sucesivamente arquitectos, que de diverso modo entendian y realizaban la idea de la belleza; no años, sino siglos transcurrieron desde los primeros conatos de reedificacion hasta que Paulo V pudo esculpir su nombre de familia en la fachada; y sin embargo, la Basílica de San Pedro obedece á un principio tan ri-

goroso de unidad, por más que otra cosa quieran algunos decir, ofrece un todo tan armónico, á pesar de lo grandioso, que es preciso saber la historia de su reconstrucción para no decidir desde luego que obedece al pensamiento de un solo hombre, á la inspiración de una sola inteligencia.

No así la Basílica de San Pablo: sus proporciones sorprenden; su riqueza asombra; el resplandor de sus pavimentos y de sus muros hiere los ojos; la doble fila de retratos de los Papas llama la atención y despierta grandemente el interés; pero el conjunto no recrea el ánimo con aquella piadosa delectación que va produciendo la bóveda de San Pedro, á medida que se avanza por la nave central, ó con aquel místico arrobamiento que infunden las sombrías catedrales de la Edad Media. Al penetrar en la Basílica de San Pedro, la vista se dirige instintivamente á lo alto, que es la mansión predilecta de las bellas artes en los siglos de la fe; al penetrar en la moderna Basílica de San Pablo, la vista no tiene altura en que deleitarse, no hay cúpula; el baldaquino casi toca en el techo; las bellas artes no se levantan del menguado nivel del hombre en el siglo del racionalismo y de la indiferencia.

El espíritu católico de la generación presente ha dado espléndido testimonio de sí mismo,



con su celo y con sus limosnas, para la edificación de un templo colosal, largo de 120 metros, adornado de numerosas columnas, cubierto de mármoles de todas clases, donde refleja la luz como en anchos y limpios espejos; un templo, en fin, radiante de majestad y de riqueza; pero el genio de las artes, abatido bajo el peso de la contradicción y del escepticismo que hoy dominan en la inteligencia humana, sólo ha podido ofrecer un monumento *vico*, cuando se afanaba por producir un monumento *bello*.

La Via Ostiense está llena de recuerdos que forman como uno de los cantos más interesantes de la gloriosa epopeya del Apóstol de las gentes. En los remotos siglos había debajo de la Basílica, y ántes de Constantino debajo del Oratorio de San Pablo, un cementerio en que fueron depositados los cuerpos de muchos mártires, cuyas curiosísimas lápidas é inscripciones, recogidas y publicadas en el siglo xvii por Bosio, indican que fué aquel lugar, en los días de las persecuciones imperiales, uno de los más devotamente venerados por los cristianos, los cuales á esta Via Ostiense y á la Colina Vaticana acudian diariamente para orar ante los trofeos de los apóstoles.

El claustro del convento de San Pablo y el de Santa Sabina son acaso las dos únicas obras

antiguas de estilo gótico que en Roma se conocen.

En el sitio mismo donde San Pablo fué decapitado, y donde su cabeza rebotó por tres veces en el suelo, surgieron tres fuentes de agua cristalina y de diversa temperatura; hoy forman á manera de altares, en una modesta iglesia que guarda tambien la columna á que el Santo estuvo atado hasta el momento del martirio: se llama esta iglesia *San Paolo alle tre fontane*: enfrente se halla la de los Santos Vicente y Anastasio, erigida en el siglo VII en honor de estos santos mártires, y célebre por el monasterio que le fué anejo, y en donde San Bernardo puso de primer abad al monje Pedro Bernardo Pisano, que despues fué Papa con nombre de Eugenio III; el Papa mismo para quien San Bernardo escribió el célebre libro *De Consideratione*, uno de los más insignes monumentos científicos y literarios de la Edad Media.

Como se ve, los Pontífices y los fieles en todos los siglos miraron con especial devocion este campo solitario de las *Aguas Salvias*, que santificó el martirio de San Pablo. Su gran Basílica se levanta fuera de la Ciudad, al extremo opuesto del Vaticano, á la orilla del rio. Diríase que una y otra guardan como inmortales centinelas, la nueva Roma que San Pe-

dro y San Pablo fundaron sobre las ruinas de la antigua. ¿Qué fué de Rómulo y de Remo? ¿Qué fué de los cónsules y de los emperadores?...

Para los mártires del Vaticano y de la Via Ostiense ha erigido el mundo católico dos templos, como no pudo concebirlos siquiera la antigüedad pagana, y su culto durará tanto como dure la Iglesia, cuya vida no depende de la voluntad de los hombres. Entre esos dos templos se asienta con la majestad de reina, la capital del orbe cristiano:

*Hos inter Roma est, hic sedet ergo Deus.*



# EL CAMPO MARCIO.

---

## LA CIUDAD ANTIGUA Y LA CIUDAD MODERNA.

### I.

Todos los pueblos nacientes han buscado las alturas, como si las alturas fuesen las amigas naturales de la independendia y del reposo de los pueblos. La bajada desde las colinas á los valles, parece en la historia de las gentes una verdadera emigracion del seno apacible de la familia al torbellino y las ambiciones de la ciudad. Así se verifica en Roma. Al pié de los montes, donde hemos visto brotar y crecer la sociedad de Rómulo y de Numa, se extiende, á la orilla izquierda del Tíber, una llanura destinada á ser el centro de la vida del pueblo-rey, teatro de sus grandezas, de sus locuras y de su muerte. Llamóse en un principio Campo de Marte por la divinidad á que estuvo consagrado: *Ager Tarquiniorum qui inter urbem ac Tiberim fuit consecratus Marti, Martius deinde campus fuit*, dice Tito Livio.

## II.

En los últimos tiempos de la república, la magnificencia de esta region habia llegado á tal punto, que ya se distinguia el Campo de Marte, propiamente dicho, que servia para los ejercicios militares, del Campo Marcio, que comprendia el inmenso barrio de los pórticos y los monumentos insignes; aquella explanada, que en los tiempos de Tiberio llegará desde el Circo Flaminio, en la falda del Capitolio, hasta el Tíber, y que contendrá edificios como el Circo, y los teatros de Marcelo, de Balbo y de Pompeyo, el Pórtico y Biblioteca de Octavia, el de Filippo, el de Octavio, la Curia y Pórtico de Pompeyo, el *Hecatónstilon* ó pórtico de las cien columnas, la *Villa pública*, los Jardines y estanque de Agripa, las Termas, el Panteon, la *Septa Julia*, el Anfiteatro de Statilio Tauro, el bosque y Templo de Lucina, el Mausoleo de Augusto, la *Colina*, el *Gnomon* ó gran reloj de piedra, los sepulcros de hombres y mujeres ilustres, las *Equicias* ó campo de las carreras de caballos, la Colina de los Jardines, los templos de los Lares marinos, de Belona, de Apolo, de Cástor y Polux, de la Fortuna ecuestre, de Hércules Cus-

tode, de Diana, de Júpiter *Stator*, de Isis, de Serapis, de Minerva, de Juturna, de Neptuno, la casa funeraria de los Césares, bosques, altares, circos, arcos magníficos y jardines como los de Lúculo y los de la colina á que dan nombre. Evidentemente la Ciudad ha bajado á la llanura; los bárbaros están de enhorabuena.

### III.

El Campo Marcio, comprendido en la region del Circo Flaminio (novena de las catorce en que Augusto dividió la capital), puede considerarse como la ciudad nueva al amanecer el imperio, en contraposición á la ciudad antigua, la clásica ciudad de las colinas.

No es posible reconstruir, ni aún con la fantasía, aquel espléndido y bullicioso cuartel de la Roma imperial: figurémonos el vasto espacio que media desde la Puerta del Pópulo y el paseo del Pincio hasta las más remotas vertientes del Quirinal y el Capitolio; figurémonos ese espacio dividido en calles y campo, según la mayor ó menor proximidad al Tíber, y cubiertas aquellas de edificios suntuosos para todos los fines de la vida pública del pueblo romano, y llegaremos á formar una idea,

aunque imperfecta, de aquella Roma de la llanura, acariciada por el río y coronada de montes, que en los días de Estrabon ofrecian una encantadora vista escenográfica.

#### IV.

A la extremidad septentrional del Monte Capitolino estuvo el Circo Flaminio, monumento que dió nombre á la novena region de la Ciudad de Augusto, la más vasta y esplendorosa de todas. Este circo fué construido por el censor Q. Flaminius el año 533; reformado por Augusto, que en 748 lo convirtió en lago, donde se dió el espectáculo de una caza de cocodrilos, tuvo la misma suerte que los otros circos, progresando siempre á medida que el imperio se arruinaba. Arruinado el imperio, para los circos no hubo períodos de transicion; desde el ruido clamoroso cayeron en el silencio de la muerte. En los siglos medios, el solar donde habian estado el Circo Flaminio y sus edificios contiguos, Templo de Diana, Templo de Juno Rema y de Bruto Galáico, y el altar de Júpiter Stator, con sus columnas y sus estatuas doradas, servia para que clavasen estacas y retorciesen cáñamo los cordeleiros: despues fueron edificados el Palacio Mat-



tei y el monasterio de Santa Catalina, que aún se llama de *Funari*.

Para estudiar la disposicion y pormenores de los circos romanos, quedan las ruinas del de Rómulo, hijo de Majencio, fuera de la Puerta Apia ó de San Sebastian (el último de los construidos), y quedan, sobre todo, como ya dijimos al dar noticia del Circo Máximo, multitud de bajo-relieves, que presentan, no ya las partes constitutivas del recinto, sino hasta los menores accidentes del espectáculo. Desde el *hippodromos* de los griegos, que es una llanura, cuyo término señala el tronco de un árbol, y cuyos lados limitan dos piedras blancas, hasta los pórticos y las estatuas y el gran toldo de púrpura y oro que decoran algunos circos de Roma, el progreso del lujo y del sibaritismo es innegable. No aparece tan maravilloso en el teatro el progreso de la literatura.

## V.

Al Campo Marcio corresponden los tres teatros *permanentes* que Roma tuvo desde los últimos tiempos de la república hasta los últimos del imperio: fueron, pues, aquellos el Teatro de Pompeyo, el del ilustre gaditano Balbo y

el de Marcelo. Sólo de este último, cuya área ocupa el palacio Orsini, quedan en la Plaza Montanara restos de columnas dóricas y jónicas, que admiran y estudian los más insignes profesores, y de que dimos noticia en la rápida reseña de los monumentos que aún duran y dan razón de la Roma antigua.

Hasta los últimos tiempos de la república no aparece en Roma el teatro propiamente dicho: en los cuatro primeros siglos, los juegos circenses eran todo el deleite de los romanos. Por los años 391 se conocieron los que pueden llamarse gérmenes del teatro: unas danzas pantomímicas al son de flautas, pero danzas desordenadas, en cuyo ruido tomaban parte los espectadores con chanzonetas y á veces con improperios: para esta especie de diálogos picarescos ó graciosos, trajeron poco más tarde actores de la Etruria, que los latinos llamaron *ludiones* (de *ludus*, juego) é *histriones* (de *hister*), que significaba lo mismo en lengua etrusca.

Los juegos escénicos fueron despertando cierto interés, cuando de los versos sin sentido y sin sustancia que solían cantarse en las bodas, llamados *fesceninos* (por la ciudad etrusca *Fescennium, ubi nuptialia inventa sunt carmina*), pasaron á la sátira regular, es decir, cuando los romanos vieron ya *impletas modis saturas*, según la frase de Tito Livio. A los principios

del siglo VI, el poeta Livio Andrónico, que preside, puede decirse, á los *autores* y *actores* que se reunían en el templo de Minerva sobre el Aventino, compone sobre el molde griego fábulas parecidas á comedias ó tragedias, que constituyen el primer fondo conocido, el primer caudal de la dramática latina. A las pantomimas, á las sátiras, á las *atellanas*, (farsas dialogadas á manera de entremeses, llamadas así del nombre de Atella, ciudad de los Oscos), pudieron ya añadirse las comedias y tragedias.

Habia, pues, poetas y había fábulas; la arena del Circo ó los ámbitos del Foro servían de teatro; los espectadores permanecían de pié durante toda la función: *Stantes plauderant in refecta*.

De raras y muy casuales, las representaciones escénicas vinieron á ser anuales, formando parte de los juegos *megalenses*, que en honor de Cibéles se celebraban junto á su templo del Palatino. Obras muy notables de Terencio, entre las que se cuentan el *Eunuco*, el *Eautontimorumenos* y otras, tuvieron aquel destino aristocrático, según ellas mismas declaran: *acta ludis megalensibus*: alguna de Plauto, como el *Stichus*, se representó en los juegos plebeyos, esto es, en el Circo Flamínio: así debía ser tratándose de Terencio, el poeta

amigo de los poderosos, y de Plauto, el cómico popular y democrático.

## VI.

La primitiva severidad republicana miró desde luégo la afición desmedida á las ficciones escénicas como un peligro para las costumbres y un gran daño para los ciudadanos y para la patria. Por eso, cuando los censores Mesala y Casio se proponen construir un teatro sólido y estable en uno de los ángulos del Palatino, cerca del Foro, el cónsul Nasica obtiene del Senado un decreto para demoler las obras comenzadas. Si Pompeyo, al espirar el siglo VII, se empeña en traer á Roma, agrandado y embellecido, el teatro griego de Mitilene, tendrá que valerse de una astucia, que disfrace su proyecto: erigiendo en la parte más alta de las gradas ó asientos un templo á Vénus vencedora, elude las prescripciones del *senatus-consulto*, anunciando que la escena es un simple recurso de distracción para la multitud que ha de rodear constantemente el altar de la diosa: los juegos eran como un accesorio del culto; los magistrados no pudieron oponerse.

Tal fué el origen del primer gran teatro per-

manente, de piedra, construido en Roma: incendios sucesivos hicieron necesarias restauraciones considerables en los tiempos de Tiberio, de Calígula, de Tito y de Diocleciano. El teatro constaba en el interior de dos *precincciones*, ofreciendo, según se cree, tres órdenes de arquitectura en el exterior, cuyo muro interrumpían cuarenta y cuatro arcadas á dos columnas puestas delante de cada pilastra. Más de veinte y siete mil espectadores sentados, podía contener en su vasto hemicírculo, de cerca de doscientas varas de diámetro. Hoy del Teatro de Pompeyo sólo quedan las descripciones de los arqueólogos y el recinto en que estuvo, ocupado por el Palacio Pío y otras construcciones vecinas á la Plaza de *Campo di Fiori*.

## VII.

A la entrada del Campo de Marte, propiamente dicho, junto á la orilla del Tíber, edificó otro teatro, á principios del siglo VIII, y á instancias de Augusto, el vencedor de los Garamantas, el español Cornelio Balbo, el primer extranjero que obtuvo en Roma los honores del triunfo, y luégo el consulado. Sabido es que Augusto excitó á todos los podero-

sos de Roma á contribuir con reparacion de obras antiguas y construccion de otras nuevas, á su engrandecimiento y hermosura. Balbo dedicó una parte de las riquezas traídas de la Libia á la fábrica de un teatro próximo al de Pompeyo y al de Marcelo, más espléndido que aquel, ménos grandioso que éste: en sus gradas cabian treinta mil espectadores; sus escombros formaron en la Edad Media una prominencia ó montículo que toca hasta el Ghetto de los judíos: sobre aquella prominencia descansa el palacio de la familia Cenci.

### VIII.

El mayor de los teatros de Roma fué el de Marcelo. César lo comenzó por no ceder ni en este detalle á su rival Pompeyo; Augusto lo terminó, dedicándolo á la memoria de su sobrino Marcelo, el año 741, el año mismo en que se abrió al público el de Balbo. Su magnificencia excedia con mucho á la del de Pompeyo, y de cierto no fué sobrepujada por la del de Balbo, que hubiera sido en éste imperdonable temeridad pretender igualarse en ostentacion y lujo al dueño y señor de Roma y del imperio. Por eso debe creerse que las proporciones del Teatro de Marcelo fuesen ta-

les de contener más de treinta mil espectadores: su arquitectura puede considerarse como una de las más felices reproducciones del arte griego en Roma: los restos de dos órdenes de columnas, que todavía se conservan, son tenidos, ya lo hemos dicho, como preciosos modelos de elegancia y de buen gusto.

## IX.

La hechura y disposición interior de estos tres teatros han de ser por necesidad semejantes: a un solo tipo obedecen, que es el griego; á una legislación arquitectónica se acomodan, que es la de Atenas: en esplendor y en dimensiones excederán pronto los teatros de Roma á los de Grecia; pero el original á Grecia pertenece: cuando Mummio, vencedor de Corinto, traiga cautivas las artes á la ciudad de los cónsules, los juegos escénicos vendrán también, y con ellos la idea verdadera de un teatro. Vitrubio aplicará á estas construcciones su genio poderoso, imprimiendo en ellas, como en todas, aquella marca de clásica regularidad y perfección, que nunca se perderá del todo en las manifestaciones del arte en Roma, por más deplorables y absurdos que sean los extravíos que sufran en todos los otros pueblos y

durante muchos siglos: por eso el renacimiento será aquí tan vigoroso y dictará á Vignola y á Palladio obras admirables, donde el arte se legisla y mide con el compas de la inspiracion antigua.

Para formar idea exacta de un teatro romano, quizá no bastarán las antiguas plantas y descripciones que en láminas y libros han llegado hasta nosotros: podemos disponer, por fortuna, de más poderosos y eficaces medios de ilustracion. En *Tusculum* hay un pequeño teatro romano, cuya escena se conserva en un estado casi perfecto: Fermo nos ofrece otro íntegro: dos, cómico y trágico, podemos visitar en Pompeya.

Sin negar que otros pueblos de la antigüedad ejercieran algun influjo en el desenvolvimiento científico y literario del romano, bien puede señalarse como un hecho cierto que el teatro de Roma es griego, como reflejo de la dramática griega será la dramática latina. Empezando por el mismo nombre, *teatro*, que de Aténas vino, y recorriendo una por una las partes y denominaciones del edificio, se descubre que, aunque Vitrubio señalara alguna pequeña diferencia entre los teatros romanos y los griegos, en rigor venian á obedecer á las mismas reglas de construccion.

La forma era semicircular. El espacio que



los griegos dejaban entre el palco de los actores y los varios órdenes de gradas de los espectadores, llamábase *orchestra*, del verbo griego ὀρχήσομαι, que significa *danzar*. Los romanos dieron ese nombre, en su teatro, á las filas de preferencia, reservadas á los senadores en el espacio de la *cavea*, que ahora decimos platea: *In orchestra autem senatorum sunt sedibus toga destinata*. El semicírculo ocupado por el público habíase llamado por los griegos *koilon*, esto es, *cóncavo*, *cavea* de los latinos, *cazuela* en el lenguaje vulgar de algunos pueblos de España. La parte en que los actores recitaban, cubierta de tiendas (*skéne*), tuvo el nombre de *escena*, transmitido luégo á casi todas las lenguas posteriores. La escena, que es un vasto espacio, de magnífica arquitectura, decorado con columnas y estatuas para las representaciones trágicas, se transforma para las comedias, mediante telas pintadas que representan casas, calles, plazas (*forum*), florestas, grutas, montañas y jardines.

Las numerosas filas de gradas subían á terminar en una galería sostenida por bellas columnas, especie de *paraíso*, destinado á las mujeres y á la plebe, como la *orchestra* pertenecía á los senadores, y las catorce filas siguientes á los caballeros. El telon (*siparium*), que en los teatros modernos baja al terminar

el acto, en los antiguos subia; la mayor parte de su maquinaria estaba debajo del proscenio. Un gran velo ó toldo, que solia ser de seda azul, recamado de estrellas, preservaba del sol á los espectadores y contribuia á mantener en todo el recinto un temple de luz tibia y suave: el teatro cómico de Pompeya ofrece la particularidad de haber estado cubierto; verdad es que no sólo servia para representaciones de fábulas, sino para conciertos, pantomimas, sátiras, juegos poéticos y áun disputas filosóficas. No así el teatro trágico que está contiguo, y en el cual pueden estudiarse y recorrerse todas las partes que Vitrubio señala como esenciales de aquellas construcciones. A las dos extremidades de las primeras gradas se han encontrado las dos tribunas revestidas un dia de mármol, conteniendo la de la derecha una silla curul, en que se sentaba el *duumviro* que presidia el espectáculo. Este lugar distinguido, palco de la presidencia, se llamaba en Roma (*podium*), y estaba reservado al Emperador.

## X.

La descripcion exacta de una fiesta teatral en Roma explica, hasta cierto punto, la escasa fortuna que logra la literatura dramática en

el pueblo de los circos y de los anfiteatros. Hay una epístola de Horacio á Augusto, que es la primera del libro II, de la cual puede sacarse, á este propósito, muy segura enseñanza. «Del inmenso pueblo, dice el poeta, que concurre al espectáculo del teatro, muy pocos van por amor á la poesía; y así, acontece alguna vez, que en medio de la accion que se representa, salgan millares de voces pidiendo gladiadores y fieras.» En otro capítulo hemos copiado los versos latinos del poeta.

Y no es tan sólo la plebe, añade Horacio, sino los caballeros mismos, quienes hacen alarde de desdeñar la poesía y de preferir las carreras de caballos, y los combates, y los esclavos, y los triunfos.

Las matronas, riendo á carcajadas; las jóvenes, distraidas en sus intrigas, bien ajenas de la comedia, pero, como dice Ovidio:

*Spectatum veniunt, veniunt spectentur ut ipsæ;*

mil conversaciones, sostenidas en alta voz, como en un foro ó en un pórtico; los lictores hablando entre sí y golpeando con sus varas sobre el mármol de los asientos; los acomodadores (*designatores*), circulando por todas partes y discutiendo con los extranjeros, que no se hacen entender; y el toldo movido por el aire y produciendo un ruido sordo, parecido al

trueno, daban á las representaciones teatrales el carácter de un verdadero tumulto, en que la voz del actor, á pesar del artificio de la máscara (*personna*), no se dejaba oír ni podía despertar interes en aquel público distraído é inmanejable; gracias si alguna alusion picante á cosas ó personas, si algun epigrama intencionado lograba fijar la atencion de aquella multitud que reservaba sus mayores aplausos para lo obsceno y lo maligno.

Terencio, en el prólogo de una de sus comedias (*Hecyra*), se lamenta de que el público abandonó su obra despues del primer acto, porque oyó el anuncio de gladiadores. ¿Qué obras dramáticas de gran importancia habian de escribirse para tan menguado destino? Sin acudir á la respetable autoridad de los primeros escritores cristianos, por confesion de uno de los más insignes poetas del Siglo de Oro (no por cierto de los más rigoristas en punto á costumbres), por testimonio de Ovidio, el autor del *Arte de amar*, sabemos que los teatros en su tiempo, eran ya escuela de corrupcion:

*Ille locus casti damna pudoris habet.*

No hay, pues, que maravillarse de que, áun bajo el punto de vista del arte, quedára siempre el teatro latino en visible inferioridad respecto del griego. Distintas las condiciones so-

ciales, diversa la apreciacion del espíritu humano y de las acciones heróicas, y hasta de los fines de la vida, compréndese bien que la nacion que sólo habia tenido un circo, llegara en la poesía dramática adonde no podia llegar el pueblo de Tiberio y de Neron y de Caracalla.

*In comædia*, dice Quintiliano, *maximé claudicamus... Vix levem consequimur umbram...* Esta sincera confesion del gran retórico nos excusa de toda otra prueba. Respecto á la tragedia son ménos téticas sus aseveraciones; el *Thyestes* de Vario, le merece este singular elogio: *Jam Varii Thyestes cuilibet græcorum comparari potest.*

Julio César, hablando de Terencio, lo calificaba, á lo sumo, de un medio Menandro.

Los dramáticos latinos han sido clasificados en este órden: Cecilio Stacio, Plauto, Nevio, Licinio, Atilio, Terencio, Turpilio, Trabea Luscius y Ennio: en la tragedia, Accio y Pacuvio llegaron á una altura, que no dista mucho de aquella en que resplandecieron los Sófocles y los Eurípides.

## XI.

A cada uno de los teatros romanos del Campo de Marte eran contiguas otras construccio-

nes de lujo y embellecimiento, que merecen recordarse.

Delante del Teatro de Pompeyo estaban la Curia y el Templo de la Fortuna ecuestre; detras de la escena, el Gran Pórtico, uno de los paseos más brillantes y concurridos de Roma; delante, el Templo circular de Hércules Custode; á su lado, el famoso Hecatónstilon, ó pórtico de las cien columnas.

De todas aquellas espléndidas construcciones que llenaban la region que hoy se extiende hasta San Andres *de la Valle*, la Via del Sudario, la de Torre Argentina y multitud de casas particulares; de aquellos pórticos sostenidos por centenares de columnas de mármol, sombreados por una doble fila de plátanos, ricos en estatuas, en fuentes, en telas bordadas de seda y oro, en pinturas de Polignoto, de Antifilo, de Micias y de Pausias, nada ha quedado; de la Curia edificada junto al Teatro para mayor comodidad de los senadores en dias de espectáculo, sólo vive un recuerdo trágico, el del asesinato de César al pié de la estatua de Pompeyo; tambien la estatua trasladada por Augusto, de la Curia al Arco de Jano, frente á la puerta principal régia del teatro, ha sobrevivido á los emperadores y al pueblo romano: aunque contradicha su autenticidad, en el Palacio de Spada se conserva

como un monumento histórico de los más interesantes de la Roma antigua.

Si en efecto pertenecieron, como se cree, á los edificios de Pompeyo las cuarenta y cuatro columnas de granito con que Bramante formó los pórticos del gran patio de la Cancillería, dos veces, en el transcurso de diez y nueve siglos, han recibido aquellas columnas manchas de sangre humana. César cayó junto á ellas en la Curia de Pompeyo, bajo el puñal de los conjurados; el ministro Rossi pereció junto á ellas en 1848, en el pórtico de aquel palacio, destinado entónces á cámara legislativa, bajo el puñal de los demagogos.

## XII.

Al Palacio de la Cancillería, de que fué arquitecto Bramante, es aneja la Iglesia de *San Lorenzo in Damaso*, que recuerda en su propia denominacion dos nombres que constituyen la más pura gloria de España en los primeros siglos del cristianismo: el diácono de Huesca, mártir San Lorenzo, y el gran Papa San Dámaso I, hijo y hermano de santas, poeta insigne como su compatriota Prudencio, padre amoroso, ornamento de Roma, de la Iglesia y

de las letras, en la segunda mitad del siglo iv, en los días de San Agustín y de San Jerónimo y de San Ambrosio, en que otro español, Teodosio, regía los destinos del imperio: Dámaso, Teodosio y Prudencio, ocupan en un mismo siglo el trono pontificio, el trono imperial y el trono de la poesía.

La Basílica de San Lorenzo fué erigida por los años 370 para guardar las reliquias del esclarecido mártir, y poco despues del 384 ya encerraba tambien los despojos mortales del santo Pontífice que le da su segundo nombre. Restaurada en los tiempos de Adriano I y de Leon III, fué casi reedificada á fines del siglo xv, en el pontificado del Papa español Alejandro VI: los cardenales vicecancilleres han mostrado siempre su devocion y su munificencia en conservar y enriquecer á porfía la Basílica de que son titulares: la fábrica en su interior es un recinto cuadrado, dividido en tres naves, cuyas capillas ofrecen riqueza de mármoles, de pinturas al fresco y de monumentos.

Cuando Ignacio de Loyola y sus compañeros comenzaron en Roma las tareas apostólicas que forman la base de su Instituto, á Francisco Javier fué señalada la Iglesia de San Lorenzo *in Damaso* para la predicacion que ejerció con asombro de los sabios y edifi-



cacion del pueblo, hasta su partida para la conquista espiritual de las Indias. En la misma iglesia de San Lorenzo, á principios del siglo xvi, una noble dama española, Teresa Enriquez, erigia y dotaba espléndidamente la confraternidad del Santísimo Sacramento, que tiene su capilla en la nave de la izquierda. Bernini hizo el altar mayor, y Federico Zuccheri el dibujo del gran cuadro. La capilla, donde se venera la imágen antiquísima, bizantina, de la Virgen que estuvo en Santa María de *Grotta Pinta*, es de arquitectura de Cortona, y de su mano la pintura al fresco de la bóveda. El monumento sepulcral, erigido por el Pontífice Pío IX al fiel ministro y valeroso hombre de estado Pelegrino Rossi, es obra del profesor Tenerani, una de las más bellas del arte contemporáneo. Al pié del epitafio se lee esta sentencia, en que se retratan el político honrado y el cristiano humilde:

CAUSAM OPTIMAM MIHI TUENDAM ASSUMPSI  
MISEREBITUR DEUS.

Los restos mortales del conde Rossi reposan en buena compañía: en San Lorenzo *in Damaso* están los sepulcros del sabio Cardenal Sadoletto y del insigne poeta Anníbal Caro. En la misma iglesia hay una lápida funeraria de la doncella española, María de Medi-

na, tan casta como hermosa, que murió en 1522, *dum à multis in connubium exoptaretur.*

## XIII.

Las tres fábricas de Pompeyo, teatro, pórtico y curia, y el *Hecatónstilon*, ó pórtico de las cien columnas, y el Templo de la Fortuna ecuestre, uno de los más grandiosos que en su tiempo existieran en Roma, erigido por el propretor Q. Fulvio Flacco, á consecuencia de un voto hecho en España, en la guerra contra los celtíberos, honor pagánico otorgado á una carga desesperada de caballería, todo desapareció en los siglos medios. Merced á la antigua planta de Roma y á las extensas noticias de los escritores latinos, la arqueología ha llegado á rehacer en la imaginacion y en el dibujo algunos de aquellos magníficos edificios.

El arquitecto Canina, que más particular empeño ha puesto en estas investigaciones, ofrece el plan del Teatro de Pompeyo y del pórtico, dividido en dos partes, con cuatro filas de columnas, que formaban aquellas espléndidas galerías cubiertas de plátanos y adornadas con estatuas de animales y con fuentes caprichosas: allí había una peregrina

tabla de Polignoto, que figuraba un hombre en medio de una escalera, en la cual, dice Plinio, *dubitatur ascendentem cum clypeo pinxerit an descendentem*: Antifilo estaba presente en un cuadro de Cadmo y Europa: Pausanias en varias otras insignes pinturas.

El plan rehecho del Teatro y Pórtico de Pompeyo determina con seguridad la situación que corresponde á cada una de las partes de aquellos vastos edificios, cuyos escombros han heredado, para cimientos, los palacios y casas de *Campo di Fiori*, la Iglesia de Santa María *in Grotta-Pinta*, así llamada por un antiguo arco ó muro pintado, procedente de las construcciones pompeyanas, quizá del Templo de la Vénus vencedora; y la Plaza *dei Satiri*, que toma este nombre de los sátiros que adornaban la escena del teatro, que no léjos debió estar. Venuti, en su libro de las *Antigüedades de Roma*, habla de una estatua grande que se encontró en la Basílica Julia, y que representaba un romano con hábito consular, en actitud de levantar el brazo para ocultar la cabeza, cuyo simulacro, que todos creyeron ser Julio César, en el momento de ser acometido por los conjurados en la curia de Pompeyo, fué enviado á España. Ningun otro anticuario da noticia de esta singular estatua.

## XIV.

Detras de los teatros de Balbo y de Marcelo se extendian los pórticos de Octavia y de Filippo: enfrente, sobre la derecha, los de Minutius y Octavio, llamado tambien pórtico corintio, el primero de este género que se construyó en Roma; no léjos, al borde de la Via Flaminia, el Pórtico de Neptuno ó de los argonautas; más adelante Agripa construirá otro con el nombre de Pola, su hermana: tales eran, en los últimos tiempos de la república, los puntos de reunion de la sociedad romana, los lugares preferidos para paseo de á pié, dejando á la Via Apia la exhibicion de los carros de marfil y de los fogosos caballos del África y de la Bética. El lujo se apodera de todas las clases: éstas, á su vez, tienen asientos señalados y puertas especiales en los teatros: la transicion al imperio está hecha: Augusto piensa en sí mismo y en su dinastía.

## XV.

El pórtico erigido en honor de su hermana Octavia, fué un conjunto de maravillas de

todas las artes; comprendía tres ó cuatro edificios, resplandecientes todos de lujo y embellecidos con multitud de obras de arte, de que Plinio da noticia. Augusto quiso comprender en un paralelogramo de soberbia arquitectura los dos templos de Júpiter y de Juno, erigidos en el Campo Marcio por Metelo el macedónico; quedaron, pues, como principal ornamento del Pórtico de Octavia: medía éste cuatrocientos piés de longitud por doscientos setenta de anchura; formaban su fábrica cuatro galerías en doble columnata; la calle de en medio, ancha de setenta y dos piés, separaba los dos templos y correspondía al pórtico de ingreso, compuesto de dos órdenes de columnas, mayores que las del pórtico: en la extremidad opuesta veíase, á manera de templo, independiente ya de las galerías, la Curia Octaviana; y delante de ella un vasto hemiciclo, revestido de los mármoles más preciosos, formaba la *Schola*; enfrente estuvo la biblioteca, con sus dos grandes salas cuadradas, una para los escritos griegos, otra para los latinos.

Augusto, que ya por amor á su hermana, ya por el deseo de acostumbrar al pueblo á respetar las grandezas de una dinastía en los monumentos que llevaban los nombres de su familia, empleó en el pórtico de Octavia el valor íntegro de los despojos traídos de la guer-

ra contra los dálmatas, llamando como á concurso las bellas artes para que al lado del teatro que recordaba el nombre de su sobrino Marcelo, tuviese Roma un espléndido paseo y un gran depósito de estatuas y pinturas, que diesen tono verdaderamente imperial á los pensamientos y á las obras de la gente Octavia: el mármol frigio y el blanco vetado de verde (*cipollino*) alternaban en las columnas del pórtico.

Las de los templos de Júpiter y Juno, construidas por los arquitectos griegos Sauros y Batrachos, cuyas firmas, *lagarto* y *rana*, ingeniosamente esculpieron en la base y acaso en el capitel, eran consideradas como las más ricas que en Roma se hubieran empleado hasta aquella fecha: tal vez los capiteles jónicos, que aún se conservan en la Basílica de San Lorenzo fuera de muros, son un resto de aquella gran fábrica del Campo Marcio. Y á pesar del ornato y primores de aquellos templos, uno de los cuales contenía la estatua ebúrnea de Júpiter, hecha por Praxitéles, y otro la de Juno, por Dionisio; á pesar de las doce estatuas ecuestres de Lisipo, que representaban la flor de la guardia de Alejandro Magno, los templos vinieron á ser parte secundaria, accesorios no dignos del Pórtico de Octavia.

Por relacion de Plinio sabemos que en el

Pórtico de Octavia estuvieron la Vénus de Filisco, quizá la misma que hoy admira el mundo artístico en Florencia con el nombre de Vénus de Médicis, y cuya inscripción, *Cleomenes*, es evidentemente de fecha muy posterior; otra de Vénus y una Minerva, de Fídias; aquel Amor, de Praxitéles, que fué motivo de amargas censuras de Ciceron contra Vérres; cuatro sátiros; varias estatuas, de Policharmes y de Policles; el Esculapio y la Diana, de Cefisodoro; el Hércules divinizado, de Antifilo; la estatua sedente de Cornelia, madre de los Gracos, y muchas otras esculturas de los más renombrados artistas griegos: en la *Schola* se veian las famosas pinturas de Antifilo, que representaban á Alejandro y Filipo con Minerva, y varios cuadros de Théon alusivos á la guerra de Troya.

La Grecia, recientemente despojada por los conquistadores romanos, brillaba como ilustre prisionera en los suntuosos edificios y galerías del Pórtico de Octavia: hoy toda aquella grandeza está reducida á unas pocas ruinas; restos ennegrecidos de las columnas corintias que formaban el ingreso del pórtico, se conservan aún en el lugar más humilde y prosáico de la Roma moderna, en la plaza donde se venden los pescados (*Pescheria vecchia*).

## XVI.

Dos iglesias se levantan en los ámbitos de aquellas, un tiempo admirables construcciones del arte greco-romano: la Iglesia de *Sant Angelo in Pescaria*, cuyo origen se remonta al siglo VIII, y la de Santa Gala, que ántes se llamó Santa María *in Porticu*, edificada en la casa misma donde vivieron la Santa y su padre Simaco y quizá Boecio, el autor de la *Consolacion de la Filosofía*, en el triste reinado de Teodorico. La imágen milagrosa de la Virgen que se veneraba en esta antigua iglesia, fué trasladada, en tiempo de Alejandro VII, á la de Santa María *in Campitelli*, erigida entónces ex-profeso, por un voto del pueblo romano, con ocasion de la gran peste del siglo XVII: la iglesia es rica en mármoles y pinturas, y guarda un rarísimo pedazo de columna de alabastro en forma de cruz, encontrado en las ruinas del Pórtico de Octavia, de tal modo transparente, que no parece sino que una luz artificial, ingeniosamente colocada, produzca tan extraño resplandor.



## XVII.

Sobre las ruinas del Pórtico de Octavia y de los Pórticos de Hércules Musagetes, existe la antiquísima Iglesia de San Ambrosio *della Massima*, restaurada en el siglo xvii por Beatriz de Torres y su hermano el Cardenal, sobrinos del arzobispo español de tiempo de Felipe II.

## XVIII.

Ménos afortunado el vecino Pórtico de Marcio Filipo, suegro de Augusto, ha desaparecido por completo, con sus bellas pinturas de Zeuxis, de Antifilo y de Teodoro, con el Templo de Hércules de las Musas, edificado por el censor Fulvio Nobilior, cuyas estatuas de bronce y de mármol, traídas del palacio de Pirro, recuerda Tito Livio: ni el más leve vestigio se ha salvado de aquella noble fábrica, llamada por Ovidio en los *Fastos*, *Monumenta Philippi*.

Del Pórtico Corintio, ó de Octavio, delante del Teatro de Balbo, construido por Cneo Octavio á fines del siglo vi, y restaurado por Augusto, con su magnífica columnata, que

dividia el recinto en dos grandes paseos, uno al Norte, para verano, otro al Sur, para invierno; con sus tres salas redondas en el piso superior, sostenido por columnas corintias, de capiteles dorados; con su espaciosa galería en alto, desde la cual se dominaba de un lado la extension y brillante region del Campo Marzio, del otro la orilla del Tíber, y la isla y los jardines del Trastevere, y la cumbre pintoresca del Janículo, no queda otra noticia auténtica que la escrita en la planta marmórea de la escalera del Museo Capitolino, inventario irrecusable de los suntuosos edificios que llenaban la Roma imperial.

### XIX.

Debajo del Pórtico Corintio, y aislado en una pequeña plaza á las inmediaciones del Tíber, hubo un templo de Cástor y Pólux, delante del cual estuvieron las estatuas ecuestres colosales que hoy, en lo alto de la balaustrada, adornan el ingreso á la plaza cuadrada del Capitolio.

En el convento de los padres Somaschos, unido á la Iglesia de San Nicolas *dei Cesarini*, han podido reconocer los anticuarios cuatro columnas, todavía de pié, pertenecientes al

Templo redondo de Hércules guardador, construido delante del Pórtico de Pompeyo, á mediados del siglo VII de Roma, y dedicado por Sila. El Templo de Belona, erigido por Apio el Ciego en el año 457, delante del cual estaba la columna desde donde se disparaba la flecha en señal de guerra:

*Est ibi non parva parva columna nota.*

*Hinc solet hasta manu, belli prænuntia, mitti*

*In regem et gentes cum placet arma capi,*

correspondia á una plaza inmediata al Teatro de Pompeyo, pues á ella hizo salir Ciceron al pueblo en un dia de alboroto entre caballeros y plebeyos, con motivo de la ley teatral que les señalaba diversos asientos, en virtud, sin duda, del rápido progreso de los derechos imprescriptibles y de los santos fueros de la igualdad republicana.

## XX.

Fuera de la antigua Puerta Carmental, al pié siempre del Capitolio, y muy cerca del Teatro de Marcelo, aunque formando ya parte de otra region, estuvo el *Forum olitorium*, el foro de las legumbres, en cuyo centro se elevaba la *Columna Lactaria*, la columna á cuyo

pié eran expuestos á la extraña *misericordia* los niños abandonados por sus padres; único destello de caridad pública que se vislumbra entre las tinieblas del paganismo romano.

Á aquel foro va unido otro recuerdo de ternura filial, que ha sido fuente de inspiracion para los artistas: allí hubo, en remotos siglos, tres templos antiguos y paralelos entre sí, que daban frente al Capitolio, y sobre cuyas ruinas se levanta hoy la Iglesia de San Nicolas *in Carcere*: llamábanse aquellos templos de la Esperanza, de la Piedad y de Juno Sospita ó Matuta; el primero consagrado por Calatino, que triunfó de los cartagineses á fin del siglo v; el segundo por Manlio Acilio Glabrio, por voto hecho en la batalla de las Termópilas; su estatua ecuestre dorada, puesta por el hijo, fué la primera de esta clase que en Italia se vió, al decir de Amiano Marcelino: el tercer templo, de Juno Matuta, fué construido á mediados del siglo vi, por voto de Cneo Cornelio Cetego cónsul en las Galias. Los escritores antiguos refieren al Templo de *la Piedad* del *Forum olitorium* el hecho generoso de la doncella que alimentó con su pecho al padre condenado á morir de hambre, segun Plinio, á la madre, segun Valerio Máximo.

No han faltado arqueólogos que, suponiendo que la cárcel de los decemvros, en que se

verificaba diariamente este rasgo de piedad filial, fué por la misma razón convertida en templo, sostengan, en consecuencia, que el hecho no puede referirse al de Manlio Acilio, que era anterior, sino á uno de los varios que desaparecieron para dar lugar al Teatro de Marcelo: de todas suertes, la tradición y los más respetables documentos se conforman en poner en aquellos ámbitos de los edificios augustos el templo de la piedad filial, sobre que hoy se asienta la Iglesia de San Nicolas *in Carcere*, del patrono y abogado de los presos, construida en el siglo vi, dividida en tres naves, que sostienen catorce columnas antiguas pertenecientes á los tres templos antes enumerados, dos de órden dórico y uno de jónico, adornada con regulares pinturas y rica en reliquias; pues en la preciosa urna de pórfido verde que forma el altar mayor, se guardan los cuerpos de los Santos Marcelino, Faustino y Beatriz.

## XXI.

Fuera también de la Puerta Carmental, entre el *Forum olitorium* y el Circo Flaminio, existía desde el siglo iv de Roma un templo de Apolo, el primero consagrado allí á aquella divinidad, en el cual se reunió muchas ve-

ces el Senado para recibir embajadores extranjeros y para discutir, con audiencia de los interesados, si debian ó no otorgarse los honores del triúnfo á los generales que los solicitaban: la plaza que se abria delante de este templo se llamó *Delubrum Domitii*, y en ella estaba la fuente lustral (*lavacrum Apolinis*), en la cual se lavó Catilina las manos ensangrentadas con la cabeza de Marco Mario Gratidiano, que trajo desde el Janículo, para presentarla á Sila, constituido en tribunal de exterminio en el área del Templo de Apolo. Este insigne monumento, que en su dia ostentó la estatua de Apolo, hecha por Filisco Rodio, las de Latona, Diana y las Musas, y de otro Apolo con la lira, obra de Timarchides, en reiterados incendios y en las devastaciones de la Edad Media pereció, dejando sus mármoles y sus muros sepultados entre la plaza actual de Santa María *in Campitelli* y la de Montanara.

## XXII.

Otra escena de sangre, aún más horrible que la de la fuente lustral, y en la que tambien Sila aparece como verdugo, nos ofrece la emprendida excursion histórica y topográfica, por la llanura y las cercanías del Campo Marcio.

Volviendo á la extremidad septentrional del Monte Capitolino, donde vimos el Circo Flamínio, estaba la *Villa pública*, cuyo origen se refiere al siglo IV de Roma; vasto edificio, ó más bien conjunto de edificios, donde se hizo el primer censo del pueblo, y donde eran alojados los embajadores extranjeros antes de ser recibidos por el Senado: en aquella *Villa communis universi populi*, como dice Varrón, Sila mandó acuchillar un día más de cuatro mil hombres inermes, españoles en su mayor parte, los cuales, *nequisquam fallacis dextrae misericordiam implorantes*, perecieron á traición:

*Tunc flos Hesperiae, Latii jam sola Juventus  
Concidit et miserae maculavit ovilia Roma,*

dice nuestro Lucano, dando el nombre de *Ovilia* á aquellos grandes patios y galerías, destinados á las reuniones del pueblo y al ejercicio de los derechos políticos. ¿Sería, acaso, epigrama el comparar, en los días de la República, á un rebaño ó á muchos rebaños el cuerpo de electores, y el llamar *Ovilia* á los colegios electorales?

### XXIII.

En la parte más ancha del Campo Marcio, en aquella explanada donde el Tíber empieza

á torcer, formando como una isla, estuvieron los Jardines de Agripa, con su estanque en medio, estanque histórico, que se suponía corresponder á aquel *lago de la Cabra*, donde Rómulo desapareció: un canal (*eurípe*) partía del gran depósito, y rodeando los jardines, marcaba la dirección de la casa á la cual iba á terminar: en toda la línea del frente de los jardines había talleres de escultura, como ahora los hay en la *Villa Médicis*, que en verdad, ni entonces ni ahora pudo el arte haber buscado más dulce y poética residencia. Venuti cree que de aquellos talleres de la época de los Jardines de Agripa han llegado los restos hasta los tiempos de Julio III (1550 á 1555), en que se hallaron en una calle, entre Santa María de la Paz y Santa María del Ánima, pedazos de columnas de Africano y de Porta Santa, estatuas no acabadas, otras en preparación, trozos de mármol y herramientas de escultores, lo que demuestra que allí estuvieron sus talleres.

## XXIV.

Todo aquel recinto llena con sus obras el genio de Agripa: comenzaremos por los baños: en rigoroso orden histórico, el primer lu-



gar, cuando se enumeran las termas romanas, debiera corresponder á las de Agripa: la denominacion y el destino público de tales edificios datan de la época del primer emperador. Agripa llena con su nombre y con sus obras muchas é interesantes páginas de aquel período brillante de la historia romana.

Favorito y yerno del señor de Roma y del universo, deja sentir por todas partes su poderoso influjo y la infatigable actividad de su genio: su lujo y esplendidez llegan á ser proverbiales. Como edil de la Ciudad y cónsul por tres veces, al prestigio de su victoria naval sobre Sexto Pompeyo, añadió el de magnífico promovedor de reformas y mejoras en todas las regiones de la vasta metrópoli del mundo. Erigió un pórtico á Neptuno, reedificó y adornó las *Septa Julia*, como si dijéramos el palacio de las asambleas del pueblo y colegios electorales (especie de epigrama para la libertad extinguida y el sufragio anulado), y el *Divibitorium*, ó sea el gran local donde se distribuía la paga á los soldados (último elemento de la autoridad y del poder); construyó los famosos acueductos que trajeron á Roma el inapreciable caudal del agua vírgen, que entónces se llamó *aqua augusta*. Jardines, termas y panteon de Agripa constituyeron otro conjunto de nobles edificios, como

los de Pompeyo y Octavia, pero con la fortuna de que la mejor parte de aquellos ha llegado hasta nosotros.

*Gramina nunc campi pulchros spectantis in hortos  
Stagnaque et Euripi virgineusque liquor,*

decía Ovidio en una de sus epístolas *De Ponto*. Los espléndidos jardines, con sus construcciones anejas, comprendían una gran extensión de terreno, la que hoy ocupan calles enteras y plazas no insignificantes, en las cercanías de la *Sapienza* y *Torre Argentina*. Aquellos estanques (*stagna*) y aquel canal (*euripus*), celebrados por Estacio y por Marcial, contenían tanta riqueza de agua, que sobre su corriente pudieron flotar más tarde naves de marfil y oro, á cuyo bordo celebraba Neron sus orgías vergonzosas. Del bosque de laureles que daba sombra á aquellos lugares, ofrece noticia cierta nuestro insigne poeta bilbilitano, cuando dice:

*At mea Vipsanas spectant cœnacula lauros.*

Fueron, pues, las Termas de Agripa, que éste al morir legó, juntamente con los jardines, al pueblo romano, las primeras que en la Ciudad se conocieron como obra destinada al comun deleite. En las construcciones contiguas, entre la Plaza de la Rotonda y la calle

del Teatro Valle, la Plaza *delle Stimate* y la calle del Jesus, se han descubierto en varias épocas vestigios y restos de las salas y de los corredores de aquel edificio, si no tan vasto en proporciones como los de su clase, que le siguieron, notabilísimo por haber dado ocasion á la traída de unas aguas, que al cabo de diez y ocho siglos se precipitan aún en torrentes y cascadas como la Fontana de Trebi y la de Plaza Navona, y por contener en su recinto la más preciada joya de la arquitectura antigua: el Panteon de Agripa.

## XXV.

La ilustracion y la piedad cristianas, que alzaron un trono á la Reina de los ángeles bajo la bóveda y con las columnas de granito oriental de las Termas de Diocleciano, pusieron tambien un trono á la Reina de los mártires en el templo que la gentilidad consagraba al mayor y más temible de sus dioses, y quizá á sus dioses todos. Hemos visitado ya Santa María de los Ángeles; visitemos ahora Santa María *ad Martyres*, que es la *mejor parte* de los Jardines de Agripa, á que ántes nos referíamos, salvada de la inclemencia de los tiempos y de las devastaciones de los hombres.

De todos los monumentos legados por la Roma de los Césares á la Roma de los Papas, ninguno se conserva en tan perfecto estado como el Panteon de Agripa, que el pueblo llama generalmente Iglesia de la Rotonda.

¿Se echaron los cimientos de aquella obra para hacer sencillamente una sala de las termas? ¿Se quiso levantar un templo donde recibiera culto el emperador Augusto? ¿Quiso Agripa ofrecer el mayor monumento religioso de Roma á Júpiter Vengador, convirtiendo á la memoria de César sacrificado un espíritu de adulacion, que el hijo adoptivo rechazaba, más por cálculo que por verdadera modestia? ¿Se propuso el espléndido patricio, cónsul por tercera vez, consagrar tambien aquel recinto á Marte y á Vénus, ó quizá á todos los dioses del Olimpo? Cuestiones son éstas en que los arqueólogos se empeñan con un ardor que da lástima, y en las cuales no es raro verlos malgastar un tiempo y una ciencia dignos de mejor empleo, sobre todo en Roma

El nombre griego de *Pantheon*, que desde un principio tuvo este famoso templo, es otro problema que la ciencia histórica no acaba de resolver. Mansion de *todos los dioses* viene á significar. ¿En qué sentido puede esto ser, dado que, como Séneca escribe y es sabido, las solemnidades de todos los dioses se celebraban

en el Capitolio? ¿Sería porque Júpiter, Marte y Vénus, cuyas estatuas principalmente encerraba la Rotonda, asumían en sí tal importancia teogónica, que donde quiera que ellos estuviesen se reputara presente todo el concurso de dioses mayores y menores de la fábula romana? ¿O se pensó que aquella hermosa bóveda del templo, tachonada de oro, grana y azul, remedaba en pequeño la bóveda esplendorosa de los cielos, y no se halló otro nombre mejor que el de *Panteon* para expresar esa idea de belleza, cuyo tipo primordial no está en el mundo? Todas estas preguntas son la fórmula abreviada de otras tantas conjeturas, y quizá de otras tantas disertaciones interesantes en otra clase de libros, ajenas de la índole del actual.

El Panteon es una obra maestra de la arquitectura romana; un modelo ante el cual han estudiado los artistas de todos los siglos y estudian hoy los artistas de todas las naciones: la Grecia había levantado monumentos más grandiosos, pero ninguno más bello. Mil ochocientos años han pasado; las injurias del tiempo y las de los hombres no han sido bastante poderosas para que el Panteon pierda aquel encanto que ya inspiraba aún en los días en que era una ciudad de mármoles y de jaspes la ciudad de Roma.

Cuando Bramante primero, y Miguel Angel más tarde, desearon levantar sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles un monumento que fuera digno de la catedral del mundo, no salieron de Roma en busca de tipo ni de enseñanza; acometieron la empresa de reproducir la Rotonda á doscientos piés de altura, de colocar el Panteon como una inmensa tiara sobre la mole gigantesca del Vaticano. En el plan de Miguel Angel entraba tambien imitar en el pórtico de San Pedro el hermoso, el admirable pórtico de la Rotonda. ¡Lástima grande que no llegara á realizarse tan feliz pensamiento! Porque el pórtico de la Rotonda, muestra intachable del más puro corintio, reúne los atractivos de la grandiosidad y de la sencillez, produce una impresion tan viva, y á la vez tan grata, que de cierto en pocas obras del hombre es tan seguro y tan irresistible el triunfo de la armonía y de la belleza.

En Nápoles hay una iglesia de San Francisco de Paula, construida en este siglo á imitacion de la Rotonda, con el mismo plan arquitectónico que la gran fábrica del Panteon de Agripa; es una de las más ricas iglesias de Nápoles, edificada *ex-voto* y enriquecida por la munificencia del rey Fernando I; tiene un hermoso cuadro de Camuccini, estatuas de Tenerani y de Fabris, abundancia de piedras ricas,

como el *diaspro*, ágata y lapizlázuli, y sin embargo, la impresion que produce el templo de San Francisco de Nápoles es tan distinta de la que produce su original de Roma, Santa María *ad Martyres*, como distinto es el efecto que en el alma deja un canto de la *Eneida* y una tirada de versos exámetros y pentámetros fabricados por los latinistas del siglo xvii.

Mientras los eruditos discuten si el pórtico de Panteon es ó no rigorosamente de la misma época que el templo, si se construyó despues por el mismo Agripa, y si obedeció á tal ó cual pensamiento ó mira del tercera vez cónsul, séanos lícito asegurar que aquellas diez y seis columnas de granito egipcio, soberbios monolitos de cinco piés de diámetro por cuarenta y siete de altura, que dividen el pórtico como en tres naves; que aquellos frisos y cornisas, todo ennegrecido por el humo de los sacrificios y el de los incendios y el de los siglos; que aquellas mismas bóvedas vacías, donde en otro tiempo se ostentaban las estatuas colosales de Augusto y de Agripa, y aquellos bajo-relieves, maltratados por el tiempo, que figuran candelabros y símbolos de la falsa religion, más desgastada ya y destruida que los propios bajo-relieves, y aquellas puertas de bronce, que un dia se abrieron para dar entrada á los hombres-dioses, ahora bendecidas

al culto verdadero del Dios-Hombre, todo realizado con el doble prestigio de la belleza artística y de la regeneracion cristiana, se ofrece al viajero como un gran libro, donde se puede aprender algo más que arquitectura y algo más que arqueología.

El pórtico del Panteon, considerado como la obra maestra del arte greco-romano, forma, en efecto, un cuerpo distinto de la gran sala Redonda: la multitud y calidad de adornos que lo embellecieron, dan algo de especial y de extraordinario al origen de esta fábrica. La crítica más ilustrada supone que desde el instante en que Augusto rehusó el honor semi-divino de que su estatua fuese colocada en el interior del templo, contentándose con que apareciera en el exterior, Agripa, que más miraba á la bienquerencia de Augusto que al culto de Júpiter, acumuló en el pórtico, verdadero templo de su adoracion política, todos los primores del arte y el lujo de los metales y los mármoles. Así enriquecido el pórtico, fué indispensable añadir al templo obras de ornato, para que la grandiosidad de fuera no contrastase con la sencillez de dentro; y de esta suerte se explica que desde la terminacion del pórtico, siendo Agripa cónsul por tercera vez, como se lee en el fronton:

M. AGRIPPA. L. F. COS. TERTIUM, FECIT,



hasta la dedicacion solemne del templo mediaron dos años, empleados indudablemente en adornar y enriquecer la gran sala redonda.

De las diez y seis columnas del pórtico, ocho aparecen de frente, sosteniendo la gran cornisa, y las otras ocho, en dos filas de á dos á cada lado, forman las tres naves, de las cuales la de enmedio, más ancha, corresponde á las puertas de ingreso, y las laterales á los dos nichos en que estuvieron las estatuas: el pórtico tiene ciento tres piés de largo por sesenta y uno de ancho; el techo de este pórtico es uno de los problemas arquitectónicos que el edificio ofrece y que aún la ciencia no ha acabado de resolver: lo que hay de cierto es que en el siglo xvii, bajo el pontificado de Urbano VIII (*Barberini*), fueron arrancadas de aquel techo las láminas de bronce que llenaban sus recuadros, y que lo cubrian y adornaban, prestándole una riqueza y hermosura superiores á todo encomio. Este despojo, que á la luz del interes artístico y del amor á las antigüedades pareció un atentado de lesa estética, y mereció de Pasquino aquella cruel sentencia, *Quod non fecerunt Barbari fecerunt Barberini*, debió parecer sin duda en la época en que se acordó, y dadas las circunstancias, cosa inocente y aún meritoria, pues se consigné el recuerdo en una inscripcion latina que es-

tá á la izquierda de la puerta del templo, y en la cual se lee:

URBANUS. VIII. PONT. MAX  
VETUSTAS. AENEI. LACUNARIS  
RELIQUIAS

IN. VATICANAS. CULUMNAS. ET  
BELLICA. TORMENTA. CONELAVIT.  
UT. DECORA. INUTILIA  
ET. IPSI. PROPE. FAME. IGNOTA

FIERENT  
IN. VATICANO. TEMPLO  
APOSTOLICI. SEPULCHRI. ORNAMENTA  
IN. HADRIANA. ARCE

INSTRUMENTA. PUBLICÆ. SECURITATIS  
ANNO-DOMINI. M.DCXXXII. PONTIF. IX.

A la mole de 450.250 libras de metal hace subir Fea el producto fundido de aquellos *decora inutilia*, adornos inútiles, desconocidos casi hasta de la misma fama, y transformados, en su máxima parte, en cañones para guarnecer el castillo de *Sant' Angelo (in Hadriana Arce)*. Mucho ántes del siglo xvii habian ya desaparecido el gran bajo-relieve de bronce dorado, que resaltaba en el frontispicio, representando los gigantes en el acto de rebelarse contra Júpiter y recibir el castigo de su soberbia, y la cuadriga colosal del dios de los rayos, obra insigne del escultor ateniense Diógenes, y los simulacros de toros que ornaban ambos lados, y los leones de basalto que guardaban la entrada (ahora en el museo egipcio

del Vaticano), y las letras doradas de la inscripción de Agripa, de que sólo han quedado los rasgos ennegrecidos, triste huella que apenas permite leer un nombre que casi llenaba la Roma imperial.

En la fábrica redonda del templo se distinguen perfectamente al exterior tres diversos cuerpos ó grandes fajas, de las cuales la primera se eleva á 46 pies del suelo, la segunda á 86, y la tercera á 157: el primer cuerpo estaba revestido de mármol, los otros dos de estuco; la cúpula, hoy cubierta de plomo, lo estuvo de bronce dorado como el techo del pórtico. Nibby quiere que la piña de bronce del jardín del Belvedere perteneciese á este monumento de Agripa, y sirviera, á la vez que de adorno y remate de la mole esférica, para cerrar aquella magnífica linterna, considerando, sin gran razón, que la abundancia de luz del cenit quitaba santidad al lugar. Pero, sobre ser ya punto casi resuelto que la piña, famosa por aquellos versos de Dante,

*La faccia sua me pare lunga e grossa  
Come la pina di San Pietro in Roma,*

perteneció á la fontana del antiguo atrio de San Pedro, y antes quizá al Mausoleo de Adriano, reconócese por todos igualmente que siempre desde el interior del templo se vió la bó-

veda celeste por la abertura circular que, teniendo treinta y tres piés de diámetro, parece desde el fondo una roseta azul cuando el cielo está limpio, una lámina de cristal empañado cuando las nubes flotan por la region del firmamento.

Penetrando en el templo, dirigiendo la vista por aquel recinto de mármol que recibe á torrentes la luz de las alturas, modificada, no se sabe cómo, al reflejar en sus columnas y en sus pórfidos, la sorpresa es, si cabe, más agradable y más dulce. Y no es ésta, como pudiera creerse, una vana aprension; la estructura armónica, y en su género perfecta del templo, la falta de líneas y de pilares que lo interrumpían, la luz del cenit y la disposicion de sus adornos interiores, hacen que parezca mucho más grande de lo que es en realidad (146 piés de diámetro y 152 de altura), y que se vean en su interior más bellos y mejor proporcionados los objetos. Por ser corriente y admitida en los pasados siglos esta creencia, se dice que las jóvenes romanas descubrían el rostro por vez primera ante sus prometidos en el templo de la Rotonda. Hé aquí un secreto de la estética que Winkelmann fué el primero en divulgar: la verdad es que muros, áticos, cornisas, columnas y pavimento, con su admirable lujo de pórfido, granito y mármol frigio y numídico,

revelan una majestad y un primor artístico, de cuya primacía está en posesion el templo construido por Agripa.

Las tres partes principales del interior, cuerpo, ático y bóveda, corresponden á aquellos tres órdenes que hemos visto en el interior. Lo bajo del nivel del edificio es uno de los indicios en cuya virtud se supone que el primitivo destino de esta sala redonda fué para *Efebeo*, esto es, para sala principal de las termas, *hæsedra amplissima cum sedilibus*.

No estaba en costumbre el edificar templos redondos, como no fuera para el culto de Apolo, Diana ó Vesta, divinidades correspondientes al sol, la luna y la tierra; en cambio las termas, los baños, y despues los bautisterios, prefieren la forma redonda, como se ve todavía en la gigantesca construccion de Diocleciano, que ha dejado recintos circulares para dos iglesias en el llamado Templo de Mercurio, en la costa de Bayas y en la Iglesia de Santa Constanza de la Via Nomentana; de todo lo cual deducen los arqueólogos que el cuerpo redondo del Panteon, independiente del pórtico, distinto por los materiales y la construccion, anterior á él de algunos años, se comenzó para sala de las termas, se prosiguió para templo de Augusto y se terminó para templo de Júpiter y de los otros dioses.

La ciencia, que es inexorable, ha interrogado una por una á todas aquellas columnas, á todas aquellas piedras, y falla con entera seguridad acerca del origen y de las vicisitudes de las varias partes y de los diversos adornos del edificio. Ella dice que en el primer cuerpo ú orden del interior del templo, en cuyo ámbito circular se abren siete grandes nichos ó edículas, cuatro rectangulares y tres semicirculares, se ve la prueba patente de restauraciones é innovaciones hechas en el primitivo templo: cada uno de aquellos nichos estaba adornado de dos columnas de más de 37 piés de altura, en que alternaban el mármol numídico y el frigio, y con capiteles corintios en bronce de Siracusa: la edícula, que da frente á la puerta (ahora altar mayor), ofrece dos columnas, que tienen su arquitrabe especial, y que formaron, sin duda, la morada del Jove colosal, si ya no pertenecen á la reforma de Adriano, que por algun tiempo tuvo el Panteon destinado á tribunal: los ocho tabernáculos que resultan en los espacios de los siete grandes nichos rectilíneos y curvilíneos, cuya altura es de 28 piés, estuvieron sostenidos tambien por columnas de mármol numídico ó de pórfido, cuatro de las cuales fueron sustituidas en la Edad Media por otras de granito, tomadas, sin duda, de algun edificio antiguo;

y aunque en tiempo de Clemente XI se quitó la confesion ó altar mayor, que habia hecho preciso aquel cambio, las cuatro columnas de pórfido no volvieron á su lugar: dos se conservan en la Biblioteca Vaticana.

Formando juego con las edículas (ahora altares), la superficie interior de aquel gran muro de veinticinco piés de espesor, está dividida en compartimientos rectilíneos y redondos de finísimos mármoles y pórfidos. Sobre este primer cuerpo corre todo alrededor, sin más interrupcion que la de las dos columnas dichas, la gran cornisa de mármol blanco en que descansa el ático, dividido en catorce nichos cuadrados, en cuyos intermedios estuvieron, al decir de unos autores, aquellas cariátides tan celebradas por Plinio, obra del arquitecto Diógenes, y quizá el más notable ornamento del Panteon: quieren otros que el *in columnis* de Plinio se entienda *in columnas*; es decir, que aquellas esculturas sostuvieran un templete á manera de solio, y que éste fuera el de Júpiter vengador, como sostenian cuatro Hérmes un antiguo altar de Mercurio, y como adornaron otro templo de Aténas las mismas cariátides, condenadas en castigo y en venganza á llevar sobre su cabeza un peso enorme. Nibby cree que tales esculturas fuesen relieves añadidos en los capiteles corintios de las columnas, y

perdidos unos y otros en el incendio que acaeció en tiempo de Tito. La tésis de las cariátides de bronce del Panteon es, pues, otra de las incógnitas, perpétuamente propuesta al estudio y á las cavilaciones de los anticuarios.

La bóveda en cuyo centro se abre la linterna circular, ántes guarnecida por una corona de metal dorado, ofrece, desnudos y en esqueleto, cinco órdenes de casetones cuadrados, que un día ostentaron los más ricos adornos de metal y de estuco, rosas, variedad de matices delicados, los primores más exquisitos de las artes. El primitivo pavimento del templo debió ser de mosaico, como el del pórtico; el que ahora se ve, procedente sin duda, de la restauracion de Septimio Severo y Caracalla, consiste en grandes losas, cuadradas unas, redondas otras, de pórfido, de granito y de mármoles frigio y africano.

Retrocediendo diez y ocho siglos, la imaginacion resucita sin dificultad aquel recinto esplendoroso, al cual se subia por cinco gradas, y cuyas puertas de bronce permanecian siempre abiertas. Aquellas paredes y el ático y las cornisas y la bóveda reflejaban en la limpia superficie de mármoles y de metales la luz que de lo alto venía: en aquellas edículas (ahora modestos altares) brillaban estatuas de bronce y de plata y de oro y de marfil; allí



estuvo aquella Vénus, de cuya oreja pendía la perla famosa de Cleopatra, de que Plinio da noticia; allí las estatuas de César y la de Quirino y la de Pálas y la de Juno; allí, en fin, acumuló el más magnífico de los cortesanos de Augusto los tesoros que exigía el doble culto del dios del Olimpo y del dios de la tierra. Hoy, de la antigua grandeza y de las estatuas preciosas y de los bellos adornos, nada conserva el Panteon: los nichos sin ídolos, las mal reparadas cornisas, los casetones desnudos y vacíos, proclaman la muerte de aquel imperio, de aquel culto y de aquella civilización, de que fué espléndido y vanidoso testimonio. El aroma del incienso ha purificado aquel ambiente que llenaba el humo de los sacrificios.

Deteriorado el Panteon por un incendio en el año 80 de nuestra era, y reparado por Domiciano, volvió á sufrir, á principios del siglo II, mayores estragos por el fuego de un rayo; entónces fué cuando al restaurarlo Adriano bajo su propia inspiracion, sufrió la obra de Agripa las primeras modificaciones: á la época del augusto arquitecto corresponden las dos columnas istriadas, diversas de las otras que en la parte del altar mayor interrumpen y cortan la unidad arquitectónica del fronton y de la fábrica toda: á principios

del siglo III hicieron nuevas reparaciones los emperadores Septimio Severo y Caracalla: de esta época eran los pilares pequeños y los ornamentos de mármol, que se veían en el espacio del ático, y que duraron hasta el siglo pasado; decoraciones á que, sin duda alguna, se refiere la inscripcion larga del pórtico, que los siglos han respetado, y en la cual se lee que aquellos dos emperadores....

*Pantheum velustate corruptum cum omni cultu restituerunt.*

El *Pantheum* (no Panteón) de esta inscripcion es otro argumento de prolijas disquisiciones filológico-arqueológicas; pero de cierto no quitan ni añaden un átomo de su belleza á la Iglesia de la Rotonda ni al pórtico, en cuyo frente están escritas las palabras.

La gran masa del edificio, sobre todo el pórtico, dicen los eruditos más dignos de fe, siguiendo el juicio de Miguel Angel, corresponde á Agripa: las columnas de los siete nichos principales revelan por el estilo de sus bases y de sus capiteles, la época de Adriano: el ático interno y el revestimiento de los muros y del suelo parecen ser de tiempo de Septimio Severo.

## XXVI.

A principios del siglo VII, el Pontífice Bonifacio IV obtuvo del emperador Focas el templo de la Rotonda para consagrarlo al culto católico: ¡y bajo qué advocacion! Veintiocho carros de huesos de mártires, según cuentan los historiadores, fueron traídos con gran pompa de los cementerios y colocados en la nueva iglesia llamada desde entonces Santa María *ad Martyres*. Los venerandos despojos de los primeros héroes del cristianismo, dejando la sombría morada de las Catacumbas, vinieron al que fué más rico monumento de la religion pagana: los despreciados, los perseguidos, los atormentados, los que perecieron quizá en el Circo entre las garras de unas fieras y los aplausos y los gritos de otras, más fieras todavía, tomaron posesion solemne del Panteon, y en ella siguen á través de los siglos y de las humanas vicisitudes.

Los Pontífices en todos los tiempos han mirado el santuario de la Rotonda con especial predileccion, desplegando en sus reparaciones y mejoras aquel esmero de que es digna la obra clásica del arte antiguo, la muestra más bella de la arquitectura romana en toda su majestad.

## XXVII.

Junto á los restos de los mártires yacen en aquel sagrado recinto otros restos que reclaman el homenaje rendido de nuestra admiración. En el templo más puramente clásico y más sencillamente bello que conserva Roma, y bajo la tutela y patrocinio de la Virgen Madre, que es toda pura y toda hermosa, quiso dormir el sueño de la eternidad el insigne Rafael de Urbino, el dulce pintor de las *Madonnas*. Húmedo todavía el pincel que habia producido *la Transfiguración*, cayó de las manos yertas del inspirado artista. Al volar á las regiones de la belleza inextinguible aquella alma tierna y delicada, creyente y fervorosa, los despojos mortales fueron, como á su natural morada, al templo de la Rotonda, á los piés de una estatua de la Virgen. Allí están; en la tercera capilla ó nicho de la izquierda hay una humilde losa que contiene este epitafio:

D. O. M.

RAPHÆLI SANCTIO JOANN. F. URBINAT.  
 PICTORI EMINENTISS. VETERUMQUE EMULO  
 CVIUS SPIRANTES PROPE IMAGINES SI CONTEMPLERE  
 NATURÆ ATQUE ARTIS FÆDUS INSPEXERIS  
 JULII II ET LEONIS X. PONT. MAX.

PICTURÆ ET ARCHITECT. OPERIBUS  
GLORIAM AVXIT.

A. XXXVII. INTEGR INTEGROS

QVO DIE NATUS EST EO ESSE DESIIT

VII ID. APRIL. M.DXX.

ILLE HIC EST RAPHAEL, TIMUIT QUO SOSPITE VINCI

REBRUM MAGNA PARENS, ET MORIENTE MORI.

A tan insigne pintor, enterrado en tan insigne templo, correspondia un panegirista como el cardenal Bembo: suya es, pues, la inscripcion sepulcral que precede, cuyo dístico final tradujo así otro célebre escritor italiano, el docto Bellori:

*Questi è quel Rafael, cui vivo vinta  
Esser temeo natura, e morto estinta.*

Dentro de la capilla próxima, dedicada á Santo Tomas, está la gran lápida que recuerda la suntuosa solemnidad con que en 1833 fueron depositados en mejor urna los huesos de Rafael. Allí mismo, y en los inmediatos muros, yacen otros renombrados artistas, que acompañan en la mansion del reposo eterno al maestro, á quien en vida admiraron y á cuya escuela pertenecieron: es notable el dístico que un apasionado puso en la lápida de Tadeo Zuccheri, como queriendo exceder el elogio de Bembo en la de Rafael; despues de llamarle émulo en el arte, del de Urbino, añade:

*Magna quod in magno timuit Raphæle, peræquæ  
Thædeo in magno pertimuit genitrix.*

Rivalidades de artistas y de críticos, llevadas hasta la region serena del sepulcro.

Allí fueron enterrados Aníbal Caracci, cuyo feliz ingenio y desdichada estrella recuerda con bellas frases el epitafio de su losa; Baltasar Peruzzi, pintor y arquitecto, á quien no trataron bien sus contemporáneos, y sobre cuya tumba escribió una mano dolorida, que sin tan excelente artista *priscorum occubuisset temporibus nostra illum felicius legerent*; Juan de Udine, el incomparable pintor de los arabescos y de las flores; Flaminio Vacca, escultor y anticuario infatigable, prodigio de modestia,

*Qui in operibus quæ fecit  
Nunquam sibi satisfecit.*

Pierino del Vaga, que tambien logró despues de muerto un apologista extremado: al temor que la naturaleza tuvo de Rafael, al mucho mayor miedo que le inspiró Zuccheri, era consiguiente un acto casi de venganza contra Pierino; en efecto:

*Certamen cum te secum natura videret  
Ivata, in tenebras missit et ad tumulum.  
At tumulus si te tegit et Perine, tenebræ,  
Et tenebra et tumulus nom tua facta tegunt.*

Muchos otros beneméritos artistas que fueron, como los citados, gloria y ornamento de Roma y de Italia en los últimos siglos, forman

ahora una especie de fúnebre cortejo al rededor de la tumba de Rafael, junto al altar de la Virgen esculpida por Lorenzetto. Descansen en paz y gocen allá en regiones más puras la gloria que no se acaba por la veleidad de los tiempos, ni se eclipsa por la envidia ó la malevolencia de los hombres. Los bustos y los retratos de los artistas, multiplicados en el Panteon, llegaron á darle aspecto de galería, que comenzaba á desdecir de la severidad cristiana del templo; y así, en 1820, el Papa Pío VII confirió á Canova el encargo de trasladar aquella preciosa coleccion á local más á propósito, y se formó entónces la Protomoteca del Capitolio, de que ya hemos dado noticia.

Ántes de abandonar el claro y hermoso recinto de la Rotonda, donde parece que una fuerza desconocida y misteriosa detiene al viajero y domina todas sus facultades, dirijamos una mirada de respeto y simpatía á la capilla del Crucifijo, donde se halla el monumento que guarda el corazon del Cardenal Consalvi, fiel y sabio ministro de Pío VII. La obra, como de Thordwaldsen, es muy estimable; el bajo-relieve y el retrato del purpurado son excelentes; pero no llamaría aquélla la atencion en un recinto donde muchas mayores obras la reclaman, si no se refiriese á un personaje que tanto influyó en los memorables sucesos que con-

movieron y modificaron la Europa á principios de este siglo.

### XXVIII.

Sobre la gran cubierta esférica del Panteon, al borde de aquella claraboya circular hasta donde puede llegarse por una escala interior de ciento noventa gradas, se goza una vista de Roma comparable sólo con la que ofrece la torre del Capitolio. Nuestro monarca ilustre, Don Carlos I (V de Alemania), hizo la visita á las alturas de la Rotonda, y una anécdota célebre, que á esta visita se refiere, ha quedado para siempre esculpida en el libro inmortal de Cervantes. Razonando el Ingenioso Hidalgo con su mal humorado escudero, camino del Toboso, y en noche muy oscura, acerca de los extravíos y crímenes en que han incurrido los hombres por vano amor á la fama, y despues de citar á Erostrato, aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, dijo:

«Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotonda, que en la antigüedad se llamó el Templo de Todos los Dio-



ses, y ahora con mejor advocacion se llama de Todos los Santos; y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores. El es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana (ó por mejor decir, claraboya) redonda, que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él, y á su lado, un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador:—Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo por dejar de mí fama eterna en el mundo.—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí en adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad; y así, os mando que jamás me habéis ni esteis donde yo estuviere!—Y tras estas palabras le hizo una gran merced.»

La tradicion en Roma ha desfigurado un poco el final de la anécdota; no fué al Emperador á quien el guía de la Rotonda confió su

mal pensamiento, sino á un veterano que se habia batido poco antes en los muros de Roma contra los soldados del Condestable, y cuentan que el veterano le dijo por toda respuesta: ¡*Peccato*, esas cosas se hacen y no se dicen!

## XXIX.

Las Termas de Agripa, que en un principio se llamaron *Piriaterium laconicum*, primer ensayo en Roma del baño de sudor ó de vapor, conocido en la Laconia, sirvieron luego para suministrar al pueblo ciento setenta baños al dia, número que en tiempo de Plinio habíase ya aumentado *ad infinitum*, y constituyeron, por último, rodeadas de jardines y de estanques, uno de los más vistosos monumentos del Campo Marcio y de Roma. En ellas se guardaban obras de arte tan peregrinas como aquel jóven atleta que se estregaba el brazo (*Apoxyomenos*), escultura de Lisipo, que era el encanto de Tiberio, pero más aún del pueblo, que no consintió al César llevarla á su palacio ni á cambio de otra joya griega, y que hoy podemos admirar en repetición (dado que el original estuviera en bronce y no sea este mismo) en el *Braccio nuovo* del Museo Vaticano; allí estuvieron tambien los dos cuadros de pincel

griego, que representaban á Ajax y á Vénus, por los cuales cuenta Plinio que habia pagado un millon y trescientos mil sextercios, que equivalen á poco menor suma de nuestros reales de vellon: allí se emplearon por primera vez los mosaicos de vidrio y los plomos conductores del calórico, entre la fábrica de los muros; las Termas de Agripa dieron, pues, el modelo á las de emperadores sucesivos, por algunas de las cuales fueron sobrepujadas en extension y en magnificencia. Termas y jardines y pórticos, magníficas obras llevadas á cabo por Agripa, dueño de Roma, mientras Augusto ponía en órden la España y fundaba Zaragoza y Mérida, todo quedó á beneficio de propiedad del pueblo, por disposicion testamentaria de aquel personaje casi imperial.

### XXX.

Delante del pórtico de la Rotonda ábrese una plaza cuadrada, merced al celo con que Pio VII mandó que desaparecieran las casas viejas y construcciones pobres que antes llenaban aquel espacio, é impedían la vista del más bello y mejor conservado de los monumentos antiguos de Roma. La fuente de mármol con grupos de delfines, que enmedio de

la plaza se levanta sobre una escalinata de seis gradas, lleva las armas y la inscripcion de Clemente XI. El mismo Pontífice adornó plaza y fuente con un obelisco isiaco-romano (imitacion en pequeño del de la Plaza del Pópolo), alto, con la estrella dorada y la cruz que lo termina, de 49 piés. *Fontis et fori ornameto*: año de 1711. XXX

## XXXI.

En las que fueron calles deliciosas de plátanos corpulentos en los Jardines y Termas de Marco Agripa, erigieron los cristianos, ántes del siglo VIII, una iglesia que se llamó de San Eustaquio *in Platana*, restaurada en el siglo XII, y notable entre los más notables, por el recuerdo histórico y religioso de aquel Eustaquio, general del ejército romano, jefe de la caballería imperial, que, convertido al cristianismo en los dias de Adriano, sufrió, con su mujer Teopista y con sus dos hijos, martirio horrible en el seno de un toro de bronce candente: la casa de Eustaquio, junto á las Termas de Agripa, y no léjos de las de Neron, fué pronto convertida en oratorio: hoy es una iglesia colegiata y parroquial, pequeña en sus proporciones, pero no escasa de pinturas, y rica de

reliquias, encerradas en la preciosa urna de pórvido encarnado del altar mayor. Guarda esta iglesia, como una de sus más gratas memorias, el haber sido en ella bautizado el gran capitán Alejandro Farnesio.

## XXXII.

De la inmediata Iglesia de San Cárlos a *Catinari*, dice Milizia estas dos solas palabras: «suntuosidad, irregularidad:» es una vasta nave con cúpula en casetones y estucos dorados, con pinturas al fresco del Dominiquino y con un hermoso altar mayor, sostenido por cuatro columnas de pórvido encarnado: guarda este templo los sepulcros del Cardenal Gerdil, del arquitecto Fontana y del literato Gerardo de Rossi.

## XXXIII.

El lago de los Jardines de Agripa, en que más tarde Neron celebró fiestas suntuosas, que Tácito describe, ocupó, sin duda, el espacio vecino á la que hoy es Iglesia de San Andres *della Valle*, hermoso templo revestido de mármoles, que ostenta la más alta cúpula de Roma, despues de la de San Pedro, frescos admi-

rables del Dominiquino y de Lanfranc, los depósitos de los Papas Pío II y Pío III, y capillas como la de la familia Strozzi, de que fué arquitecto Miguel Angel.

## XXXIV.

Enfrente á la Iglesia de San Andres está el Palacio *Massimi*, una de las más ingeniosas é importantes obras arquitectónicas de Baltasar Peruzzi, quien, acomodando la fábrica á las condiciones del terreno, estrecho é irregular, logró construir una fachada curva, cuyo pórtico de columnas dóricas aisladas, es considerado como insigne testimonio del apogeo del arte en el siglo xvi. En el palacio se conservan preciosos objetos de pintura y escultura, sobre todos la estatua del tirador de disco, *discobolo*, copia de la tan celebrada de Miron.

Contiguo á este palacio hay otro más antiguo de la misma familia, al cual va unida la tradicion de las primeras impresiones de libros hechas en Roma. Los aficionados á la bibliografía estiman como joyas las ediciones del siglo xv, *in domo Petri de Maximis*. Al año 1455 se refiere el origen de la imprenta establecida en aquella casa: el libro de San Agustin *De civitate Dei* fué el primero que en ella se estam-

pó. Entre las obras notables, impresas en Roma en el siglo xv, deben notarse las del ilustre español Rodrigo Sanchez, obispo de Zamora, *Speculum vitæ humanæ*, estampada en 1468, y la *Compendiosa historia hispánica*, en 1470, en cuyo año murió en Roma el autor, á quien habian distinguido sobremanera los Papas Calixto III, Pío II y Paulo II.

## XXXV.

Detras de San Andres *della Valle* (*Via del Sudario*) está el Palacio *Stoppani* (luégo *Vidoni*), de que fué arquitecto Rafael, aunque, á decir verdad, cuesta trabajo atribuir á tan egregio artista aquella fachada un tanto extravagante, con columnata de orden dórico sobre el primer cuerpo del edificio. Este palacio sirvió de morada al emperador Carlos V. En una de sus salas se conservan los *Fastos sagrados* de Verrio Flaco, encontrados en las ruinas de la antigua *Præneste*, edificante calendario, que enseña cómo dos terceras partes del año romano estaban consagradas á los juegos.

## XXXVI.

A las Termas de Agripa siguieron en el órden histórico las de Neron, y cierto que, juz-

gando por los elogios de Marcial, debian de aventajar á las primeras en el buen servicio y comodidad de los concurrentes, si ya no caemos en la maligna tentacion de sospechar que algunos poetas de entónces, anticipándose á muchos periodistas de ahora, encomiaban con frecuencia personas y cosas por espíritu de parcialidad, mejor que por sentimiento de justicia. Marcial era, sin duda, un gran cliente, un abonado de las Termas Neronianas: ora las recomienda cual pudiera hacerlo un reclamo ó gacetilla de nuestros dias:

*Et thermas tibi habe neronianas;*

ora pone en ellas la escena de sus epigramas, lo cual es otra recomendacion y como prospecto tambien del gusto moderno:

*In thermis subito neronianis*

*Vidit se miser et tacere cepit;*

ya, por último, las elogia, presentándolas como la antítesis de su dueño y fundador:

*..... Quid Nerone pejus,*

*Quid thermis melius neronianis?*

Escasísimos vestigios han quedado de aquella gran obra: las Termas Neronianas, que tambien se llamaron despues Alejandrinas, comprendieron un gran espacio de terreno,



que los eruditos hacen llegar á 2.400 piés de circunferencia. En la Plaza de San Luis de los Franceses, en el Palacio Madama (de Catalina de Médicis, que fué reina de Francia), en el de Justiniani, se han encontrado algunos restos de los mármoles y bajo-relieves que embellecian las termas tan celebradas por Marcial. Junto á una humilde posada de la calle *Rondanini*, en lo más apartado de la calle de *Crescencii*, se descubren aún señales de aquel monumento de la Roma imperial: columnas de granito, fragmentos de estatuas y otros despojos de la perdida grandeza, han servido para fijar con seguridad las proporciones y aún la historia de las Termas Neronianas ó Alejandrinas, las cuales, para que mejor se cumpla el providencial destino, que en casi todas las obras del arte pagano se realiza, han dado tambien una de sus salas para el culto del Dios verdadero. El devoto oratorio de San Salvador, llamado antiguamente *Santiago en las termas*, es una pequeña antiquísima iglesia, cuyos venerandos recuerdos alcanzan hasta San Gregorio Papa, y aún hasta San Silvestre: es un modestísimo y recogido lugar de oracion, sobre las ruinas de un inmenso palacio consagrado á las disipaciones del lujo y de la ociosidad.

## XXXVII.

De los monumentos que la Roma moderna ha elevado sobre las ruinas de las Termas Neronianas, hay algunos que merecen muy señalada mencion: sea el primero la Iglesia de San Luis de los Franceses. Casi todos los pueblos de la tierra en que es conocido el culto cristiano, tienen en Roma iglesia nacional: Roma es la gran parroquia del universo. La de San Luis de los Franceses pertenece al siglo xvi, y débese á la reina Catalina de Médicis: en la magnífica fachada están las estatuas de Carlomagno, San Luis, Santa Clotilde y doña Blanca de Castilla: en el interior, cubierto de mármoles y de adornos dorados de buen gusto, se ve un cuadro de Santa Cecilia, copia hecha por Guido del original de Rafael, que está en Bolonia; y son notables los frescos de Dominiquino. Siete tumbas de cardenales franceses, cinco de embajadores, cuatro de directores de la Academia de Bellas Artes, y una de gran maestro de Malta, y el monumento fúnebre del general Pimodan, héroe de Castelfidardo, aumentan el interes histórico de esta bella iglesia, perfectamente servida por una corporacion de sacerdotes franceses.

El Palacio *Giustiniani*, célebre en otro tiempo por su galería de cuadros y museo de escultura, y el otro Palacio Madama, construido por Catalina de Médicis, hija de Lorenzo el Magnífico, residencia luégo del gobernador de Roma, corresponden, asimismo, á los ámbitos de los antiguos jardines y termas de Neron.

### XXXVIII.

Cerca de los baños de Agripa, correspondiendo respectivamente á sus lados izquierdo y derecho, se alzaban los templos de Isis y Serapis; adornaban al primero dos soberbias estatuas colosales, la del Tíber y la del Nilo, que hoy admiramos en el *Braccio nuovo* del Museo Vaticano; guardaban la entrada del de Serapis los dos leones negros de basalto, que hoy están en la espaciosa escalinata que sube al Capitolio.

Más importante que estos dos templos era el de Minerva, construido el año 692 por Pompeyo, como ofrenda á la diosa de su devoción, despues de treinta años de guerrear y de haber batido, dispersado, muerto ó reducido á esclavitud 121.083 hombres, y de haber echado á pique ó apresado 846 naves, y de haber some-

tido 1.538 ciudades ó castillos (*oppidis Castellis*), y despues de haber conquistado y sojuzgado (*fidem receptis*) todas las tierras comprendidas entre el lago *Mareotis* y el mar Rojo. Así lo decía una inscripcion que puede pasar por retrato fotográfico de Pompeyo, del vanidoso general, *semper in laude versatus circumfluens gloria*. Del templo de Minerva no podemos decir que se haya borrado, como de otros, todo vestigio: á él perteneció la magnífica estatua que en el Museo Vaticano se conoce con el nombre de Minerva *Justiniani*. Sobre los escombros del antiguo templo se alza uno de los más bellos de la Roma cristiana: donde recibió culto, veinte siglos hace, la diosa de la falsa ciencia y del orgullo humano, recíbelo hoy la Virgen Madre, consuelo de los afligidos y asiento de la sabiduría.

## XXXIX.

Para hallar en Roma una leve muestra de estilo gótico, tan poco conocido en Italia, y que en las otras naciones de Europa produjo en los siglos medios obras que todavía excitan la general admiracion; para ver algo en el género de nuestras catedrales de los siglos xiv y xv, hay que penetrar en la Iglesia de Santa

María *sopra Minerva*, y dirigir la mirada á lo largo de aquellas naves estrechas, y levantarla hácia aquellas ventanas ojivales.

Aunque el primitivo templo fué erigido en el siglo VIII, la fábrica, engrandecida y rica de mármoles como la vemos, corresponde al XV. La nave central fué costeada por el cardenal español Juan de Torquemada, cuyo sepulcro está en una de las capillas. No es éste el solo recuerdo español que despierta aquella magnífica iglesia: la órden dominicana á que pertenece, y cuyo convento es anejo, puede decirse una órden española por su fundador Santo Domingo, honra y prez de la raza de los verdaderos Guzmanes. Las glorias más puras de esta órden esclarecida viven, puede decirse, en la Iglesia de la Minerva: bajo el altar mayor se conserva el cuerpo de Santa Catalina de Sena: á la izquierda del coro, en una modesta sepultura que cubre un más modesto bajo-relieve, reposan las cenizas del Beato Angélico de Fiésole, el dominicano, suavísimo pintor, que dejó en Florencia y en Orvieto y en Roma obras insignes, que cual modelos reverenciaban y seguían los grandes maestros del siglo XVI; el epitafio del religioso artista, que pintaba de rodillas los Cristos y las Vírgenes de sus cuadros y de sus frescos, y que dejó de existir el año 1455, fué compuesto por el Pon-

tífice Nicolas V: los dos primeros versos dicen así:

*Non mihi sit laudi quod eram velut alter Apelles*

*Sed quod lucra tuis omnia, Christe, dabam.*

Otros muchos monumentos sepulcrales llenan el coro y las naves y las capillas de la Minerva. Cinco corresponden á soberanos Pontífices; otros á Cardenales y personas distinguidas, entre los que merecen mencion el de Bembo, junto al mausoleo de Leon X; los de Silvestre Aldobrandini y Luisa Deti, padre y madre de Clemente VIII; el de Juan de Diego de Coca, español, obispo de Calahorra; el del Cardenal Altieri, hermano de Clemente X; el de Guillermo Durante, filósofo contemporáneo de Raimundo Lulio, y el del Cardenal Caprámia. Delante del altar mayor, á la izquierda, está el Cristo abrazado á la cruz, admirable estatua de Miguel Angel, una de las obras más acabadas y correctas del escultor del *Moisés*. Francisco I, rey de Francia, en Enero de 1546, escribia á Buonarroti pidiéndole *pour l'amour de moy qu'il molle le Christ de la Minerve et la Notre-Dame de la Febre* (la Pietá del Vaticano) *affin que j'en puisse aorner l'une de mes chapelles comme de choses que l'on m'a asseuré estre des plus et excellentes en votre art*. Las seguridades que habian dado al soberano de Francia acerca del

mérito de aquellas obras, eran justas y exactas. La historia, que ha conservado la carta del Rey al artista, no dice si en efecto fueron á París las reproducciones pedidas de aquellas dos obras excelentes.

#### XL.

Los Dominicanos de la Minerva tienen dos notables bibliotecas: la particular del convento, espléndidamente enriquecida de libros preciosos por el cardenal español Torquemada, y la biblioteca pública llamada *Casanatense*, porque la fundó y dotó el cardenal napolitano Casanate: este palacio de la sabiduría, presidido por la efigie de Santo Tomas de Aquino, contiene 120.000 volúmenes de todas ciencias y literatura, ediciones *incunables*, ejemplares rarísimos, y más de 4.500 manuscritos. Después de la Vaticana, es la mayor de las muchas bibliotecas abiertas en Roma al provecho de los estudiosos.

¡Feliz trasformacion la del antiguo templo de Minerva! La órden de Santo Domingo pudiera sustituir aquella famosa inscripcion de las conquistas y las hazañas de Pompeyo, dictada por la vanidad más insensata, con otra inscripcion en que constasen las verdaderas

glorias de la virtud modesta y de la sabiduría humilde. En el transcurso de seis siglos ha producido la Orden de predicadores, sabios como el autor de la *Summa* y Melchor Cano, artistas como Frá Angélico y Frá Bartolomeo, Papas como San Pío V y Benedicto XIII, y en estos últimos tiempos oradores como Laccordaire.

Delante de la iglesia y del convento, en la plaza que también se llama de la Minerva, se alza, sobre un elefante de mármol, el obelisco egipcio, que muchos siglos hace había estado delante del templo de Isis: el correspondiente al de Sarapis adorna, ya lo hemos visto, la vecina Plaza de la Rotonda, sobre una linda fuente de principios del pasado siglo.

#### XLI.

Sin alejarnos de esta region donde la Roma imperial ostentaba tantas maravillas, dando vista á las ruinas del pórtico corintio y de las Termas de Agripa y de Neron, la Roma cristiana ha levantado templos magníficos y casas de enseñanza. Dos de esos templos merecen fijar la consideracion del viajero, sobre todo del viajero español: recuerdan glorias de la



cristiandad, que son en especial glorias de España; la suntuosa Iglesia del Jesus, que guarda el cuerpo de San Ignacio de Loyola, y la de San Ignacio, donde se venera el de San Luis Gonzaga.

El altar de San Ignacio en el Jesus está en posesion de ser uno de los más ricos del orbe católico: la humilde celda donde vivió y murió el santo fundador de la Compañía inspira un respeto y una devoción, que mejor se sienten que se explican: en aquella estancia de reducidas proporciones se escribió el admirable código de vida espiritual que tantos frutos de sabiduría y de civilización ha traído sobre la humanidad. Allí vivió también y murió otro español venerado en los altares, San Francisco de Borja: allí está la primitiva acta original, firmada por Ignacio, por Javier, por Lainez... ¡qué nombres! allí está, en fin, la cuna de un instituto, que mucho bien debe hacer á la causa de la verdad, de la justicia y del reposo de los pueblos, cuando tan fieramente lo atacan hoy todos los enemigos del reposo de los pueblos y de la justicia y de la verdad.

En la vecina Iglesia de San Ignacio se ve el sepulcro de Gregorio XV, el Pontífice mismo que canonizó al guipuzcoano ilustre, y á Francisco Javier, el apóstol de las Indias, y al humilde labrador patron de Madrid.

## XLII.

Entre las iglesias de Jesus y San Ignacio está el Colegio Romano, insigne escuela de teología, filosofía y bellas letras, de que es prefecto el P. Perrone, y donde treinta profesores tienen á su cargo la enseñanza de ciencias sagradas y profanas, y de lenguas árabe, caldea y siriaca. Del observatorio astronómico, que puede competir con los primeros de Europa, es director el P. Secchi, gloria viva de Roma y de las ciencias exactas.

No léjos de estos insignes monumentos de la piedad y de la ilustracion aparece la Universidad de la *Sapienza*, el *archigimnasio romano*. A instancias del fundador de la Orden de predicadores, del ilustre español Santo Domingo, el Papa Honorio III estableció, en su propio palacio, cátedras de teología, donde con especialidad la Sagrada Escritura fuera diariamente explicada á los que aspirasen al sacerdocio y áun á los sacerdotes de Roma. Mantuvo y amplió esta sábia institucion el Pontífice siguiente Gregorio IX, poniendo los estudios del derecho canónico bajo la direccion del sabio y santo español Raimundo de Peñafor, el compilador de las *Decretales*: Inocen-

cio IV añadió á los anteriores, el estudio de las Leyes: en los tiempos de Alejandro IV y de Urbano IV brillan ya en las cátedras de Roma Alberto Magno y Santo Tomas de Aquino: el estudio de la Filosofía adquiere entonces gran importancia y desarrollo: el Angel de las Escuelas escribe en Roma la mayor parte de las obras que el mundo admira y aprende todavía. Pero la verdadera y oficial fundacion de la Universidad corresponde al Papa Bonifacio VIII, en el año 1303, último de su pontificado; así pudo decir, pocos años despues, Juan XXII en un Breve, que en Roma existia estudio general de las varias facultades de la ciencia (*Generale vigeat studium quarumlibet scientiæ facultatum*). Desde entonces, decaida durante el cisma de Aviñon, restaurada y engrandecida en los siglos posteriores, señaladamente por Alejandro VI (*Borgia*), la Universidad de la *Sapienza* ha sido objeto constante de la solicitud de los Papas y noble gimnasio de muy doctos varones, en todos los ramos de la ciencia divina y de las humanas.

### XLIII.

Al lado de las Termas de Neron hubo un circo, llamado *Agonal*, por los juegos que en

él se celebraban, y Circo de Alejandro Severo, por el emperador que lo embelleció, incluyéndolo en el recinto de sus jardines particulares: de Plaza *in Agone* ha formado el vulgo el nombre de Plaza Navona que hoy lleva aquel vasto recinto, una de las plazas, en efecto, más grandiosas de Roma. De las tres fuentes que la adornan, la de enmedio es una verdadera obra maestra de Bernini. Diríase que el arte no puede llevar más allá el atrevimiento y la magnificencia: es una roca formidable, de la cual se desprenden, no ya mansas corrientes, sino ocho verdaderos raudales: adórnala, entre otras figuras, cuatro estatuas colosales, el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Plata; África, Europa, Asia y América están allí simbolizadas en masas de mármol que forman un conjunto imponente, un escollo, de cuyas cavidades salen figuras gigantescas, y sobre el cual se alza un obelisco de cerca de cien piés, inmensa aguja de piedra de la época de Domiciano, que Majencio hizo colocar en el circo que llevó el nombre de su hijo Rómulo, junto á la Via Apia.

## XLIV.

Enfrente á la Iglesia de Santa Ines, verdadera joya del arte y de las artes, la cruz grie-

ga más linda que ha producido la arquitectura en el siglo xvii, y al palacio *Pamphili*, que le es contiguo, obras ambas, como la fontana famosa, debidas al Pontífice Inocencio X (*Pamphili*), se ve cerrado y próximo á ruina el antiguo templo español de Santiago, que fué mucho tiempo nuestra iglesia nacional: á ella van unidos recuerdos gloriosos, no sólo para España, sino para la cristiandad. Aquella fué la primera morada de San Ignacio de Loyola y luégo de Lainez; allí idearon y constituyeron asociaciones de beneficencia y caridad, que hijos insignes de nuestra patria han protegido y acrecentado siempre en la capital del orbe católico.

El cardenal Torquemada instituye las dotes de doncellas huérfanas: los piadosos navarros Fernando Ruiz, clérigo, y Angel Bruno, juntamente con su hijo Diego, fundan en 1558, el primer hospital de locos, en Roma conocido, á cuya obra no tarda en asociarse el P. Lainez, segundo general de la Compañía de Jesus, y más tarde el cardenal español Cueva: hoy aquel benéfico establecimiento forma parte del gran Hospital de *San Spirito* en el *Borgo*: Sebastian Arias unirá su nombre al hospital de San Juan Calabita, en Trastevere: el aragonés José de Calasanz abrirá las Escuelas Pías: por todas partes las armas de

España simbolizan una casa de caridad ó un asilo de la sabiduría.

El Hospital de Santiago, que estaba unido á la iglesia de *Piazza Navona*, fué fundado, en 1450, por D. Nicolas Pardiñas, obispo de Ciudad Rodrigo, para albergue de todos los peregrinos españoles y para los enfermos y heridos.

Veinte sacerdotes españoles formaban á manera de un cabildo, que gozaba muchas preeminencias y obvenciones. Una hermandad de españoles, bajo el título de la Resurreccion, cuidaba de recoger en los hospitales y traer al suyo á los peregrinos y enfermos españoles: son curiosas las noticias que se conservan de la solemne procesion que en el día de la Pascua hacía esta hermandad, *al veir el alba*, por la Plaza Navona; un legado piadoso del dean de Cuenca, D. Constantino del Castillo (1597) encomendaba á la confraternidad la distribucion de catorce dotes á doncellas pobres, que otros legados de ilustres compatriotas nuestros aumentaron hasta veinticuatro.

En la iglesia, que el Papa Alejandro VI reedificó, hubo muchos y notables monumentos españoles, entre ellos el del gran teólogo toledano Pedro Chacon, que murió en 1581. Todo cuanto pudo trasportarse, al creer que la fá-

brica amenazaba ruina, de altares, ornamentos, cuadros, sepulcros y áun del pavimento, que era precioso, todo fué llevado á la Iglesia de Santa María de Monserrat, hoy nuestra única iglesia nacional en Roma, junto al Palacio *Farnese*.

#### XLV.

Fué fundada en el siglo xv por catalanes y aragoneses, que la pusieron bajo la advocacion de la Estrella bendita de sus montañas. Érale anejo un hospital, que instituyeron en 1350 dos ilustres damas catalanas, Jacoba Ferrandez y Margarita de Mayorca: el emperador Carlos V lo dotó pródigamente, y otros muchos legados de españoles han ido acrecentando las rentas del piadoso establecimiento, al cual está unido el de Santiago, y en el que los pobres peregrinos de nuestra nacion hallan refugio y los socorros determinados por la caridad de los fundadores, proseguida y áun sobrepujada por la de los reyes.

De un libro escrito en español sobre las antigüedades de Roma, é impreso en esta ciudad el año 1598, copia Martinelli las siguientes palabras á propósito del hospital de Monserrat: «En el tiempo de Urbano Papa VI, año 1381,

era hospital de catalanes, de la invocacion de San Nicolas; y en el año 1506, en tiempo del Papa Julio II, á los veintitres de Junio, juntos en la iglesia del Pozo Blanco los de la dicha nacion catalana, aragonesa y valenciana, tomaron la invocacion de dicha Santa María de Monserrat.»

La iglesia española de este título es de regulares y no grandes proporciones, pero está espléndidamente adornada; quizá es excesivo el lujo de sus mármoles y adornos dorados, como acontece en muchas iglesias de Roma: su arquitectura es de Antonio San Gallo; la fachada, de Volterra, quedó sin concluir, y así estuvo imperfecta uno y otro siglo, hasta que estos últimos años se llevó á cabo la obra.

La parte interior consiste en una ancha nave, con tres capillas á cada lado, y una mayor con tribuna en el fondo: pilares corintios istriados sostienen la cornisa, sobre la cual se apoya la bóveda, rica como las paredes, no sólo en pinturas, sino en adornos de claro-oscuro que resaltan sobre fondo dorado. En las capillas, ricas de mármoles y estucos, todos, puede decirse, son recuerdos españoles: el San Diego de Annibal Caracci, el San Ildefonso, la Virgen con Santiago y San Vicente Ferrer, muchos otros cuadros, señaladamente los alusivos á misterios de la madre de Dios,



pertenecen, sin duda, á pintores compatriotas nuestros, que no han dejado sus nombres en los lienzos respectivos, y á fe que el de la Concepcion pudiera formar por sí solo el crédito de un artista.

Los dos coros del arquitecto español Laviña, en uno de los cuales está el gran órgano de Santiago, son modelo de elegancia arquitectónica. La estatua del Santo Patron de España, que está en la primera capilla de la izquierda, es una de las primeras obras que ejecutó el Sansovino, y positivamente una de las mejores estatuas que ostenta el arte moderno. Un cuadro al fresco, en la capilla de Monserat, representa á San Raimundo de Peñafort, navegando sobre su manteo desde Mallorca á Barcelona; otra figura el martirio de la niña española Santa Eulalia, crucificada á los doce años de edad. La memoria sepulcral del embajador D. Antonio de Vargas, muerto en 1824, y su retrato en bajo-relieve, son bella muestra del talento artístico del escultor heredero, uno de los pocos herederos de las glorias de Canova: otro pequeño monumento, tambien con retrato en bajo-relieve de Félix de Aguirre, debido al cincel de Solá, presidente que llegó á ser de la Academia pontificia de San Lúcas, da claro testimonio de que nuestros artistas de este siglo han sabido mantener

dignamente en Roma la tradicion gloriosa de la patria de Alonso Cano y de Montañés.

Detras del altar mayor de esta iglesia están en sus tumbas, esperando más digno depósito, los restos mortales de los dos Papas españoles Borgias, Calixto III y Alejandro VI. La iglesia y el anejo hospital de peregrinos y enfermos, á cargo una y otro de capellanes españoles, se sostienen, como ya hemos dicho, con rentas propias, bajo la inspeccion del Embajador de S. M. C.

#### XLVI.

Muy cerca de Santa María de Monserrat está el Palacio *Farnese*, el más bello de la Roma moderna, tipo severo de la buena arquitectura italiana, que así dista de la sombría rudeza de los palacios florentinos, como del barroquismo y el lujo de adornos de otras análogas construcciones en Nápoles, Génova, y aún en la misma Roma. Antonio San Gallo, Vignola y Miguel Angel pusieron manos en la direccion de esta inmensa fábrica, dado gigantesco que se asienta junto al Campo *di Fiori*, dando la espalda al Tíber y la frente á una plaza grandiosa, que adornan dos fuentes, cuyo caudal recogen sendas urnas de granito egipcio de las Termas de Caracalla.

Las bellas artes y las antigüedades brillan por todas partes en este palacio, digno de la grandeza del Papa Paulo III. En el vestíbulo y atrio, cuya decoracion ofrece, como el Coliseo y como el Teatro de Marcelo, los tres órdenes de arquitectura, se conserva todavía el sarcófago que encerró las cenizas de Cecilia Metela, cuyo mausoleo redondo, casi arruinado, está sobre la Via Apia. Los más preciados objetos del Museo Borbónico de Nápoles, el grupo de la Dirce y el toro, el Hércules, la Flora y muchos otros que correspondieron á este palacio y á la familia *Farnese*, pasaron á la casa real de Nápoles como herencia de la augusta princesa Isabel de Farnesio, mujer de Felipe V y madre de nuestro rey Cárlos III.

La galería, de 90 palmos de longitud por 28 de anchura, pintada al fresco por Caracci, pasa por ser, despues de las salas del Vaticano, la obra más insigne de pintura mural que en Roma se conoce: el pensamiento que el artista desenvuelve en aquellos interminables muros, es una especie de tratado del amor conforme á las doctrinas platónicas; otra cámara del mismo palacio ofrece frescos del mismo autor, y en la gran antecámara están figuradas por otros pintores como Vasari y los Zuccheri las hazañas de Alejandro Farnese, el valeroso caudillo de las tropas españolas en las guerras de

Flándes. Bellori se lamenta de que para el Alejandro romano no se vea el Apéles en aquella estancia destinada á publicar sus victorias.

#### XLVII.

No léjos del Palacio Farnese, respetable monumento por su grandeza arquitectónica, por su escuela de pintura boloñesa y por la augusta y bien sobrellevada desgracia á que sirve de asilo, está el Palacio Spada, entre cuyas antigüedades y objetos de bellas artes, que abundan, merece especial visita la estatua colossal de Pompeyo, que estaba en su Curia, y junto á la cual, en los idus de Marzo del año 45 ántes de la era cristiana, cayó Julio César asesinado: dejóse ver esta obra singular tres siglos hace entre los escombros de construcciones vecinas al Teatro y Curia de Pompeyo (Vicolo de *Scutari*), tendida y maltrecha en terreno perteneciente á dos dueños: aquel en cuya propiedad descansaba la cabeza, parte principal del cuerpo humano y principalísima en una estatua, reclama el derecho ó la totalidad: el de la tierra en que reposaba el tronco, pedia la estatua á título de dueño de la mayor parte: llevada la cuestion al tribunal, habia ya el juez dictado una sentencia de segunda de-

capitacion contra el gran capitán romano, cuando, sabedor el Papa Julio III de tan absurda y antiartística resolución, compró la obra por 500 escudos, que los litigantes se repartieron, y la regaló al Cardenal Capodiferro, dueño y morador entonces del palacio en que se halla.

La vista de aquella estatua colosal, desnuda, con el globo en la mano, despierta recuerdos verdaderamente amargos de la historia, casi siempre igual, de las flaquezas humanas. Julio César, al recibir en sus manos la cabeza yerta de Pompeyo, traída de Egipto,

..... *Lacrymas non sponte cadentes*  
*Effudit, gemitusque expressit pretore lato,*

dice nuestro Lucano con cierta delectacion poco benigna; Pompeyo, testigo mudo, frio, marmóreo de la catástrofe de Julio César, parece responder con una sonrisa cuasi imperceptible á aquella alegría de su rival, disfrazada de dolor y fundida en mentiroso llanto.

#### XLVIII.

Las cercanías del antiguo Circo de Alejandro Severo (Plaza Navona) abundan en monumentos religiosos y profanos, señaladamen-

te en iglesias notables, como si la Roma cristiana se hubiera propuesto purificar de esta suerte la region en que la Roma pagana multiplicó los edificios consagrados al deleite y á la vanidad.

La Iglesia de Santa María de la Paz, la del pórtico semicircular de columnas dóricas, edificada por Sixto IV y embellecida por Alejandro VII, tiene entre su quizá excesiva riqueza de mármoles, pinturas y adornos dorados, una obra maestra de Rafael de Urbino, las cuatro Sibilas, la Cumana, la Pérsica, la Frigia y la Tiburtina, pintadas al fresco sobre el arco de la primera capilla á la derecha (capilla *Chigi*): Rafael decoró aquel muro en el año 1514: húmedos todavía los pinceles que habian trazado el Heliodoro y la escarcelacion milagrosa de San Pedro en una cámara del Vaticano, Rafael pintó las Sibilas, coincidiendo con Miguel Ángel en la grandiosidad, y sin perder de la belleza y el encanto que constituyen su primer estilo; el estudio atento de las Sibilas de la Paz y de las Sibilas de la Capilla Sixtina trae pronto al ánimo el convencimiento de que Rafael no abandonó jamas su manera propia por lanzarse á la imitacion de Buonarroti: si en la *Galatea* de la Farnesina, encomendada en el mismo año y por el mismo banquero Chigi, el gran pintor de Urbino apa-

rece más esclavo de la forma y más imitador de los monumentos griegos, sobre que mucho influye en el desempeño de la obra la calidad del asunto, ha de considerarse que esa misma diferencia entre la dulce severidad de las *Sibillas* y la ligereza algo pagánica de la *Galatea*, obras contemporáneas, demuestra la admirable flexibilidad del gran genio artístico, en cuya abundante inspiracion cabian todos los estilos, siempre subordinados á aquel principio fijo de belleza, á aquella *cierta idea* que Rafael tenia en la cabeza, segun sus propias palabras, para suplir á los buenos jueces y á los buenos modelos que le faltaban.

## XLIX.

En el pórtico curvo de Santa María de la Paz dejó acreditada su fama de arquitecto Pedro de Cortona: á su reputacion de pintor contribuyó con justicia la bóveda de Santa María *in Navicella*, que los romanos llaman la *Chiesa Nuova*. Cortona y Maratta, con otros pocos artistas del siglo xvii, mantuvieron en Roma las buenas tradiciones de la escuela de Rafael y de los maestros del 1500, luchando con valor contra la corriente impetuosa del mal gusto, que todo lo atropellaba.

La *Chiesa Nuova*, construida á fines del siglo xvi, es grande y está adornada con lujo y tiene cuadros de Rubens; pero su principal atractivo ha de buscarse en la memoria que encierra de uno de los varones más insignes que han vivido en la Roma de los Papas: aquélla fué la vivienda de San Felipe Neri, el apóstol de los tiempos modernos, amigo de San Ignacio y de San Francisco de Borja y de Lainez, el maestro de Baronio y de tantos otros sabios y esforzados defensores de la doctrina católica en los días del error desencadenado y de la impiedad y la anarquía triunfantes por el Septentrion de Europa.

## L.

La cercana Iglesia de Santa María *dell' Anima*, iglesia nacional de los alemanes, merece ser visitada por los españoles, porque en ella está el monumento sepulcral del Papa Adriano VI, obispo que fué de Tortosa, y sabio maestro del Emperador Cárlos V: de este Pontífice, ejemplar por su ciencia y santidad, dice con razon el epitafio: *Hadrianus VI híc situs est, qui nihil sibi infelicius in vita duxit quam quod imperaret.*



## LI.

En el Campo Marcio (junto á la Plaza de la *Scrofa*) hay otra iglesia nacional, San Antonio de los Portugueses: entre sus monumentos se ve el sepulcro del ilustre español Martin de Azpilcueta, el Dr. navarro, defensor del arzobispo Carranza: murió en Roma, el año de 1586, á los noventa y cuatro de edad.

## LII.

Sobre una parte de las ruinas del Circo Alejandrino descansa hoy la modesta Iglesia de San Pantaleon, que guarda en la urna de pórfido de su altar mayor el cuerpo de San José de Calasanz, el español ilustre á quien se debe la institucion de las Escuelas Pías, á principios del siglo xvii: anejas á esta iglesia están las humildes habitaciones en que el Santo vivió y murió; la escuela en que enseñaba todavía está abierta; los hijos de Calasanz, en Roma como en España, son los pedagogos más cariñosos y modestos, infatigables bienhechores de la familia y de la humanidad.

## LIII.

Desde Santa María de la Paz y el *Monte Giordano* (colina artificial, donde estuvieron las casas del famoso Giordano Orsini, ahora Palacio *Gabrielli*) hasta la *Via Papale*, hay otras muchas iglesias, cuyas cúpulas se levantan por toda aquella region. Entre los palacios, justo es citar el *Braschi*, de la familia del Papa Pío VI, inmensa fábrica de piedra, con tres fachadas y una gran escalera de mármol, digna de alcázar de reyes. En un ángulo de este palacio, á espaldas de la Plaza Navona, se apoya todavía, mutilada é informe, una masa de piedra que fué estatua, y de excelente labor: su nombre *Pasquino*, por el de un sastre zumbon y maleante, que, segun dicen, habitaba allí siglos pasados, se ha trasmitido como significacion de todo epigrama ó libelo que con mano oculta se fija en un lugar público. El *Pasquino* que vemos en tan deplorable estado, Menelao en otros tiempos, formó parte, sin duda, de un magnífico grupo de escultura griega, reproduccion en mármol de un interesante asunto de la *Iliada*, que adornó quizá el teatro de Marcelo. Antiguamente á *Pasquino* solia contestar *Marforio*, otra estatua

del Océano que estuvo al pié del Capitolio (*In Martis foro*); hoy Marforio yace en el patio del museo Capitolino, y el diálogo es imposible.

#### LIV.

Hé aquí el itinerario de la multitud elegante y afeminada que llenaba los paseos de Roma en los tiempos de Horacio y de Marcial. Desde el Pórtico de Octavia al de Filippo; desde éste al Corintio; del Pórtico Corintio al de Pompeyo y al *Hecatónstilon*; despues, siguiendo los Jardines de Agripa, al Pórtico del Buen Suceso, así llamado por la proximidad al templo de aquel nombre; de allí á la Plaza del Panteon, para dirigirse, ya hácia el Pórtico de Neptuno, ya hácia el *Gnomon* y el *Mausoleo*.

Al Pórtico de Neptuno, ó de los Argonautas, pertenecieron, segun arqueólogos muy acreditados, las once columnas corintias, istriadas, de mármol blanco, que hoy en la Plaza de Pietra forman la fachada de la Aduana de tierra, si bien otros, más rigoristas en la apreciacion de los estilos, opinan que su verdadera data es de la época de Marco Aurelio, ó á lo sumo de Adriano, en cuyo caso pudieron corresponder á un templo erigido en aquel lugar despues del horrible incendio del año

80, en que perecieron ó se deterioraron gravemente obras como los templos de Isis y Serapis, el de Neptuno, el de Júpiter Capitolino, las *Septa*, las Termas de Agripa, el Panteon, los Teatros de Balbo y de Pompeyo, la Casa de Augusto con su templo y las bibliotecas. El imperio de Tito fué y será tristemente memorable en la historia por este incendio de Roma y por la inmensa catástrofe de Herculano, Pompeya, Stabia, Retina y otras ciudades sepultadas el año 79, bajo la ardiente lava del Vesubio.

#### LV.

Pero si el templo de las once columnas corintias, hoy empotradas en un edificio de prosáico destino, no puede con certeza adjudicarse á Marco Aurelio, nadie, en cambio, pone en duda el verdadero destino de la columna famosa, que recuerda las glorias militares de aquel Emperador.

Construida la columna (*Colonna*) que da nombre á una plaza y á una region de Roma, á imitacion de la de Trajano, ofrece, como ésta, en interesantes bajo-relieves que forman una faja espiral en toda su longitud, los sucesos principales de las guerras de Marco Aure-

lio Antonino, en el centro de la Germania, contra los Marcomanos. Ya otra vez lo hemos dicho, siempre que en el trono de Roma se sienta un hombre de superior inteligencia, luégo al punto vuelve la mirada hácia las orillas del Danubio, de donde principalmente han de venir las oleadas que inundan y destruyan el imperio.

La escultura de la columna coclide de Marco Aurelio es inferior á la de Trajano: el arte, que habia dado tan vivos resplandores en la época de aquel emperador español y de su sucesor Adriano, se debilita y oscurece rápidamente, como lo muestran las labores de ambas columnas. Pero, si en el mérito artístico de los bajo-relieves aventaja la de Trajano á la de Marco Aurelio, de cierto no le es superior en importancia histórica: aquella tiene escrita en su fuste la epopeya de las guerras clásicas; ésta tiene escrita la epopeya de las guerras contra Quados, Marcomannos y Sármatas: y ésta, además, ofrece un recuerdo verdaderamente glorioso para el cristianismo: el Júpiter Pluvio, que aparece salvando al ejército romano de una muerte cierta y horrible, por medio del prodigio de una lluvia, que siendo de piedra y fuego para los enemigos, era de agua purísima para las sedientas legiones de Marco Aurelio, es ni más ni ménos la interesada tra-

duccion al simbolismo pagano y á la fiesta del Aquilicio, de un hecho que la historia atribuye, y el mismo Emperador atribuyó, á los ruegos y oraciones de la legion Melitina, llamada tambien *Fulminante*, compuesta en su totalidad de cristianos, legion modelo de disciplina y de valor. Tertuliano, recordando este suceso, exclamaba: «¿Quién no sabe que las grandes sequías ceden á vuestros ayunos y á vuestras oraciones? El pueblo entonces canta las alabanzas del Dios de los dioses, del solo omnipotente; y siquiera sea bajo el nombre de Júpiter, á vuestro Dios y Señor es á quien rinde homenaje.»

La columna de Marco Aurelio es más alta que la de Trajano, y tambien por escalera interior puede llegarse hasta la meseta ó balcon de la cumbre: una y otra columna fueron restauradas por el Papa Sixto V, de quien dice el Conde de Manmigny que es el más grandioso de los poetas, porque canta las glorias de la Iglesia por medio de palacios, de obeliscos y de columnas. La de Trajano sostiene la estatua de San Pedro. La de Marco Aurelio ostenta, á ciento ochenta palmos de altura, la estatua de San Pablo, que mira al Vaticano.

## LVI.

Detras de *Piazza Colonna* está Monte *Citorio*, prominencia formada sobre las ruinas del Anfiteatro de Estatilio Tauro; la antigua *colina*, segun otros pretenden, adonde subian los candidatos de los comicios por centurias, para exhibirse á los ciudadanos concurrentes á las vecinas *Septa Julia*, que ocupaban el espacio que hoy llenan el magnífico Palacio Doria y Santa María *in Via Lata*; de aquella circunstancia que le dió el nombre de *Mons Citatorum*, ó del moderno Palacio de la Curia Inocenciana (Tribunal de Justicia y Direccion de Policía), ha recibido el de *Monte Citorio*, con que se la conoce. En el centro de esta colina-plaza se levanta un obelisco egipcio, grandioso monolito de tiempo de Psamético, alto de sesenta y siete piés (cerca de veinte y dos metros), que habia guardado la entrada del templo de Eliópolis, y que Augusto hizo servir de aguja para un ingenioso reloj en medio del Campo Marcio.

Al lado septentrional del obelisco habia una explanada de mármol blanco, larga más de ochenta y dos metros, y ancha dos metros y medio: una barra de metal dorado, incrustada

en esta gran losa, la dividia en dos bandas, en una de las cuales se leia: *duracion del dia*, y en la otra, *longitud de la noche*: una combinacion perfectamente estudiada de barras transversales y perpendiculares, que proyectaban su sombra sobre la superficie mármórea, permitia, no ya calcular la mayor ó menor duracion del dia y de la noche, como un simple meridiano, sino completar, á juicio de sabios como el P. Kircher y el P. Masi, las observaciones todas que se obtienen en el *Cuadrante solar* más perfecto de los tiempos modernos.

Hecho pedazos, caído y enterrado por espacio de centenares de años este insigne monumento de la Roma antigua, fué descubierto felizmente á fines del último siglo. El Pontífice Pío VI lo restauró, erigiéndolo en el lugar que hoy ocupa, y haciendo colocar en su extremidad superior el globo y el rayo de bronce, de que da Plinio noticia, y que recuerdan el destino que tuvo diez y nueve siglos hace.

## LVII.

Á imitacion de aquel célebre sepulcro erigido en Alicarnaso al rey Mausolo por su mujer Artemisa, que mereció contarse con el nombre de *Mausoleo* entre las siete maravillas del



orbe, Augusto quiso edificar para sus cenizas y las de sus deudos, un sepulcro que excediese en grandeza y majestad á cuanto en Roma se hubiese hasta entónces conocido: verdad es que hasta entónces Roma no habia tenido dueño imperial.

El Mausoleo era una especie de gran torre redonda, de más de cien metros de diámetro, compuesta de tres órdenes ó cuerpos concéntricos, pero que se elevaban en disminucion; el espacio excedente, junto á la base de los dos superiores, estaba lleno de tierra y plantado de cipreses, centinelas sombríos de la muerte, que cubrian casi por entero la superficie marmórea de aquellas vastas rotondas: la estatua de bronce del Emperador coronaba la imponente mole. Cuarenta y cinco cámaras circulares, quince en cada piso, estaban destinadas á contener las urnas cinerarias de la familia Augusta; la cámara mortuoria del Emperador era la más elevada y formaba una especie de templete.

Antes de que las cenizas de Augusto lo ocuparan, habian ya tomado posesion de aquel fúnebre palacio, Marcelo, el sobrino malogrado; Agripa, el yerno y favorito; Octavia, la hermana muy querida; Druso, el vencedor de los germanos, cantado por Horacio; y Cayo y Lucio, sobrinos de Augusto. Seis urnas pre-

cedieron á la del Emperador. Las cenizas de éste, lavadas y perfumadas despues de los espléndidos funerales, fueron llevadas al Mausoleo en copa de alabastro oriental, por la septuagenaria Livia, seguida de inmensa comitiva, y depositadas sobre el altar cilíndrico del templete superior cubierto por la bóveda del monumento.

No pasarán muchos años sin que las cenizas de Livia vayan junto á las de Augusto, al aposento que les estaba destinado en aquel asilo imperial de la muerte: poco más tarde las de Germánico; luégo las de Druso, el hijo de Tiberio; despues las de Agripina la Mayor; y sucesivamente las de Tiberio, Antonia, Claudio, Británico y Nerva. Los despojos mortales de Neron no merecian seguramente tan espléndida morada, y no la tuvieron. Nerva cierra la serie de los habitadores del Mausoleo; no llegó, pues, á contener ni áun á la descendencia completa del primer Emperador.

Á principios del siglo v las hordas de Alarico entraron en el Mausoleo en busca de tesoros; entónces perecieron las estatuas que llenaban la gran sala del centro, al rededor de la cual giraban las galerías, y la mayor parte de las urnas preciosas: en los siglos medios el Mausoleo fué fortaleza de los Coloneses; en

el año 1354 sirvió á la plebe y á los judíos para quemar con gran algazara el cadáver de Nicolas Rienzi, el titulado tribuno de la república romana. ¡Horrible coincidencia! Donde quince siglos ántes se alzaba un templo para las cenizas del que habia destruido la república, se reduce tumultuariamente á cenizas el cuerpo del que soñó en resucitarla! Despues de los Coloneses tuvieron el Mausoleo los Savelli: con las guerras y los años los mármoles fueron desapareciendo; los dos grandes obeliscos, símbolos silenciosos de la estabilidad, cayeron en pedazos; cubriólos la tierra hasta que Sixto V levantó uno sobre el Esquilino, ante una de las fachadas de Santa María la Mayor, y Pio VI erigió el otro sobre la Plaza del Quirinal.

En el siglo pasado se daban ya espectáculos en el recinto vacío del Mausoleo, convertido en anfiteatro, donde caben más de mil espectadores; las corridas de bueyes y de búfalos alcanzaron poca fortuna: despues se destinó á música y fuegos artificiales en las noches del estío (*fuochetti*), y á circo de caballos por el dia: «¿Qué tal he representado el papel de la vida?», dicen que preguntaba Augusto en los últimos momentos de la suya; y que añadía con escéptica sonrisa, como los actores de su tiempo: *Plaudite, plaudite*. Diez y nueve siglos

ha tardado Augusto en ser literalmente obedecido por sus súbditos: el pueblo romano va ahora todas las tardes al Mausoleo de Augusto y aplaude á una compañía de tercer orden, que hace comedias más inofensivas que aquellas otras á que servia de teatro el Palacio de los Césares, y de que era Augusto autor y protagonista.

### LVIII.

Detras del Mausoleo habia un bosque sagrado; delante estaba el *Bustum*, lugar donde se quemaban los cuerpos de los emperadores: era un gran recinto circular con árboles corpulentos, más altos que la reja de hierro sobre muralla de mármol que lo rodeaba. Los restos preciosos de urnas y de pedestales, con la inscripcion en algunos, *Hic crematus est*, que se conservan en el Museo Vaticano, y que fueron hallados á fines del último siglo en las cercanías de San Ambrosio y San Cárlos al Corso, indican que el *Busto*, ó quemadero de los Césares, estuvo en el espacio que hoy ocupa esta iglesia, una de las más bellas y ricas de Roma, la antigua iglesia nacional de los milaneses.

## LIX.

Que en la vasta extension del campo Marcio hubo monumentos sepulcrales consagrados á personas egregias de las épocas de César y del imperio, tales como Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, y dos Escipiones, padre y tio del Africano, lo acreditan escritores como Tito Livio, Juvenal, Marcial y muchos otros; del de Sila especialmente da noticia Lucano, cuando dice, preguntando con indignacion:

*Hisne, salus rerum, felix his Sylla vocavi,  
His meruit tumulum medio sibi tollere campo?*

Lo que es ya de todo punto imposible es la determinacion de los lugares en que pudieron estar aquellos sepulcros; tan sólo del de Sila han conjeturado los anticuarios, si podria ser una especie de pirámide de piedra, que en tiempo de Paulo III se descubrió en el extremo de la Via del Corso, al edificar la Iglesia de Nuestra Señora de los Milagros.

La conjetura de los anticuarios, á propósito del monumento de Sila, nos ha conducido sin violencia á la Plaza del *Pópolo*.

## LX.

Á la antigua Puerta Flaminia ha reemplazado, aunque no con rigurosa exactitud topográfica, la Puerta del Pueblo, que ofrece á la vista del viajero que entra en Roma, cual magnífico vestíbulo de un inmenso palacio, á aquella plaza, rodeada de bellos edificios, y de donde parten las calles principales que conducen al interior de la ciudad.

La inmediata Colina de los Jardines envia de continuo á la Plaza del Pueblo el aroma de sus flores, la frescura y la sombra de su espléndida vegetacion y el caudal de sus aguas cristalinas, que, ya se desata en las dos hermosas fuentes de los hemiciclos, ya descende en limpios raudales por las bocas de los cuatro leones, que en el centro adornan el ancho pedestal sobre que descansa el obelisco famoso de Sesotris, cubierto de jeroglíficos; este notable monolito, alto más de setenta y ocho piés, que un dia fué ornamento del Templo de Eliópolis, y luégo del Circo Máximo, es hoy inmóvil vigilante de la Ciudad Eterna, que se levanta sobre las cúpulas de Santa María del Pópulo y de Santa María *in Monte Santo* y de Santa María de los Milagros.

## LXI.

La primera de estas iglesias fué erigida en el lugar donde estuvieron los sepulcros de la familia Domicia, donde fué enterrado Neron, donde el fantasma de este monstruo turbaba la paz de los espíritus sencillos y creyentes de la Edad Media.

Chateaubriand, en una nota del libro *Los Mártires*, refiere en estos términos la tradicion popular de Roma: «Habia antiguamente en la Puerta del *Pópolo* un árbol grande, sobre el cual venía un cuervo á posarse cada dia. Cavando la tierra al pié de este árbol, hubo de encontrarse una urna con inscripcion, que decia que dentro de ella se encerraban las cenizas de Neron. Las cenizas fueron arrojadas al viento, y sobre el propio lugar donde la urna estuvo enterrada, fué construida la Iglesia de Santa María del *Pópolo*.»

En efecto, contigua á la puerta de este nombre, apoyada en la falda de la colina pintoresca que tantos recuerdos guarda de la antigüedad, y que ha logrado perpetuar su fortuna de lugar ameno hasta los tiempos presentes, aparece Santa María del *Pópolo*, una de las pocas, si ya no la única iglesia de Roma, pertene-

ciento al siglo xi: el Pontífice Pascual II la erigió; el pueblo romano en el siglo xiii la engrandeció; rehízola Sixto IV; Alejandro VII y varios cardenales y familias poderosas han contribuido despues á su embellecimiento.

Milizia dice que desde el centro de esta iglesia se pueden abarcar de una mirada los cuatro estados sucesivos de la arquitectura romana despues del Renacimiento, á saber: su aurora y su mañana en el conjunto de la fábrica, que es una cruz latina con cúpula, por el estilo de la de San Agustín; su mediodía, ó plena luz, en la capilla Chigi, dirigida por Rafael de Urbino; su anochecer, ú acaso, en la capilla Cibo, de que fué arquitecto uno de los Fontana. En esta última apreciacion es, como de costumbre, apasionado é injusto el crítico Milizia. La capilla Chigi, consagrada á la Virgen de Loreto, sin ser un gabinete de mármoles y estatuas como la Corsini de San Juan de Letran, ni tan grandiosa como la Borghese de Santa María la Mayor, es en su misma sencillez más elegante y produce más grata impresion. Rafael hizo el dibujo del gran cuadro del altar, que representa la Natividad de la Virgen; hizo los cartones para los mosaicos lindísimos que adornan la cúpula, y que figuran el Padre Eterno, que da movimiento á los planetas; hizo, por último, el di-



seño de las estatuas de Elías y Jonás, y aún hay quien le atribuye la escultura de esta última creyendo sólo de Lorenzetto el Elías.

Las capillas Venuti, Cibo y Mellini son por demas ricas de mármoles y de pinturas: los altares, las cúpulas, el pavimento, los adornos, todo es notable en esta iglesia, verdadero museo de las artes. Entre los sarcófagos suntuosos, algunos que se ven á lo largo de sus naves ó en el recinto de sus capillas, citaremos tan sólo el del cardenal español de Castro y el del obispo Arteaga Gomiél, prelado de Búrgos, que murió en Roma el año 1514.

## LXII.

Santa María *in Monte Santo* y Santa María de los Milagros son dos preciosas iglesias redondas del siglo xvii, de idéntica arquitectura, con cúpulas iguales y pórticos de columnas aisladas, que, erigidas en el fondo de la Plaza del *Pópulo*, frente á la puerta, dan principio á las dos calles principales que ya hemos mencionado, completando la hermosa perspectiva de esta plaza, que con sus palacios, sus estatuas, sus fuentes, su magnífica subida al Pincio, ornada de trofeos de mármol, y sobre todo con su obelisco, guardado por leo-

nes, forma, como ya hemos dicho, el más noble ingreso á la Ciudad Eterna.

De las tres calles que, siguiendo la dirección de Norte á Sur, parten de esta plaza, la central, la que se abre entre las dos iglesias gemelas que llevan en su fachada el nombre del Cardenal Gastaldi, es la del *Corso*, la antigua *Via Flaminia*, una de las más célebres entre las consulares que, teniendo por continuación la *Via Lata*, llegaba hasta el pié del Capitolio, dando paso más de una vez por sus anchas losas de lava á la alborozada comitiva de los triunfadores. Marcial cantaba en profecía la entrada solemne de Trajano, en la cual

*Totaque Flaminia Roma videnda via.*

La calle tiene hoy, puede decirse, la misma longitud que en los tiempos de Marcial, y es la gran arteria de la vida romana. Aquella costumbre de preferir la estrechez de los pórticos y de los foros á las anchuras del campo y á las delicias de un ambiente despejado y puro, no se ha perdido en Roma: hoy, como en los días de los emperadores, la calle es el paseo predilecto de los romanos: la del *Corso*, que es buena y bastante ancha para calle, pero angosta para paseo, tiene que sufrir, á la caída de la tarde, en invierno y en verano, la inmensa y doble fila de coches, que en reite-

radas vueltas la obstruyen, y la multitud de á pié, que con dificultad puede abrirse camino en las aceras: en tanto, por la bellísima explanada de la Puerta Pía, ó por las alturas pintorescas del Janículo, apénas si discurre algun carruaje de prelado ó algun extranjero curioso.

El *Corso* debe su nombre á las carreras de caballos sueltos (*barbari*), que en los dias de Carnaval se celebran, y que constituyen la más clásica y anhelada diversion del pueblo romano.

LXIII.

La calle ofrece buen número de edificios notables, templos y palacios, que procuraremos recorrer rápidamente: la Iglesia de Jesus y María, de monjes Agustinos, adornada con mármoles, estucos, dorados, estatuas y monumentos sepulcrales, obra todo de los siglos xvii y xviii, casi enfrente de la de Santiago de los incurables, de forma elíptica, cargada tambien de adornos de mala época artística, renovada por el Cardenal Salviati; á corta distancia San Cárlos, hermoso templo de tres naves, rico de mármoles, de estucos y de pinturas al fresco, con alta cúpula, y en el altar

mayor un cuadro de San Ambrosio y San Carlos, que pasa por ser la obra maestra de Marratta; la capilla de la Virgen á pocas cede en lujo; la abundancia y hermosura de los monumentos sepulcrales aumentan la suntuosidad de esta iglesia nacional de los lombardos, en la que tambien existe memoria de la munificencia española.

Por una lápida consta que D. Carlos II, rey de España, duque de Milan, y su madre Doña Mariana, reina gobernadora, teniendo en cuenta los propósitos y consejos del magnánimo rey D. Felipe IV en favor del templo de San Carlos, *animo largo et excelso annuam pensionem ad ipsius promovendam fabricam assignarunt*: la inscripcion honoraria fué puesta el año 1670.

#### LXIV.

Pasada la Plaza de San Carlos, á la derecha se encuentra pronto la Iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, que al nombre del santo mártir español une el de la matrona ilustre, consagrada al servicio de los cristianos en los dias tristes de las más fieras persecuciones: es un templo antiquísimo, título de cardenal presbítero desde tiempo de San Gregorio Magno, hoy el primero de dichos títulos.

Restauró la fábrica el Papa Benedicto II en el siglo VII, y luégo Celestino III en el XII: más tarde el cardenal español Ignacio Ávalos la reedificó, y Paulo V la concedió á los clérigos regulares menores. Su única nave ofrece capillas muy bien adornadas de mármoles y pinturas, un precioso altar mayor con cuatro raras columnas de negro antiguo, y un cuadro de primer órden, el admirable Crucifijo de Guido Reni. Guarda esta iglesia reliquias de gran valor, especialmente la cama de hierro ó parrilla en que fué martirizado San Lorenzo, y algunos monumentos sepulcrales de hombres célebres, entre ellos el de el pintor francés Poussin, erigido por el vizconde de Chateaubriand.

## LXV.

Más allá de la Plaza *Colonna* merece ser visitada la Iglesia de San Marcelo, construida segun se cree, en el siglo IV, sobre las ruinas de un templo de Isis, en la casa misma de Santa Lucina, cuyo nombre se asocia á los grandes sucesos de las catacumbas. La historia refiere que Majencio profanó el oratorio del Papa Marcelo, convirtiéndolo en establo y dejando al venerable sacerdote el cuidado y ser-

vicio de los caballos: es lo cierto que en el siglo v existe ya reedificada la iglesia en honor de San Marcelo.

Desde el siglo xiii pertenece á la órden de los servitas: ellos la reedificaron con arquitectura de Sansovino, y muchas obras de ornato posteriores la han convertido en una de las más lindas iglesias de Roma: consta de una nave con cinco capillas á cada lado, y el altar mayor en el fondo: como casi todas las capillas pertenecen á familias ilustres, las bellas artes y los monumentos sepulcrales las convierten en pequeños panteones, algunos de singular belleza. En una de estas capillas, de la derecha, está el sepulcro de familia, donde yacen los restos del cardenal Consalvi con los de su hermano, á quien amó extremadamente, y á quien consagra en sus *Memorias* una página de singular ternura.

#### LXVI.

En el opuesto lado de San Marcelo está Santa María *in Via Lata*, iglesia cuyo origen llegó más allá de San Silvestre, pues existía ya en su tiempo unida al monasterio de San Ciriaco. La tradicion constante asegura que el subterráneo de este templo fué la prision de

San Pablo, y allí se venera la columna en que están escritas aquellas palabras de la carta á Timoteo: *Sed verbum Dei non est alligatum*; desde allí dirigió el Apóstol de las gentes algunas de sus epístolas; allí San Lúcas compuso, ó acabó por lo ménos, *Los Actos de los Apóstoles*.

Los Pontífices, por honrar tan santas memorias, han atendido siempre al esplendor de esta iglesia, que es colegial, parroquial y un verdadero museo de mármoles y pinturas.

#### LXVII.

En el término, á la izquierda, junto al Palacio Colonna, aparece la Basílica de los Santos Apóstoles, erigida primitivamente en honor de San Felipe y Santiago, cuyos cuerpos reposan bajo el altar mayor, y notable entre los templos de Roma, así por su antigüedad, que sin llegar, como algunos han pretendido, á la época constantiniana, alcanza, sin embargo, á la de Pelagio I (siglo vi), como por haber sido en algun tiempo residencia pontificia, y por haber resonado en sus ámbitos la voz de San Gregorio Magno, que allí pronunció una de sus homilías.

Restaurada la Basílica en el siglo viii y en el ix, recibió su mayor engrandecimiento bajo

el pontificado de Martino V; pero ántes, á los principios del siglo XIII, siendo Papa Inocencio III, habia partido de la Basílica de los Apóstoles una procesion solemne, cuyo recuerdo no puede ménos de interesar á todo corazon español: el clero de Roma se reunió el dia 17 de Mayo de 1212 en aquella Basílica; los hombres en la de San Agustin y las mujeres en la de Santa María la Mayor, y todos, en multitud inmensa, descalzos, siguiendo al Pontífice, que llevaba en sus manos el *Lignum Crucis*, llegaron á San Juan de Letran, desde cuyo peristilo Inocencio III, rodeado de cardenales y de obispos, dirigió su palabra apostólica al pueblo que llenaba la plaza y las avenidas: su sermon fué una tierna rogativa al cielo en favor de las armas de Castilla, que se aprestaban á una batalla decisiva contra las huestes agarenas: no habia pasado un año, y D. Alfonso VIII tornaba victorioso de las Navas.

La última gran restauracion, que pudiera decirse reedificacion, de la Basílica de *Sancti Apostoli*, es de principios del siglo pasado, y se debió á los Papas Clemente XI y Benedicto XIII, y áun la fachada es más moderna, que la costeó en 1827 el Duque de Bracciano.

Consta la iglesia de tres naves, sostenidas por pilastras de órden corintio, y adorna su



bóveda un gran cuadro al fresco, de Baciccio, de 87 palmos de largo por 40 de ancho, que representa el triunfo de la Orden franciscana: otras varias pinturas, así en muro como en lienzo, decoran las capillas de este templo, en cuya tribuna está el monumento sepulcral del Cardenal Riario, diseñado por Miguel Angel: en la tercera capilla se ve el sepulcro del condestable Felipe Colonna y su mujer Catalina de Saboya Carignan; y á la derecha el de María Lucrecia Rospigliosi Salviati, obras ambas de escultura muy estimable. En el fondo de la misma nave está el sarcófago de Clemente XIV, la primera obra en grande de Canova, que no desmerece de la otra consagrada en el Vaticano á la memoria de Clemente XIII (*Rezzonico*): el único monumento sepulcral dedicado en Roma al insigne Buonarroti, que llena con sus maravillosas producciones el siglo xvi, está en el corredor del convento contiguo á esta iglesia, en la cual se celebraron sus funerales en Febrero de 1564, y tambien los de Canova en Enero de 1823.

En el Palacio de *Sancti Apostoli* vivió y murió el Papa Martino V (1431), el que puso feliz término al cisma de Aviñon, el que restauró la ciudad de Roma, desolada por las guerras.

## LXVIII.

Además de los monumentos religiosos ya referidos, ostenta el Corso, en su longitud de más de dos mil pasos, palacios suntuosos, á la vez depósitos riquísimos de obras de arte, señaladamente de pintura.

Tales son el Palacio Ruspoli, con sus espaciosas galerías y sus cámaras pintadas al fresco y su escalera de mármol blanco de ciento quince gradas; el Palacio Fiano, sobre las ruinas de la antigua vivienda de Domiciano, delante del cual se elevaba, hasta los tiempos de Alejandro VII, el Arco de Marco Aurelio, cuyos preciosos bajo-relieves están en la escalera del Palacio de los Conservadores en el Capitolio; el Palacio Verospi, decorado también con excelentes frescos; el Palacio Chigi (familia de Alejandro VII), que contiene cuatro salas de cuadros notables de las escuelas italianas, una colección de dibujos originales de los artistas más célebres, y una biblioteca rica de preciosos manuscritos griegos, latinos é italianos; el Palacio Sciarra-Colonna, el más bello, sin duda, del Corso, con una buena galería de cuadros, entre los cuales resaltan por su mérito el *Tocador de violín* de Rafael de Urbino

(1518), que, con ser una sola figura, bastaria para acreditar en su autor la gloria de príncipe de los pintores; el *Amor conyugal*, de Annibal Caracci; los *Jugadores*, de Miguel Angel Caravaggio; la *Magdalena*, de Guido Reni; un *retrato de mujer*, por el Tiziano; la *Modestia* y la *Vanidad*, por Leonardo Vinci, y multitud de paisajes, que llenan una sala; y con una coleccion de estatuas, entre las que son de admirar dos en bronce, una grande, que representa al emperador Septimo Severo, y otra pequeña, que figura Arpócrates, dios del silencio.

Junto á este palacio Sciarra estuvo el gran arco de triunfo elevado á Claudio por el senado y el pueblo romano, despues de la conquista de Bretaña, é inaugurado el año 49 de nuestra era.

Sigue en órden topográfico el Palacio Doria (antes Pamphili), uno de los más grandiosos de Roma, del cual es como capilla aneja la Iglesia colegial de Santa María *in via Lata*, de que antes hicimos mérito: este palacio, que tiene dos, y aún pudiera decirse tres fachadas, posee una de las más ricas galerías de cuadros que en Italia pueden visitarse: diez cámaras y tres de las cuatro alas de un vasto corredor ostentan seiscientas ó más obras, en lienzo ó tabla, correspondientes á varias es-

cuelas, en especial á las italianas y áun á la flamenca y á la francesa. La nuestra está únicamente representada por un retrato de Inocencio X, que se atribuye á Velazquez, y es considerado como una de las principales joyas de la galería.

### LXIX.

La Plaza de Venecia, donde termina la del Corso, está literalmente rodeada de palacios; el de Venecia, que le da nombre, fué edificado en el siglo xv, por Paulo II, con materiales sacados en gran parte del Coliseo, y fué en algun tiempo morada de los Papas y castillo fuerte, como indican las almenas que lo coronan: cedido al Austria, sirve de residencia al embajador de este imperio.

La inmediata Iglesia de San Márcos, construida por el Papa San Márcos I en honor del evangelista de su nombre, ha sido objeto constante de la generosidad de los Cardenales y embajadores venecianos, cuyos sepulcros en gran número guarda.

Enfrente del Palacio de Venecia está el de Florencia, tambien notable por su riqueza de ornamentacion, por sus cuadros y sus obras de escultura: á la izquierda del Corso, cerca

de la iglesia ya descrita de *SS. Apostoli*, está el Palacio Colonna, construido por el Papa Martino V, inmensa mole que descansa en la falda del Quirinal, y que encierra tambien una galería de cuadros muy estimables, y un gran salon en bóveda, que contiene, pintada al fresco, la batalla de Lepanto, en que un insigne Colonna compartió con nuestro valeroso Don Juan de Austria los laureles de aquella victoria, que acabó para siempre con el poder del islamismo.

## LXX.

Para terminar esta reseña de monumentos nuevos con el recuerdo de uno antiguo de los más curiosos, caminemos algunos pasos por la antigua *Via Lata*, y cruzando los umbrales, imaginarios ya, de la Puerta Ratumena, al pié del Capitolio, detengámonos un momento delante del Sepulcro de Cayo Publicio Bibulo, que aunque mutilado, ennegrecido y cubierto en gran parte por la tierra, es una de las obras que á la Roma moderna dan noticia de la Roma de la República.

Ya en el exámen rápido de los monumentos antiguos hicimos algunas indicaciones acerca de éste, tanto más estimable, cuanto que sir-

ve de dato fijo y punto seguro de mira para la historia del arte: comparado con el de los Escipiones, no es difícil apreciar en el sepulcro de Bibulo que el gusto griego se viene á toda prisa, que el lujo arquitectónico y escultural empleado en una obra, que no es de utilidad pública como la cloaca, ni de culto religioso como los templos, acusa ya un cambio notable en las costumbres; la honra misma especial otorgada al edil de la plebe, demuestra una inclinacion visible á cierto *aristocratismo*, que trasciende más allá de la vida.

El sepulcro de Bibulo, con su lujo de órdenes dórico y jónico, y tan cerca del Capitolio y del Foro, parece un presagio fúnebre para las instituciones romanas: diríase que anuncia las espléndidas construcciones de Pompeyo y de César, los pórticos, las curias y los palacios, que fueron sepulcro de la república.

## LXXI.

La calle que partiendo de la Plaza del *Pópolo*, sigue en direccion más próxima á la orilla del rio, llámase de *Rippetta*, por el pequeño puerto que tiene sobre el Tíber, y se extiende, cambiando luego de nombre, hasta penetrar en el antiguo Campo Marcio (cuya de-

nominacion llevan todavía una calle y plaza de las que atraviesa), terminando en la Plaza de San Luis de los Franceses, esto es, en las antiguas construcciones de Agripa y de Neron, cerca del Panteon y de las Termas y del Circo Agonal, ó sea Plaza Navona.

En este largo trayecto de la Calle de *Rippetta* son dignos de notarse los restos del Mausoleo de Augusto; la Iglesia de San Roque; el puertecillo, siempre animado por la carga y descarga de las barcas que hacen la travesía; la Iglesia de San Jerónimo, llamada *degli Schiavoni*, colegial de sacerdotes *Ilirios*; el Palacio *Borghese*, con sus tres fachadas, comenzado por el Cardenal Deza y engrandecido por el Papa Paulo V (*Borghese*) para residencia de su familia, y con su galería de cuadros, que no cede en número á ninguna de las de Roma, puesto que se eleva á 1.700 tablas y lienzos.

## LXXII.

Entre las obras de escuela italiana sobresale la *Deposicion en el sepulcro del cuerpo de Jesucristo*, por Rafael de Urbino, último cuadro que el gran artista pintó ántes de su viaje á Roma (1507); es decir, dulce y espontánea manifestacion del genio, influido aún por las inspira-

ciones de Peruggia y Florencia, prodigio de arte, en que los sentimientos más fuertes y profundos se revelan con las líneas más suaves y delicadas. *El amor sagrado y el amor profano*, una de las obras en que el pincel de Ticiano alcanzó á mayor altura, y la famosa *Danae* del Coreggio, y la *Caza de Diana* del Dominiquino, llaman con preferencia la atencion de los inteligentes. Respecto á la escuela española, la misma ausencia que en casi todas las galerías de Italia: alguno que otro cuadro de Ribera se ve incluido en las colecciones pertenecientes á la escuela napolitana.

## LXXIII.

Siguiendo la prolongacion de la Calle de *Rippetta*, en vez de tomar la de la derecha, que conduce al teatro lírico *Tordinona* (el primero de los de Roma, llamado tambien de Apolo), y al Puente *Sant Angelo*, muy cerca ya de la Plaza de San Luis, con sólo desviarse algunos pasos, se llega á la magnífica Iglesia de San Agustin, que ostenta la cúpula más antigua de Roma, y que guarda bajo el altar de una lindísima capilla el cuerpo de Santa Mónica, ¡las reliquias de la madre en la iglesia consagrada al culto del hijo!



Sobre la tercera columna de la nave central se ve el famoso fresco de Rafael, que representa el profeta *Isaías* (pintado en 1512), obra admirable, que mantiene bien la competencia con las de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina: junto al muro de entrada está la *Madonna* con el Niño, escultura de Sansovino, enriquecida con numerosas ofrendas y *ex votos*.

En el contiguo monasterio de padres agustinos hállase abierta al público la biblioteca *Angélica*, así llamada del benemérito prelado Angelo Rocca que la fundó; acrecentado luégo su caudal con las copiosas librerías de Lúcas Obstenio, de Enrique Noris, y sobre todo, del sabio Cardenal Pasionei, es hoy, despues de la Vaticana y la Casanatense, la más respetable de las bibliotecas públicas de Roma: pasarán de cien mil sus volúmenes impresos, y se acercan á tres mil los manuscritos, entre los cuales existen algunos códices muy interesantes para la historia y para la filología.

#### LXXIV.

La calle que partiendo de la extremidad izquierda de la Plaza del *Populo*, sigue paralela á las del Corso y *Rippetta*, y á la corriente del Tíber (calle del Babuino), desemboca en la

Plaza de España, el barrio preferido de los españoles, donde está el palacio de la embajada de sus reyes, y donde se levanta la columna monumental del misterio de la Concepcion Inmaculada de María, cuyo pedestal guardan las estatuas de Moisés, David, Isaías y Ezequiel. La estatua en bronce de la Virgen, que domina el monumento á 29 metros de altura, preside y corona aquel bello cuartel que lleva el nombre de España, como el culto de la Virgen y la devocion al misterio, cuya declaración dogmática recuerda el gran monolito de mármol, brillan en la historia y resaltan entre los gloriosos timbres de esta nacion magnánima, hoy sumida en desventura.

Una fuente caprichosa de Bernini, que representa una barca (la *Barcaccia*) decora y embellece esta plaza, en la cual se abren cinco calles, que la ponen en comunicacion con la del Corso.

## LXXV.

Entre ellas, la más espaciosa y espléndida por sus construcciones es la de *Condotti*, muy concurrida de extranjeros y rica en comercios y bazares de joyería, objetos de bellas artes y antigüedades; y en cuya extremidad, tocando en el Corso, está el convento español de trinitarios calzados, construido hácia la mitad del

siglo último, á expensas de Fr. Diego Morcillo, arzobispo de Lima, y Virey de España en sus Indias Orientales.

Tiene aneja una preciosa iglesia de forma elíptica, con seis altares á los lados, y el mayor en el fondo: un arquitecto español, Hermosilla, dió los dibujos para todos los estucos que forman los adornos del templo y los de los altares: otro español, Preciado, director que fué de nuestra academia en Roma, y presidente de la de San Lúcas, pintó el estimable cuadro de la Concepcion, que está en el tercer altar; de Antonio Velazquez son los frescos de la cúpula y de los lados de la capilla mayor, y el *Buen Pastor*, en el inmediato altar de la izquierda. La comunidad se compone enteramente de españoles.

## LXXVI.

En el fondo de la Plaza de España, y terminándola por su lado del Sur, está la fachada principal del colegio urbano de *Propaganda Fide*, vasto edificio del siglo xvii, que representa una de las más admirables instituciones de la Iglesia católica: aquel es el verdadero plantel y seminario de útiles colaboradores de la paz y bienestar de los pueblos: allí se educan jóvenes de todas las naciones, señalada-

mente del África y del Asia; se cultivan casi todas las lenguas habladas en las regiones más remotas, y se preparan, en fin, sucesivas generaciones de misioneros, que lleven á todas partes la luz de la verdad y los gérmenes bienhechores de la única civilización sana y fecunda.

La imprenta de *Propaganda* ha proporcionado, en el trascurso de dos siglos, inmensos beneficios al estudio de la filología y de las letras orientales, mediante la publicación correcta de multitud de obras, que han cundido por Europa, y que son tenidas en mucho por los sabios.

Junto á la fontana de *Bernini*, dando frente á la Vía de *Condotti*, se levanta y se abre en anchurosas alas una singular escalinata de piedra, compuesta de ciento veinticinco escaleras, compartidas en tramos suaves y en rellanos tan espaciosos y dilatados, que forman á modo de plazuelas con espléndidas balaustradas, hasta llegar á la colina del Pincio, sobre la cual aparece la Iglesia francesa de la Trinidad *di Monti*, fundada á fines del siglo xv por Carlos VIII, hoy encomendada á las señoras *institutrices* del Sagrado Corazon.

Corona aquella altura un obelisco, que se cree de la época de los Antoninos, y que un tiempo sirvió de adorno en el circo de los fa-

mosos Jardines de Salustio, luégo imperiales, que fueron destruidos por las turbas de Alarico. Pio VI hizo restaurar este obelisco de granito egipcio y erigirlo en la Plaza de la Trinidad, levantando á 45 piés de altura sobre esta eminencia, de las más conspicuas de la Ciudad Eterna, una gran cruz metálica, que contiene fragmentos del *Lignum Crucis* y reliquias de San José, de San Pedro, de San Pablo, de San Pio V, de San Agustín y de San Francisco de Paula.

El espacio que ahora ocupan la Trinidad y la *Villa Médicis* (academia francesa de pintura y escultura), perteneció en remotos siglos á los tan renombrados Jardines de Lúculo, el vencedor de Mitrídates, que valieron á la colina el dictado antonomástico de Colina de los Jardines. No léjos estuvieron, de una parte los de Domicio, donde Nerón fué enterrado, y de la otra los de Salustio, que tenían su principio en las inmediaciones del Quirinal, y á los cuales los de Lúculo servían como de continuación. Fueron estos tristemente célebres por la muerte trágica de Cayo Valerio Asiático, su segundo dueño, sacrificado á una calumnia de Mesalina, que ansiaba hacer propiedad suya los jardines que pasaban por más bellos de Roma, para llenarlos con el escándalo de aquellas orgías y depravaciones que Tácito

describe, y que prepararon á la impúdica mujer de Claudio el mismo desastroso fin, que su codicia proporcionó á Cayo Valerio, en los mismos jardines que sirvieron de móvil á su calumnia y de teatro á sus vicios.

## LXXVII.

En los primeros siglos de la era vulgar empieza á conocerse la denominacion de *Pinciana* aplicada á casa y luégo á colina, sin duda de un senador *Pincius*, de quien seguramente la historia no ha tenido grandes cosas que decir: en un documento de la Edad Media se habla del monte *qui dicitur Pinzi*. Las generaciones sucesivas le han confirmado en el nombre de Monte Pincio, y la actual se cuida ménos de indagar hácia dónde cayó la casa del senador que transmitiera su nombre á la colina, que de buscar en ella luz y calor en los días apacibles del invierno, fresca brisa y ambiente embalsamado en las tardes de la primavera y de estío.

Porque, á pesar de tantas y tan magníficas *villas*, de contornos tan pintorescos como Roma tiene, cuando sus habitantes se deciden á abandonar las estrechas aceras del Corso, que han reemplazado á los pórticos antiguos, á pie ó en coche se dirigen con preferencia á las alturas del *Pincio*, donde parece que se respira

mejor y que el espíritu se mece en una alegría indefinible, dominando de una mirada las ruinas imponentes de la Roma antigua y los centenares de cúpulas de la moderna.

El *Pincio* no se parece al *Bois de Boulogne*, ni á los parques de Inglaterra, ni á la *Villa Real* de Nápoles, ni al Prado de Madrid; no tiene las proporciones ni la forma de esos paseos, y sin embargo, es más deliciosamente original que todos ellos: por su variedad de subidas y de vueltas y de replanos, por sus trofeos y adornos esculturales, por sus fuentes y sus macetas de flores, puede considerarse como una gran terraza, como la habitacion superior y al aire libre de un inmenso palacio. ¿Qué otra cosa parecen el largo balcon de piedra, que da sobre la Plaza del *Pópolo*, y el antepecho que domina la *Villa Borghesse*? Cierto que los carruajes no pueden recorrer largas distancias, ni la vista descubre prolongadas y monótonas alamedas; pero la vária é ingeniosa disposicion de plazuelas y jardines, á que dan sombra los árboles corpulentos, y frescura las fuentes, y cierta entonacion aristocrática los bustos de hombres ilustres, ofrece espacio y comodidad á los concurrentes de á pié, cuyo ameno recinto guarnece y rodea en ordenadas filas, una multitud de coches de todas calidades y fortunas.

En el *Pincio*, cerca del moderno y poco notable *Casino*, situado sobre su mayor altura, hay un obelisco, el más moderno de los conocidos en Roma y el más recientemente restaurado. Pertenece á la época de Adriano, y lleva escrito el nombre de Antinoo: estuvo un tiempo en los Jardines de Eliogábalo, adornando la *Spina* de su circo: en 1822, el Papa Pío VII mandó colocarlo en el lugar que hoy ocupa. En la plaza, que pudiera decirse central, de esta risueña colina, bajo la sombra apacible de una palmera frondosa, las músicas militares de Roma aumentan con su armonía los naturales encantos del sitio y del paseo. Entonces tiene más aire de familia la apiñada concurrencia del *Parterre*.

Hay, sin embargo, un momento, en las tardes del *Pincio*, en que se descubre con mayor claridad y con más viva emoción el espíritu comunicativo y fraternal, predominante en aquella multitud, que habla variedad de lenguas, que viene de lejanas regiones, y que se confunde, sin embargo, en un sólo sentimiento de simpatía y de amor. Que la llegada de un batidor ó de un guardia noble á caballo, por cualquiera de las avenidas del *Pincio*, indique la proximidad del Pontífice, y luégo al punto, movidos por un secreto impulso, aquellos centenares ó millares de personas se apre-



suran en todas direcciones, invadiendo y llenando las calles de árboles y los bosques y jardines, para arrodillarse en doble y dilatado cordon á los lados del camino, que va recorriendo con su modesta comitiva el soberano más respetable de la tierra. Hay en esta manifestacion de respeto y de cariño algo que no pueden comprender, por su desgracia, las almas atribuladas bajo el peso de la duda ó de la incredulidad.

No es dado á los poderes humanos penetrar tan hondo en el corazon de las muchedumbres: el espectáculo de un santo anciano, que bendice con ternura, que á todos llama hijos, y á quien todos llaman padre, difunde un ambiente de noble fraternidad, que en pocas partes podrá respirarse tan puro como en esta colina, cuando el Padre de la gran familia católica se digna pasear entre sus hijos, convirtiendo las posesiones imperiales, que la Roma pagana llenó de iniquidad y de oprobio, en jardin apacible, propiedad de todos, donde buscan y hallan honesta recreacion los moradores de la Roma pontificia.

Si, apartándonos un instante de las estrechas calles y de los amenos laberintos por donde pasean sus ilusiones y sus inquietudes los corazones jóvenes, y sus desengaños y amarguras los corazones marchitos, buscamos

reposo á la caída de una tarde serena de invierno, ó brisa al anochecer de un día de verano, en la galería de la terraza, ¡qué magnífico cuadro se desenvuelve á nuestros ojos! ¡qué singular panorama abruma á un tiempo mismo la memoria y el entendimiento! Por allí han pasado las razas y los siglos y las generaciones: desde allí pueden recorrerse las épocas de la historia desde Rómulo hasta nuestros días: cada altura guarda la tradición de un falso culto, cada monton de ruinas trae el recuerdo de algun tirano; cada cintura de murallas ofrece en perfecta cronología la negra historia de la servidumbre. Hoy, sobre las murallas rotas, y los escombros calcinados, y las colinas desiertas, en columnas y en obeliscos y en bóvedas, álzase por todas partes el signo de la cruz, como lábaro misterioso de triunfos más duraderos que los de Escipion y Julio César. Todo anuncia la feliz regeneración obrada por la palabra, más eficaz que el hierro y el furor de los ejércitos: el sol, que brilla en los confines del inmenso y limpio firmamento azul, parece que se deleita en dirigir su última radiante mirada á la cúpula gigantesca de San Pedro, como si sintiera despedirse de esta maravilla, la obra ménos imperfecta que el genio de los hombres ha sabido consagrar á la gloria de su Dios.

# EL TRANSTEVERE.

---

## I.

En rigor etimológico, por Transtevere debiera significarse toda la parte de Roma que se extiende á la orilla derecha del Tíber. Así era en la época del imperio: la region transteverina, décimacuarta y última de las en que Augusto dividió la metrópoli, comprendía una desmesurada longitud de terreno entre la extremidad septentrional, que hacia frente al Campo de Marte, y la punta meridional, que miraba al Aventino; es decir, lo que hoy puede recorrerse desde el puente Milvio ó Molle, fuera de la puerta del Pópolo, hasta donde fué el puente Sublio, en Ripa Grande.

En la moderna distribución de regiones, el *Transtevere* propiamente dicho (la décimatercia) comprende el espacio que hay entre las puertas *Portese* y *San Spirito*; la última region (*Borgo*), que es la décimacuarta, añadida por Sixto V, encierra en sus límites las vastas cons-

trucciones de la antigua ciudad leonina ó leoniana (por las murallas que en el siglo ix levantó Leon IV); esto es, el Monte Vaticano con su Basílica y palacio apostólico y los edificios anejos, el hospital de *San Spirito* y el Mausoleo de Adriano, hoy castillo *Sant Angelo*.

## II.

La imponente mole redonda de este casti-  
llo, antiguo sepulcro, es el primer monumento  
que llama la atención del viajero que se enca-  
mina al Vaticano, es decir, del viajero en su  
primera salida por las calles de Roma.

Siguiendo la dirección del Tíber, desde la  
Plaza del Pópolo y la *Via de Ripetta*, se llega  
en pocos minutos, pasando por el Teatro de  
Apolo, al Puente *Sant Angelo*, el segundo de  
los que ponen en comunicación la Ciudad de  
las Siete Colinas con el Transtevere: fué este  
puente erigido por el emperador Publio Elio  
Trajano Adriano, por los años 136, con el  
principal objeto de dar fácil acceso al mauso-  
leo construido enfrente, como á competencia  
del no lejano de Augusto. Puente Elio y puen-  
te de Adriano se llamaba en los primeros tiem-  
pos; de San Pedro le decían en la Edad Me-  
dia; de *Sant Angelo* se le denomina general-

mente desde el siglo xv, por el castillo en que fué transformado el mausoleo.

Adornado este puente en el siglo xvi con la momentánea decoracion de columnas y estatuas para la fiesta extraordinaria de la entrada solemne de nuestro rey Cárlos I, V de Alemania, lo fué en el siglo siguiente por el Papa Clemente IX con la misma decoracion, pero durable y monumental: las figuras de carton, que Montelupo habia improvisado en 1533, fueron grandes figuras de mármol en 1668, esculpidas y colocadas bajo la direccion de Bernini (aunque ninguna es obra de su mano), representando ángeles que llevan los instrumentos de la pasion: las estatuas de San Pedro y San Pablo, que guardan el ingreso del puente, pertenecen á la época de Clemente VII, que sustituyó con ellas dos pequeñas capillas que de antiguo existian en aquella extremidad.

### III.

El Mausoleo de Adriano fué una de las maravillas de la Roma imperial: Adriano tenía el gusto de los viajes y del lujo: era arquitecto, y reunia á la vanidad de emperador la ambicion de artista. Augusto habia hecho un mausoleo para sí y los suyos; pero sus cámaras es-

taban ya llenas: las cenizas de Nerva habian ocupado el último lugar vacante. Para las de Trajano se habia erigido un monumento de primer orden en su Foro: una columna gigantesca les servia de centinela. Adriano ideó otro mausoleo, en frente del de Augusto, que le excediese en proporciones y en riqueza: la obra correspondió á los propósitos de Adriano. Las descripciones que nos han transmitido los escritores latinos, la que el Papa San Leon hizo en una de sus homilías, refiriéndose á la Roma pagana, no dejan duda acerca de la magnificencia de aquella mole ó cuerpo redondo, de 188 piés de diámetro, revestida de mármol pário, coronada de estatuas de gran mérito, adornada con figuras de bronce, caballos, toros, pavos reales, que contenia en preciosas urnas de oro, de pórfido y de alabastro, las cenizas de los emperadores y sus familias, á contar desde Adriano y su hijo adoptivo, hasta Pertinaz y Septimio Severo.

La situacion topográfica y la disposicion arquitectónica del Mausoleo de Adriano hiciéronle apto desde el siglo vi para fortaleza, y en tal concepto su historia está unida desde entonces á la de todas las invasiones y defensas de que Roma ha sido objeto. Para atacar á los godos, arrojaban en último extremo, los soldados de Belisario, desde las alturas del

Mausoleo, proyectiles del alcance del Fauno Barberini, que es hoy joya del Museo de Berlín. En la Edad Media el mausoleo, que ya llevaba el nombre de *Sant Angelo* (por la milagrosa aparición del Arcángel en tiempo de San Gregorio el Magno), fué teatro de las ambiciones de Teodora y de Marocia, y despues de Crescencio, y luégo de los varios perturbadores del dominio de los Papas hasta el siglo xvi, en que sirvió de refugio á Clemente VII y en que vió caer mortalmente herido en sus murallas al Condestable de Borbon.

En el siglo xvii decia nuestro inmortal Cervántes por boca de su Hidalgo: «Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llaman *Moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel, en Roma.» En estos últimos tiempos, y aún de presente, el castillo *Sant Angelo*, coronado por la estatua en bronce del arcángel San Miguel, que se eleva donde diez y siete siglos hace se ostentaba la estatua colosal de Adriano, si ya no la piña del Belvedere, es la ciudadela de Roma, fortaleza abastecida de todos los medios de defensa, y encomendada á tropas leales, que custodian con noble orgullo la bandera de la justicia, de la legitimidad y de la civilizacion.

## IV.

Al otro lado del puente, camino del Vaticano (en el *Borgo Nuovo*), está la Iglesia de Santa María *Transpontina*, construida en el siglo XVI, con más esplendidez que buen gusto. En la tercera capilla se veneran las dos columnas á que estuvieron atados y junto á las cuales sufrieron flagelacion en el Comicio los apóstoles San Pedro y San Pablo, poco ántes de partir para el lugar de su martirio respectivo.

Merece tambien citarse en esta region la Iglesia de San Miguel, tenida por muy antigua, y en la cual está el sepulcro del célebre pintor Mengs, costeadó por el cardenal Riminaldi. La inscripcion, puesta por Morcelli, viene á ser un compendio de la vida y méritos de aquel gran artista *pictor sui temporis primus*, á quien el rey de España Cárlos III tuvo por su primer pintor de cámara y recompensó con merecida largueza. *Deinceps*, dice la inscripcion, *Rex Hispaniarum Karolus III catholicus, principem pictorum suorum dixit et regia munificentia ditavit*. Mengs murió en Julio de 1778, habiendo dejado en toda Europa, señaladamente en España, obras que aseguran la perpetuidad de su nombre y de su gloria.



## V.

De los Jardines de Domicia, que fueron luego propiedad de Neron, y del Circo de Adriano, que estuvo junto á ellos, no quedan vestigios ciertos en esta region del Transtevere. El Campo Vaticano, que en ella se extiende, ocupando la extremidad norte del monte Janículo, ha tenido la fortuna de perpetuar su nombre uniéndolo en constante honor y reverencia al de una institucion sobrehumana, contra la cual no han de prevalecer ni los furros del hombre ni el estrago de los siglos. En el Campo Vaticano habia, nos dice Plinio, una encina verde, más vieja que Roma, en la cual se leia un rótulo en letras etruscas, que consagraba aquel árbol á la religion. ¡Admirable vaticinio en la colina de los vaticinios, del árbol de la cruz que habia de ser símbolo de una nueva Roma y de un mundo regenerado!

Al pié de la colina, cerca del puente por donde pasaban los triunfadores, y cerca de los prados Quinzios, regados con el sudor de Cincinato, fueron los Jardines y el Pórtico de Agripina, viuda de Germánico, y más tarde el circo en que Neron satisfacía su vanidad de

atleta y de auriga, presentándose á luchar y correr en la arena, y sus instintos de fiera, sacrificando millares de cristianos, cuyos cuerpos, á manera de hachones, hacia arder en el ámbito de los jardines para recrearse con una iluminacion no imaginada por monstruo alguno de Oriente ni Occidente. Testigo silencioso de aquellas horribles orgías y de aquellas bárbaras siniestras iluminaciones fué el obelisco que ahora domina la Plaza de San Pedro, y entónces adornaba el Circo de Calígula y de Neron: convertidas en cementerio por los primeros cristianos, las grutas vecinas á aquel jardín y aquel circo tuvieron la dicha de oír la voz del Apóstol, y luégo la de guardar sus restos mortales. *Ingredientes vero Romam, dice el obispo Aurelio en las Actas de San Marcial, invenerunt Apostolum in loco qui dicitur Vaticanus, docentem multas populorum turmas.*

Martirizado el Príncipe de los Apóstoles, y puesto su cuerpo en el humilde cementerio que habia sido cátedra de su doctrina, pronto el Papa San Anacleto (que de manos de San Pedro habia sido ordenado presbítero) erigió un modesto oratorio y amplió el enterramiento donde sucesivamente fueron á reposar diez Santos Pontífices y una multitud de mártires. ¡Qué tesoro de enseñanzas ofrece esta colina por donde en otro tiempo pasaron todas las

abominaciones y todos los horrores del paganismo, de la degradacion y de la miseria!

Hemos vuelto á las grutas Vaticanas, despues de recorrer las siete colinas y el Campo Marcio, la Roma antigua y moderna. Los templos de Apolo y de Marte se arruinaron; los arcos y los jardines desaparecieron; la plebe transteverina, los fabricantes de vasijas de barro, los judíos vendedores de pajuelas, *trans-tiverinus ambulator, qui pallentia sulphurata fractis permutat vitreis*, de Marcial, recorrian el campo en cuyos subterráneos pululaba la semilla de una nueva sociedad. ¡Contraste elocuente! En el Palatino y en el Capitolio resplandecian entónces todas las magnificencias del poder humano, y del Capitolio y del Palatino apénas han quedado más que escombros, miéntras que en el Vaticano, que era cuartel infecto y enfermizo del populacho, *infamibus Vaticani locis*, que decia Tácito; en la antigua colina de los falsos vaticinios se alza hoy la catedral del mundo y resuena el oráculo de la verdad.

## VI.

Entre el Transtevere y la Ciudad hay algo más que los puentes: hay una isla, formada

por la desviacion del rio que á los ochenta metros de distancia vuelve á unirse: esta isla tiene, como las colinas, su leyenda, pero no tan antigua como la de aquéllas: se refiere á la época de la expulsion de Tarquino, y á la venganza contra los que conspiraron para restaurar la monarquía: sus campos fueron segados, los haces de miés fueron arrojados al rio en tanto número, y tanta mole formaron, que el curso del Tíber se interrumpió, bifurcándose su caudal; las materias acumuladas se endurecieron, hízose á poco por los hombres una especie de terraplen ó muralla, y la isla, seminatural semi-artificial, empezó á ser poblada, no sólo de gentes, sino de monumentos, y algunos de ellos notables. Sobre el brazo izquierdo del rio, es decir, en su ramal más inmediato á la Ciudad, está el Puente Fabricio, vulgarmente llamado *Cuatro Cappi*, que desde el barrio de los judios (*Ghetto*) conduce á la isla: al otro lado, es decir, para poner en comunicacion la isla con el Transtevere, está el Puente Cestio, cuya construccion suponen algunos ser del tiempo de la república, y fijan otros en la primera época del imperio.

Fué célebre la Isla Tiberina por el Templo de Esculapio, construido en el siglo v de Roma, delante del cual habia una estatua de Julio César, y á cuyos lados se abrian pórticos,

donde se albergaban los enfermos: los vestigios del bajo-relieve de Esculapio con la serpiente enroscada al cetro, que han podido todavía reconocerse en las sustrucciones de Travertino, á la punta meridional de la isla, declaran que allí estuvo el templo famoso, sobre cuyas ruinas hoy se levanta la Iglesia de San Bartolomé, en cuyo altar mayor se venera el cuerpo del Santo Apóstol. Enfrente al de Esculapio habia otro templo, dedicado á Júpiter por el cónsul Lucio Furio el año 560, que debió de ocupar el espacio en que hoy descansa el convento de San Bartolomé, en cuya plaza se encontró, en el siglo xvii, el arranque del obelisco de granito, que hubo delante de dicho Templo de Júpiter ó de Vediove, como le llama el calendario de Verrio Flaco. A la otra extremidad de la isla, y uno ó dos años ántes que el de Júpiter, fué consagrado un templo de Fauno, del cual no queda otra noticia que la que da Ovidio en sus *Fastos*:

*Idibus agrestis fumant altaria Fauni  
Hic ubi discretas insula rumpit aquas.*

Ahora, en el lugar donde la isla con más ó ménos discrecion rompe las aguas, hay un hospital á cargo de los religiosos de San Juan de Dios (*Fate-ben-fratelli*), cuyo instituto re-

cuerda el nombre del español Sebastian Arias y el de D. Juan de Austria, su protector; y aneja al hospital, una iglesia donde se conserva como principal reliquia el cuerpo de San Juan Calabita, que da tambien nombre á aquel establecimiento de caridad. Ni uno parecido podemos registrar en la Roma pagana.

El Puente Cestio conduce de la isla al Transtevere; un poco más léjos el Puente *Palatino* (hoy Puente *Rotto*) pone en comunicacion directa esta orilla derecha del Tíber con el antiguo Foro Boario, aquella primitiva plaza adornada con el simulacro griego de un buey de bronce, en la cual estuvieron la Basílica Sempronia, sobre cuyas ruinas se levantó luégo la Iglesia de San Jorge *in Velabro*, y el Templo de la Pudicicia Patricia, y el de la Fortuna Vírgen; y consérvanse todavía el Arco de Jano Cuadrifonte y el de Septimio Severo, erigido á este emperador y á su familia por los argentarios y negociantes que ocupaban aquella region.

## VII.

Cerca del Puente *Palatino*, el primero de piedra que en Roma se conoció, al pié del Janículo, fueron hallados en el siglo vi de Roma (571), segun escribe Tito Livio, dos arcas de

piedra, de las cuales una era el sepulcro de Numa Pompilio, rey de los romanos, y otra contenía los libros del mismo rey: confirman esta noticia Valerio Máximo, Plinio, Aurelio Víctor, Festo, y aún de las palabras de Dionisio de Halicarnaso pudiera deducirse que en su tiempo existía y era de todos conocido el monumento grandemente insigne, con que el pueblo romano honró á Numa, y añade: *Hoc autem situm est ultra flumen Tiberim in Janiculo*. Si, como de estos y otros escritores se deduce, el sepulcro de Numa era llamado por una especie de antonomasia, *Monumentum Regis*, no hay dificultad en admitir que á él se refieren estos versos, muy diversamente interpretados, de Horacio:

*Vidimus flavum Tiberim retortis  
Littore, etrusco violenter undis  
Ire dejectum monumenta regis  
Templaque Vestæ.*

El poeta en esta oda señala el templo redondo de Vesta en el *Velabro*, al principio de la *Via Nova*, que es para la topografía un punto fijo y conocido, y deja adivinar que enfrente, á la orilla opuesta, se hallaba el Sepulcro de Numa; uno y otro monumento expuestos alguna vez á recibir las aguas desbordadas del rojizo Tíber.

En la direccion del famoso Puente Subli-

cio, de que sólo queda la memoria, se hallaban el templo y bosque de la diosa Furina, donde pereció Cayo Graco, en el espacio que hoy ocupan la iglesia y convento de franciscanos españoles de *Santi Quaranta Martiri* ó de San Pascual Bailon, una de las fundaciones con que en la capital del orbe cristiano acreditan nuestros reyes el noble título de Católicos que llevan.

### VIII.

Los Jardines de César, que despues se llamaron bosque de los Césares, dentro del cual estaban el Templo de la Fortuna Fuerte y la naumaquia famosa de Augusto, hacian de esta parte del Transtevere, que se extendia á la falda del Janículo, un ameno recinto de espléndidas construcciones, que contrastaba con la pobreza del vecino Campo Vaticano. En la llanura, como en la cumbre de aquellas colinas, la Roma cristiana ha multiplicado sus monumentos. A la mártir Cecilia, una de las más bellas é interesantes figuras de la historia de las persecuciones, erigió un templo que á pocos cede en hermosura, sobre la casa misma que la Santa habitó, y cuya sala de baño (segun se cree) es la capilla especialmente consagrada á su culto. La iglesia debia ya existir



en el siglo v, puesto que sus presbíteros titulares suscriben un concilio celebrado en 499 por el Papa Simaco: el día 22 de Noviembre, fiesta de Santa Cecilia, del año 545, fué allí sorprendido el Papa Vigilio, en ocasión de officiar la misa, por un enviado de la emperatriz Teodora, que violentamente le llamaba á Constantinopla: en el siglo viii, un presbítero titular de Santa Cecilia, que moraba en la misma iglesia, fué elegido Papa con nombre de Estéban (IV). En el siglo ix, Pascual I, que tuvo la fortuna de hallar en las Catacumbas de Pretestato, en la Via Apia, los cuerpos de Cecilia, Valeriano, Tiburcio y Máximo, y de los Papas Urbano y Lucio, reedificó la iglesia y puso bajo su altar mayor las reliquias de aquellos mártires.

Consérvase todavía desde tan lejanos tiempos una buena parte del mosaico del ábside, curiosísimo é interesante dibujo, que figuraba en ambos lados los dos grupos de vírgenes, descritos en una parábola del Evangelio de San Mateo, y más abajo, también en dos grupos, los veinticuatro ancianos del *Apocalipsis*: en medio está el Salvador, en pié, entre nubes, con el volúmen de la ley en una mano, y extendida la otra en actitud de bendecir: el artista bizantino puso también á los santos Pedro y Pablo, Máximo y Águeda, y á Santa Ceci-

lia, coronada de diadema, radiante de gloria, que presenta al Papa Pascual á las plantas de Jesucristo. Este mosaico y los de otras iglesias de los primeros siglos, venturosamente conservados en Roma, constituyen, ademas de una riqueza incalculable para la historia de las artes, un monumento de autoridad decisiva contra los audaces reformadores que quisieran rehacer á su modo los anales de la Iglesia, abrir abismos y arrojar sombras en el esplendoroso camino de la creencia y de la devocion de diez y nueve siglos.

El antiguo templo de Santa Cecilia, restaurado en el siglo XIII, y luégo en el XVI, fué casi por completo renovado, al terminar dicho siglo (1509), por el cardenal Sfrondato, sobrino de Gregorio XIV: el cardenal Acquaviva en el siglo pasado, y el cardenal Doria en el presente, han contribuido al adorno y embellecimiento de la iglesia, suntuosa en extremo, resplandeciente de mármoles de alabastro, jaspe, ágata y piedras orientales, cubierta de pinturas, rica de monumentos sepulcrales, alumbrada por multitud de lámparas, dividida en tres naves, que sostienen veinticuatro columnas antiguas, que en dos filas de á doce marcan la disposicion primitiva de la Basílica, notable, en fin, entre tantas notables de la capital del orbe católico.

Sobre el altar mayor, que ostenta cuatro columnas rarísimas de mármol blanco y negro, se alza un precioso templete de arquitectura gótica: debajo está el sepulcro de Santa Cecilia y de los otros mártires citados: una estatua yacente de la Santa, en la postura misma en que fué hallado su cuerpo en tiempo del Papa San Pascual, pasa por una de las mejores obras del siglo xvii: hízola Estéban Maderno, y basta para acreditarle de escultor de primer orden. No debe temer la competencia con la Santa Teresa de Bernini, que está en la iglesia de la Victoria.

No léjos de este insigne santuario, al cual profesan el Transtevere y toda Roma especial devocion, sobre las ruinas del que fué Templo de la Fortuna Fuerte, erigido por Servio Tulio y restaurado por César y por Tiberio, está la Iglesia de Santa María llamada *dell' Orto* para cuya fábrica hizo los dibujos Miguel Angel y cooperó tambien Julio Romano, y cuyo culto sostiene la confraternidad de hortelanos, fruteros y cultivadores de jardines.

## IX.

El gran Hospicio de San Miguel á *Ripa*, con sus famosos telares de tapices, uno de los

más vastos y mejor montados establecimientos de Europa, donde la beneficencia unida al trabajo ofrece asilo á más de cuatrocientos jóvenes de ambos sexos, merece bien citarse entre los monumentos que el Transtevere moderno opone al Transtevere antiguo: monseñor Consalvi (luégo cardenal y secretario de Estado de Pío VII), tuvo algun tiempo á su cargo, y organizó con gran acierto el Hospicio de San Miguel.

## X.

En la misma region de *Ripa grande*, que pudiera ser un deliciosísimo paseo á la orilla del rio, con vista al Monte Aventino y al *Testaccio*, y más lejos á la Basílica de San Pedro, está la Iglesia de San Francisco de Asís, en cuyo convento anejo se venera, convertida en capilla, la celda en que habitó aquel maravilloso poeta de la humildad y maestro del amor; allí aparece, por último, como presidiendo á todas las que la rodean, y como una de las más insignes de la Ciudad Eterna, la Iglesia de Santa María *in Transtevere*, que está en posesion de ser el primer templo consagrado en Roma al culto de la Virgen.

Fué construida en el siglo III, en la casa ó

cuartel donde se alojaban los veteranos inválidos de las legiones imperiales (*Taberna Meritoria*), que el Papa San Calixto I obtuvo del emperador Alejandro Severo. En la noche misma del nacimiento del Salvador (año de Roma 753) habíase visto en aquella morada surgir una fuente de aceite que por espacio de un día envió al Tíber su extraño raudal, que pronto para los primeros cristianos significó, como dice Eutropio, la gracia de Cristo que habia de correr y comunicarse á las gentes: la piadosa creencia y la devocion de aquellos primeros cristianos indujeron al Papa San Calixto (año 222) á edificar la primitiva iglesia, dedicándola al *Parto de la Virgen*. Los Pontífices del siglo iv la agrandaron, y sucesivamente los de todos los siglos la han enriquecido de prerogativas, haciéndola título de cardenal presbítero, y parroquia y Basílica y colegial: puede considerarse como un templo de primer órden, que ya en su exterior revela antigüedad y magnificencia. En el pórtico que ofrece cinco puertas, adornada cada una con cuatro columnas jónicas de granito, sobre las cuales corre un arquitrabe con gran balcon, balaustrada y estatuas, hay un antiguo mosaico parecido por el asunto al de Santa Cecilia, pero más moderno.

El interior está dividido en tres naves, sos-

tenidas por veinte y dos columnas antiguas, desiguales, procedentes sin duda de templos ó pórticos de la Roma pagana, como que algunas tienen grabadas en la voluta efigies de Isis, Serápis y Arpocrates: en la pared, sobre la puerta grande, están escritos estos versos:

*Dum tenet Emeritus miles sum magna taberna,  
Sed dum Virgo tenet me major nuncupor et sum.  
Tunc oleum fluo, signans magnificam pietatem  
Christi nascentis, nunc trado petentibus ipsam.*

El techo de la nave central está pintado al fresco por el Dominiquino, que representó en un admirable cuadro la Asuncion de la Virgen entre un coro de espíritus angélicos. Debajo del altar, adornado con cuatro columnas de pórfido, está la *Confesion*, donde reposan los cuerpos de San Calixto, Cornelio, Calepodio y otros mártires: al lado, bajo el arco de la derecha, está el lugar donde surgió la fuente de aceite, en el cual hay escrito *fons olei*, y en una lápida inmediata se lee:

NASCITUR TUNC OLEUM, DEUS, ET DE VIRGINE, UTROQUE  
OLEO SACRATA EST ROMA, TERRARUM CAPUT.

Enfrente á la Basílica de Santa María, formando el centro de la plaza, se eleva, sobre ancha gradinata octógona, de cuatro escalones, una de las hermosas fuentes monumentales de

Roma; de las cuatro inscripciones correspondientes á sus cuatro ángulos, la primera contiene dos nombres españoles: Alejandro VI (Borgia) y Juan Lopez, cardenal de Valencia, que fueron los primeros restauradores de la obra.

## XI.

Si en los tiempos de Augusto pudo llamarse Colina Vaticana toda la parte alta de la ribera derecha del Tíber, desde el Puente *Molle* hasta el Sublicio, como parecen indicarlo unos versos de Horacio, en que dice que el Monte Vaticano repetía con eco poderoso los aplausos del pueblo que llenaba el Teatro de Pompeyo, tampoco ha de negarse que en épocas anteriores prevalecía la denominación de Monte Janículo para designar aquella extensa cordillera, región muy importante en los destinos de la historia de la Roma antigua.

Puente *Janiculense* fué llamado el que enlaza el Campo Marcio con esta región del Transtevere: Puente *Aurelio* se le dijo también, del nombre de Marco Aurelio Antonino Caracalla, que lo construyó, y Puente Sixto se le denomina en la actualidad, en memoria del Papa Sixto IV, que lo habilitó y reedificó à *fundamentis*, para utilidad del pueblo romano

y de la muchedumbre de fieles concurrente al jubileo en el año 1475, como se lee en una de las inscripciones latinas del parapeto. Sobre los arcos de este puente, modelo de solidez y de bien entendida arquitectura, corre el raudal de agua *Paula*, que alimenta la más sencilla y elegante, sin duda alguna, de las fontanas de Roma; la que hay en la inmediacion del puente mismo, dando frente á la espaciosa calle Julia, obra de Paulo V, bajo la direccion de Juan Fontana.

Pero no olvidemos, por el encanto que produce esta fuente con su gran taza en la parte superior, sus dos columnas jónicas y sus dos surtidores laterales que se cruzan como espadas, que nos hallamos á la opuesta orilla del puente Sixto.

## XII.

El Janículo tiene tambien su leyenda, como las siete clásicas colinas que al otro lado del rio se extienden. Antes de que el rey Anco Marcio uniera este monte á la Ciudad por medio del Puente Sublicio, y ántes de que el mismo rey construyera la fortaleza, que fué siempre considerada como primer punto estratégico y llave de Roma, hubo en aquella



altura bosques y altares, y pasaron por ella las divinidades de la fábula pelásgica y de la fábula sabina.

Enfrente al Capitolio, la fortaleza coronada por el Templo de Saturno, aparecía el Janículo, la fortaleza sabina habitada por Jano, la Atópolis, la soberbia rival de la naciente ciudad de Rómulo. Sobre su cumbre se alzaba el altar de Jano, rey de los aborígenes, deidad sabina, representada con una llave en la mano, *caelestis janitor aulae*, que dice Ovidio, como si la fábula, obedeciendo esta vez á misteriosos inexcruables designios, predijera sobre aquellas mismas alturas el triunfo inmortal del verdadero depositario de las llaves del cielo.....

Más adelante, en los tiempos históricos, al Janículo y á su defensa se refieren las intentadas invasiones de Porsena, el rey de los etruscos, y el heroísmo de Horacio Cocles, y la serenidad de Mucio Escévola, y la grandeza humilde de Cincinato.

La fortaleza ó ciudadela de Anco Marcio, formaba una especie de promontorio aislado, cortado á pico, casi inexpugnable: sobre una de sus torres se izaba la bandera roja, mientras duraban en el Campo Marcio los comicios por centurias, para que el pueblo supiese que la fuerza pública velaba por su seguri-

dad, y que no habia temor de enemigos extranjeros. Tambien en los pueblos modernos ondea la bandera nacional sobre los palacios en que deliberan las asambleas legislativas. ¿Qué hay en las modernas instituciones sociales que no tenga su original, ó su reminiscencia por lo ménos, en la vida romana?

### XIII.

Pero otra enseña más gloriosa que la bandera encarnada de los tiempos de la república, se levantó en aquella eminencia del Janículo en los tiempos de Neron. Sobre el montículo de las arenas amarillas (*Montorio*, monte de Oro), que quizá entónces se comprendia, como hemos ya dicho, en la denominacion general de Colina Vaticana, sufrió martirio de cruz el Príncipe de los Apóstoles. Roma debia tener su calvario: los judíos del Transtevere ofrecieron el dia 29 de Junio del año 66, un espectáculo parecido al que dieran treinta y tres años ántes los judíos de Jerusalem. Neron, desde las galerías marmóreas de su Casa Dorada, vió alzarse la cruz de San Pedro, pero no vió sus brazos ni su cabeza. El Apóstol, que no se juzgaba digno de igualarse en el último suplicio á su Maestro, pidió, y

obtuvo, ser crucificado con la cabeza en la tierra.

Para honrar aquel suelo, donde descansó la cruz, donde acaso tocó la cabeza de San Pedro, la piedad de nuestros Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel erigirá, por mano de Bramante, el más bello y puro monumento de clásica arquitectura que ofrece la Roma moderna. El admirable templete redondo de Bramante, que iguala, si no excede, en hermosura á los renombrados de Vesta y de la Sibila, ofrece esta sencilla inscripcion, que en todo viajero español despierta un vivo sentimiento de noble orgullo nacional:

D. PETRI APOSTOLORUM PRINCIPIS  
MARTIRYUM SACRUM  
FERDINANDUS REX HISPANIARUM  
ET ELISABETHA REGINA CATHOLICI  
POST ERECTAM AB EIS ADEM POSUERE.  
ANNO SALUTIS MDII.

El templo (*adem*) á que la inscripcion se refiere es el inmediato de San Pedro *in Montorio*, iglesia erigida por Fernando é Isabel para los franciscanos (recoletos), á quienes en 1442 se habia dado la guarda de aquel santo lugar y del antiguo oratorio que en el mismo existia. Los reyes de España, señaladamente Felipe II y Felipe III, han mostrado siempre su liberalidad hácia aquella linda iglesia de una

nave, en cuyo altar mayor estuvo el gran cuadro de la *Transfiguracion* de Rafael, y en cuya primera capilla son de admirar las pinturas de Fr. Sebastian del Piombo, hechas sobre dibujos de Miguel Angel, especialmente la *Flagelacion de Jesucristo*.

## XIV.

La Plaza de San Pedro *in Montorio*, donde pronto se levantará la hermosa columna providencialmente encontrada en la orilla opuesta del Tíber, para monumento perpétuo del Concilio Vaticano, ofrece un admirable punto de vista, quizá el más bello de que pueden gozar los ojos, el más interesante, sin duda, á que puede asomarse el alma. Á un lado el Capitolio, las ruinas del Foro, los arcos de la Via Sacra, el Coliseo; no léjos, el Palatino, la Casa de los Césares, las palmeras de San Buenaventura, y por encima las estatuas de la fachada de Letran; sobre el Celio, la mole redonda de San Estéban; sobre el Esquilino, Santa María la Mayor; más allá, el Quirinal, y la estatua de San Pedro sobre la columna Trajana; más allá, la verde vestidura de la Colina de los Jardines y el obelisco de la Trinidad *di Monti*; volviendo la mirada al Aventino, erizado tambien de torres y de cúpulas, se

puede seguir la dirección del Tíber, y acompañándolo en su salida perezosa de la Ciudad, contemplar el semicírculo de montañas en cuyo término está la cadena de los Apeninos. Más cerca se ve la alta galería del Palacio *Farnese*, la torre caprichosa de la *Sapienza*, el Panteon, y la estatua de San Pablo sobre la Columna de Marco Aurelio. Á este lado del Tíber, el Mausoleo de Adriano, el Monte Mario, con la *Villa* deliciosa cantada por Marcial, y la Basílica inmensa de San Pedro. Debajo, el Transtevere, la Iglesia de Santa María y la torre brillante de Santa Cecilia. Allá en los últimos confines, por la parte del Aventino, detras de la pirámide de Cestio, el monte Albano, con el monte Cavo á su derecha y con Frascati (*Tusculum*) á su izquierda.

Roma y sus contornos aparecen como un album inmenso, donde pueblos y siglos han ido escribiendo su nombre y dejando monumentos de sus glorias y de sus desventuras. El viaje rápido por Roma, que los ojos hacen desde el Montorio, es para el entendimiento y para la historia un viaje de muchas centurias, á través de la guerra y de la paz; un viaje que principia entre nieblas, allá en los altares mitológicos y en los bosques sagrados de las colinas, y acaba entre raudales de luz, aquí junto á la columna simbólica.

¡Qué grato es recorrer con la vista desde el inmenso balcon de San Pedro *in Montorio*, á la caida de una tarde de verano, á la hora en que las golondrinas revolotean al rededor de las torres, inquietas, pero vigilantes centinelas del nido de sus amores, recorrer el panorama de la Ciudad Eterna y de su campaña solitaria. Allí, mejor que en otra parte alguna, pueden leerse ó recordarse con fruicion los pensamientos de un peregrino, que de esta suerte razonaba, sentado al pié del santuario, en la cumbre de la colina:

«¡Bien estás como dormida al pié de las montañas, ciudad reina de las gentes!...

»¡Edificada sobre las alturas, hubiera parecido fortaleza la que habia de ser metrópoli del pacífico imperio de la caridad!

»Encerrada en el fondo estrecho de un valle, apareceria prisionera entre altivas torres la que tiene por horizonte moral los confines del universo.

»Á las muertas ciudades del panteismo índico bien están las llanuras inmensas; á ciudades en cuyo seno hierven los deleites del mundo son gratos los valles pintorescos, los anchos lagos y las verdes cordilleras.

»¡La orilla del mar! ¡Oh! ¡Qué triste desacuerdo entre el movimiento prosáico de los negocios mercantiles y la quietud austera,

solemne, de que Roma debe ser perenne asiento.

»Ni mar ni montes ni llanura en absoluto. Roma quiere la armónica combinacion de todo y de todos, majestuoso emblema de su destino sobrenatural.

»El género humano desciende de las tres grandes ramas que del primitivo tronco brotaron, y de la unidad primera se dividieron. El hombre de guerra se apropió las alturas; el agricultor prefirió el llano; el comerciante buscó las riberas. La ciudad destinada á ser cabeza espiritual de todas las generaciones, debia ofrecer en su conjunto los caractéres de todas; desde una vasta planicie se levanta, formando semicírculo de montes, cuyas extremidades llegan al Mediterráneo, que brilla en el lejano horizonte como la barrera metálica de un anfiteatro gigantesco: la extension del campo, interpuesto con la suave ondulacion de la superficie que riegan abundantes aguas, toma aspecto de desierto, sin ofrecer sus horrores..... Así Roma, por su propia posicion, asume el triple carácter de ciudad teológica, ciudad de las ruinas y ciudad de asilo.

»Dios le concedió la soberana magistratura de la religion, los siglos le otorgaron la gloria de los más famosos despojos, y á sí propia se dió Roma el privilegio de prestar amparo y

refugio á toda grandeza caida, á toda alma atribulada.

»A la ciudad teológica hace muy bien en derredor una ancha zona de silencio y de calma; al hervor de los tráficos mal pudiera acomodarse la ciudad de las ruinas: la ciudad de asilo ofrece á los ilustres desgraciados la plácida frescura de sus bosques seculares, la sombra amiga y restauradora de sus viejos monasterios.

»Roma es cementerio donde duerme una larga série de generaciones, cada una bajo una piedra más ó ménos mutilada: quien inclina su frente hasta el suelo para descifrar los epitafios, comprende bien lo que es la humanidad y lo que son los monumentos de los hombres.

»En cambio, esas Basílicas, esos conventos que se alzan en el área de la antigua Roma, casi deshabitada, y en torno á los cuales el reposo y la oracion han creado una atmósfera de inexplicable dulzura, son una especie de iniciacion para el sepulcro; esos conventos y esas iglesias traen á las almas contemplativas raudales de consuelo; desde sus viejos muros se descubren mágicas perspectivas: el Tíber, que se arrastra perezoso como una serpiente; la cinta azul del mar; la verde llanura del Lacio. Para nosotros, hombres del Occidente,



no hay suelo tan sagrado como éste; ninguno á lo ménos nos habla un lenguaje tan expresivo y penetrante; aquí se resume todo nuestro pasado; el tiempo parece que ha suspendido su curso sobre esta tierra, tocada de inmovilidad.»

Dulce y grata es la lectura de estas páginas; pero la luz del día se acaba, y la colina del Janículo ofrece aún preciosos monumentos que reclaman la visita del peregrino.

## XV.

Subiendo un poco más por la pendiente en que nos hallamos, en direccion al lugar de donde proviene ruido como de torrentes, se llega á la gran *Fontana* del agua que se llamó de Trajano, y ahora se dice *Paola*, del nombre de Paulo V, que trajo el agua y construyó la fuente, con su magnífica fachada de piedra, formada de seis columnas jónicas (cuatro de granito encarnado) sobre altas bases, que sostienen un fronton y un ático con las armas del Papa y la inscripcion latina correspondiente. En los cinco intercolumnios ábrense á manera de ventanas, las tres de enmedio mucho más grandes que las otras, que dan salida á raudales de agua que con ímpetu fragoroso,

cual montañas de espuma, se precipitan en la ancha cuenca de mármol. Ni los tiempos antiguos ni los modernos habian ideado más grandiosa fábrica para análogo fin, ni en ciudad alguna puede hacer su entrada con más estrépito, y ser recibida con más honores, el agua de las montañas.

## XVI.

Más arriba aún de la fontana del agua *Paula*, cuyo limpio caudal alimenta la de Santa María *in Transtevere* y la del Puente Sixto, y sobre todo, las de la Plaza de San Pedro, junto á la antigua Puerta *Faniculensis*, ahora de San Pancracio, ábrese, sobre los que fueron Jardines de Galba, dominando el ancho y magnífico panorama de Roma y sus contornos, la *villa Pamphili*, delicioso vergel erizado de lagos, cubierto de espesos bosques, rico de flores y de fuentes, y coronado de altos pinos, que forman como un inmenso parasol. Por las sombrías entrañas de aquel paseo delicioso, que ha merecido el nombre de *Belvespiro*, por debajo de los cimientos de aquel palacio, que fué un tiempo maravilla de las artes, se extienden los frios corredores del cementerio de San Calepodio, cuya principal entrada guarda la antiquísima Iglesia de San Pancracio.

## XVII.

¡Cuántos recuerdos van unidos á la Basílica de la Via Aurelia, hoy modesta iglesia de padres carmelitas, cuya primitiva fundacion se remonta á la época de las persecuciones! Aquel templo que se levanta solitario sobre triplicadas galerías de sepulturas, fué quizá en un principio pobre oratorio de las insignes Catacumbas, santificadas con la sangre de los Papas Calixto y Julio, y de otros ilustres mártires sacrificados en los dias de Alejandro Severo: con el título de San Pancracio no aparece la iglesia hasta el año 500, siendo Pontífice Simaco; pero tambien es cierto que desde esa remota fecha, apénas se pierde la memoria del devoto santuario Janiculense, donde San Gregorio Magno pronunció una de sus homilías (la 27), y donde los Papas y cardenales titulares emplearon siempre su munificencia, como en uno de los más venerables monumentos de la Roma cristiana.

Dicha nuestra es que lleve nombre español el purpurado que á principios del siglo xvii restauró casi de cimientos la Iglesia de San Pancracio, quedando en ella para perpétua memoria, la memoria del cardenal Luis de

Torres, arzobispo de Montereale, digno sobrino de otro Luis de Torres, español, arzobispo tambien de Montereale, en Sicilia, embajador de San Pío V á España, y luégo de Felipe II á Venecia para preparar la Liga que dió por resultado la memorable batalla de Lepanto.

En los siglos medios era la Iglesia de San Pancracio tan insigne por las reliquias que contenia, que sobre ellas hízose costumbre de proferir y prestar los juramentos. Allí lo prestó, en efecto, el rey D. Pedro de Aragon, el dia 11 de Noviembre de 1205, en el acto de ser sòlemnemente coronado por el Pontífice Inocencio III, que en tan alta ocasion le otorgó el título de Católico, nunca desmentido ni olvidado por los monarcas de España.

## XVIII.

Nos queda todavía un monumento muy notable en la pendiente del Janículo, áun sin hacer especial mencion del Palacio Corsini que encierra una excelente galería de cuadros y una gran biblioteca, ni de la *Farnesina*, donde el genio de Rafael legó á las generaciones el *Triunfo de Galatea*: nos quedan por visitar la Iglesia y el monasterio de San Onofre, á los cuales va unida la dulce memoria del más

dulce de los poetas italianos, del que llama Lamartine trovador inmortal de la caballería, de la religion y del amor.

## XIX.

La vida de Torcuato Tasso, el inspirado cantor de la *Jerusalem*, es una historia de lágrimas y dolores, que se parece mucho á la de aquel otro insigne escritor español, cuyo ingenio admira el mundo. Torcuato Tasso nació en Sorrento, vivió en Ferrara y murió en Roma; es decir, nació en un jardín, vivió en una córte y murió en un monasterio. No hay halago que no experimentara ni desdicha que no sufriera: aturdióle un momento el ruido de los aplausos, y luégo le espantó la celda de un hospital. Sueños de amor llevaronle á desvaríos de loco, que por tal lo declararon los que imaginaban que sólo perdido el juicio pudiera un poeta levantar sus ojos hasta los ojos de una dama principal: los grandes le llamaban su amigo, y hubo algun dia en que pidió limosna. Cuando sus contemporáneos volvieron en sí, y acordaron coronar á Tasso en el Capitolio..... era ya tarde!

Torcuato Tasso, á quien las desventuras en Ferrara habian destrozado el corazon, buscó

puerto y refugio en la contemplacion de lo infinito y en la esperanza de una recompensa inmortal. Más feliz que Ovidio, el poeta del siglo xvi salió de su *Ponto* de siete años, donde tambien habia escrito sus *Tristes*, para dirigirse en peregrinacion á Loreto, y luego al santuario de Asís, y más tarde á Montecassino, al monasterio de San Benito.

Pero oigamos la leyenda de Dandolo, que es interesante.

«Era una tarde de otoño del año 1594.

»..... Un peregrino subia pausadamente por el sendero tortuoso que conduce á la cumbre del Montecassino, y al pasar por delante de las cruces y de las ermitas del camino se inclinaba con respeto, descubriendo su cabeza mal poblada de cabellos casi blancos. Era un hombre de largas y pálidas facciones, de ojos vivos y hundidos, de frente ancha y despejada, de cuerpo decaído y piernas débiles: llevaba un libro debajo del brazo izquierdo y un baston en la mano derecha.

»Con visible cansancio llegó á la cumbre del Montecassino, que se levanta árida y azulada en el centro de la *Campania* feliz: entró en el claustro del monasterio casi arruinado por los siglos y por las guerras, y permaneció largo rato de rodillas ante la urna de San Benito y de Santa Escolástica. Despues de orar

llamó á la puerta pidiendo á los religiosos hospitalidad, que con caritativa ternura se apresuraron éstos á concederle, esmerándose en prodigar al triste desconocido las atenciones de la solicitud más amorosa.

»Sentóse á la pobre mesa de los Benedictinos, con más paz y más ventura que en otros tiempos á la mesa de los príncipes; y terminada la cena, dos padres, uno viejo y otro jóven, le invitaron á pasar á la terraza, donde, merced á la claridad de la luna, podrian gozar del magnífico panorama que aquella altura domina.

»Aquél es, dijo el monje anciano, Pontecorvo, por donde á la caída de la tarde envía el sol sus últimos resplandores; allí cerca está Venafro con sus hermosos olivares, cantados por Horacio; más allá Aquino, la patria del doctor angélico, y enfrente Arpino, que fué cuna de Marco Tulio. Por todas partes nos rodean grandes recuerdos; este edificio en que estamos se apoya sobre las ruinas de un templo de Apolo, que hicieron famoso las extravagancias de Marco Antonio. El cristianismo ha purificado estas piedras profanas; entre ellas ha edificado San Benito las celdas que veis ahí bajo, al pié de los cipreses. El mundo entero, hijo mio, no es más que una ruina, que convida al cristiano á meditar sobre lo frágil

y fugitivo de su vida presente, y sobre la inmortalidad que allá arriba le está reservada. ¡Cuántas generaciones nos han precedido sobre esta colina! ¡Cuántos peregrinos y caballeros y prelados y monarcas y papas han venido aquí desde los días de nuestro Patriarca hasta hoy, á orar, á gemir, á respirar el aire místico de la soledad! Ignoro, hijo mio, tu nombre; pero si eres uno de aquellos á quienes el Señor se digna de visitar con tribulaciones, fácilmente comprenderás que este yermo ha debido de ser en todo tiempo refugio privilegiado de las almas doloridas: el espíritu de Dios aletea aquí á manera de invisible paloma, que descubre y penetra los pensamientos, y recoge los suspiros y los cánticos. Dolor y religion buscan la altura; el espíritu aspira siempre á subir; su patria es el cielo.

»Mientras el monje habla este lenguaje consolador, el peregrino apenas podia reprimir la emocion de su alma; cuando el monje hubo terminado, el peregrino dejó correr libremente sus lágrimas; los dos religiosos le miraban enternecidos y confusos.—¿Quién sabe? dijo el jóven al anciano; quizá es un santo.

»—¡Ay de mí! repuso una voz melancólica; no soy más que un poeta; mi solo nombre es mi primer poema de desventuras y de dolor.

»—¿Tanto habeis sufrido? preguntó con vi-



vo anhelo el benedictino de la barba blanca.

»—Mucho, padre: fuí altivo y me humillaron; soñé en la amistad y me vendieron; amé en silencio largos años y me hice egoísta; un día declaré mi amor y me encerraron por loco. Los príncipes me querían á su lado; los grandes se inclinaban ante mí; las reinas de la hermosura me reservaron mil veces aquellas sonrisas fugitivas, que son para el alma del amante rayos de luz de un día sin nieve y sin tinieblas. ¡Pobre víctima de amor! ¡Cuántas amarguras me estaban reservadas, cuántos dolores habia escritos en la página postrera de mi destino! Yo busqué el aplauso de la multitud, no porque su ruido se embotara en mi corazón, sino porque, repercutiendo en él, fuera á llevar á otro pecho el aura de mis suspiros. Yo me levanté sobre los pedestales de la fortuna y de la gloria, para estar ménos léjos del tipo soberano que adoraba. A solas con mi pensamiento, paseábame yo por un mundo de esperanzas y quimeras, como un emperador por sus alcázares de oro. Habia luz para mis ojos en la mirada de otros ojos más limpios y serenos que ese disco refulgente que flota en la region de las estrellas: mi sér vivia engarzado en otro sér; mi alma estaba fundida en otra alma, y pasaron años y nunca dejaba escapar su secreto por temor de que el viento

envidioso se llevase el aroma entre sus alas, ó por celos de que aprendiesen su cántica de amor las avecillas del campo.

»Ni ¿á qué revelarlo? ¿Por ventura, aquella alma, hermana de la mia, ignoraba el misterio de mis versos y de mi tristeza y de mis lágrimas?

»Y sin embargo, un dia claro y hermoso como los dias azules que solamente sabe dibujar nuestro sol de Italia, en mi corazon rebramó la tempestad y se ofuscó la luz de mi inteligencia, y murmuré ó escribí una declaracion de amor, que fué mi propia sentencia.

»—Bajaste, hijo mio, interrumpió el padre, de las regiones de tu fantasía á las esferas de una realidad oscura y menguada; cortaste las alas al ángel de tus ensueños; que buscar paz y ventura en los amores de la tierra, es pedir flores al desierto, ó querer caminar á pié enjuto sobre la superficie de los mares. La imaginacion de los poetas, vagarosa y falaz, retribuye en luengos años de amargura sus breves horas de alegría. Ilusiones, esperanzas, triunfos, ¿qué son? Si fuera posible abrir alguna de las tumbas que en este monasterio guardan los restos mortales de poderosos del siglo, como Pedro Médicis ó el Príncipe de Mignano, quizá un soplo de nuestros labios, la ténue respiracion de nuestra boca, bastaria para ahu-

yentar las cenizas y borrar los últimos contornos de aquellas figuras humanas, un tiempo resplandecientes y vigorosas. Los palacios ideales que fabrica la vanidad de los hombres, ¿qué han de ser sino polvo más menudo aún y más volátil que la ceniza de las tumbas? Quisiste amar en silencio, y como era amor de la tierra el tuyo, el corazón, que es tierra, habló por fin, y al contacto de la palabra, la imagen de tus encantos desapareció.

»—Os expresais, padre, como un adivino ó como un poeta.

»—Me expreso como un hombre que lleva también consigo las ruinas de esos palacios, levantados en mal hora por la fantasía.

»—Pasé meses y años, continuó el peregrino, en triste cautiverio. Padre, la soledad de un loco, que sólo es loco de amor, pareceme tormento con el cual no se pueden comparar ni aún los que Virgilio mostró dos siglos hace á mi gran maestro florentino, el amante de Beatriz. Nunca he estado ménos solo que en aquellos largos días de soledad. El rayo de sol, que descendía por la reja de mi calabozo, dibujaba en el lóbrego espacio un camino de luz, donde millares y millares de figuras sutiles, vagas, incorpóreas formaban como escolta de honor en torno al alma purísima de mis amores; vision flotante y celestial, cuya sonrisa

inundaba de júbilo mi pecho, cuyo enojo encendía en mi corazón todo el fuego de aquella montaña, en cuyas faldas nací, y entre cuya lava ardiente se pasaron los juegos de mi infancia. Si el cansancio del espíritu y la lucha de los pensamientos por ventura me rendían, ¡cuántas veces en las horas tranquilas de la noche, mi visión adorada, envuelta en vestiduras de plata, que para ella entretejían los rayos de la luna, venía silenciosa por no despertarme, y se alejaba rápida después de acariciar mi frente abatida ó de rozar con sus alas mis labios contraídos por el dolor! ¡Cuántas veces me desperté sintiendo en todo mi ser la emoción del ósculo invisible y misterioso que imprimía en mi alma, no el amor fugitivo, material y *tutto tremante* del seductor de *Francesca*, sino el amor inmenso, inextinguible y casi omnipotente de los espíritus puros!

»Los ojos del peregrino brillaban con extraño resplandor al evocar estos recuerdos: los dos monjes se cruzaron una mirada llena de inteligencia y de caridad, que decía en buen italiano *non è guarito*, y en nuestro idioma *no está curado*.

»—¿Por qué se acabaron los días de mi prisión? Allí á lo ménos saboreaba yo despierto la amargura de mis males, y me mecía dormido en lecho de flores, que para mí forma-

ban las manos de las hadas en la region de las sombras.

»¿Qué importa la libertad del mundo y de los hombres á quien vive aprisionado entre las cadenas de su pensamiento y tiene por mazmorra la cavidad oscura de su propio corazon?

»¡Salí del cautiverio de un tirano y dí en el cautiverio de la envidia y de la calumnia, de la pobreza y del hambre! No sé si canté ó si lloré mi libertad; sólo recuerdo que los primeros acentos de mi lira fueron para el soberano mismo que me aherrojó; venguéme proclamando mi corazon más poderoso que su furia, y mi amor, más noble y más altivo y más soberano, en fin, que su corona ducal. Oid lo que le dije:

*Tôr mi potevi, alto Sinnor, la vita,  
Che de' Monarchi e dritto;  
Ma tôrmi quel che la Bontà infinita  
Senno mi diè, perche d'amore ho scritto,  
D'amore a cui natura e il ciel ne invita  
È delitto maggior d'ogni delitto:  
Perdon chiedei; tu mel negasti: addio;  
Mi pento oguor dil pentimento mio.*

»A medida que el huésped pronunciaba los magníficos versos de la estrofa, el monje anciano parecia abismarse más y más en el fondo de una idea que dominaba su mente; empezaba á admirar al hombre que habia com-  
padecido.

»—Por Dios, dijo el benedictino, que fué noble vuestra venganza: los versos que acabais de recitar vivirán más, seguramente, que la memoria de vuestro opresor quien quiera que fuese.

»—Parecíame, dijo el otro monje, oír el eco de una musa, hermana de aquella otra que en nuestros propios dias ha cantado:

*Giacce l'alta Cartago; appena i segni  
Dell'alte sue rovine il lido serba.  
Muojono le città, muojono i regni.  
Copre i fasti e le pompe arena ed erba.*

»¿Conoceis, por ventura, al autor de la *Jerusalem*?

»—Bien haya la caridad, que no sabe en quien se emplea, respondió el desconocido.

»Y el monje anciano, como quien da con la anhelada solución de un problema, asiendo la mano casi yerta del trovador, se apresuró á decir:

»—¿Será posible? Nacido á las faldas de un volcan, criado entre príncipes, celebrado por las damas, perseguido y preso, y pagando en poemas los agravios; loado sea Dios, que se digna enviarnos á estas soledades del Apenino, al mayor poeta de la presente edad. Bien venido, Torcuato Tasso.

»—¿Tú Torcuato? exclamó el jóven, ¿tú, el que yo me figuraba tan amado, tan enaltecido

y tan feliz? ¡Oh! Si la desventura te persigue, quédate con nosotros; las celdas de Montecassino, donde vivió Benedicto y donde murió Hildebrando, están muy acostumbradas á cobijar augustos infortunios y á recoger ilustres desgraciados; quédate con nosotros en este que fué asilo de la ciencia y es hoy morada de la paz. En nuestra Basílica sombría y silenciosa hallará tu alma consuelos que no le prestaron las vaporosas visiones de la cárcel de Santa Ana, y tu corazón latirá al eco de armonías más dulces que tus versos, con ser tus versos los más dulces que humana lengua puede modular. Si amas las ruinas, aquí las tienes palpitantes aún, á pesar de los siglos: por aquí ha pasado el culto de los paganos y el poderío del pueblo-rey: esas grutas y esas paredes saben historias que los libros no contienen; han visto hazañas y han conocido héroes que los poetas acaso no han cantado. Si quieres libros y antiguos pergaminos, ejecutoria ilustre de la sabiduría benedictina en los días de la ignorancia general, nuestra biblioteca y nuestro archivo te abrirán sus tesoros y te recibirán con amor, y te enseñarán tal vez muchas cosas que no sabes, con saber tantas: tú, que entiendes de sombras y que penetras el lenguaje de los seres invisibles, podrás conservar aquí con el genio de tu maestro, el florentino

Dante Alighieri, que en estas cumbres recogió la tradición del hermano Alberico, que embellece las regiones de su Paraíso. Si amas la naturaleza y sus encantos, aquí los bosques te brindarán con apacible sombra, y con cantos siempre nuevos los ruisseños de la enramada: verás mansos arroyos, que corren tranquilos y sonoros como los versos de tu *Aminta*, y torrentes y cascadas, que te recuerden el ímpetu clamoroso de las huestes de tu Godofredo. Flores que no riega la mano de los hombres, pero que esmalta cada mañana el rocío de la aurora, te ofrecerán más dulce tributo que aquellos príncipes que te afligieron, después de hacer de tu genio el más rico brillante de su corona. ¡Oh! Quédate con nosotros, repetían casi á una voz los dos religiosos, acariciando á su huésped.

»—Padres, respondió Torcuato, parece que la fortuna quiere ya darme descanso. Voy á Roma á ser coronado en el Capitolio, llevando por compañeras pobreza y enfermedad. ¡Cuán to he sufrido! Mi alma está anegada en tristeza; sólo en la Iglesia he hallado siempre puerto y refugio: funestos me fueron los espléndidos umbrales de los palacios; suavemente hospitalarias las puertas de los conventos. ¡Iglesia santa, tú eres mi verdadera madre! ¡Monjes generosos, vosotros sois mis hermanos!....



»Y al proferir estas palabras, Torcuato estuvo á punto de desmayarse; los dos benedictinos se apresuraron á sostenerlo en sus brazos. La luna, en aquel instante, condensando con amor todos sus rayos, alumbró de lleno un cuadro digno de Rafael y de Van Dik.

»¡Hermosa imágen, la frente del genio inclinada en el pecho de la religion!....

»Tres dias pasó el gran poeta en la celda amiga de Montecassino, al cabo de los cuales hubo de emprender su viaje á Roma: atravesó los profundos y amenos valles de Ceprano y Valmontone; franqueó las puertas de Treventino, la de las murallas Cicolópeas, y de Frosinone, la de las pintorescas doncellas del cántaro en la cabeza, que dieron á Poussin el tipo de su Rebeca; saludó desde los montes Sabinos la cúpula de Miguel Angel, que se destaca en el horizonte.....; era la séptima vez que Tasso entraba en la ciudad de sus dolores. ¿Se había mudado la fortuna, ó maquinaba el último y más formidable de sus desengaños?

»El poeta fué acogido en Roma con vivas muestras de consideracion y de alegría; el Papa Clemente VIII le dijo: «Te he destinado la corona de laurel para que en tí se vea honrada la que sirvió para honrar á otros.» Los cardenales Aldobrandini, sobrinos del Pontífice, no perdonaron medio de mostrar á Tasso

la sinceridad de su afecto; nobles y plebeyos sabian que estaba definitivamente fijada para la inmediata primavera la solemne coronacion del autor de la *Jerusalem* en las alturas del Capitolio, donde habian triunfado los héroes de la antigüedad, donde habia recibido Petrarca la corona de laurel.

»El poeta, sin embargo, llevaba sus pensamientos más allá de la pompa mundana, que le sonreia, y más arriba del Capitolio, que le aguardaba. Flaco de fuerzas, destrozado y marchito el corazon, con aquella claridad que ilumina las almas superiores, y que hace *vates* de los poetas verdaderos, sintió aproximarse su fin, como una sombra que avanza á la caida de la tarde, y pidió ser llevado al Janículo á respirar el aire puro de la colina y de la santidad. «Vengo, padres, á morir en medio de vosotros,» dijo al entrar en el claustro del monastario de San Onofre, y aquellos buenos Jerónimos habilitaron la mejor de sus celdas para colocar y servir al poeta enfermo, cuya triste peregrinacion tocaba ya á su fin. En aquella celda, que hoy guarda vivas las memorias de tan insigne y desventurado huésped, pasó Tasso los últimos veinte dias de su vida: allí escribió con temblorosa mano una carta dirigida á su íntimo amigo Antonio Constantini, y que puede considerarse como el último

suspiro enviado al mundo por el poeta, ante cuyos ojos se abren las puertas de la eternidad.

»—¿Qué dirá mi señor Antonio, cuando sepa la muerte de su Tasso? Y por mi cuenta no ha de tardar mucho la noticia; que me siento ya en las postrimerías de la vida, sin remedio humano para esta enfermedad de ahora que, unida á las antiguas mias, me arrastra como un torrente impetuoso. No es ya tiempo de que yo hable de mi obstinada fortuna, por no decir de la ingratitud del mundo, la cual, por último, logró su empeño de verme bajar mendigo á la sepultura, cuando yo pensaba que la gloria, que á despecho de quien no lo quisiere reportará este siglo de mis escritos, valiera á lo ménos para no dejarme absolutamente sin galardón. He pedido que me traigan á este monasterio de San Onofre, no sólo porque los médicos recomiendan su aire, como preferible al de todo otro punto de Roma, sino por comenzar desde este lugar eminente, y acompañado de estos devotos padres, mi conversacion con el cielo. Pedid mucho á Dios por mí, y estad seguro de que, como siempre os amé y honré en la presente vida, así haré por vos en la otra, que es más cierta, todo lo que á la verdadera caridad corresponde. Y es de esperar de la gracia divina, á la cual os encomiendo y me encomiendo.»

¿No es verdad que esta carta parece dictada por el mismo espíritu que dictó aquella otra de Cervántes al Conde de Lémos, al dirigirle su *Persiles*? «Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan, etc...»

¿No es verdad que hay en la historia y en el desenvolvimiento de los grandes caracteres y de los grandes sucesos sinonimias admirables, armonías, cuyo sentido no está al alcance de los hombres? Tasso gemia cautivo en una cárcel de Italia, y Cervántes desde Argel á Valladolid, y á Madrid y á Argamasilla, tan sólo cambiaba de carceleros. Á Cervántes rescataron de las bárbaras cadenas berberiscas los Trinitarios de España; á Tasso dieron pan y abrigo los Benedictinos de Italia; la mano piadosa de unas monjas de Madrid recogió los despojos mortales del escritor alegre, regocijo de las Musas: la mano piadosa de los Jerónimos de Roma enjugó el sudor de la muerte, y dió humilde sepultura al trovador de los cruzados, que por su fe y su entusiasmo, puede bien llamarse el cruzado de los trovadores.

Á la tumba de Tasso hacen todavía guardia de honor los eremitas de San Onofre; ¿qué habrá sido, ó que será en estos momentos de las pobres guardadoras de la tumba de Cervántes? Si ni el depósito de aquellas cenizas basta para

salvar del impío y salvaje furor de los invasores de España á las Trinitarias de Madrid, la voz del honor y de la justicia les grita, desde esta altura, donde el genio triunfa de los siglos y de los hombres: ¡Atras, insensatos! los que osais maltratar á las infelices bienhechoras de Cervántes muerto, sois cien veces más miserables que los que maltrataron á Cervántes vivo.

Torcuato Tasso murió el 25 de Abril de 1595. Con muy corta diferencia de años gemian á la vez en hospitales ó en cárceles de Portugal, Italia, Inglaterra y España, Camoens, Tasso, Shakespeare y Cervántes. La posteridad les ha puesto coronas de laurel sobre las coronas de espinas que les ciñeron los contemporáneos.

Tasso fué enterrado en la Iglesia de San Onofre: por mucho tiempo no hubo otro monumento sobre la sepultura del gran poeta, que una modesta losa del suelo, en que se leía:

D. O. M.  
 TORQUATI TASSI  
 OSSA  
 HIC JACENT...  
 HOC NE NESCIUS  
 ESSES HOSPES  
 PRES HUIUS ECC.  
 P. P.  
 M. D. C. I.  
 OBIT ANNO M.DXCV.;

que traducida al castellano pudiera decir:

AQUÍ YACEN  
LOS HUESOS DE TORCUATO TASSO.

PARA QUE NO LO IGNORES,  
¡OH VIAJERO!

Y SEPAS QUÉ TIERRA PISAS,  
LOS FRAILES DE ESTA IGLESIA  
PUSIERON ESTA LÁPIDA.

El cardenal Bevilacqua erigió en honor de Tasso el monumento que se ve en la misma Iglesia de San Onofre á la izquierda de la puerta; y como nada de cuanto se refiera á la justa fama del autor de la *Jerusalem* puede ser indiferente para quienes hacen profesion de amor á las letras clásicas, aunque el monumento y la inscripcion del cardenal Bevilacqua alcanzaran escasa fortuna, y el polvo de los tiempos y el del olvido vayan acumulándose sobre una y otra, por gratitud al bienhechor de la memoria de Tasso reproducimos los renglones grabados en la lápida:

TORQUATI-TASSI-POETÆ  
HEU-QUANTUM-IN-HOC-UNO-NOMINE  
CELEBRITATIS AC LAUDUM.  
OSSA  
HUC TRANSTULIT, HIC CONDIDIT  
BONIF-CARD. BEVILAQUA  
NE-QUI-VOLITAT-VIRUS-PER ORA VIRUM  
EJUS RELIQUA PARUM SPLENDIDO LOCO  
COLERENTUR, QUÆRERENTUR  
ADMONUIT VIRTUTIS AMOR, ADMONUIT  
ADVERSUS PATRIÆ ALUMNUM ADVERSUS

PARENTUM AMICUM PIETAS.

VIX. ANN LI. NAT. MAGNO FLORENTISS.

SEC. BONO. AN. M.DXLIV.

Afortunadamente, en este siglo, en el pontificado actual se ha rendido homenaje muy digno á la memoria del gran ingenio, llevando á feliz término la construcción de un monumento sepulcral, donde con gran solemnidad fueron colocados los restos mortales de Tasso, el día 25 de Abril de 1857; es decir, á los 262 años de su muerte, y en la iglesia misma donde resonaron las primeras preces por el descanso eterno de su alma.

El moderno sepulcro de Tasso ocupa la primera capilla á la izquierda de la única nave de la iglesia: es un hermoso sarcófago de mármol blanco, limpio y trasparente, adornado de bajo-relieves muy estimables, y sobre el cual se ve la estatua del poeta, que ofrece sus obras poéticas á la Reina de los cielos, tierno y constante objeto de su acendrada devoción, como lo acreditan aquellos hermosos versos que le inspiró el santuario de Loreto:

*Oh Vergine del ciel, Vergine e Madre!  
Col mio pianto mi purga,  
Si ch'io per te risurga  
Dal fondo di mie colpe oscure ed adre;  
E saglia ove tua gloria alfin rimiri  
D'esto limo terreno  
Su nel sereno dei lucenti giri!.....*

En el jardín del monasterio se conservaba no há mucho el tronco, medio calcinado por un rayo, de la encina á cuya sombra leia Tasso en el libro enlutado de su pensamiento y en el inmenso libro de piedra y de ruinas, de luz y de sombras, que desde aquella altura ofrece la Ciudad Eterna. En la celda del poeta se conservan algunos de los pobres objetos que fueron testigos de su agonía y de su cristiana muerte: allí están el crucifijo que estrechó entre sus manos, una carta autógrafa, un tintero de tosca madera, y la máscara mortuoria, de donde se han sacado despues los bustos y retratos. La celda de Tasso tiene algo de imponente y de simpático, que subyuga y embelesa al viajero: el genio atrae; el infortunio interesa: cuando el infortunio y el genio se confunden en íntimo abrazo, su recuerdo tiene asegurado para siempre el culto de todos los hombres de corazon. Por la celda del Tasso han pasado y pasan, dos siglos hace, con la cabeza descubierta, casi todos los pensadores insignes de Europa. Allí queria acabar sus días Chateaubriand; allí espíritus heridos por la duda ó amenazados de escepticismo han visto clara la estrecha alianza y la feliz armonía del talento con la virtud, del mucho saber con el mucho creer, de la vida, en fin, del verdadero sabio con la muerte del cristiano verdadero.



Los Jerónimos de San Onofre, cariñosos ahora para la memoria de Tasso como lo fueron ántes para el poeta moribundo, conservan con reverencia y muestran con agrado aquella celda y aquellos muebles que, en un museo general abigarrado y prosáico, tal vez pasarían inadvertidos, ó fueran simple objeto de trivial curiosidad junto al puñal de un rebelde ó al autógrafo cifrado de un conspirador de fortuna.

La vida de Tasso fué un inmenso camino de dolores entre dos verdaderos paraísos, entre la cuna de Sorrento y la tumba del Janículo. Si Sorrento es un jardín encantado al pié de un volcán, el Janículo es una colina pintoresca, desde cuya cumbre parece que el espíritu abarca los confines del tiempo y del espacio.

## XX.

En la galería del monasterio de San Onofre, que llámase ya corredor del Tasso, hay un preciosísimo cuadro al fresco que ocupa señalada página en la historia de la pintura italiana: es la *Madonna* de Leonardo Vinci, pintada, á juicio de los críticos más respetables, por el año de 1504, durante una cortísima permanencia del autor en Roma, donde en vano se-

ría buscar otra igual muestra de aquel pincel y de aquella manera que tanto influjo alcanzaron sobre los grandes maestros y las grandes obras del siglo xvi.

La *Madonna* de San Onofre resalta sobre un fondo de oro que imita el mosaico: la Virgen está sentada con el Niño, á quien pone una flor, que un devoto arrodillado le ha ofrecido. El Niño acerca una mano á la flor, y alza la otra como en actitud de bendecir al devoto. El cuadro no puede ser más sencillo ni más interesante: el dibujo, la composición, la dulce armonía de aquellas tres figuras, producen un encanto singular y revelan todo el mérito del inmortal pintor de *La Cena*.

## XXI.

No es el cuadro de Leonardo Vinci el único objeto digno de admiración en San Onofre: el ábside de la iglesia, pintado al fresco por Pinturicchio y Perucci á fines del siglo xv, ofrece interesantísima enseñanza para el estudio del arte en la época del Renacimiento. *La Adoracion de los Magos*, la *Virgen entre varios santos*, y la *Huida á Egipto*, de Perucci, como la *Coronacion de María por su divino Hijo* y los *Apóstoles*, obra de Pinturicchio, son cuadros

que llenan toda la tribuna, son obras que, si por los estragos del tiempo no pueden ya acreditar los primores del colorido, presentan indudable testimonio de las bellezas del dibujo y del acierto en la composición.

La *Virgen de Loreto*, por Annibal Caracci, que está sobre el altar de la capilla Madrucci, sería acaso uno de los más insignes cuadros del pintor boloñés, si reiteradas é infelices restauraciones no lo hubieran traído al deplorable estado en que se halla. Las pinturas al fresco de Ricci, que adornan esta capilla, y que representan la historia de la Virgen, son muy estimadas de los inteligentes, como imitación de la escuela de Rafael en una época en que el mal gusto prevalecía y eran mucho más frecuentes las parodias que las imitaciones.

La Iglesia de San Onofre está llena de lápidas y monumentos sepulcrales que contienen nombres distinguidos en los anales de la santidad y de las letras: entre ellos hay no pocos que se refieren á españoles. ¿En qué iglesia de Roma no se encuentra algun nombre español?

Al siglo xv corresponden, en San Onofre, los humildes epitafios de Juan Jerez, sevillano, dependiente de la Cancillería apostólica, y de Luis de Orozco, cordobés, canónigo de Sigüenza. Allí yacen María de Baena, doncella cordobesa, que murió en opinion de santidad

el año del jubileo 1500; el famoso valenciano Pedro Pintor, médico celeberrimo del Papa español Alejandro VI, y Francisco Cabañas, protonotario apostólico y camarero secreto del mismo Papa, gran bienhechor de la iglesia donde reposan sus cenizas.

Cerca de estos humildes monumentos, que el viajero español lee y repasa con ávido interés, álzanse otros en que las artes han desplegado sus primores y aún su magnificencia; tales son los del cardenal Madruzzi, titular de San Onofre; el del cardenal Fresza, que murió en 1537, y el del poeta lírico Alejandro Guidi, que quiso dormir el sueño de la eternidad junto á la tumba de Torcuato Tasso.

Otra sepultura memorable contiene todavía la Iglesia de San Onofre: la del cardenal Mezzofanti, el polígloto que ha sido asombro de su generacion, y cuya fama pasará á las venideras como la de un portento inverosímil, como un mito quizá: *Innocentia, morum et pietate memorandus*, dice su epitafio; *Itemque omnium doctrinarum ac veterum novorumque idiomatum scientia plane singularis et fama cultiori orbi Notissimus. Bononiæ natus. an. MDCCLXXIV. Romæ decessit an. MDCCCXLVIII.*

Las manos de la piedad y de la munificencia, que levantaron sarcófagos para Tasso y para Guidi, no tardarán en levantarlo para el

modesto cardenal, portento de su siglo, á quien una voz paternal y augusta solia llamar *el Pentecostés viviente*.

Cuando despues de recorrer las memorias y las lápidas del templo de San Onofre, y de visitar la celda de Tasso, y de dirigir una mirada por aquellos claustros donde la paz tiene su asiento, el espíritu se vuelve hácia las regiones de la historia y de la filosofía, luégo al punto se siente dominado por un gran recuerdo y por una gran verdad, que en vano intenta oscurecer la insensata gritería de nuestros tiempos. Humildes frailes guardan las alturas del Capitolio, y monjes austeros las ruinas de las Termas de Diocleciano. Dominicos y agustinos ofrecen con amor los tesoros de sus bibliotecas, y los jesuitas sus libros y sus cátedras y su gran museo de Kircher; pobres franciscanos oran sin cesar sobre el calvario de Jerusalem y sobre el calvario de Roma. ¿Qué misteriosa mision está reservada en el mundo á las órdenes regulares, que no sólo salvan las creencias y las letras en los siglos medios, sino que se constituyen en sus guardadoras más fieles en los días de la indiferencia, de la incredulidad y de la persecucion?

Los revolucionarios de todas las naciones declaran guerra á muerte á los monjes y á los frailes; y los monjes y los frailes, abatidos y

pobres, que no asustados, se retiran á cuidar de las bibliotecas y de los monumentos que perdonó ó que á su paso no pudo destruir la iracundia feroz de las ambiciones y de los partidos. Un soldado con k epis y bayoneta enseña en Nápoles la cartuja de San Martin. A nombre de la democracia y de la libertad de cultos y de los derechos del hombre, se amontonan en Madrid, para honrarlos demagógicamente, los venerables huesos de los adalides de la monarquía y de la unidad católica.  Est n en su juicio los hombres del siglo xix?

LOS SEPULCROS

DE

LA ROMA PAGANA

Y LOS CEMENTERIOS CRISTIANOS.

*Sub Roma Romam quærato.*

I.

Antes de bajar á los subterráneos donde gime la Roma de los mártires, dirijamos la última mirada hácia las alturas, donde brilla la Roma de los emperadores.

¿Qué monumentos son aquellos erigidos en la doble orilla de las vias romanas, señaladamente de la que es reina de todas, de la Via Apia? Son los sepulcros de los ricos; ciudad esplendorosa de la muerte: los que pasaron la vida en una orgía continua tienen la vanidad póstuma de asomarse en bustos de mármol á los lugares más concurridos, y de contar á los transeuntes sus propias alabanzas. El lujo de los monumentos sepulcrales corresponde con

exactitud al culto tributado á la materia: en el hombre vivo, el cuerpo era el hombre: en el hombre muerto, las cenizas eran todavía el hombre: honrar las cenizas de los muertos, era traer á los que vivieron á la comunicacion con los que viven. ¡Qué hermosa es la doctrina que permite á los que viven llevar su pensamiento y su plegaria á la region invisible, pero cierta, de los que murieron! El Mausoleo de Augusto, el de Adriano, los sepulcros de Cecilia Metela, de los Escipiones, de Cestio, y tantos otros como figuraron entre las más imponentes maravillas de la Roma antigua, sirvieron sólo para contener puñados de ceniza, que el viento ha esparcido, y para transmitir entre los escombros de sus muros y de sus mármoles alguna fúnebre inscripcion, más rica de retórica que de sentimiento.

Para los epitafios paganos no hay más fuente de inspiracion que el recuerdo eterno y oscuro ayer, que las bellas artes apénas tienen fuerza para reproducir y hermohear; el estudio de la epigrafía y de la escultura, en los sepulcros romanos, ofrece campo inmenso á las más serias consideraciones filosóficas y religiosas. El pobre dogma griego del Tártaro y de los Campos Elíseos, la Barca de Caron y las orillas melancólicas de la laguna Estigia, excitan la musa y dirigen el pincel de los artistas ro-



manos, para ofrecer en epigramas y en bajo-relieves los tristes símbolos de la destrucción sin esperanza y de la muerte sin resurrección: uno representa el misterio del ser y del no ser, mediante la figura del sol, que aparece espléndido y que se pone triste y sin rayos: otro esculpe una nave con las velas recogidas, señal segura de que ha terminado su viaje: aquí se ve una antorcha apagada; allí una mariposa que se consume en el fuego; más allá una rosa marchita; para la gloria puramente humana hay coronas, águilas, emblemas todos que miran á lo pasado.

Si queremos emblemas gloriosos de lo porvenir; si deseamos hallar la idea de la inmortalidad, idea fecunda en sublimes y poéticas manifestaciones, visitemos otra clase de sepulcros, vayamos á otra necrópolis, donde artistas inspirados en más altas esferas de verdad y de belleza, nos mostrarán aquel sol ántes dormido y eclipsado, ahora luciendo con luz inextinguible, bogando por mares de eternidad la nave de las velas replegadas, encendida la antorcha, perpétuamente viva la mariposa, la *angelica farfalla*, como llama Dante al alma lozana y rica de aromas, la rosa mística de la pureza y de la santidad.

Busquemos, pues, á Roma debajo de Roma.  
*Sub Roma Romam querito.*

## II.

Dice San Jerónimo, en su comentario al capítulo XL de Ezequiel: «Hallándome yo en Roma, durante los primeros años de mi juventud, aplicado á los estudios liberales, contraí la costumbre, con algunos de mis compañeros y condiscípulos, de ir cada domingo á visitar las sepulturas de los apóstoles y de los mártires, y penetrar por las cavidades de las criptas abiertas en lo profundo de la tierra, las cuales de uno y otro lado contienen en sus paredes innumerables cuerpos muertos, reinando en todo su recinto tan pavorosa oscuridad, que casi se realiza aquella frase del profeta: *Descendant in infernum viventes*: bajan vivos á lo profundo.» De vez en cuando un rayo de luz, que penetra, no ya por ventana, sino por remota abertura, templá un poco el horror de las tinieblas; pero si arrastrando con trabajo los piés y palpando la negra densidad, se llega un poco más hácia el fondo, luego al punto ocurre aquel verso de Virgilio:

*Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent.*

Mil y quinientos años han pasado desde que el Doctor máximo describía las Catacumbas.

La generacion actual puede recorrer aquellas mismas calles tortuosas y oscuras, como los caminos de la muerte, mirar aquellas dobles y triples filas de sepulcros, interrumpir con la voz de su plegaria el silencio solemne de los siglos, y cuando salga á la luz del dia exclamar: «Verdaderamente he visitado el solar de mi familia; verdaderamente he visto las raíces del árbol, á cuya sombra tan sólo es grande y culta y feliz la humanidad.» Pasear por las desiertas y calcinadas calles de Pompeya es reconocer el fondo de una tumba vacía; ya no hay vida romana con que llenar el Foro solitario y los templos mudos y el Circo en ruinas. Pasear los estrechos senderos de las Catacumbas, detenerse ante sus humildes capillas y monumentos, es asir con mano segura el hilo invisible que une los tiempos presentes de duda y de egoismo y de soberbia, á los tiempos gloriosos de fe y de abnegacion y de martirio.

Los que no tuvieron idea alguna de las Catacumbas, pueden representarse vagamente laberintos subterráneos casi indescriptibles, en los cuales cien caminos, derechos, oblicuos, cortados, sinuosos, serpentean, se cruzan y se entrelazan hasta el infinito, los unos impenetrables ya, porque nuevos montones de tierra y muros improvisados los interrumpen y los

cierran, los otros porque se abren á derecha y á izquierda en zanjas y abismos, á cuyo borde el pié temeroso no llega jamas, y todo lleno de sepulturas y del polvo de los siglos, y todo repitiendo el eco de historias trágicas y de triunfos más épicos que los de la *Iliada* y la *Encida*. Bien dicen la lúgubre soledad y la múltiple forma de los subterráneos que aquel es el palacio de la muerte, la diosa de las sorpresas y de los secretos terribles, la invisible viajera de las sendas tortuosas: los dos ó tres ó cuatro órdenes de sepulturas, abiertas en uno y otro lado de los corredores, semejan el aparato simétrico de una biblioteca colosal, donde la muerte se complace en ir colocando sus obras. Una visita á las Catacumbas, sea cualquiera la disposicion de espíritu en que se verifique, deja en el peregrino un recuerdo permanente. El alma herida por el desengaño y la tristeza, en el fondo de las Catacumbas, esto es, un cementerio en los ámbitos de otro cementerio, percibe luégo el rayo de luz de la inmortalidad, y se siente renacer á un órden de ideas más elevado que el que inspiran el Anfiteatro Flavio y las Termas de Caracalla.

El filósofo, el erudito, el hombre de estudio y de arte tienen allí delante de los ojos la viva aparicion de las primeras edades del cristianismo: la teología va leyendo, como en un ca-

tecismo auténtico, la historia de los dogmas; la poesía halla escrito el himno permanente de la oración. La cronología baja en busca de fechas precisas y de datos irrefragables, la historia no posee manantial más limpio y abundante, la crítica y la ciencia lapidaria reconocen en las Catacumbas su escuela y su archivo, las artes ostentan allí su más preciado tesoro. La clara fuente del antiguo bautisterio, preservado de todo uso profano, mana todavía apacible y pura como la gracia de que es emblema: la larga fila de luces de los viajeros, que uno tras otro recorren las fúnebres galerías, figura aún las procesiones silenciosas de los antiguos cristianos, cuando llevaban el cuerpo de un mártir junto á la morada de otro, ó cuando celebraban con cáliz de cristal y sobre altar de tosca piedra los misterios de su culto: los quince siglos de silencio que gravitan bajo aquellas bóvedas permiten aún oír los pasos de las generaciones heroicas: el tiempo, por una especie de condensación misteriosa, se repliega sobre sí mismo y lleva el espíritu, como á un sereno ayer, á los días de las Ines y las Fabiolas y las Cecilias.

Durante quince siglos ningún ruido del mundo resonó en aquellos subterráneos, ningún eco turbó su paz, ni un átomo de polvo nuevo ha recubierto sus caminos, ninguna revolución

política ha venido á dejar allí la huella de las ambiciones humanas ó el hedor de las envidias y los odios, ninguno de los grandes cataclismos ó de los grandes crímenes, que en el almanaque político sirven para determinar las épocas de los pueblos y la sucesion de sus dinastías, ha pasado por las Catacumbas: el tiempo aparece allí como un inmenso desierto, las épocas más remotas se acercan y se confunden como se acortan y áun extinguen las distancias, por la falta de objetos intermedios, en la vasta superficie del Océano.

El primer rayo de luz que en el siglo xvi entra en las Catacumbas, renueva de repente el resplandor de los tres siglos de las persecuciones. La electricidad física de los alambres pone en comunicacion los pueblos y los hemisferios. La electricidad moral de la fe, aproximando los siglos más remotos, enlaza y llena con sus noticias desde los llanos y las cumbres del tiempo hasta el mar sin límites de la eternidad.

De la bella sociedad de la Roma del Foro y del Coliseo nada ha quedado; volvamos la vista á Pompeya; nada más triste que el aspecto de esta ciudad muerta, saliendo perezosamente de su sepulcro, no para resucitar y repoblar-se, sino para adquirir un falso tinte de vida, para que las brisas del mar y los perfumes de

la primavera y las emanaciones purísimas de la patria del Tasso se pierdan, sin objetos que acariciar, en aquellas estrechas calles que alumbra un sol inútil. Las tinieblas de las Catacumbas producen en el alma el efecto contrario al del sol de Pompeya. Pompeya no nos recuerda más que la vida material de sus habitantes, sus agitaciones, su lujo, sus placeres, todo lo que pasa. En las Catacumbas, con ser oscuras y con ser cementerios, el pensamiento de la muerte es lo accesorio; el sentimiento dominante es el de la inmortalidad; el sentimiento de lo que no muere ni pasa. Pompeya enseña la rapidez del tiempo; las Catacumbas enseñan la inmovilidad de los siglos. Las familias del Quirinal y del Aventino, los aristócratas de Herculano y de Bayas, los guerreros, los poderosos, los sabios de la Roma imperial, pasaron como sombra: la familia humilde de las Catacumbas vive y se extiende por las cinco partes del universo, sus capillas, sus bautisterios, sus ritos, sus oraciones, sus símbolos, todo ha durado, todo se armoniza para declarar el nunca interrumpido espíritu de la Iglesia. A Pompeya no es aplicable nada de lo que constituye la vida actual: á las Catacumbas es aplicable todo lo que se refiere á la doctrina y al culto verdaderos. En Pompeya, que recibe de plano los rayos del sol, rei-

na la oscuridad de la muerte: en las Catacumbas, donde los rayos del sol apenas penetran, reina la luz de la inmortalidad.

El genio de la discordia y de la rebelion, que en el siglo xvi turbó la paz de Europa y del mundo, rompiendo la unidad por sacudir el yugo de la obediencia, quiso destruir el culto y las reliquias de los santos, y rehacer la historia, desfigurándola ó falsificándola sin piedad. ¡Inútil empeño! las Catacumbas, desconocidas ú olvidadas durante los siglos medios, aparecieron con su ejército de mártires y de santos: la negacion no pudo resistirse á la evidencia: las tumbas y los cementerios descubiertos por el insigne Bosio ofrecian los más perfectos é indisputables caracteres de autenticidad; las criptas, que San Jerónimo describió, se abrian de nuevo á los ojos de todo el mundo: en tanto el sabio Baronio terminaba en su tranquila residencia de Frascati, no lejos de la famosa *Tusculum* de Ciceron, sus *Anales eclesiásticos*, solemne y valerosa respuesta á los centuriadores de Matdeburgo.

El protestantismo, dividido y subdividido en sectas, fruto natural de la soberbia humana y de la soberanía del yo, no ha sabido oponer más que sofismas á la historia de la verdadera civilizacion, que empieza en San Pedro, y pasando vencedora por las Catacumbas y por los



siglos medios y á través de la Reforma, tiene asegurada su perpetuidad hasta más allá de las fronteras del tiempo. El mismo Ampère, libre-pensador y todo, hace esta solemne declaración: «En Roma, cuando quiero encontrar los recuerdos de la libertad, no voy á buscarlos al Foro, de donde han desaparecido los monumentos de la República, entro en el Coliseo ó bajo á las Catacumbas.»

### III.

No nos proponemos estudiar las Catacumbas con el nivel del arquitecto ni con el martillo del geólogo: imperitos en aquella noble arte y en esta difícil ciencia, cometeríamos una intrusión imperdonable; preferimos visitarlas con el corazón sereno del creyente, y discurrir acerca de ellas con la verdad y sencillez, ya que no con la sabiduría que resplandecen en las palabras ya traducidas de San Jerónimo: *Dum essem Romæ puer et liberalibus studiis erudiret..... etc.....*

Las Catacumbas forman una verdadera ciudad subterránea, vasta necrópolis, cuyos límites no es fácil determinar: una Roma debajo de otra Roma. En todas direcciones, en el fondo de todas las vías principales, que de Roma

parten como rayos de un centro, hay galerías llenas de sepulturas, hay cementerios. Bajo los restos informes de los sepulcros un tiempo suntuosos que bordaban la Via Apia, se abren las Catacumbas de San Calixto, San Ceferino, San Pretextato, Santa Sotera y de Santos Eusebio y Marcela: á la Via Latina corresponden las de Aproniano y otras: á la Via Labicana, en las inmediaciones de Puerta Mayor, las Catacumbas de San Tiburcio y de Santa Elena: en la Via Tiburtina están las de San Lorenzo y Santa Ciriaca: fuera de Puerta Pia (Via Nomentana) las de Santa Ines, las de San Alejandro y otras; las hay, en fin, en la Via *Salaria* nueva y en la vieja, fuera de la Puerta *Pinciana*, en la *Via Flaminia*, en la *Ostiense* y en la *Ardeatina*; á la opuesta orilla del Tíber, en la *Via Triunfal*, la Catacumba Vaticana; á la derecha, en la *Via Aurelia*, las de San Calepodio y algunas más. Son, pues, cerca de sesenta los cementerios que forman al rededor de Roma como un campo atrincherado, en que bullia un ejército sin armas, que ha de conquistar la metrópoli del universo y el universo todo.

Cada uno de aquellos cementerios, observa con oportunidad un escritor, correspondia á determinado monumento pagano; así el Sepulcro de San Pedro estaba junto al Circo de

Neron; el cementerio de San Pancracio y Calpodio, enfrente al Campo de Marte; las grutas Poncianas, mirando á los voluptuosos jardines de la orilla del Tíber; la cripta de San Pablo, á pocos pasos de la Pirámide de Cesio; el sepulcro de Santa Priscila, cerca del Templo del Honor; á las grandes Catacumbas alcanzaba la mirada del Palacio de los Césares y del Capitolio. ¡Magnífico contraste, añade, el que ofrecian los asediados y los asediados! Los unos delineaban sobre los muros de sus casernas ó sobre la tela de sus estandartes el nombre y el retrato de los triunfadores, los otros esbozaban sobre las paredes de sus galerías subterráneas plácidas figuras de justos que sufren y de vírgenes que oran; de un lado el águila de las legiones, de otro la paloma del Jordan; allí la loba, aquí el cordero; sobre las urnas paganas reproducia el cincel trofeos y despojos de naciones vencidas; los cristianos en sus pobres tumbas encerraban garfios y clavos teñidos en sangre; en sus evoluciones y revistas los paganos pasaban por debajo de arcos de triunfo; la milicia cristiana se deslizaba por escondidos agujeros para entrar en las Catacumbas: si los paganos hacian irrupciones sobre las criptas, era para destruirlas, para matar; cuando los cristianos avanzaban en direccion de las plazas, era para morir, pero

cuanto más en número morían, más en número y con mayor entusiasmo corrían, soldados heróicos, á reforzar el asedio contra la roca de la idolatría. Tres siglos duraba el cerco, cuando al poderoso acento de Constantino, una parte de Roma pagana se hundió de improviso, y otra vaciló, hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, rodó para siempre el ara de la Victoria, se desplomaron los alcázares de la Ciudad de Quirino, y al desaparecer la inmensa nube de polvo que sus escombros levantaron, dejóse ver sobre la superficie la Roma subterránea; de las Catacumbas habia ascendido gloriosa, y tomado posesion de las Siete Colinas.

El más importante de los cementerios, el cuartel general, siguiendo la alegoría antes citada, del gran campamento cristiano, es el cementerio de Calixto, que existiendo ya, á la mitad del siglo II, en las entrañas de la via que ostentaba los mausoleos de los Colatinios, de los Servilios, de Cecilia Metela, de los Marcelos y de los Escipiones, fué ampliado por aquel santo Pontífice en el siglo III; y su nombre de *Catacumba*, por la proximidad á los sepulcros de San Pedro y San Pablo, que allí estuvieron algun tiempo, se trasmitió, no ya con igual propiedad á los demas cementerios, que ésta, más que otra alguna, es su verdade-

ra denominacion cristiana: *cementerio* tanto vale como *dormitorio* (Κοιτώνας, *dormir*).

heróicos, á rotar el asedio contra la torre de la idolatría. Tres siglos duró el cerco, cuando al poderío acosó de Constantino, una

partante Roma pagana se hundió de improvi-

«No me entierres en Egipto; quiero *dormir* con mis padres», decía el viejo moribundo Jacob á su hijo Joseph: «Vas á *dormir* con tus padres», dijo Dios á Moisés, anunciándole su muerte, y así constantemente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, en Job y en Isaías y en los Macabeos, como en los Evangelios y en las Epístolas, el dogma de la resurreccion y de la inmortalidad del alma brilla en el fondo de esa imágen del sueño, como una luz esplendorosa en medio de las tinieblas del sepulcro. *Mors non est mors, sed dormitio temporalis*, dice San Juan Crisóstomo; y San Jerónimo, en una epístola á Teodosio: *In christianis mors non est mors sed dormitio et somnus appellatur*.

Para dormir, pues, el sueño de la muerte, los cristianos se procuraron lugares escondidos. Fieles á la tradicion judáica, en vez de quemar los cadáveres, depositábanlos en criptas y sepulcros, como Abraham á Sarah en el campo de Mamré, como Jacob á Raquel en las inmediaciones de Ephrath. Aun entre los paganos no fué constante la costumbre del

*rogus*, ó sea de la reduccion á cenizas; sábese de muchos cuyos cadáveres fueron inhumados, y nadie ignora que en los tiempos de la República romana, hasta los dias de Mecénas, hubo en el Esquilino un campo destinado á enterramiento de la plebe.

Pero las cuevas y los subterráneos que las familias cristianas buscaban ó abrian para depositar los restos de las personas amadas, habian de ser algo más que una mansion de muertos; habian de ser tambien lugar de refugio para los vivos y templo de oracion para todos.

## V.

El cristianismo nació pobre; y en su infancia sufrió persecuciones horribles: la historia de sus cementerios es la historia de las persecuciones.

Desde el martirio de los apóstoles San Pedro y San Pablo, bajo el imperio de Neron, la sociedad cristiana y el culto cristiano en Roma han de buscarse principalmente en las entrañas de la tierra: la vida y la muerte, enemigas irreconciliables en el inmenso teatro del mundo pagano, se abrazan y se identifican en el fondo de las Catacumbas: las almas li-

bres y triunfantes de los mártires que allí reposan, y las almas cautivas y atribuladas de los vivos que allí oran y gimen, unidas por el lazo misterioso de la fe, de la esperanza y del amor, forman una armonía que no pueden comprender los soberbios moradores de la Casa de Oro, ni los que pasean su vanidad por el Pórtico de Octavia ó por los Jardines de Salustio.

¿Aprovecharon los cristianos, para cementerio primero, y para lugar de refugio y de oratorio despues, los grandes subterráneos ó concavidades (*arenariae*) que en los alrededores de Roma producía la extracción de piedra y tierra para los millares de edificios de toda clase que en la Ciudad se levantaban? ¿Fueron las Catacumbas de los cristianos aquellas mismas cuevas (*arenarias*), fuera de la Puerta Esquilina, donde fué asesinado cierto Asinio, de que da noticia Ciceron, ó aquellas otras, camino de *Nomentum*, donde Neron no quiso enterrarse vivo en el día de su mísera catástrofe?

## VI.

Ciertos anticuarios, de muy buena fe sin duda, han sostenido la afirmativa. Los pro-

testantes y los racionalistas se han apoderado de una opinion que, retorcida y violentada, podia serles útil, y han formado esta especie de sorítes, es decir, esta cadena de blasfemias históricas, científicas y artísticas:

«Los cristianos de los primeros siglos enterraron sus muertos en los subterráneos, tambien enterramiento de la plebe pagana; luego no todos los restos allí encontrados son de santos ni de mártires; luego los que se reputan emblemas del culto primitivo son simples monumentos gentílicos; luego los monumentos de las Catacumbas no pueden aducirse como testimonio eficaz en determinados períodos de la historia del cristianismo.»

## VII.

Las ciencias y las artes, en providencial concierto, se han encargado de destruir esta pobre y maligna argumentacion.

Habia por el campo romano, en los tiempos de la república y del imperio, vastos subterráneos: las gigantescas construcciones de la ciudad exigian que millares y millares de esclavos se ocupasen constantemente en extraer piedra y tierra para los cimientos y los muros de palacios, de termas, de templos y



de casas: la tierra arenosa volcánica (*puzzolana*) constituía, puede decirse, el mayor elemento de edificación: el *tufo lithoide*, especie de granito ó pedernal, en sus varias clases, descritas per Vitrubio, de *lapis ruber*, *albanus*, *gabinus* y *tiburtinus*, entraba también por mucho, especialmente en la época que precedió al uso y al abuso de los mármoles; hay en la campaña romana otra calidad de *tufo* ménos duro, poroso, granujiento, que se desmorona (especie de *pumex*), que no resiste al influjo del aire y del agua, llamado *tufo granular*, cuyo empleo sólo era aconsejado en cimientos, y alguna vez en bóvedas: de esta piedra, que Vitrubio decía *molles*, ha de creerse naturalmente que hicieron escasa aplicación los romanos, toda vez que las vetas de *pouzzolana* eran inmensas, y sólo para suplir su falta hubieran podido emplear el *tufo granularis* molido.

Sentadas estas nociones, no se necesita gran perspicacia para comprender por qué los cementerios cristianos están casi todos abiertos en esta clase de terreno, y cómo, precisamente por estar abiertos en esta clase de terreno, excluyen toda comunidad con los arenarios de la Roma antigua. Los cristianos no hubieran podido labrar sus sepulturas en las calles de piedra durísima, formadas por los extractores

del *tufo litoide*. Los cristianos no hubieran cometido la torpeza de llevar sus muertos á los subterráneos de la *puzzolana*, que estaban en constante diaria explotacion, y que tal vez eran ademas guarida de inocentes, como aquel que llevaba á Asinio para los fines que expresa Ciceron.

Las grutas (*arenaria*) de la *pouzzolana* eran anchas y corrian largas distancias, formando curvas y aún círculo para la más fácil salida de los hombres y de los carros. Las calles de las Catacumbas son estrechas, estrechísimas, y sus frecuentes ángulos y zig-zag nada revelan ménos que la facilidad de la salida, antes bien parece que se propone multiplicar las dificultades de la entrada. Se necesita no haber penetrado jamas en las Catacumbas, señaladamente en las de la Via Apia, para imaginar que aquel ingenioso laberinto de los cristianos perseguidos, que aquellas paredes con su doble y triple órden de sepulcros, por entre las cuales difícilmente puede andar más de una persona, hayan tenido antes otro destino, hayan servido para otra cosa que para dar morada á los muertos, refugio á los vivos, y en el modesto altar, no lejano, culto á la Divinidad.

Pudieron los cristianos en el siglo II utilizar algun arenario, abandonado de largo tiem-

po; pudieron servirse de algun otro como entrada, como vestíbulo para sus cementerios y para su refugio; pudieron, finalmente, abrir sus calles de sepulcros debajo de los vacíos corredores de *puzzolana*; todo esto es verosímil; pero que llevaran sus muertos al lugar donde los implacables enemigos del nombre cristiano depositaran los suyos, ni la historia lo dice ni lo consiente la crítica racional.

Bosio, el gran explorador de la *Roma subterránea*, su continuador Severani, y Aringhi, su traductor; Boldetti, en sus *Observaciones sobre los cementerios de los santos mártires y antiguos cristianos de Roma*; el erudito Marangoni, y por último, el sabio jesuita padre Marchi y su digno discípulo el Caballero de Rossi, sostienen con razones incontestables la autenticidad de los monumentos de las Catacumbas. Merced á sus estudios y desvelos, la Roma de los mártires, sepultada por tantos siglos, aparece en toda su grandeza, enviando raudales de luz sobre la historia y sobre las artes. La nueva *Roma subterránea*, con que el citado profesor de Rossi enriquece la arqueología cristiana, es una de las publicaciones más interesantes de la edad moderna.

Para quien estudie con espíritu sereno las razones acumuladas por tantos sabios, y la solemne demostracion que les dan los precio-

sos descubrimientos de cada día, la opinion de Easnaje y de los otros escritores protestantes contra la genuidad de los cementerios cristianos, no pasa de ser un pobre recurso de guerra para ganar victorias fáciles sobre la ignorancia.

Miraban las tumbas los antiguos romanos como objeto tan sagrado, y á tal punto llevaban la religion de los sepulcros, que el miedo de las profanaciones, más que otro algun motivo, los indujo á quemar los cadáveres y conservar en pequeñas urnas las cenizas de las personas amadas. Sólo alguna familia por excepcion, á contar desde el siglo III de Roma, enterraba sus cadáveres; tal era, con otras dos ó tres, la familia Cornelia á que, como es sabido, pertenecian los Escipiones, cuyos sepulcros fueron encontrados fuera de la Puerta Capena; y áun Sila, por excepcion de la excepcion, dispuso que su cuerpo fuese entregado al fuego.

Puede, pues, decirse que desde ántes de los decenviros y de las leyes de las Doce Tablas hasta los últimos tiempos de los emperadores Antoninos, fué constante en Roma el empleo de los *rogus* ó *pira* para los cadáveres, y áun habia un quemadero general (*ustaria publica*) para la clase plebeya y pobre. Los inhumados eran: los párvulos menores de siete meses; los

muertos por rayo, enemigos patentes de Júpiter, y los suicidas. Los esclavos y los menesterosos vagabundos eran llevados en muerte á la gran fosa del Esquilino.

Ahora bien; ¿hubieran abierto los romanos para estas últimas clases de la sociedad, y sobre todo para los esclavos, tenidos como cosa, una serie de galerías como la de los cementerios, una verdadera ciudad subterránea tan grande como su ciudad de mármoles? Y si la hubieran abierto, si hubieran construido ese maravilloso laberinto de corredores, con dos, tres y cuatro pisos, con dos, tres y cuatro filas de sepulturas independientes, ¿es posible que los escritores romanos, tan cuidadosos de dar noticia de todo lo que Roma contenia, hubieran omitido la descripción de tan interesante monumento, así bajo su punto de vista religioso como por la vastedad misma de la obra? ¿Cómo se explica el silencio de los extranjeros que, á imitación de Dionisio de Halicarnaso, nos han transmitido minuciosas descripciones de la Ciudad de los Césares? Si se examina un poco el sistema administrativo de la república y aún del imperio, se verá que hay, con su denominación y atribuciones respectivas, autoridad que vigila sobre las vías públicas y sobre los puentes y sobre las cloacas, y ni una palabra se dice de las sepulturas, que

ocupan millas y millas debajo de la Ciudad y de su campo.

Fueron, pues, estas enteramente desconocidas para la Roma pagana. Y ha de notarse que cabalmente hácia la parte del Esquilino, donde, al decir de los historiadores, se quemaban ó arrojaban los cuerpos de los pobres, *pauperum corpora vel comburi vel projici solita fuisse*, no existe cementerio cristiano. Si á todo esto se añade que todavía en los millares y millares de monumentos y de lápidas, que han ofrecido y diariamente ofrecen las Catacumbas, aún está por descubrirse el primer objeto ó la primera inscripcion de fecha anterior á la era cristiana, quedará como una verdad ejecutoriada é inatacable el origen exclusivamente cristiano de las Catacumbas, siquiera algunas puedan estar abiertas junto á los antiguos arenarios ó debajo de la galería única, practicada por los extractores de materiales.

### VIII.

La historia de las Catacumbas, en su período más interesante, no puede estudiarse sin tener á la vista un libro, que pocos leen, y que á ningun otro libro cede en importancia,

áun bajo el punto de vista de la filosofía; nos referimos á las *Actas de los Mártires*, ejecutoria santa de la virtud, poema inmortal del heroísmo cristiano.

Los perseguidores y los verdugos llevaban la crueldad con sus víctimas hasta más allá de la muerte: los restos de los mártires eran esparcidos por las vías públicas, por las plazas ó por los campos, para que las fieras y las aves de rapiña los devorasen, ó bien eran arrojados á los hornos, ó á los abismos del mar, ó á la corriente del Tíber, ó á las cloacas y lagos; muchas veces, divididos en menudos pedazos, llevábalos el azar de una parte á otra; muchas veces, por último, mezclados con los huesos de los facinerosos, y áun de los animales, iban á caer al pudridero de la Puerta Esquilina; pero la Providencia, que preservó de las fieras el cuerpo insepulto del protomártir San Estéban, y que puso dos águilas para guardar de las aves el cuerpo de Santa Martina y el de Santa Prisca, y un cuervo junto al levita español San Vicente, cantado por Prudencio, la Providencia, que suspendió los efectos del fuego contra los restos mortales de Flavia Domitila y de Eufrosina y de Teodora, y que hizo salir de las aguas los despojos de San Alejandro y San Luciano, y que separó con señales prodigiosas los huesos de los mártires de Za-

ragoza que Daciano confundiera con los de gentiles, esa providencia velaba con especial amor por los fieles que sufrían, y por los bienaventurados que triunfaban.

Los pontífices, los presbíteros, hombres seculares de alta condición, algunos, como Palladio, de la corte de Adriano, y los tribunos Flaviano, Calixto y Amonio, y el senador Asterio; matronas y doncellas como Basilisa y Anastasia, y Perpétua, y las dos Lucinas, y Felicitas, y sobre todas, Práxedes y Pudenciana, de la ilustre familia de Pudente, ora dedicando á cementerios sus propios fondos, quizás sus propias casas, ora corriendo tras los verdugos para apoderarse de los ensangrentados restos de los mártires, ora recorriendo por la noche la arena de los circos y del Anfiteatro en busca de los santos despojos que rescataban á veces á peso de oro, á veces á costa de su propia vida, ofrecen un cuadro maravilloso, la página más sublime de la historia de la humanidad. De las *Actas de los Mártires* surge un raudal inagotable de poesía y de belleza, en que se inspira quince siglos hace la Musa cristiana: desde Prudencio hasta Chateaubriand y Wisseman, el canto de las Catacumbas va resonando en la cristiandad de generación en generación, como resuena en las montañas, al cabo de muchos siglos, el himno



de los primeros conquistadores, la dulce epopeya de la patria.

Las *Actas de los Mártires* son los fastos de la Roma subterránea, el áureo libro de su nobleza, su gloriosa ejecutoria.

Junto á las tumbas de los mártires (*Concilium Martyrum*) quisieron los fieles orar en vida y reposar en muerte. Cuando el engrandecimiento del Circo de Neron por Eliogábalo ponga en peligro la escondida sepultura del Príncipe de los Apóstoles, y sus restos preciosos, con los de San Pablo, sean llevados al cementerio de la Via Apia, para volver pronto á la Colina Vaticana, comenzará á oirse el nombre de *Catacumbas*, «junto á las tumbas», que tumbas por excelencia eran aquellas en Roma, el cual luégo se hace extensivo, como ya hemos dicho, á todos los cuarteles de la ciudad inmensa de los muertos.

## IX.

La Basílica de San Sebastian, fuera de la antigua Puerta *Capena*, es, puede decirse, el Capitolio de esa ciudad augusta: templo venerable, erigido por San Silvestre I, preside al más insigne de los cementerios cristianos, que por el Papa que lo agrandó, lleva la denominacion de San Calixto.

Sobre la puerta, verdaderamente triunfal, de este cementerio hay una inscripcion que merece ser reproducida:

HOC EST CÆMETERIUM CALLISTI

PAPÆ ET MARTYRIS

INCLYTI QUI CUMQUE ILLUD

CONTRITUS ET CONFESSUS

INGRESSUS FUERIT PLENAM

REMISIONEM OMNIUM PECCATORUM

SUORUM OBTINEBIT

PER MERITA GLORIOSA CENTUM

SEPTUAGINTA QUATUOR MILLIUM

SANCTORUM MARTYRUM

UNA CUM QUADRAGINTA SEX

SUMMIS PONTIFICIBUS

QUORUM IBI CORPORA IN PACE

SEPULTA SUNT.

QUI OMNES EX MAGNA TRIBULATIONE

VENERUNT ET UT HÆREDES

FIERENT IN DOMO DOMINI

MORTIS SUPPLICIUM PRO CHRISTI

NOMINE PERTULERUNT.

Uno de los primeros monumentos que ocurren á la devocion del peregrino, al penetrar en el laberinto de calles y de galerías de tumbas del cementerio de Calixto, es el humilde lugar (*Loculus*) donde catorce siglos reposó el cuerpo de Santa Cecilia.

En la vida de esta Santa se lee, que el dia en que debian celebrarse sus bodas con Valeriano, á quien deseaba traer á la ley de Jesucristo, le dijo: «Vé á la Via Apia; hácia la tercera milla empezarás á encontrar pobres

que piden limosna; dales la paz y diles: me envia Cecilia para que me conduzcáis adonde está el viejo Urbano, para el cual me ha confiado una comision urgente.» Y en efecto, los pobres, que no eran sino cristianos que guardaban las avenidas de las Catacumbas, y que conocian bien el nombre de su hermana Cecilia, fieles á la contraseña, condujeron al neófito á la presencia de Urbano, que era el Santo Pontífice sucesor de Calixto.

Hoy es posible recorrer todavía las tres millas en que los mendigos servian de avanzada al ejército cristiano, y penetrar en las estancias santificadas por numerosos Papas mártires, y con los monumentos de la literatura cristiana de los primeros siglos verificar los lugares, y renovar la memoria de tantos hechos gloriosos, de tantas maravillas de la fe.

El cementerio de Calixto, que se llamó tambien la *Cripta de los Papas*, y cuya extension no es posible fijar con exactitud, porque algunas de sus ramificaciones han solido tomar nombre de otros mártires ilustres, sirvió desde luégo en el siglo xvi y el siguiente, no sólo para proveer de reliquias de mártires á las iglesias de la cristiandad, sino para dar ocasion y elementos á los más interesantes estudios de historia, de arqueología y de bellas artes.

Se preguntará: ¿Eran por ventura huesos de

mártires los que se descubrieron en centenares de millares de *Loculi*, y en kilómetros y kilómetros de galerías? No, ciertamente: la Iglesia procediendo en esto, como en todo, con exquisita prudencia, no ha tributado los honores de la santidad, ni expone á la reverencia de los fieles, sino aquellos restos hallados en las Catacumbas con caracteres indudables, auténticos, del martirio; tales son en la lápida la representación de la palma, ó de los varios instrumentos usados por los verdugos, y en la sepultura misma, la ampolla de sangre, los carbonos, los garfios, ú otro análogo testimonio de tormento.

Los repetidos, incesantes descubrimientos que ahora se hacen en las regiones de la Roma subterránea, permiten ya conjeturar que en los remotos tiempos, á cada parroquia correspondía un cementerio, ora abierto en fundos particulares al abrigo del derecho comun de propiedad, ora escondido debajo de los arenarios y de las antiguas grutas de la campaña romana.

En los dias de la persecucion, las asambleas de los fieles y el culto religioso transferíanse á los cementerios; entónces era preciso cubrir con maleza ó tapar con piedras las entradas, era preciso apostar vigilantes en actitud de mendigos por las avenidas, y áun así, el Papa

San Cornelio escribía á la mitad del siglo III: «La persecucion es de tal modo violenta, que no podemos reunirnos ni áun en las Catacumbas mejor conocidas»; y un epitafio notabilísimo del cementerio de San Calixto, despues de decir: «*Alejandro* no está muerto, sino que vive mas allá de los astros y su cuerpo reposa en la tumba», termina con estas exclamaciones: «¡Oh tiempos lamentables, en que ni siquiera en las cavernas podemos ofrecer á salvo nuestros sacrificios y nuestras oraciones! ¡Qué hay más miserable que la vida, ni qué más miserable despues de la vida, que el no poder ser enterrados por amigos y parientes!!.....»

## X.

Con la idea de la veneracion, de que eran objeto los cementerios en la Roma cristiana, se armoniza el recuerdo de una institucion por muchos títulos gloriosa, especie de milicia pacífica, cuerpo de ingenieros para la fábrica inmensa de la ciudad subterránea: era aquella institucion la de los *Fossores* ó *Fossarii*, adscritos por regiones ó parroquias á la excavacion de cada cementerio; cristianos llenos de caridad y de valor, que imitando el ejemplo de

Tobías y del piadoso José de Arimathea, abrian con diligéncia y guardaban con amor las sepulturas de sus hermanos.

Figuraos, dice el P. Marchi, las dificultades y obstáculos sin número que estos héroes tendrían que vencer, los peligros que correrían disputando á los verdugos, ya á fuerza de ruegos, ya á precio de oro, los despojos de sus víctimas; vedlos, como ladrones nocturnos, arrebatando los cuerpos santos y trasportándolos en *brancards* ó en carros, á lo largo de las vías públicas, para enterrarlos secretamente en los sagrados subterráneos....., y comprendereis la vida de aquellos hombres magnánimos, que alentados por la sola esperanza de una remuneracion futura, han fabricado con sus manos y amasado con su sudor, quizá con su sangre, esta Jerusalem subterránea, santa, de la más sublime santidad que Dios ha concedido en la tierra.....

La calidad de *Fossor* constituía uno de los grados de iniciación para el sacerdocio. Algunos de los adscritos á esta obra de misericordia coronaron con la gloria del martirio su vida de abnegación y de heroísmo: otros terminaron sus días en paz y fueron depositados tal vez en las galerías mismas que sus manos abrieran. En las Catacumbas de Calixto se halló un epitafio que decía:

DIOGENES. FOSSOR. IN PACE

DEPOSITUS

OCTABU. KALENDAS. OCTOBRIS.

Diógenes el sepulturero ha salido á nueva vida bajo la pluma del cardenal Wiseman: es una de las bellas figuras que entran en el hermoso cuadro de *Fabiola*. El fosor y la orante son dos emblemas interesantísimos de la vida, trazados con caracteres de luz en la region de la muerte; el *fossor* significa el trabajo; la *orante* significa la contemplacion. El *fossor* contribuye con la ruda tarea de sus manos á la conservacion del polvo de los hombres; el artista que pinta las orantes y decora los sepulcros coopera á la conservacion de la memoria y de la fama, polvo más menudo y ménos duradero que el polvo mismo de las sepulturas.

## XI.

Las Catacumbas, como lugares un tiempo destinados al culto cristiano, tienen una importancia de primer orden. Las cámaras (*Cubicula*) destinadas á la reunion de los fieles y prácticas religiosas, han dado el modelo á las iglesias: el exámen detenido y discreto de aquellas antiguas capillas y de los objetos que formaban su adorno corrobora de un modo admirable la historia del culto cristiano. Las

cámaras ó capillas eran pequeñas, acaso ninguna podia contener un centenar de personas: bien se comprende que la aglomeracion de fieles en un solo local hubiera sido imprudente, sobre ser muy difícil, en épocas de persecucion y sobresalto.

La multitud de lámparas halladas en las Catacumbas prueba que en un principio la luz del dia no penetraba en aquellos antros, y aún andando los tiempos, solo á pocas de aquellas celdas podia alumbrar la escasa luz de algun respiradero (*Foramen*, como decia San Jerónimo), abierto en la campaña solitaria. Las pequeñas salas ó capillas de todas formas construidas en el *tufo* mismo, tienen alguna vez gradería al rededor para los fieles, asientos en la pared principal para los presbíteros, y aún uno más distinguido para el obispo ó Pontífice que presidia. Las hay con cuatro columnas de la misma piedra arenosa ó *tufo* que sostiene la bóveda: un sarcófago de piedra, que encierra el cuerpo de un mártir, forma la mesa del altar. En algunas Catacumbas se ve cerca de tales templos vestigio de fuente ó piscina, que declara la existencia de antiguo bautisterio: una silla de piedra, enfrente de otra pontifical, en el cementerio de Santa Ines, prueba que allí fué administrado el sacramento del orden, ó verificada la consagracion



episcopal: otros asientos humildes abiertos en la misma pared, en lo más extremo y oculto del *cubiculum*, inducen al P. Marchi á creer que son confesonarios. ¿Quién puede, pues, dudar de que el culto y los ritos de las Catacumbas, de la Iglesia perseguida, son el culto y los ritos de la Iglesia triunfante, de la Iglesia de las Basílicas de mármol y de las catedrales góticas, cuya aguja domina en las alturas?

Llámase aún *Confesion* el altar mayor de las iglesias, y suele tambien contener reliquias de santos; el Papa San Félix, en el siglo III, mandó que se celebrasen las misas *supra memorias martyrum*. Cuadradas, rectángulas, esféricas, octógonas, cuantas formas ha dado á los templos la arquitectura del renacimiento, tienen su origen y su precedente en los modestos oratorios de la Catacumbas: esférico con seis nichos semicirculares lo hay en las de San Calixto: cuadrado con su tumba en medio, sirviendo de altar, entre cuatro columnas, lo ofreció el cementerio de Santa Elena: en bóveda que reposa sobre dos columnas, con tumbas á los lados y otra enfrente, *monumentum arcuatum*, y la silla episcopal, lo tiene el de Santa Ines: de *cubiculum clarum*, es decir, capilla con una claraboya al campo, en la bóveda, ofrece modelo el cementerio de Santos Marcelino y Pedro, en la Via Labicana, descu-

bierto por Bosio. ¿De dónde, sino de estos nichos laterales de los oratorios subterráneos, pudieron tomar las iglesias su sistema de capillas, que ciertamente no reconocen ni parecido siquiera en los templos griegos ni en las famosas Basílicas romanas? De la balaustrada que suele separar el altar mayor del resto de la nave, se encontró asimismo vestigio en el cementerio de San Calixto.

Más adelante, cuando la Iglesia salga de las Catacumbas, y empiecen á edificarse templos á la luz del día, aparecerán algunos sobre las tumbas subterráneas de los primeros tiempos; es decir, que sin tocar al sepulcro de Santa Prisca, bautizada de San Pedro, que los cristianos de la Iglesia naciente colocaron en el centro de la propia habitacion de la Santa, habrá un templo á flor de tierra, que tenga por *Confesion* ó altar subterráneo aquella habitacion y aquel sepulcro, sin perjuicio de otro altar en la parte superior y á la vista de los fieles: capilla subterránea é iglesia superior hay en San Pancracio, y en Santa Práxedes, y en San Martin de *I Monti*, y en Santos Nereo y Aquileo, y sobre todo en el Vaticano. Así se perpetúan hermanados los sufrimientos y las alegrías de la Iglesia: así se juntan en una sola vivísima luz, los resplandores de la Iglesia perseguida y de la Iglesia triunfante. En las en-

trañas de las Basílicas más insignes y de los templos más antiguos palpita con latido inextinguible la vida de las Catacumbas.

## XII.

En la cuestión de los cementerios cristianos, el protestantismo ha sufrido tantas derrotas como batallas presentó; quiso apelar de la historia ante la ciencia geológica, y la ciencia geológica ha declarado que las Catacumbas no son los arenarios ni las carreras ó *Latomia* de las antiguas explotaciones de tierra y piedra. Apeló á la química contra los vestigios de sangre guardados en la sepultura de los mártires, y la química, que no tiene odios ni entiende de sectas, ha respondido á la pregunta de los reactivos, hecha con todas las reglas en laboratorios de protestantes, que el contenido de las ampollas fué sangre humana, y de sangre humana las señales evidentes que conservan. Apeló, por último, el libre-exámen al tribunal de las bellas artes, pidió á toda costa algo que pareciese de mano pagana, y las bellas artes, como pronto hemos de ver, responden al libre-exámen, agente y procurador del protestantismo, con la misma crueldad que las ciencias naturales.

En las Catacumbas todo es cristiano; ni

nuestros padres fueron á confundir sus oraciones y sus cenizas con las cenizas de los gentiles, ni permitieron despues, que sus cementerios se contaminaran con los restos de judíos, herejes ó cismáticos: sobre esto no cabe ya ni discusion; á tal punto han llevado sus demostraciones los insignes viajeros de la Roma subterránea, especialmente Severani, en su libro IV, continuacion de Bossio que es el gran maestro, el intrépido Colon de las Catacumbas. La pintura, la escultura y las inscripciones concuerdan de una manera admirable para corroborar su doctrina, formando la más bella corona, la gloria humana más espléndida de la ciudad de los mártires.

Las pinturas al fresco, descubiertas en el fondo de las Catacumbas, tienen doble importancia que aquellas otras de Herculano y de Pompeya, que hoy son rico tesoro del Museo Real de Nápoles. Las de Herculano y Pompeya traen, puede decirse, la última noticia del estado del arte en un pueblo y en una civilizacion perfectamente conocidos y estudiados: las pinturas de las Catacumbas traen la noticia primera de un arte que brota en la oscuridad, para llegar un dia hasta las estancias del Vaticano y la *Transfiguracion* y el *San Antonio* de Sevilla.

A una arquitectura que produce el Panteon

y el pórtico de Octavia, y luego el Coliseo, y á una escultura que da muestras de sí como las estatuas de César y de Pompeyo, de Augusto y de Tiberio, y más tarde los adornos del Arco de Trajano, y el simulacro ecuestre de Marco Aurelio, no es mucho que procedan y correspondan obras en mosaíco, como los gladiadores y la batalla de Alejandro, y pinturas murales como las encontradas en la Casa de los Césares y las tan abundantes de Herculano y Pompeya.

Los cristianos de las Catacumbas, obedeciendo á un nuevo órden de ideas y de sentimientos, iluminados por la luz de más alta inspiracion, pero sin luz material, sin reposo, sin precedentes ni preparacion estética, dan vida á un arte nuevo, á un arte que nace en recónditas cavidades del suelo romano, poco despues de haber aparecido en Oriente, y en humilde cueva tambien, el astro esplendoroso de la belleza absoluta.

El racionalismo ha bajado á las Catacumbas sin otra luz que la muy débil del *cerino* que lleva en la mano, sin otro pensamiento que el de contradecir, sin otro deseo que el de negar: ha paseádo la temblorosa llama de su bujía por delante de las figuras del Antiguo Testamento, que decoran ciertas paredes y bóvedas: más adelante ha visto sin sorpresa

las imágenes del Salvador y de los santos; su preocupación es encontrar algo que recuerde ó le signifique los pintores de Pompeya y los poetas del tiempo de Augusto y los dioses y las fábulas de la gentilidad.

¡Eureka! exclama alborozado el racionalismo: ya lo encontré: este personaje sentado, que toca la lira, cuyos ecos dulcísimos parece que se aprestan á escuchar los animales y aún las selvas, es Orfeo: este otro con la vara misteriosa en la mano, junto á un grupo de cinco mujeres, es Mercurio: aquel pastor con una cabra á la espalda, y aquella figura del otoño con el cuerno de la abundancia, son asunto pagano, reproducido en monumentos antiguos, sin ir más léjos, sobre el sarcófago de los Nasones; y así, de conjetura en conjetura y de alegría en alegría, los enemigos de la verdad se complacen en acudir presurosos á la tumba del paganismo, para arrojar á los ojos de los cristianos puñados de ceniza de los gentiles.

Veamos lo que hay de exacto en sus razonamientos.

Los cristianos del tiempo de Neron, perseguidos con iracundia, y los del tiempo de Domiciano y los de la época de Septimio Severo, de Decio ó Diocleciano, de cierto no estaban en aptitud ni en condiciones de llamar, para que decorasen sus sepulturas y sus ora-

torios subterráneos, á los artistas que trabajaban en el palacio de los emperadores, y en la *Villa Tiburtina* y en las termas y en los templos: el pincel y el buril que se emplearon en las Catacumbas, obedecian más á los impulsos del alma que á las reglas de la estética: sus obras exhalaban, más que el aroma del arte, la poesía de la fe. Por eso los pobres autores de aquellas obras cuidaron poco de poner su nombre en ellas; la gloria á que aspiraban no lo habia menester; más que á la conquista de la corona del genio, iban á la conquista de la corona del martirio: su verdadero laurel era la palma.

### XIII.

Las bellas artes habian comenzado á decaer en Roma á fines del siglo II, despues de una pasajera edad de oro, en los tiempos del emperador español Trajano y de su hijo adoptivo Adriano. La pintura, que siempre fué la ménos floreciente, decayó con más rapidez; siguióle la escultura; defendióse un poco más la arquitectura, como tarda más en sucumbir el árbol que tiene muy profundas y dilatadas las raíces. La pintura cristiana naciente coincide, puede decirse, con la pintura romana espirante; así, los frescos cristianos de mayor

antigüedad son los de mayor mérito artístico, porque alcanzan todavía la época en que el arte romano vive, aunque próximo á degenerar y á desaparecer. Las pinturas más toscas de las Catacumbas determinan el enflaquecimiento y la decadencia general de las artes.

En los dias de la paz y del triunfo de la Iglesia, los emperadores mismos no tenían, para decorar las Basílicas suntuosas, artistas que se parecieran á los oscuros pintores que en los tiempos apostólicos, y en medio de las persecuciones, habian llenado de imágenes y de emblemas los muros de las Catacumbas; tan cierto es que en la Roma subterránea se conserva y se salva todo lo accidental, lo inocente del arte antiguo, toda vez que no estaba en manos de los primeros fieles, ni entraba en sus necesidades religiosas, el cambiar los elementos del arte, como la doctrina del Crucificado no venía á destruir, sino á perfeccionar la naturaleza: cuando para la representacion de ciertas ideas nuevas pudieron los artistas cristianos servirse de tipos antiguos y conocidos, hicieronlo sin dificultad, y las obras que en tal caso producian, conservan la tradicion y los caracteres del arte antiguo, que sobre la tierra se extinguia, y en las entrañas de la tierra se regeneraba. Para otra clase de ideas absolutamente nuevas, para asuntos por pri-



mera vez propuestos en el Evangelio, que no podian entrar en el cuadro de las creaciones antiguas, no habia recursos bastantes en la pericia artística de los pintores de las Catacumbas; por eso la ejecucion de tales obras aparece sencilla, tímida, rudimentaria, poco más que una simple indicacion de los objetos. Dejemos correr los siglos y desarrollarse los gérmenes de la belleza artística, que se esconden en estas líneas toscas y en estos contornos, trazados á la ligera con mano temblorosa; cuando otras manos den vida, movimiento y color á estos contornos y á estas líneas, el arte cristiano, que será grande por Giotto y por Frà Angelico y por Rafael, volverá la mirada agradecida y enviará coronas á los modestos autores sin nombre, á quienes debe sus tipos más preciados.

#### XIV.

Pero repetimos que no todos los tipos de los artistas de las Catacumbas podian ser originales, ántes bien en muchas composiciones, y por lo general en la ornamentacion, hubieron de apropiarse imágenes y figuras profanas, propias de otro orden de ideas y de sentimien-

tos, pero traducidas con más ó menos fortuna á las necesidades y sentido de la nueva creencia.

Como las columnas de los pórticos y templos paganos vendrán á sostener las Basílicas cristianas, así una parte de los elementos del arte antiguo será apropiada á la expresion simbólica de las verdades y misterios de la religion nueva. Así se explica la imágen de Orfeo entre las pinturas de las Catacumbas cristianas; y aún de este personaje mitológico puede decirse que escritores respetabilísimos de la Iglesia citaban más de una vez sus versos alusivos al Dios verdadero; y que así como de las Sibilas por una tradicion muy generalizada, se hace frecuente mencion, y la poesía y la pintura cristianas las recuerdan en admirables frescos de iglesias de Roma, y en el magnífico himno de los muertos, en aquel verso:

*Teste David cum Sybilla,*

así Orfeo, cuya estatua tenía el emperador Alejandro Severo en su *lararium*, con las de Cristo, Abraham, Alejandro Magno y Apolonio de Tiana representa en el paganismo algo que puede aplicarse sin violencia al pensamiento cristiano. Orfeo, con la lira, atrayéndose las fieras, figuraba para los cristianos, dice Bosio, á Cristo, que con la lira de su

cruz y los méritos de su pasión, y con el canto de su divina palabra, mudó los corazones empedernidos de los hombres, libró las almas de la muerte eterna y se atrajo el mundo todo. David es llamado *Orfeo* por muchos autores cristianos; y nuestro gran Calderon dió el nombre de *Orfeo divino* á una de sus más bellas composiciones dramático-religiosas.

○ Así han de entenderse los demas asuntos que ofrecen alguna remota reminiscencia pagana. La pintura es un lenguaje: el lenguaje ha menester signos: y así como el cristianismo no mudó el diccionario latino y griego, que encontró hechos, así el arte no improvisó otro sistema, ni se creó desde el primer día un lenguaje exclusivo, contrario ó diferente del que en el mundo prevalecía. Si representaba las almas humanas en forma de mujeres veladas, que un ángel conducía á la presencia de Dios, bien se concibe que el conjunto del cuadro tuviera algun parecido con el Mercurio, que guiaba las almas por la fácil bajada del Averno, como decia Virgilio. Que el tipo del pastor llevando la res á la espalda fué conocido en los buenos tiempos del arte griego, lo acredita una obra del escultor Calamides, existente en la Beocia, cuando Pausanias escribia; si queremos ver una especie de descripcion, traída al latin, de aquella estatua célebre, fijémo-

nos en los versos de una égloga de Calpurnio, poeta pagano, que dicen:

*Te quoque non pudeat cum serus ovilia vises  
Si qua jacebit ovis, partu resoluta recenti,  
Hanc humeris portare tuis.*

Tibulo, muy anterior á Calpurnio, en otra égloga expresa la misma idea: ¿á qué fatigar-nos? Desde que existen pastores en el mundo, y los hay desde Abel, ha debido haber ovejas llevadas á la espalda. Pero que este hecho sencillo y patriarcal, que esta figura de todos los tiempos fuera objeto de una parábola sublime y símbolo de una religion de amor, no lo sabian los antiguos, que esculpian la estatua y que escribian los versos: supiéronlo pronto los primeros cristianos, y en los muros de todos sus cementerios y de sus oratorios, y en los cálices y en los ornamentos, reprodujeron la tierna imágen del Buen Pastor, poema abreviado de la redencion de las almas, que Tertuliano veia ya en todas partes. Si el artista cristiano, al pintar su Buen Pastor, bien distinto en las significaciones, ya que no en la material figura, del pastor del arte antiguo, introdujo, como una reminiscencia artística, las cuatro estaciones, fuerza es convenir en que adivinaba las más elocuentes páginas de Tertuliano, de Orígenes, de San Ambrosio,

San Agustín, San Cirilo, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, que en el curso de las estaciones explican el misterio de la vida y de la muerte, y la resurrección y el juicio.

## XV.

El arte cristiano de las Catacumbas aceptó del arte pagano aquello que no perjudicaba á su sentido; tradujo á su doctrina lo que halló traducible de la antigüedad: la creación de tipos, difícil siempre, lo era mucho más en el estado de angustia y en las precarias condiciones de existencia de los moradores de las Catacumbas. Los asuntos del Antiguo Testamento más repetidos en la Roma subterránea son: Adam y Eva: Cain y Abel: Noé en el arca del diluvio: el sacrificio de Abraham: Moisés tocando en la roca con su vara, ó recibiendo las Tablas de la Ley: David con la honda en la mano: Jonás, Daniel, los tres hebreos en el horno, Elías, Job y Tobías. Del Evangelio, pintaron con preferencia los cristianos de las Catacumbas, además del Buen Pastor, tan repetido, y de las imágenes de Jesus y de María, los cuadros siguientes: el Niño-Dios en el regazo de la Virgen, recibiendo la adoración de los Magos: Jesus sentado en-

medio de los doctores, ó en medio de los discípulos, ó con los doce Apóstoles, ó solamente con San Pedro y San Pablo: la multiplicacion de los panes: la cura del paralítico: el Salvador dando la vista al ciego, y la Resurreccion.

El signo de la cruz no aparece sino disimulado ó velado, ya en forma de X (cruz de San Andres), ya cubierta de rosas y piedras preciosas (*crux gemminata*), hasta la época de Constantino: en los primeros siglos, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, al decir de San Pablo, hubiera sido objeto aterrador para los neófitos y señal muy cierta para los perseguidores.

Ni la cruz, ni los tormentos de la pasion de Jesucristo: ni los de los mártires, se ven pintados en las Catacumbas. ¡Admirable y generoso instinto de los primeros cristianos! Como la epopeya no se escribe en los dias de los héroes, así los grandes combates de la fe tambien se omiten en los cementerios y en los santuarios de la primitiva Iglesia. Aquellos valerosos atletas de la verdad sufrían el martirio, no lo pintaban: hubieran creído acaso, que pintado era exhalar un grito de dolor, ó escribir un papel perenne de acusacion; y los cristianos ni se quejaban ni maldècian. Al desenvolverse con tosca, pero piadosa mano, en las

oscuras paredes de las Catacumbas los símbolos y los misterios de su creencia, sólo pensaban en el triunfo, en la paz, en la beatitud; sólo atendían á presentar ante el corazón y la vista de los neófitos y de los catecúmenos las risueñas esperanzas, las grandes consolaciones del espíritu, nunca las flaquezas del cuerpo, que sucumbe, ni los horrores de la sangre y de la muerte: si eligen con preferencia determinados asuntos del Antiguo Testamento, es porque en ellos aquel martirio puede estar indicado, el triunfo es evidente: el fuego no quema á los niños hebreos, los leones no devoran á Daniel, el mar no se traga en sus abismos á Jonás: el martirio del fuego, de las fieras y del agua está, como hemos dicho, indicado; pero no se ve á San Policarpo, obispo, carbonizado en el horno; ni á San Ignacio, arrojado á los leones en el anfiteatro; ni á San Apolonio, sumergido en el mar con una enorme piedra; han de pasar muchos siglos antes de que en el muro circular del templo de San Estéban, sobre el Celio, se ofrezca el recuerdo conmovedor de éstos y otros bárbaros suplicios.

Los pintores de las Catacumbas, obedeciendo á un espiritualismo que rodea y envuelve como pura nube el nacimiento del arte cristiano, huyen toda representación de la verdad

física de los dolores humanos, y como si fuera de las Catacumbas, á dos pasos, en su recinto mismo muchas veces, no rugiese la cólera de los perseguidores, y no se acrecentara cada dia el número de los mártires, ellos se emplean tan sólo en orar con el pincel y en dar vida á ideas plácidas, tranquilas y venturosas. Bien lo demuestran los asuntos que hemos citado del Antiguo y del Nuevo Testamento: otras figuras de ménos importancia, los accidentes, los adornos, todo obedece al pensamiento mismo. Flores, guirnaldas, follaje, pámpanos, racimos de uvas, vasos y canastillos; tales son los objetos, simbólicos todos, que se ven con profusion á los lados y encima de las figuras principales: seres vivientes, aquí y allí figurados, encierran á su vez significaciones que los Bossios y los Boldetti y los Marchi descifran, nuevos Champoliones de jeroglíficos sagrados, con la misma facilidad que si leyeran en un libro escrito ayer por el más docto académico.

La paloma con el ramo de oliva, es la paloma de Noé, la dulce mensajera de la esperanza, símbolo á la vez de la mansedumbre y de la pureza, mística representacion del Espíritu Santo: el pavo real, el ave consagrada á Juno, que el paganismo eligió para símbolo del apoteósis de las emperatrices, entre los



cristianos tiene la significacion de la torpe vanagloria: el pez significa el hombre regenerado, el cristiano, producto del agua de la gracia; el áncora es la fe, la salvacion; el cipres es la virtud y la incorruptibilidad; la palma es el martirio y el triunfo; el rio de los siete cauces ofrece la enseñanza de los siete sacramentos; la copa de vino y el maná del desierto se refieren á la Eucaristía. El bautismo, la confesion, la resurreccion, la inmortalidad del alma, todo está expresado con sencillo, pero profundo simbolismo, en los frescos de las Catacumbas. En ellos desenvolvió el arte cristiano un cuadro completo de la historia religiosa, un admirable catecismo de las verdades evangélicas.

Los artistas de la Roma subterránea ofrecian á la edificacion de sus hermanos las páginas y los ejemplos de la doctrina que conduce al puerto de eterna paz: ¡con qué sentimiento de fervor supieron representar la plegaria en la actitud reverente y en los brazos extendidos, de hombres en quienes se lee la predestinacion al martirio, de mujeres en cuya frente brilla como corona de luz la castidad!.....

Con justicia, muy desde el principio, los santos Padres y los Pontífices proclamaron la utilidad de las imágenes pintadas. San Basilio

decia: «Lo que las palabras enseñan por induccion, la pintura, callando, lo enseña por imitacion;» y el Papa San Celestino, á principios del siglo v, mandaba cubrir su cimiterio con pinturas sagradas.

—¿Y la prohibicion del concilio de Elvira? pregunta ya con voz débil y rendida el racionalismo, que es eco del protestantismo, que á su vez lo habia sido de Leon Isáurico. La prohibicion del célebre concilio español (año 305) estaba, en efecto, concebida en estos términos precisos: *Ne quod collitur et adoratur in parietibus depingatur*. El concilio de Elvira fué uno de los más grandes acontecimientos de los primeros siglos de la Iglesia; es al mismo tiempo una de las más insignes glorias de España.

Pero el concilio Iliberitano no fué general, como el de Nicea, que á poco se verificó; ni su prohibicion de pinturas murales puede entenderse en sentido absoluto, antes bien ha de considerarse como un gran rasgo de prevision de aquella sabia y santa asamblea; no parece sino que el gran Osio y sus hermanos venerables oian desde el mediodía de España el ruido de la tempestad que en Roma se desencadenaba contra los cristianos. La décima y más horrible de las persecuciones, la de Diocleciano y Galerio, duró siete años, desde 304 al 311.

¿Qué extraño es que entónces, donde habia como en España iglesias públicas, se prohibiesen las pinturas murales, para evitar la profanacion y la ruina? ¿Qué extraño es que se introdujera en su lugar el uso de las pinturas *dípticas*, tablas portátiles que se doblaban y reducian á poco tamaño, para trasportarlas y ocultarlas fácilmente? La prescripcion prudente del concilio de Elvira no podia alcanzar, bajo concepto alguno, á las capillas subterráneas y á los muros recónditos de las Catacumbas de Roma. El concilio segundo de Nicea, que condenó la herejía de los iconoclastas, y la carta del Papa Adriano al emperador Carlo-Magno, serán siempre, aparte de su gran importancia en otro orden más elevado, monumento de vital interes para la historia de las artes.

Es una observacion por demas curiosa: el cristianismo, casi desde su nacimiento, contrajo en Roma estrechísima alianza con la pintura, el arte expresivo por excelencia, y le confió el cuidado de consignar sus pensamientos más delicados y sus más íntimas predilecciones. El arte, obedeciendo á la ley misteriosa de tan dulce pacto, se inauguró en las Catacumbas, reproduciendo la más poética de las figuras que se habian dejado ver en el drama de la Redencion; pintó á la Virgen en un ce-

menterio que cae al otro lado de la Vía Nomentana. La Virgen del cementerio de Priscila es la más veneranda manifestacion del arte de las Catacumbas: es el monumento que enlaza las tradiciones artísticas de dos mundos; los últimos colores de la paleta greco-romana sirven, seguramente, para la primera figura del arte puramente cristiano. Su estilo es eminentemente clásico: la belleza del tipo, la dignidad de la actitud y del gesto, la anchura y majestad de las formas, la franqueza del pincel, la especial manera de los paños, y aún la túnica misma, declaran la época del apogeo imperial, los días de vivo, aunque pasajero esplendor para las artes en Roma: las facciones tienen la firmeza, la seguridad, la calma de los modelos antiguos, y al mismo tiempo, á través de aquellos ojos grandes, rasgados y dulces, irradia el alma cristiana con el presentimiento de sus destinos inmortales: el candor y la pureza transfiguran visiblemente á la matrona en *madonna*. La frente, estrecha y baja en los bustos de las Julias y de las Popeas, se levanta espaciosa y serena, como espejo de nobles pensamientos, coronada por dos trenzas de oro, que han tejido las manos de los ángeles. El arte cristiano, en la hora de su nacimiento, hace una llamada leal á la naturaleza y traduce la majestad del misterio con

los mejores rasgos de la hermosura; señala con amor las bellezas de la idealidad y acepta sin escrúpulo las bellezas de la realidad viviente. Esta Virgen se parece á todas las mujeres, y sin embargo, ninguna mujer inspira tanto respeto. La pintura ha tocado en el ápice de la belleza moral, acumulando en derredor suyo todos los encantos de la belleza sensible. El Niño Jesus, á su vez, aparece animado con una suavidad de movimientos y una espontaneidad de intencion, que determinan la auro-ra de un mundo hasta entónces ignorado. En presencia del Verbo, que acaba de nacer, el hombre siente que la fatalidad está para siempre aniquilada, y que la luz de la libertad dora ya los horizontes de la vida. Al ver aquel Niño tan tiernamente unido al seno de su Madre, y que al mismo tiempo vuelve graciosamente su cabeza como para mirar á los hombres y llamarlos, el pensamiento se fija sin querer en Rafael de Urbino, y la chispa eléctrica del sentimiento artístico alumbra instantáneamente con la misma claridad los confines apartados de catorce siglos.

A partir de este cementerio de Priscila, contemporáneo de los apóstoles, la peregrinacion por las Catacumbas es un verdadero curso de historia de las artes, señaladamente de la pintura en el espacio de cuatrocientos años. Y no

es tan sólo la historia de las artes lo que el filósofo halla escrito en los muros y en las capillas de aquellos tristes subterráneos. Si de la historia de la humanidad y de la civilización es capítulo principal la varia suerte de la mujer, allí están trazadas también las páginas más importantes de esa historia; que el ser la Virgen la primera figura en que el arte cristiano se emplea, bien anuncia la exaltación de todo el sexo: si con la mujer del Paraíso, la mano del dolor escribió la tragedia universal, con la mujer de Nazareth y con las mujeres de la Catacumbas toda la poesía de todas las artes se complace en formar la epopeya de la gloria.

La orante del cementerio de Calixto que se guarda en el Vaticano, con sus cabellos tendidos, su blanca túnica y su *estola* verde recamada de púrpura, es una musa metamorfoseada en santa; de aquellas manos que se levantan al cielo como señalando el camino de la oración, parece que se han escapado el plectro y la lira: en aquel semblante y en aquellos labios hay una emoción indefinible, que el arte griego no hubiera sabido expresar; algo que confina entre el espanto y el amor, entre el dolor y la esperanza. Positivamente la vida del alma sucede á la vida de los sentidos: compárense estas dulces figuras de las Cata-

cumbas con las aéreas danzatrices ó la vendedora de amores de Herculano y de Pompeya, y luégo al punto se verá, bajo la aparente semejanza de los colores, el abismo que se ha abierto en los dos mundos. Aquellas orantes, son quizá representacion, tal vez retratos, de las heroínas cristianas de los primeros siglos, hermosuras predestinadas que oraban y sufrían en la Roma de tierra, rehabilitando su sexo de tanta deshonra y degradacion como en la Roma de mármoles acumulaban las Mesalinas y las Agripinas.

En el primer siglo, Flavia Domitila, de estirpe imperial, sobrina de Claudio, coronó en las llamas el martirio de su vida; Petronila, la hija espiritual de San Pedro, brilló como una estrella entre los apóstoles; Tecla, convertida por San Pablo, fatigó los suplicios y desconcertó á la muerte; en el siglo II las Práxedes y las Pudencianas y las hijas heroicas de Sofía elevan á supremo grado el culto de la mujer. En el siglo III, nombres como el de Cecilia y Victoria y Águeda y Prisca y Susana y Martina llenan con resplandores del cielo los ámbitos ensangrentados de las Catacumbas; en el IV la vírgen Inés constituye por sí sola un poema.

En buen hora los espíritus ligeros busquen la historia de la mujer en el asqueroso libro de

los repudios romanos, ó en las abominaciones y en la esclavitud de la tierra de Oriente. Para las mujeres, en cuyo regazo de madres ó en cuyos ojos de amadas, reposa blandamente el corazón de los hombres que lo tienen, es más dulce ejecutoria la oscuridad de las Catacumbas que las orgías del Palatino de Roma ó de los jardines de Bizancio. La mujer es libre y digna, y hasta soberana en los cultos tiempos presentes, porque fué sufrida y valerosa y mártir en los tiempos borrascosos de la persecucion: cuando los Calígulas y Nerones, y luego los Eliogábalos, morían cobarde y miserablemente, recibiendo como de limosna la puñalada de un esclavo, las Priscilas y las Lucinas y las Ciriacas conquistaban para sí y para sus hijas el trono de la ternura y del honor, único en que reina por completo la majestad de la hermosura.

La decadencia artística del siglo III, que hiere de incurable sequedad las producciones del mundo pagano, no alcanza del todo al arte cristiano, que logra hasta cierto punto sustraerse á las influencias corruptoras, pronunciarse contra ellas y por una difícil subida hácia el primitivo centro de luz, vislumbrar aún los caracteres de grandeza y de austeridad, que son alma de todos los buenos tiempos, porque á todos pertenecen.



La Virgen sentada con su Hijo, en el cementerio de Domitila, sirve admirablemente para este estudio comparativo de las épocas: en vez de la nobleza y de la elegancia que á fines del siglo primero ofrece la Virgen del cementerio de Priscila, en vez de aquellas ropas ligeras y de los pliegues graciosos que envuelven el cuerpo, sin borrar las formas, descúbrese ya la naturaleza como avergonzada de la culpa, la naturaleza que se afea de propósito, los adornos que huyen, la gracia que se esconde. El niño resulta inmóvil, y á la desnudez infantil y cándorosa del primero, reemplaza, en este segundo cuadro, una prosáica vestidura que vela por completo las formas: el cristianismo se desprende de su primitivo amor á la verdad real; empieza á ver con enojo, ó á lo ménos sin complacencia, la hermosura de los seres creados: la verdad positiva cede á la verdad convencional; el arcaismo tiende á sustituir al arte; lo que formó el encanto de los primeros cristianos cae como marchito y helado por un soplo, que no es del cielo; parece que la muerte quiere suplantar á la vida, y que el ídolo quiere destronar á la Divinidad: el Niño-Dios, vestido y cubierto hasta el cuello, coronado con diadema, ya no es la humanidad deificada, ya no es el hombre hecho Dios: es una especie de emperador pe-

queño, diríase un mito. La Virgen, sin embargo, conserva casi todos los encantos de su primitivo carácter: si la figura es maciza y pesada, y el ondular de las ropas monótono y casi geométrico, los rasgos del semblante tienen regularidad y nobleza, y en su conjunto majestuoso é imponente percíbese aquel tono de profunda melancolía, que es el sello genuino de la belleza cristiana.

A medida que más avanza en la decadencia el arte pagano, más valerosamente se defiende y avanza en su reaccion el arte de las Catacumbas. Compárense los frescos que el pincel de los mártires producía, casi á oscuras, en los fines del siglo III, con los bajo-relieves que á plena luz esculpian los artistas del imperio en la Columna Antonina y en el Arco de Septimio Severo, y se verá cuán grande es la diferencia á favor de las obras animadas por el espíritu nuevo. La Virgen del cementerio de San Marcelino, posterior á la del de Domitila, es más esbelta, más flexible, más elegante: tendrá ménos opulencia en las formas, ménos solidez en los rasgos; pero ostenta mayor franqueza en la ejecucion, mayor dominio del pincel, y aquella dulce espontaneidad á que el arte de allá arriba, cautivo de la idolatría y del despotismo, habia de largo tiempo renunciado.

Cuando, apartándose más y más de la naturaleza y de la verdadera antigüedad, el arte oficial en Roma llegó al último grado de impotencia y postracion; cuando en los días de Constantino, abandonadas ya las tradiciones del mundo clásico, las insensatas suntuosidades del extremo Oriente lo invadian y lo ahogaban todo, y tan solo las sutilezas de la escuela de Alejandría luchaban contra la tiránica imposición del gusto del Asia, para dar vida al estilo bastardo y doblemente degenerado que se llama estilo bizantino, la escuela cristiana velaba en las Catacumbas: el arte, fiel á su alianza con el cristianismo, suspiraba con su aliado en los subterráneos, vivía allí como una lámpara solitaria, que no tarde ha de alumbrar los espacios: en las Catacumbas protestaba, en la medida de sus fuerzas y de sus medios, contra el amor de lo extravagante, que lo corrompía todo en la otra Roma.

La historia gloriosa de esta lucha y de esta valerosa protesta hay que estudiarla en el cementerio de Santa Ines. ¡Qué interesante estudio este de las Catacumbas, en sus relaciones con el arte y con la humanidad! Allí solamente se ven las fases principales porque ha pasado la pintura antigua, hecha cristiana, en oposición constante con las grandes caídas del

mundo oficial, y arrastrada al fin, á pesar de sus esfuerzos para defenderse contra el poder de la decadencia. En cada una de estas etapas puede verse, como símbolo de la esperanza y de la vida, la Virgen imprimiendo sobre la aurora de la sociedad nueva una armonía divina, y la mujer, tomando en la sociedad como en el arte, una importancia creciente y un influjo decisivo. El Evangelio, despues de tres siglos de luchas, habia hecho aceptar la igualdad gloriosa del hombre y de la mujer, rechazada brutalmente por el mundo antiguo. Dios, concentrando en una sola criatura el doble ideal de la virginidad y de la maternidad, á la vez misma que dió á la mujer el modelo de todo lo grande y lo perfecto en una y otra esfera, así dió á los artistas el eterno tipo de la hermosura en las dos más altas manifestaciones del sentimiento y del amor.

## XVI:

Si de la pintura pasamos á la escultura, idénticas observaciones nos sugerirán los monumentos de las Catacumbas.

La escultura habia encarnado más que la pintura en la sociedad romana. Esta poseia, no solamente los millares de objetos traídos

de Grecia, sino muchos más labrados en Roma, ya por artistas nacidos en las siete colinas, ya por maestros griegos atados también al carro de los conquistadores. El lujo de las estatuas y de los bajo-relieves habíase hecho tan excesivo en los tiempos del imperio, que ya la sátira y el epigrama daban cuenta de la población de simulacros de mármol, que podía igualarse en número con la población de los vivientes. Sobre todo, en los días de Adriano, el arte de la escultura llegó á un apogeo, que no parecería creíble á no estar todavía en pié la columna de Trajano, y en los museos una buena parte de las estatuas de Tívoli.

En la república y en el imperio los sepulcros fueron objeto principal de la ostentación de los romanos: á escultores y arquitectos daban que trabajar los muertos tanto como los vivos. César tuvo que reprimir, por medio de una ley suntuaria, la enormidad de los gastos que las familias hacían en los sepulcros; así y todo, prestando aquéllas á la ley una obediencia puramente literal, hicieron sepulcros ménos costosos, pero al lado de cada sepulcro solían levantar un *monumento* magnífico, como para suplir y aún sobrepasar la grandiosidad que en la tumba misma les estaba prohibida. Sepulcros de primer órden, como el de Cecilia Metela, mujer de Craso, la pirámide de

Cestio, el Mausoleo de Augusto; sepulcros aislados, como los innumerables que bordaban las vías públicas: sepulcros colectivos (*Columbaria*), donde iban depositándose las cenizas de muchos individuos de una familia; todos eran objetos de arte, todos constituían parte muy considerable de la gran riqueza escultural y mármorea de la Roma de los Césares.

Bien se comprende que los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia poco habían de necesitar y emplear el lujo de estas ricas sepulturas; ellos, que apenas tenían libertad y holgura para depositar sus muertos en los humildes *lúculos* de sus cementerios subterráneos. Los escultores romanos y greco-romanos, aquellos que tenían sus talleres en los Jardines de Agripa, y trabajaban sin cesar para los palacios de los poderosos, de nada estaban más ajenos que de emplearse en sepulcros para los cristianos, y mucho ménos en esculpir asuntos concernientes á su religion: escultores, entre los primeros fieles de las Catacumbas, no es verosímil que abundasen, y aún dado que hubiese alguno, faltábanle todas las condiciones y recursos, y hasta luz para emplearse en la difícil labor de la piedra. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la escultura fué, de las bellas artes, la más pagánica, la más identificada con las falsas religiones:

exaltadora de la materia, llevando casi á culto la hermosura tangible, la perfeccion de la forma, habia de lograr más difícil y tardío ingreso en un orden de ideas elevado y espiritual, en una religion que sólo estima el cuerpo como cárcel, en que el alma está temporalmente cautiva, como frágil vaso de tierra, que á la tierra ha de volver.

Pero si los cristianos de los primeros siglos carecieron de escultura propia, á diferencia de lo que hemos observado respecto de la pintura, no puede negarse que en aquel arte, mucho más que en éste, utilizaron monumentos de la antigua Roma, en especial para sepulturas. Sarcófagos vacíos y abandonados en tiempo del imperio, con motivo de las guerras ó por extincion de las familias: lápidas, urnas cinerarias, fragmentos de sepulcros, todo esto recogian los cristianos para decorar las tumbas de sus mártires más venerados, para aplicarlo á utensilios necesarios de sus capillas y oratorios: así se explica ver una urna de mármol ó de pórfido sirviendo de pila de agua bendita, ó de lavamanos ó de cepillo para las limosnas; la cubierta de un sarcófago para fuente bautismal, y multitud de tumbas de mármol, con bajo-relieves mitológicos, guardando los restos de insignes personajes cristianos.

Los museos Vaticanos y de San Juan de

Letran, y las Basílicas y las iglesias de Roma, ofrecen en gran abundancia monumentos de esta clase. El hermoso sarcófago que se conserva en Santa María Aventina, otro en San Lorenzo fuera de muros, el de la ilustre capilla de Savelli, en Santa María de *Araceli*, uno hallado en el cementerio de Santa Inés, el del pórtico de San Pablo, los del cementerio de Pisa..... Sería interminable el catálogo: estos sarcófagos, repetimos, en cuyos bajo-relieves de varias épocas se leen, como en cantos de la *Odisea* ó de la *Encida*, fábulas de la gentilidad y escenas báquicas, sirvieron en los primeros tiempos para depósito de cristianos en sus más altas jerarquías: y no fué esta costumbre de los cristianos de las Catacumbas, sino que duraba algunos siglos despues. Un sepulcro romano, que representaba el robo de Proserpina, guardó los despojos mortales de Carlo-Magno.

Si, pues, los cristianos hicieron uso en los primeros tiempos de muchos sepulcros antiguos, no hay por qué maravillarse de que aceptaran su forma y la disposición de sus adornos en los sarcófagos que más adelante, y en días ya de paz, labraron para sus muertos. Las observaciones que hicimos respecto de la pintura, son aplicables á la escultura. Los cristianos no podían inventar un arte nuevo, ni siquiera



un nuevo lenguaje figurado, para expresar ciertas ideas generales de la humanidad: aceptaron, pues, del arte pagano todo lo que, sin comprometer en lo más leve los fueros de la creencia verdadera, podia servir para ofrecer á los ojos de la razon, lo más fácilmente que fuera posible, la enseñanza que se proponian difundir.

El asunto principal de los bajo-relieves diferirá por completo: á las fábulas de Endimion y de Proserpina, y á los trabajos de Hércules, van á reemplazar las más interesantes figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento; pero en la ornamentacion, en los pormenores, aparecerán en los sarcófagos cristianos, cual eco remoto de las creaciones paganas, ciertos emblemas dotados ya de significacion mística, que en otros tiempos no pudieron tener. Los ángeles con alas de los sepulcros cristianos, revelan un orden de espíritus, cuya nocion, quizá alterada por la idolatría, como tantas otras del monoteismo hebraico, produjo los genios alados de los gentiles. El caballo representa el curso rápido de la vida; el ciervo es figura del alma desterrada y sedienta, que busca la fuente de la bienaventuranza.

La influencia del cristianismo en la escultura tenía que ser por demas sensible, siendo ésta, como hemos dicho, el arte más pagana,

y teniendo entónces por principal elemento la forma, que es elemento secundario de la estética cristiana.

Limitada en un principio al bajo-relieve, sirvió la escultura tan sólo á los fines de la ornamentacion, pero apartándose ya del realismo pagano, é imprimiendo en sus figuras el reflejo, cuando ménos, de un sentimiento de personalidad, que en vano buscaríamos en las obras del arte antiguo: rudos, secos, los personajes vestidos de la escultura cristiana, despiertan, sin embargo, ideas de un órden más elevado y varonil que la desnudez pulida de los atletas griegos y de las divinidades romanas.

En el órden cronológico, y áun en el órden de la importancia artística de la escultura cristiana, pueden citarse, y tambien ponerse en competencia con los buenos sarcófagos paganos, los cristianos de Junio Baso, y de Probo y Proba, que estuvieron en las antiguas grutas Vaticanas, y alcanzan por su antigüedad al siglo iv. El primero de estos monumentos, largo doce palmos y alto seis, de mármol pário, ofrece en su parte anterior, en diez cuadros separados por columnas corintias, y divididos en dos órdenes de á cinco, otras tantas historias del Antiguo y Nuevo Testamento, en las cuales, la composicion, las figuras, los adornos, todo pertenece al arte cristiano, y todo

declara un destino de evidente progreso, respecto de las obras paganas, en aquella edad de visible decadencia para la escultura, en que el arte sólo ofrecía obras como los bajo-relieves (no prestados) del arco de Constantino. El sarcófago de Probo y Proba, largo más de diez palmos y alto cerca de cuatro, estaba esculpido por todos sus lados: en el anterior, ó principal, puso el artista en cinco compartimentos, divididos por columnas retorcidas, diez figuras de Apóstoles y Evangelistas; y en el centro, entre San Pedro y San Pablo, á Jesucristo, figura jóven é imberbe, con cruz ornada de joyas en la mano: el estilo y la ejecucion de este precioso monumento del arte cristiano, exceden acaso en pureza, y sobre todo en la bien entendida disposicion de los paños, al otro de Junio Baso.

La Cueva de Belen y la Adoracion de los Magos; la entrada en Jerusalem y varios milagros de la vida del Salvador, por lo que respecta al Evangelio; el sacrificio de Abraham; Moisés en la roca; el paso del Mar Rojo; la marcha por el desierto; la vision de Ecequiel, y muchos otros del Antiguo Testamento, son los asuntos con preferencia esculpidos en los sepulcros por los artistas cristianos. En las modestas piedras *tumbales*, ó lápidas de las sepulturas, solian tambien grabar, pero con ménos

esmero, alguno de los símbolos de la doctrina evangélica; la paloma, el áncora, la palma, figuras alegóricas que se veían asimismo en las numerosísimas lámparas de tierra cocida con que alumbraban los vastos subterráneos de las Catacumbas. Multitud de estos objetos preciosos se guardan en la Biblioteca Vaticana y en San Juan de Letran. Las inscripciones sacadas de las Catacumbas ocupan galerías enteras. La inmensa del Palacio Vaticano, que conduce al Museo de escultura, es una de las más ricas curiosidades históricas y arqueológicas de la Ciudad Eterna. Ya en otra ocasión lo dijimos. El muro derecho, entrando, está lleno de lápidas y de urnas y de sepulcros del paganismo; el izquierdo está lleno de monumentos cristianos: es aquel un gran libro, que merece algunos días y aún algunos meses de estudio.

## XVII.

La epigrafía funeraria de los cristianos es, á los ojos de la buena crítica, más admirable, si cabe, y más fecunda en enseñanza que sus pinturas y sus esculturas. Los paganos habían llevado hasta la exageración y hasta la ridiculez los *elogios* sepulcrales. En los tiempos

de la República, un renglon, una noticia ligera, solian constituir todo el epitafio: «Á Cecilia, hija de Q. Metelo el Crético, mujer de Craso», se leía tan sólo en el célebre monumento redondo de la Via Apia.

Pero á medida que las costumbres variaron, y que el lujo invadió todas las clases sociales, y que la ampulosidad rodia tomó posesion de las regiones del arte, el buen gusto literario fué tambien degenerando: entre la lengua del vulgo y la lengua de los oradores poetas habia un abismo: si los autores dramáticos no lo comprobaran por medio de alguno de sus personajes, lo demostraria el simple examen de una multitud de inscripciones, que, merced á los coleccionistas eruditos, han sobrevivido á los monumentos en cuya frente estuvieron.

Los epitafios paganos se reducen á elogiar desmesuradamente al difunto, ó á burlarse de la muerte y de los vivos con una impudencia escéptica, que da frio y espanto. «Cuando estoy en la ciudad, decia un galo en tiempo de Augusto, y cuando me paseo en el Foro y en las Basílicas, no oigo hablar sino de divorcios, de adulterios, de repudios, de padres duros y crueles, de hijos ingratos y perversos: cuando paseo por entre las tumbas, no veo en los epitafios más que maridos excelentes, esposas

incomparables, mujeres adoradas, padres modelos de todas las virtudes, que dejan acá en la tierra una familia inconsolable.» La observacion del galo es exactísima: es una pintura abreviada de la sociedad romana.

Gruter, en su obra *Corpus inscriptionum*, cita un epitafio latino, que merece ser traducido como muestra de decadencia y aún de extravagancia.

«Honrad á las almas santas. Monumento consagrado á los dioses Manes. Furia Spes á L. Sempronio Firmo, mi muy amado marido. Desde nuestra más tierna juventud un lazo de amor se formó entre nosotros. Poco he vivido con él; cuando el tiempo debía habernos visto siempre unidos, una mano cruel nos ha separado. Yo os suplico ¡oh muy santos dioses Manes! que tengais bajo vuestra especial proteccion á mi muy caro marido, y que seais con él indulgentes, para que yo le vea durante las horas de la noche. Haced de manera que él persuada á mi destino para que me deje en libertad de volar pronto al lado del esposo por quien suspiro.»

Esta especie de memorial sensible de la viuda de Sempronio, no es por cierto un monumento literario; pero, al fin, no produce la impresion que este otro epitafio que traduzco de otra piedra, recordado por el mismo autor:

«Mientras estuve en el mundo viví todo lo mejor que pude: acabó mi comedia: la vuestra se acabará. Aplaudid.»

Lo admirable es, que esta losa cubria los huesos de una mujer de 67 años.

No puede negarse que en alguna ocasion sobre las piedras sepulcrales se esculpian pensamientos bellos. Marcial recuerda aquel que se leia en la tumba de una niña: «Tierra, no peses sobre ella; que ella bien poco ha pesado sobre tí.» El mismo Marcial compuso los epitafios de Pantomimo y de Glaucias, cuyos sepulcros estaban en la Via Flaminia.

### XVIII.

Pero ¡qué diferencia entre las más estudiadas y grandilocuentes inscripciones del paganismo, y las más sencillas de los moradores de las Catacumbas! En la epigrafiá pagana, ni un rayo de esperanza, ni una idea de consuelo; en la epigrafiá cristiana, apénas una idea de muerte; por todas partes la luz de la resurreccion. Cuanto más antiguos los epitafios cristianos, más breves: en los dias de la persecucion, y quizá por la multitud misma de los cadáveres, apénas si el *fossor* podia escribir el nombre, con el monograma de Cristo, y á lo

más una palma, ó la tosca indicacion de una paloma: así hay muchas piedras con una sola palabra: *Hilaria*, *Saturnini*: otras con un nombre y una sola frase: *Marcellina in pace*; *Theodorus in pace*; *Zoticus hic ad dormiendum*; *Filostorgus hic dormit*; *Dioscore, vive in aeterno*; *Faustina dulcis, vibas in Deo*.

Dejamos en su ortografía original estos breves epitafios, porque se vea de una parte la anarquía ortográfica de que con razon se lamentaban los gramáticos romanos, y de otra la condicion humilde á que pertenecian muchos de los artistas de las Catacumbas. Pero es la verdad que, incorrectas y mal escritas, como trazadas de prisa y quizá sin luz, estas inscripciones cristianas, en ellas se encierran ó indican las verdades fundamentales de la doctrina evangélica. *Ulpia, viva sis cum fratribus tuis*; hé aquí la idea de la bienaventuranza, en union con las personas queridas... *Dulcis anima, pete et roga pro fratres et sodales tuos*. ¿Qué importa que no estén en ablativo los últimos nombres y el pronombre? ¿Es ménos clara por eso la idea de la oracion de los muertos por los vivos, una de las más bellas y consoladoras de nuestra creencia? Sería interminable la tarea de citar epitafios cristianos dictados por la ternura filial, por el amor de los cónyuges, por la caridad del hermano y del amigo. En



casi todas esas lápidas hay la indicacion del estado y de la edad de la persona cuyos restos cubren; en algunas están grabados los instrumentos ó emblemas de la profesion que exerció; en las tumbas de los niños solian poner tambien los cristianos juguetes propios de la infancia, que ahora se conservan en los museos, y en el sepulcro de las mujeres, sus joyas y vasos de perfumes, de que tambien posee curiosos ejemplares la arqueología cristiana. Tan cierto es que los cristianos seguian la corriente de las costumbres antiguas, en todo lo que no afectaba á la esencia de su religion ni á los preceptos de su moral.

Hoy, de todos aquellos objetos, de todos aquellos sepulcros, de innumerables lápidas, y en especial de los cuerpos de los mártires, están despojadas las Catacumbas: su propia desnudez parece que aumenta los caracteres de venerable antigüedad que conservan aquellos subterráneos. Lugares de refugio y de martirio, ellos vieron á las primeras generaciones cristianas orar y sufrir; ellos recibieron la sangre de santos Pontífices, sacrificados al pié del altar; ellos vieron desarrollarse el culto y nacer el arte: lugares de eterno descanso, ellos guardaron en sus millares y millares de sepulturas los despojos queridos de los primogénitos en la fe, de nuestros padres en el san-

to parentesco del bautismo: lugares de peregrinacion, ellos en los siglos que siguieron á la paz de la Iglesia, y despues en los dias de grandes angustias para la cristiandad, han recogido las plegarias de varones santos, de siervos de Dios que, en vez de subir á la montaña, como Moisés, á pedir al cielo la victoria del ejército de Israel, bajaban á las Catacumbas á implorar el triunfo de la Iglesia, combatida por todas las legiones del genio de la soberbia: lugares una y mil veces santos, regados con sangre y lágrimas, ellos representan y representarán perpetuamente, en el espesor mismo de sus tinieblas, el más claro progreso, á pesar de su profundidad, la mayor posible elevacion del pensamiento y del alma, en medio de su pobreza, un tesoro mayor que todas las maravillas de la Roma imperial.

FIN DE ROMA

## XIX.

Y DEL CUARTO TOMO DE LAS OBRAS

La visita á las Catacumbas es para los soberbios una leccion elocuente, y es para los humildes un consuelo celestial.

Por muy contentos que veais á los viajeros que en un dia claro de invierno dejan la claridad ofuscadora de la Via Apia, para bajar al subterráneo de San Calixto, por muy libre-

pensadores y muy despreocupados que se muestren al comenzar la excursion, tened por seguro que en su pecho hay algo que oscila y late con desacostumbrado movimiento; que por su cabeza cruzan ideas de un órden que subyuga. La humanidad no es tan mala como parece, ni tan de tierra, que no sienta cierto frio al contacto de la tierra: para todos hay voces elocuentes en el silencio de las Catacumbas. ¿Quién no lleva en el alma las cenizas de algun recuerdo querido? ¿Quién no lleva algun epitafio escrito en el corazon?

FRASCATI, 18 de Agosto de 1869.

## FIN DE ROMA

### XIX.

#### Y DEL CUARTO TOMO DE LAS OBRAS.

La visita á las Catacumbas es para los perdidos una leccion elocuente, y es para los humildes un consuelo celestial.

Por muy contentos que veais á los viajeros que en un dia claro de invierno dejan la claridad olusadora de la Via Apia, para bajar al subterráneo de San Calisto, por muy líbr-



## APÉNDICE.

---

Deseoso el Sr. Catalina de hacer, no sólo curiosa é interesante, sino verdaderamente útil su predilecta obra, y en particular la parte que podemos llamar española en ella, logró se registrase con arreglo á sus instrucciones, en el archivo de Simancas, cuanto se encontrara conducente á nuestras relaciones con la córte romana y á negocios de interes para España; y sucesivamente obtuvo copias de los documentos que aparecieron comprendidos en su plan, no ménos que ciento y cincuenta y cinco. Parece que se proponia publicarlos, unos en extracto, y otros íntegros, segun su importancia, como apéndices de este libro. Daremos de algunos de entre ellos una ligerísima idea.

Muchos son relativos á negocios del Hospital de Santiago de los españoles en Roma; no pocos á la beatificacion de la que es hoy Santa Teresa de Jesus, y las de San Isidro, Santa María de la Cabeza, San Ignacio, San Pascual Baylon, Raymundo Lull, la reina doña Isabel de Portugal, etc. Los hay sobre el patronato del convento de franciscanos, de San Pedro *in Montorio*, fundado por los Reyes Ca-

tólicos; sobre el de Santa María la Mayor; sobre subsidios con que España contribuía para la edificación del templo de San Pedro en Roma; sobre compra de un palacio en Roma para morada de los embajadores de España, y establecimiento en él de un archivo de todo lo concerniente á nuestros intereses en aquella capital; sobre varias obras de arte que se ejecutaban en Roma para traer á España; proyecto de fundación de una Academia de Historia eclesiástica española en la capital del mundo católico, y de remediar la demasiada concurrencia de españoles allí, no todos de muy laudable conducta; proyecto que se maduraba, hasta el punto de estar redactado ya el reglamento de la corporación y de haberse obtenido el consentimiento del pontífice Benedicto XIV, por los años de 1747 y 48. Oficio de remisión firmado por el cardenal Acquaviva y Aragon, en Roma, á 16 de Enero de 1723, acompañando la lista de cuadros comprados para el Rey de España á los herederos de Cárlos Marati, pinturas que venían á España con dirección al Marqués de Grimaldo; son ciento veinte y cuatro, y aunque hay muchas copias, no faltan originales de Rafael, Julio Romano, el Correggio, Guido Reni, Andres del Sarto, los Caracci, etc. Una carta del mismo Cardenal, en 12 de Diciembre de 1722, al marqués de Grimaldo, relativa al socorro de mil doblones, mandado hacer á la Princesa de los Ursinos, y suspendido á consecuencia de su fallecimiento, en el intermedio desde la concesión á la llegada de los fondos. Otra copia de carta del mismo cardenal Acquaviva al di-

cho marqués, en 5 de Diciembre de 1722, refiriendo que el día anterior habia fallecido en Roma la Princesa de los Ursinos, á la edad de 79 años, de un catarro sofocativo, dando todas aquellas señas de cristiandad que corresponden á lo obrado en toda su vida. Comprende pormenores curiosos acerca de su testamento. Una carta del embajador D. Félix Cornejo, al Marqués, en la propia fecha, tambien relativa al fallecimiento de la Princesa, y su última voluntad; son de notar estas cláusulas en la comunicacion del Embajador: «sin »que las cercanías de la muerte y los actos de »católica que hacia la impidiesen que dejase, »sin delirio....., de hablar de España y de »Francia y de los conocidos que en una y otra »tenia.» Papeles relativos al establecimiento en Roma de una Academia española de pintura, por el año de 1680, y mal resultado del proyecto por los apuros del erario. Una muy curiosa representacion á S. M., firmada por el Arzobispo de Palermo en 16 de Setiembre de 1678, sobre mejorar la aplicacion de una pension de cuatro mil ducados que el Rey D. Felipe cuarto habia concedido á la Basílica Liberiana, vulgarmente llamada Santa María la Mayor; á continuacion de cuyo documento siguen otros papeles relativos al propio asunto. Papeles sobre la adquisicion en Roma de un precioso tabernáculo, obra que se decia ser de Miguel Angel, aunque sin concluir, con destino á la iglesia del real monasterio del Escorial; son del año de 1577. Carta muy característica del comendador mayor D. Luis de Requesens al secretario Antonio Perez, fechada en Roma

á 12 de Marzo de 1577, sobre la conveniencia de pensionar á un clérigo *ginoves*, por nombre Oberto Foglieta, para que escribiese, como lo solicitaba, la historia de las cosas de España en lengua latina. Á cuyo propósito dice el Comendador: «En España tiene S. M. tanta falta de hombres que escriban historias en latin y buen estilo, como Vmd. sabe; en Italia hay muchos agora que la escriben. Pero para que traten verdad en lo que nos toca, es menester pagallos..... sino véase cómo nos trató El Jovio, por no avelle comprado.» No carece de interes una carta de Philipo Archinto Vasiano á S. A. el Sermo. Sr. Príncipe (sin duda don Felipe), en 21 de Junio de 1540, desde Roma, en que hace relacion de algunas preciosas medallas antiguas que le tenia remitidas, ofrece otras y tambien algunas estátuas, y por de pronto acompaña doce de las primeras, con su puntual descripcion, por este órden: «La 1.<sup>a</sup> nel cartozzo segnata A., e di Faustina, delle piu diligente que se possino vedere, si della faccia, quanto de' capelli.....» Puede ser mirada, como curiosidad, una extensa relacion de cosas tocantes á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma. Finalmente, haremos mencion de un papel histórico en que se refiere desde su origen el estado que tuvo y tiene la archicofradía de la Resurreccion, compuesta de españoles residentes en Roma.

Sea la que se quiera la importancia de estos documentos, nos ha parecido conveniente reseñarlos así tan ligeramente para que conste su existencia.



# ÍNDICE ANALÍTICO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

## EL MONTE CELIO.

TRADICION.—HISTORIA.—MONUMENTOS.

	<u>Páginas.</u>
I..... Tradiciones del Celio.....	7
II..... Su historia.....	10
III..... Los monumentos antiguos.....	11
IV..... Construcciones cristianas del tiempo de Constantino.....	13
V..... Historia de la Basílica de San Juan de Letran.....	16
VI..... Reliquias.....	19
VII..... Parte de la antigua Basílica.....	20
VIII..... Parte de la nueva.....	22
IX..... Capillas Corsini y Torlonia.....	23
X..... Cuadro de Giotto y sepulcro de Martino V.....	26
XI..... Sepulcros, inscripciones y otros monumentos notables que con- tiene la Basílica.....	26
XII..... El Baptisterio de Constantino....	29
XIII. ... El Palacio de Letran.....	34

	<u>Páginas</u>
XIV.....	Reflexiones sobre el arte cris- tiano..... 36
XV.....	Monumentos del Museo Gregoria- no..... 44
XVI.....	Museo Cristiano..... 45
XVII....	Estatua de San Hipólito..... 46
XVIII. . .	Inscripciones cristianas..... 47
XIX.....	Mosaicos..... 49
XX. ....	Cuadros..... 52
XXI.....	La <i>Scala Santa</i> ..... 52
XXII....	El Obelisco Lateranense..... 54
XXIII. . .	Iglesia de San Gregorio..... 57
XXIV. . .	Capillas de Santa Silvia, San An- drés y Santa Bárbara..... 59
XXV....	Iglesia y convento de San Juan y San Pablo..... 64
XXVI. . .	Iglesia de Santa María <i>in Domi- nica</i> ..... 63
XXVII...	San Estéban <i>Rotondo</i> ..... 64
XXVIII..	Basilica de San Clemente..... 66
XXIX. . .	Iglesia de <i>I Santi Quatro Incoro- nati</i> ..... 68

## EL AVENTINO

### EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y EN LOS MODERNOS.

I.....	Origen de la palabra Aventino... 74
II.....	Tradiciones de esta colina..... 72
III.....	Reflexiones sobre el Aventino... 73

	Páginas.
IV..... Su historia.....	74
V..... Monumentos antiguos.....	78
VI..... Templo de Diana.....	80
VII..... El de la Libertad.....	82
VIII..... El de Juno Reina.....	83
IX..... Otros monumentos.....	84
X..... Biblioteca del Aventino.....	84
XI..... La bibliografía entre los antiguos romanos.....	85
XII..... Iglesia y convento de Santa Sa- bina.....	91
XIII. ... El Jardín de Santo Domingo y los antiguos jardines romanos....	94
XIV..... Iglesia y convento de San Alejo..	95
XV..... Otras iglesias del Aventino.....	98
XVI..... La de los Santos Nereo, Aquileo y Domitila.....	99
XVII.... San Sixto <i>in piscina</i> .....	102
XVIII. ... El Circo Máximo.....	104
XIX..... Su historia.....	105
XX..... Juegos que en él se celebraban..	111
XXI..... Ruinas del Circo Máximo.....	118
XXII.... Santa María <i>in cosmedin</i> .....	119
XXIII. ... Santa María del Sol y Santa Ma- ría Egipciaca.....	120
XXIV... La casa de Pilatos.....	122
XXV.... El puente <i>Rotto</i> .....	122
XXVI... Monumentos que desde él se des- cubren.....	123
XXVII... El Monte <i>Testaccio</i> .....	125

	<u>Páginas.</u>
XXVIII.. La Puerta Trigemina y el sepulcro de Cayo Cestio.....	126
XXIX... La antigua Basílica de San Pablo.	127
XXX.... La nueva. ....	131

## EL CAMPO MARCIO.

### LA CIUDAD ANTIGUA Y LA CIUDAD MODERNA.

I.....	El Campo Marcio.....	137
II.....	Monumentos antiguos.....	138
III.....	Espacio que comprendía el Campo Marcio.....	139
IV.....	El Circo Flaminio.....	140
V.....	Reseña histórica del teatro en Roma.....	141
VI.....	Teatro de Pompeyo.....	144
VII. ....	Teatro de Cornelio Balbo. ....	145
VIII.....	Teatro de Marcelo.....	146
IX.....	Noticias sobre la forma y construcción de los teatros romanos.....	147
X.....	Otras sobre las representaciones teatrales. ....	150
XI.....	Monumentos próximos al Teatro de Pompeyo.....	153
XII. ....	San Lorenzo <i>in Damaso</i> . ....	155
XIII. ....	Breve noticia del Teatro de Pompeyo.....	158

	Páginas.
XIV.....	Los pórticos..... 160
XV. ....	El de Octavia y los templos de Júpiter y Juno..... 160
XVI.....	Iglesias de <i>Sant Angelo in Pesca-</i> <i>ria</i> y Santa Gala..... 164
XVII....	San Ambrosio <i>della massima</i> .... 165
XVIII..	Pórticos de Filipo y de Octavio.. 165
XIX. ...	Varios templos paganos. .... 166
XX. ....	El Foro Olitorio y San Nicolas <i>in</i> <i>Carcere</i> ..... 167
XXI.....	El Templo de Apolo..... 169
XXII....	<i>Villa Publica</i> . .... 170
XXIII..	Los Jardines de Agripa..... 174
XXIV..	Sus Termas..... 172
XXV....	El Panteon..... 175
XXVI..	Santa Maria <i>ad Martyres</i> ..... 191
XXVII..	Sepulcros de artistas y persona- jes célebres..... 192
XXVIII..	Recuerdo del Quijote..... 196
XXIX...	Más sobre las Termas de Agripa. 198
XXX. ...	Plaza y fuente de la Rotonda.... 199
XXXI....	San Eustaquio <i>in Platana</i> ..... 200
XXXII...	San Carlos <i>a Catinari</i> ..... 201
XXXIII..	San Andrés <i>della Valle</i> ..... 201
XXXIV..	Palacio Massimi..... 202
XXXV....	Palacio Stoppani..... 203
XXXVI..	Termas de Neron..... 203
XXXVII.	Iglesia de San Luis de los france- ses y Palacios Giustiniani y <i>Ma-</i> <i>dama</i> ..... 206

	<u>Páginas.</u>
XXXVIII. Templos de Isis, Serapis y Minerva.....	207
XXXIX.. Iglesia de Santa María <i>sopra Minerva</i> .....	208
XL..... Biblioteca Casanatense y Plaza de la Minerva.....	211
XLI. ... Iglesias de Jesus y San Ignacio...	212
XLII. ... El Colegio romano y la <i>Sapienza</i> ..	214
XLIII... Plaza <i>Navona</i> .....	215
XLIV.... Hospital de Santiago.....	216
XLV.... Hospital é iglesia de Monserrat..	219
XLVI.... El Palacio <i>Farnese</i> .....	222
XLVII.. El Palacio <i>Spada</i> .....	224
XLVIII.. Santa María de la Paz.....	225
XLIX. ... <i>Chiesa nuova</i> .....	227
L..... Santa María <i>dell' Anima</i> .....	228
LI..... San Antonio de los Portugueses..	229
LII..... San Pantaleon.....	229
LIII..... Palacio Braschi.....	230
LIV..... Pórtico de Neptuno.....	231
LV..... Columna de Marco Aurelio.....	232
LVI..... Monte <i>Citorio</i> .....	235
LVII.... Mausoleo de Augusto.....	236
LVIII... El <i>Bustum</i> .....	240
LIX..... Varios sepulcros antiguos.....	241
LX. .... Puerta y plaza del Pueblo.....	242
LXI..... Iglesia de Santa María del Pueblo.	243
LXII. ... El Corso.....	245
LXIII ... Iglesias de Jesus y María, Santiago y San Carlos.....	247

LXIV....	La de San Lorenzo <i>in Lucina</i> ....	248
LXV....	La de San Marcelo.....	249
LXVI....	La de Santa María <i>in Via Lata</i> ..	250
LXVII...	Basilica de <i>Sancti Apostoli</i> .....	251
LXVIII..	Palacios del Corso.....	254
LXIX....	Plaza de Venecia y Palacio Colonna.....	256
LXX....	Sepulcro de Bibulo.....	257
LXXI...	<i>Via Ripetta</i> .....	258
LXXII...	Galería de cuadros del Palacio Borghese.....	259
LXXIII..	Iglesia de San Agustín y Biblioteca Angélica.....	260
LXXIV..	Plaza de España.....	261
LXXV...	La Via Condotti y los trinitarios españoles.....	262
LXXVI..	El Colegio de Propaganda y la Trinidad <i>di Monti</i> .....	263
LXXVII..	El Monte Pincio.....	266

## EL TRANSTEVERE.

I.....	Extension del Transtevere.....	274
II.....	Puente de <i>Sant Angelo</i> .....	272
III.....	El Mausoleo de Adriano.....	273
IV.....	Iglesias de Santa María Traspontina y San Miguel.....	276
V.....	El Campo Vaticano.....	277
VI.....	Isla Tiberina.....	279
VII....	Sepulcro de Numa.....	282

	Páginas.
VIII..... Iglesias de Santa Cecilia y Santa <i>María dell' Orto</i> .....	284
IX..... Hospicio de San Miguel.....	287
X..... Iglesia de San Francisco de Asis y <i>Basilica de Santa María in</i> <i>Transtevere</i> .....	283
XI..... El Puente Sixto.....	291
XII. .... El Monte Janiculo.....	292
XIII. ... Iglesia de San Pedro <i>in Montorio</i> .	294
XIV..... Punto de vista que desde allí se disfruta.....	296
XV. .... Fontana del agua Paola.....	301
XVI..... <i>Villa Pamphili</i> .....	302
XVII.... <i>Basilica de San Pancracio</i> .....	303
XVIII. .. San Onofre.....	304
XIX..... El Tasso.....	305
XX. .... La <i>Madonna</i> de Leonardo Vinci..	325
XXI..... Pinturas y sepulcros de la iglesia de San Onofre.....	326

## LOS SEPULCROS

DE LA

### ROMA PAGANA Y LOS CEMENTERIOS CRISTIANOS.

I..... Reflexiones sobre los sepulcros paganos.....	334
II..... Las Catacumbas y los monumen- tos paganos.....	334



	Páginas.
III.....	Principales catacumbas de Roma. 344
IV.....	Doctrina del catolicismo sobre la muerte..... 345
V.....	Qué fueron las primeras cata- cumbas. .... 346
VI.....	Opinion de los libre-pensadores.. 347
VII. ....	Razones que desacreditan su doc- trina..... 348
VIII.....	Origen de las Catacumbas..... 354
IX.....	Cementerio de Calixto..... 357
X.....	Los <i>Fossores</i> y las <i>Orantes</i> ..... 364
XI.....	Descripción de las Catacumbas.. 363
XII. ....	Vanos esfuerzos de los racionalis- tas para negar la autenticidad cristiana de las Catacumbas... 367
XIII.....	La pintura al fresco en los ce- menterios cristianos..... 374
XIV.....	La representacion simbólica de las primitivas pinturas..... 373
XV. ....	Rumbo que tomó la pintura cris- tiana en los primeros siglos... 377
XVI.....	La escultura cristiana..... 392
XVII....	Las inscripciones de los sarcófa- gos paganos..... 400
XVIII. ..	Las de los sepulcros cristianos... 403
XIX.....	Conclusion..... 406
APÉNDICE.....	409



# ERRATAS PRINCIPALES DE «ROMA»

## TOMO I

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
127	15	extranjero,	extranjero
174	última	lungara	<i>Lungara</i>
177	9	1434	1534
196	11	las	la
228	19	olli	alli
235	6	los	las
245	19	Silla,	Silla
255	21	<i>sedid</i>	<i>sedit</i>
262	10	estucos	estucos,
303	2	<i>Aldobandini</i>	<i>Aldobrandini</i>
386	14	Buonarrata	Buonarrota
428	1	Trasteberina	Trasteverina
432	18	<i>Templanza</i>	<i>Templanza</i> ;
432	20	Maxencio;	Majencio.
462	24	Urbano XIII,	Urbano VIII,

## TOMO II

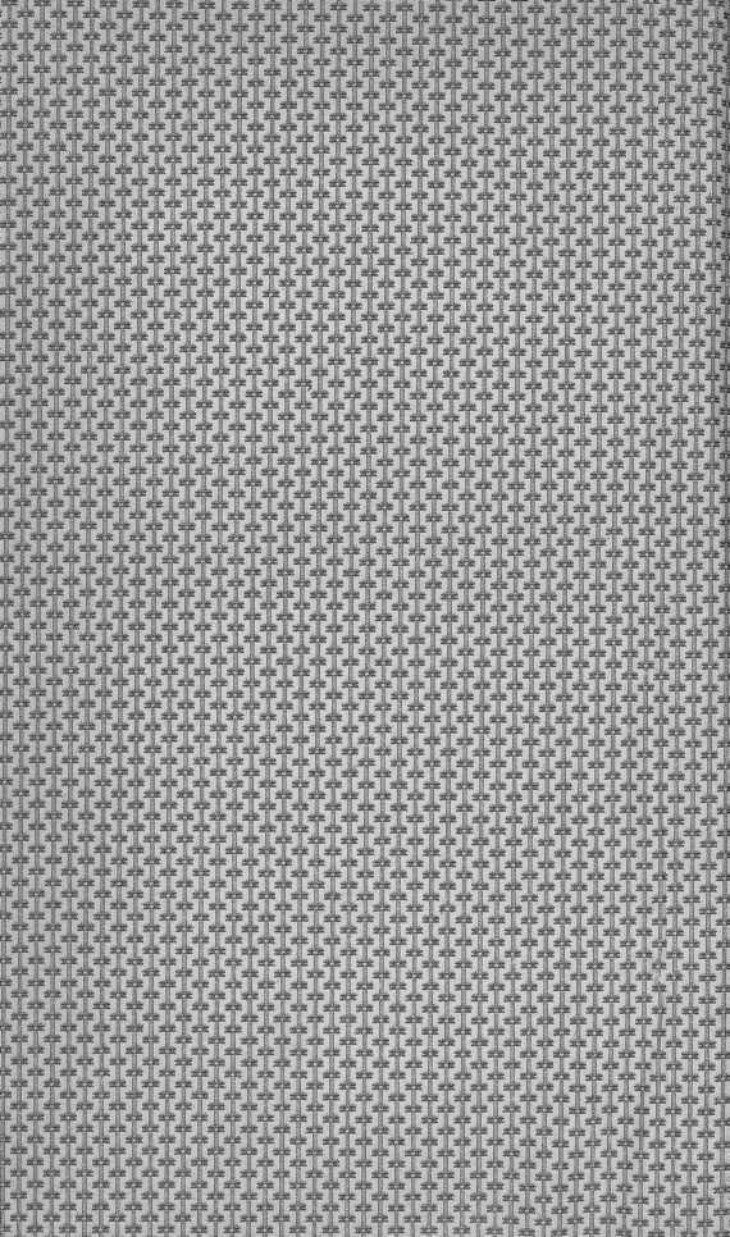
11	26	villas	<i>villas</i>
13	3	y aquella	y en aquella
49	20	hermosua	hermosura
58	3	Carinas	Carinas
66	4	estilos enfrente:	estilos: enfrente,
71	19 y 20	incrustrados	incrustados
71	última	Pópolo	<i>Popolo</i>
125	21	<i>scilis</i>	<i>solis</i>
137	16	propias	propios
142	24	cuales	cuales,
160	3	profundas	profundos
172	11	2.500,000	250.000
173	2	<i>Nueva.</i>	<i>Nueva,</i>
209	16	gloriosa	gloriosa
237	11 y 12	Jugurta	Yugurta
276	3	representó	representó
298	22	<i>fron de</i>	<i>fronde</i>

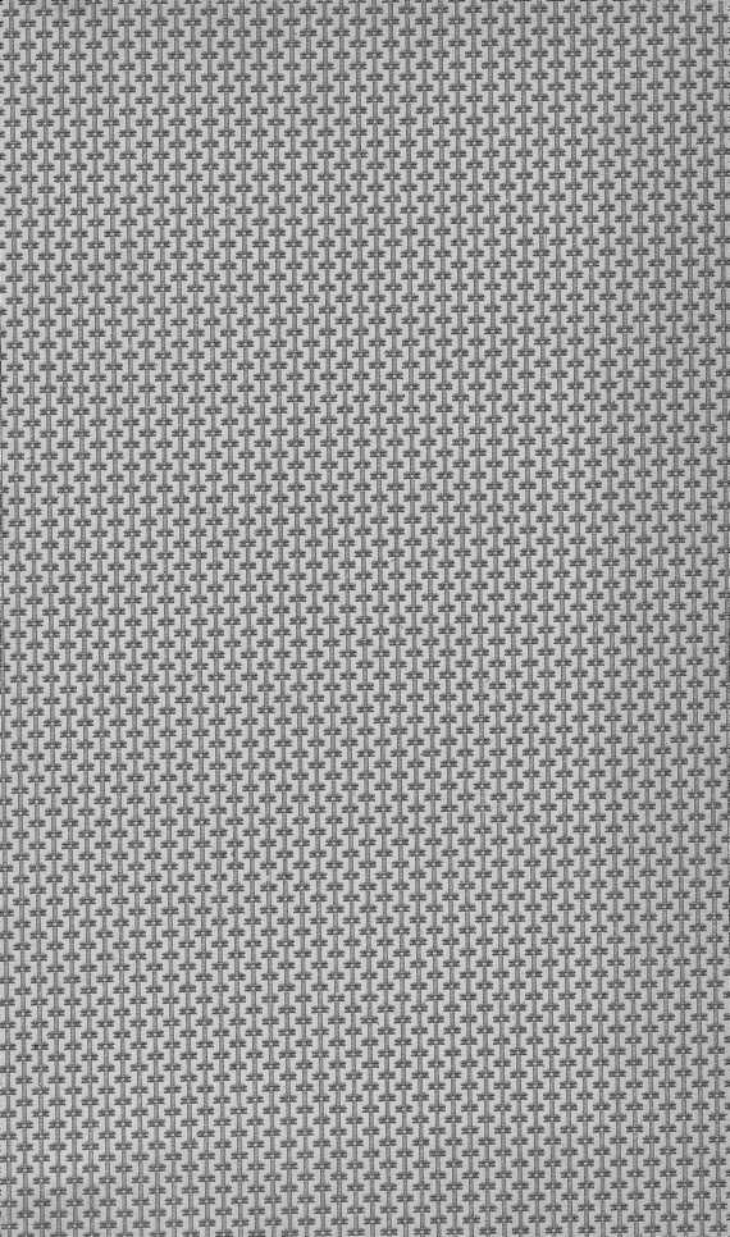
PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
357	20	<i>Anunciando</i>	<i>Anunciata</i>
385	7	en	de
417	21	justificado	justificando
462	5	<i>Moms</i>	<i>Mons</i>
464	18	<i>Vinculis</i>	<i>Vinculis</i>

## TOMO III

9	1	CILIO	CELIO
11	24 y 25	Recuerdo	recuerdo
32	12	recinto,	recinto
32	20	día, en que	día en que,
42	17 y 18	Palestina,	Palestrina,
45	1	Labieana,	Labicana
66	8	XXVII.	XXVIII.
66	19	las	los
68	21	XXVIX	XXIX
105	2	bárbaros,	bárbaros.
107	17	<i>Maximu</i>	<i>Maximum</i>
128	22	<i>au lam</i>	<i>aulam</i>
157	21	OPTIMAN	OPTIMAM
214	24 y 25	Peñafor	Peñafort
261	24	<i>Populo</i>	<i>Popolo</i>
332	20	recuerdo	recuerdo,
356	13	fondos	fundos
365	7 y 8	alturas.	alturas?
369	6	procedan	precedan
394	14	<i>lúculos</i>	<i>lóculos</i>











OBRAS  
DE  
S. CATALINA

4

5874